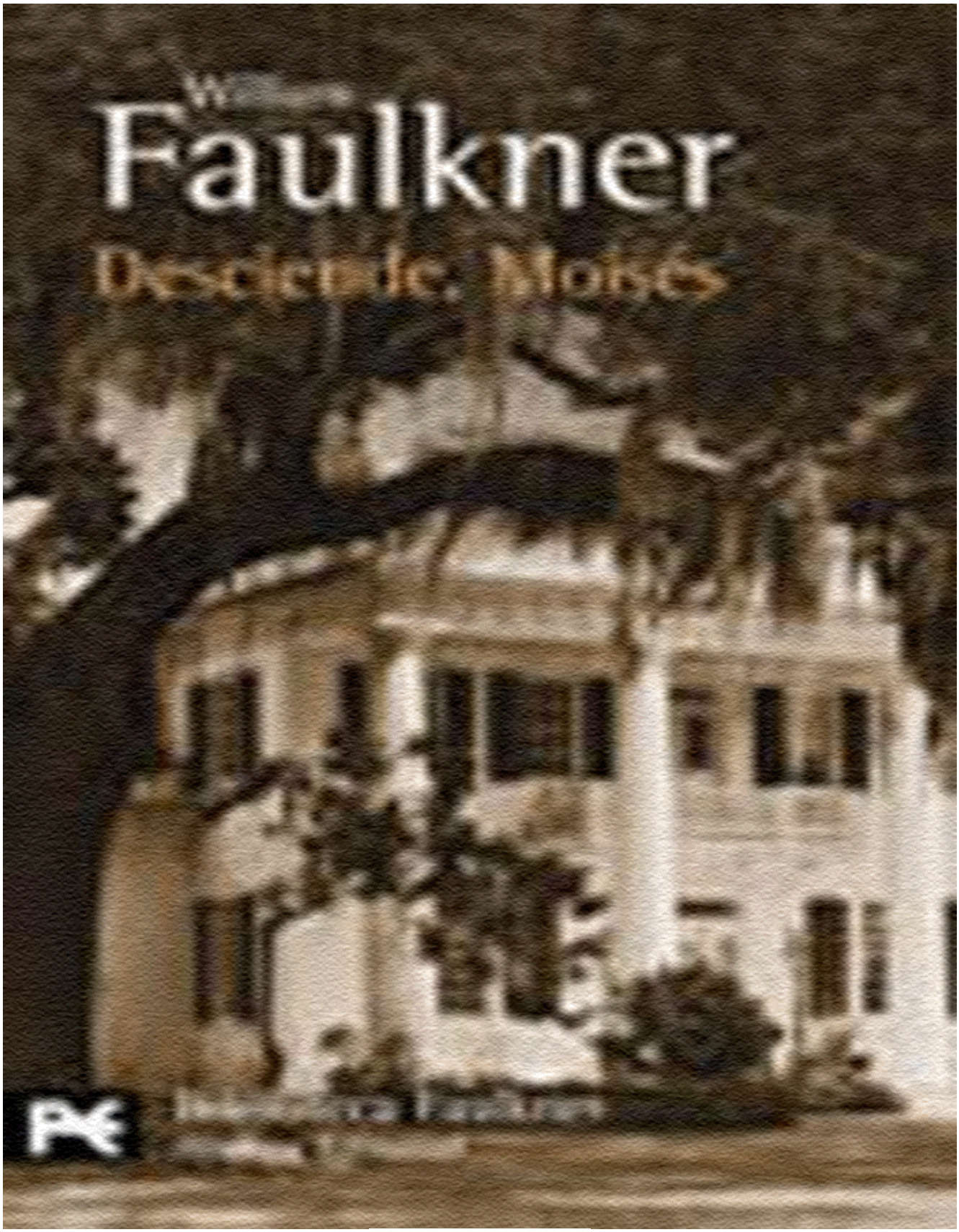
Desciende, Moisés
William Faulkner



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Lion

En la vida de los perros -me refiero a los perros utilizados para cazar osos y ciervos- juega un papel muy importante el whisky. Es decir; los hombres que los aman, los hombres que emprenden duras cacerías con estos duros e infatigables valientes perro de caza, son grandes bebedores. Tengo la plena certeza de que las mejores, las más deliciosas charlas acerca de perros que he escuchado en mi vida tuvieron lugar en torno a una botella, tal vez en torno a dos o a tres, bien en bibliotecas de casas urbanas o en dependencias domésticas de plantaciones o, mejor aún, en los mismos campamentos; ante los troncos ardientes de los hogares cuando se trataba de casas, o ante las altas llamas de las hogueras alimentadas por negros, a poca distancia de las tiendas desplegadas y fijas en la tierra con estacas, cuando se trataba de campamentos. De modo que esta historia bien podría empezar también con whisky.

Era diciembre; era el diciembre más frío que había conocido en toda mi vida. Llevábamos acampados una semana -yo sólo tenía dieciséis años entonces- y a los hombres se les había acabado el whisky, así que Boon Hogganbeck y yo fuimos a Memphis a comprarlo, con una maleta y una nota del mayor de Spain. O sea, el mayor Spain mandaba a Boon a comprar el whisky, y a mí para hacer que Boon volviera al campamento con el whisky en la maleta y no dentro de Boon. Boon tenía sangre india. Decían que la mitad, pero yo no lo creo. Creo que fue su abuela la que había sido una india chickasaw, sobrina del jefe que poseyó un día la tierra que pertenecía ahora al mayor de Spain, la tierra en la que cazábamos.

Boon medía más de un metro noventa de estatura, y tenía la mente de un niño y el corazón de un caballo y la cara más fea que yo había visto en mi vida. Era como si alguien hubiera encontrado una nuez un poco más pequeña que un balón de baloncesto y con un martillo de mecánico le hubiera moldeado los rasgos faciales y luego la hubiese pintado, sobre todo de rojo.

No era el rojo de los indios, sino un rojizo brillante y espléndido en el que algo tendría que ver quizá el whisky, aunque lo más probable era que fuera debido primordialmente a la dichosa y violenta vida al aire libre.

Sus arrugas -debía de tener unos cuarenta años- seguramente le vendrían de mirar con ojos entrecerrados al sol o en la penumbra de los cañaverales por donde había escapado la caza, o habían sido grabadas en su cara por los fuegos de los campamentos, mientras trataba de dormir sobre el frío suelo de noviembre o diciembre, a la espera del alba para salir de nuevo de caza, pues era como si el tiempo fuera simplemente algo que atravesara con su cuerpo como se atraviesa el aire, sin que lo envejeciera más de lo que le envejecía el aire. Sus ojos eran como botones de zapato, sin profundidad ni mezquindad ni generosidad ni perversidad ni bondad ni nada en absoluto. Eran simplemente algo con lo cual podía ver.

No tenía profesión ni oficio ni cometido definido: se limitaba a hacer todo lo que el mayor Spain le mandaba.

Años después, tras la muerte de Lion, el mayor le nombró jefe de policía de Hoke.s, la pequeña población situada en la linde del coto del mayor Spain. Pero aquello habría de suceder más tarde: Lion no había muerto todavía.

Aquel día nos levantamos a las tres de la madrugada. Ad nos tenía preparado el desayuno y dimos cuenta de él mientras oíamos debajo de la cocina a los perros, que se habían despertado al olor

del jamón que se estaba friendo o tal vez por el ruido de los pies de Ad en el piso de arriba. Pudimos oír a Lion, una vez tan sólo y breve y perentorio, del mismo modo que el mejor cazador de un grupo ha de hablar sólo una vez a los demás, salvo a los estúpidos, y entre los perros del mayor Spain no había ninguno estúpido.

A veces -según decía el mayor- no podía evitar albergar en su casa a alguna gente estúpida. Pero no importaba, porque no pretendía cazar con ella ni dependía de ella para la caza.

Ad tenía ya las mulas enganchadas en el carro, esperándonos; hacía frío, el suelo estaba helado y las estrellas lucían nítidas y rutilantes. Yo no tiritaba; tenía sólo un temblor fuerte y lento y constante; sentía el estómago aún caliente por el desayuno, una sensación cálida y grata en mi interior, mientras el exterior de mi cuerpo temblaba enérgica y lentamente, como si el estómago me flotara libre dentro igual que la esfera en el líquido de una brújula marina.

-No perseguirán ninguna pieza esta mañana -dije-. Ningún perro puede hoy tener olfato.

-Sólo Lion -dijo Ad-. Es capaz de perseguir a un oso a lo largo de un glaciar de mil acres. Y de atraparlo también. Los demás perros no importan, porque no hay ninguno que pueda compararse con él ni de lejos.

-Bien, no van a salir a correr esta mañana -dijo Boon, cortante y categórico-. El mayor prometió que no saldrían a cazar hasta que Quentin y yo volvamos.

Estaba sentado en el pescante, al lado de Ad, con los pies envueltos en sacos de estopa y embutidos en una colcha, la de su jergón de la cocina, que le tapaba la cabeza por completo, de forma que su figura no guardaba parecido alguno con nada conocido. Ad se rió.

-Me gustaría saber por qué necesita esperarte a ti el mayor. Es a Lion a quien va a utilizar. En mi vida he oído decir que tú hayas traído ni un oso ni ninguna otra carne al campamento.

-Santo Dios, el mayor no va a poner a Lion ni a ningún otro perro a perseguir ninguna pieza hasta que yo vuelva -dijo Boon-. Me lo prometió.

Y tú azota a las mulas; ¿es que quieres que me congele?

Se comportaban de un modo extraño, y era a causa de Lion. Boon tenía mala fama entre los negros, y sin embargo, cuando Lion tenía algo que ver en la conversación, aunque no se le mencionara siquiera, Ad se dirigía a Boon como si fuera un blanco quien hablara. Y Boon se lo permitía. Se comportaban de un modo extraño en relación con Lion. Ninguno de ellos era su dueño ni tenía esperanza alguna de llegar a serlo algún día, y no creo que se les ocurriera nunca pensar: “me gustaría que ese perro fuera mío”.

Porque a nadie se le ocurriría pensar que Lion fuera propiedad de alguien, como a nadie se le ocurriría pensar que un hombre pertenece a otro, ni siquiera al mayor Spain. Era normal que se pensase que la casa y los bosques le pertenecían, e incluso los ciervos y osos que había en ellos; hasta los ciervos y osos cazados allí por otra gente eran abatidos por cortesía del mayor Spain, que los ofrecía por propia delicadeza y voluntad.

Pero no Lion. Lion era como esos jefes de tribu aztecas o polinesios a quienes no se considera hombres, sino más que hombres y menos que hombres a un tiempo. Porque, una vez en el campamento, tampoco nosotros éramos hombres: éramos cazadores. Y Lion era el mejor cazador de todos nosotros, seguido por el mayor de Spain y por el tío Ike McCaslin. Y no hablaba nuestra lengua, no porque no pudiese, sino porque era el jefe, el Hijo del Sol; conocía nuestra lengua, pero pertenecía a un nivel superior para dignarse a hablarla; a eso se debía el que viviera en el subsuelo, debajo de la cocina, y no a que fuera un perro, un animal: vivía aparte por la misma razón que vivían aparte los jefes aztecas o polinesios, a quienes su propia divinidad se lo exigía. Lion no era en absoluto propiedad del mayor de Spain; lo que sucedía era que a Lion le gustaba más el mayor que cualquiera de nosotros, de la misma manera que en un ser humano podría haberse dado tal preferencia.

Ad y Boon se comportaban de un modo extraño en lo relativo a Lion.

Uno casi hubiera pensado que Lion era una mujer, una mujer hermosa. Yo solía escucharles; esperaban hasta que el mayor de Spain se sentara a la mesa de póquer, o se acostara si íbamos a salir temprano al día siguiente, y entonces Boon y Ad, cada uno por su parte, trataban de atraer a Lion para que durmiera en su jergón. Ad dormía en la cocina y Boon en el cobertizo.

Era divertido. Ponían una seriedad extrema en el asunto; no discutían entre ellos, sino que dirigían sus desvelos hacia Lion, tratando de persuadirle o de tentarle. Y a Lion le tenía sin cuidado con quién acabaría durmiendo, y nunca se quedaba con ninguno de ellos mucho tiempo, ni siquiera cuando habían logrado persuadirle, pues el mayor de Spain entraba siempre con el farol en el cobertizo de Boon o en la cocina, según las ocasiones, y les obligaba a que sacaran fuera a Lion.

-Maldita sea -solía decir-, si se pasara la noche durmiendo con cualquiera de vosotros la mitad de la noche tan sólo, a la mañana siguiente no sería capaz de rastrear siquiera una mofeta.

Íbamos, pues, bajo las estrellas aceradas, y el carro avanzaba a sacudidas sobre las aceradas roderas, y a ambos lados se extendía el boscaje impenetrable y negro. A la derecha, no muy lejos, oímos gritar a dos gatos monteses que estaban peleando. Luego llegamos a la vía silenciosa, y Boon hizo señas al tren maderero de la madrugada, y nos montamos en el cálido furgón de cola rumbo a Hoke.s, y yo me eché a dormir detrás de la estufa roja mientras Boon y el revisor y el guardafrenos hablaban de Lion y de Old Ben como otra gente hablaría de Sullivan y Kilrain o de Dempsey y Tunney. Old Ben era un oso, y nosotros íbamos a perseguirle para darle caza al día siguiente, tal como hacíamos una vez al año, cuando montábamos el campamento. En la región conocían a Old Ben tanto como a Lion. No sé por qué le llamaban así, ni quién le puso ese nombre; sólo sé que fue hace mucho tiempo. Se le conocía bien por los lechones que había robado y los graneros que había saqueado y los perros que había matado y las veces que había sido acorralado y el plomo que llevaba dentro del cuerpo (se contaba que había sido alcanzado dos docenas de veces como mínimo, con escopetas de postas y hasta con rifles). Old Ben había perdido tres dedos de la pata izquierda trasera en una trampa de acero, y en la región todo el mundo conocía su huella, y sin necesidad incluso de tener en cuenta el tamaño.

Deberían haberle llamado, pues, Dos Dedos; era como se les había venido llamando en la región durante un centenar de años a los osos de dos dedos.

Su nombre, entonces, tal vez se debía a que Old Ben era un oso extraordinario -El Oso Jefe, como le llamaba el tío Ike McCaslin-, y a que todo el mundo sabía que merecía un nombre mejor.

Llegamos a Hoke.s al amanecer.

Nos apeamos del cálido furgón de cola con nuestra ropa caqui manchada, nuestras cazadoras y nuestras botas embarradas. Boon no se había afeitado desde que montamos el campamento, pero no importaba mucho porque Hoke.s no era más que un aserradero y unas cuantas tiendas, y la mayoría de los hombres llevaban también las botas embarradas y ropa caqui. Buscamos un rincón donde esperar. Boon compró tres paquetes de rosetas de maíz cubiertas de melaza y una botella de soda en el quiosco de periódicos, y yo me fui a dormir acompañado por el ruido de sus mandíbulas. Pero en Memphis nuestro aspecto ya no era el apropiado. Los altos edificios y los duros pavimentos y los tranvías hacían que nuestras botas y nuestra ropa caqui parecieran un poco más bastas y embarradas, y la barba de Boon peor afeitada y su cara, por momentos, menos digna de haber salido a la luz fuera de los bosques, o al menos fuera del alcance del mayor de Spain o de alguien que la conociera y pudiera decir: “No se asusten; este tipo no es malo; no les va a hacer daño”. Boon avanzó por el piso de baldosas de la estación, tratando de sacarse los restos de maíz de entre los dientes con la lengua -torcía toda la zona de la boca-, con las piernas un poco separadas y un poco rígidas a la altura de las caderas, como si caminara sobre cristal pringado de grasa, y aquella incipiente barba azulada sobre mejillas y barbilla, muy parecida a estropajo usado o a las hilachas de un cedazo.

Fuimos directamente y llenamos la maleta, y Boon se compró una botella para él, pues -según dijo- se la pensaba llevar a casa cuando levantáramos el campamento. Para cuando llegamos de nuevo a Hoke.s al atardecer, sin embargo, la botella estaba vacía.

Echó los primeros tragos en los lavabos de la estación. Un hombre uniformado entró para decirle que allí no se podía beber, pero después de poner los ojos en la cara de Boon prefirió no decir ni una palabra. La segunda vez bebió el whisky en su vaso de agua, llenándolo bajo el borde del mostrados donde estábamos comiendo, y la camarera le dijo que no podía hacerlo. Entretanto, había estado contándoles a la camarera y a los demás clientes cosas de Old Ben y de Lion. Entonces, en cierto momento le vino a las mientes el tema del zoo, y esbozó un plan que consistía en volver apresuradamente al campamento, coger a Lion y volver al zoo, donde -según él- los osos se alimentaban de lenguas de gato y de helados y donde enfrentaría a Lion a todas las fieras, incluidos los elefantes y los tigres. Pero logré subirlo al tren con la maleta, así que las cosas volvieron a su curso; Boon se puso a beber en medio del pasillo mientras les hablaba de Lion y de Old Ben a los viajeros, los cuales, al igual que el encargado de los lavabos no osó decirle a Boon que allí no se podía beber, no osaron comportarse como si no quisieran escucharle. Llegamos a Hoke.s a la caída del sol; hice apearse a Boon y a la maleta, y luego convencí a Boon para que cenara.

Cuando nos montamos en el furgón de cola del tren maderero de la noche, que volvía para adentrarse de nuevo en la espesura de los bosques, el sol enrojecía en su descenso y la temperatura pareció hacerse más cálida. Yo volví a dormirme, sentado detrás de la estufa roja, mientras Boon y el revisor y el guardafrenos hablaron de Lion y de Old Ben y de la cacería del día siguiente. Ambos sabían de lo que Boon estaba hablando. En una ocasión me desperté; había oscurecido ya y el guardafrenos estaba asomado a la ventanilla.

-El cielo está nublado -dijo-.

Esta noche va a deshelar, y mañana los perros volverán a tener olfato. A lo mejor Lion lo atrapa mañana.

Tendrá que ser Lion o cualquier otro cazador. No podría ser Boon.

Boon no sabía disparar. Nunca había matado nada mayor que una ardilla, al menos que se supiera, aparte de aquel negro aquella vez. Sucedió hace algunos años. Se decía que el negro era un mal tipo, pero no puedo asegurarlo.

Lo único que sé es que hubo un lío y el negro le dijo a Boon que la próxima vez que fuera a la ciudad sería mejor que se buscara una pistola, y Boon le pidió prestada una al mayor de Spain y, efectivamente, aquella tarde se encontró con el negro y el negro sacó una de esas pistolas de dólar y medio que se compran por correo, y hubiera acribillado a Boon con ella, pero los tiros nunca llegaron a salir. Se oyeron cinco chasquidos y el negro siguió avanzando hacia Boon y Boon disparó cuatro veces y rompió la luna de un escaparate y le dio en una pierna a una mujer negra que pasaba por allí y al fin, con el último disparo, logró alcanzar al negro en plena cara a seis pies de distancia.

Nunca supo disparar. El primer día de campamento, en la primera salida que hicimos, el ciervo se fue derecho hacia Boon; al medir luego vimos que entre las huellas del ciervo y los cinco casquillos no había cincuenta pies de distancia. Oímos la vieja escopeta de repetición de Boon: “pam, pam, pam, pam, pam”, y luego le oímos a él, y seguro que los gritos se oyeron hasta en Hoke.s: -Maldición, ahí viene! ¡Cortadle el paso! ¡Cortadle el paso!

A la mañana siguiente teníamos compañía en el campamento; había gente de Hoke.s y hasta de Jefferson, gente que venía todos los años para salir con el mayor de Spain el día de la batida en busca de Old Ben. Era un día gris y algo más cálido; desayunamos a la luz de los faroles, mientras Boon freía los huevos y seguía hablando, más excitado y más imprevisible y con la cara más desaseada que nunca, y Ad, sentado sobre una caja junto a la cocina, introducía los cartuchos pesados y macizos y grasientos en la carabina del mayor de Spain.

Oíamos también a los perros en el patio, donde Ad los había atado ya en parejas a la cerca. Los oíamos a todos ellos -estallidos de gruñidos casi fragorosamente histéricos- salvo a Lion.

No emitió sonido alguno; nunca lo hacía. Recuerdo que después del desayuno salimos fuera, a la luz débil y húmeda y gris, y allí estaba, separado de los demás perros y suelto; allí, sobre sus cuatro patas, parecían tan enorme como un ternero o como una cría de elefante o de búfalo, pese a su tamaño. Tenía algo de Walker, pero la mayor parte de mastín. Era de un color parecido al de los alazanes oscuros, aunque tal vez fueran sus ojos de color topacio lo que lo hacía parecer tan oscuro. Lo recuerdo allí plantado, con las grandes patas y la cabeza solemne y fuerte y aquel pecho casi tan grande como el mío. Podían apreciarse al tacto, bajo su piel, los músculos largos y suaves y fuertes y quietos, que nunca delataban placer o disgusto alguno ante las caricias de nadie, ni del mayor de Spain ni de Boon ni de Ad ni de ningún desconocido. Permanecía allí igual que un caballo, con la única diferencia de que un caballo promete únicamente rapidez, mientras que Lion prometía -con la serenidad y el aliento que procura la promesa de alguien en quien se confía plenamente- una capacidad inmensa no sólo de valor y de voluntad y de pericia para rastrear y matar, sino de tenacidad, de voluntad de soportarlo todo más allá de cualquier límite imaginable al que pudieran ser llamados su carne y su corazón. Lo recuerdo aquel verano en que cazábamos ardillas; recuerdo que cuando los demás perros recorrían de un lado a otro el fondo del valle, a la caza de mapaches o gatos monteses o de cualquier cosa que corriese y desprendiese olor, Lion no iba con ellos. Se quedaba en el campamento con nosotros, y no para permanecer al lado del mayor de Spain o de Boon o de Ad o de alguien en particular, sino que se limitaba a quedarse echado por allí cerca, en la actitud de esos leones tallados en piedra, con la cabeza alzada y las grandes patas extendidas ante él y quietas; nos acercábamos a él y le hablábamos o le acariciábamos, y él volvía la cabeza lentamente y nos miraba con aquellos ojos de color topacio tan impenetrables como los de Boon, tan libres de mezquindad o generosidad o perversidad o bondad, aunque mucho más inteligentes. Luego parpadeaba, y entonces uno se daba cuenta de que Lion no le

estaba mirando en absoluto. Uno no sabía qué estaba Lion viendo, qué estaba Lion pensando. Era como cuando alguien está sentado en el mirador con los pies apoyados en una columna, y al cabo de un rato llega hasta a perder conciencia de que no está viendo ni la columna misma sobre la que apoya los pies.

Las dos mulas estaban ya preparadas; una era para el mayor de Spain, que iría en compañía de Boon y Ad y de los perros, y la otra para tío Ike McCaslin, que nos llevaría hasta nuestras posiciones. Porque él y el mayor de Spain conocían a Old Ben tan bien como se conocían el uno al otro. Sabían dónde tenía su guarida y los lugares que frecuentaba y la dirección que solía tomar cuando lo acosaban los perros. Ésa era la razón por la que, pese a llevar una semana en el campamento, no habíamos salido a perseguirlo todavía. Era la táctica que empleaba el mayor de Spain. Salía a la caza de Old Ben todos los años, pero una vez tan sólo, a menos que Old Ben se dejase sorprender en el curso de alguna incursión fuera de su territorio y los perros se topasen con él fortuitamente, como sucedió el segundo día de campamento. Oímos cómo los perros descubrieron de pronto alguna pieza y la hicieron bajar en dirección al río. Lion no estaba con ellos. Dejamos de oírlos, y al cabo de un rato llegó Boon maldiciendo.

Pero la caza había terminado por aquel día y volvimos al campamento.

No habíamos vuelto a oír a los perros, pero al llegar al campamento vimos que ya habían vuelto: allí estaban, encogidos debajo de la cocina, acurrucados unos contra otros en el último rincón. Boon se sentó en el suelo y se asomó hacia abajo y los miró y maldijo, y tío Ike dijo que con quien se habían tropezado era con Old Ben. Porque los perros conocían también a Old Ben, y los que no lo conocían probablemente no tardaron mucho en conocerle. No eran cobardes. Lo que sucedía era que Lion no había estado con ellos para dirigirlos en su ataque y acorralar y retener a Old Ben. Lion estaba con el mayor de Spain; llegaron al campamento alrededor de una hora más tarde; el mayor sujetaba a Lion con la traílla y dijo que se trataba de Old Ben, pues había visto sus huellas, y seguía tirando de la traílla para sujetar a Lion porque la caza de Old Ben la reservaba para unos días más tarde. Recuerdo al mayor montado en su mula a la luz gris de la mañana, con el rifle cruzado sobre la silla, y a Boon, con su vieja escopeta al hombro, colgada de una cuerda de algodón, maldiciendo mientras él y Ad se esforzaban por mantener a los perros sujetos para que los demás los desataran. Sólo Lion y el mayor de Spain se mantenían serenos, y el mayor fue mirando en torno suyo hacia nosotros y dijo: -Nada de ciervos esta mañana, muchachos. Esta vez es a Old Ben a quien buscamos.

Quería decir que no debía haber disparos ni ruidos que pudieran desviar a Old Ben, pues deseaba que todos tuviesen las mismas oportunidades.

Tío Ike me lo explicó al indicarme el puesto que me tenía asignado, después de que viéramos alejarse al mayor de Spain, con Lion pegado a él y caminando al paso de la mula y Ad y Boon a la cabeza, encorvados hacia delante y casi al galope en medio del encrespado clamor de los perros, como si cabalgaran sobre el oleaje.

-Quédate aquí hasta que mates un oso u oigas un cuerno, o hasta que pase una hora sin que oigas a ningún perro -me dijo-. Si Lion lo acorrala, el mayor o Boon o yo tocaremos el cuerno para que vengan todos. Si pasa un buen rato y no has oído nada, vuelve al campamento. Si te pierdes, quédate donde estés y grita y escucha.

Te oirá alguno de los muchachos.

-Tengo mi brújula -dije.

-Muy bien. Ahora quédate aquí y no te muevas. Puede que cruce el agua pantanosa precisamente por aquí; sé que lo ha hecho otras veces. No andes por los alrededores. Si viene hacia ti, dale tiempo para acercarse. Y entonces dispárale al cuello -dijo, y desapareció en la penunbra gris.

Había amanecido ya; quiero decir que era ya pleno día por encima de los árboles, ya que allá abajo, donde yo estaba, no llegaría a haber mucha luminosidad en todo el día. Nunca había estado antes en aquella parte de la vaguada, porque el mayor de Spain no nos permitió cazar allí para no importunar a Old Ben antes del día de la cacería. Me quedé allí, pues, bajo la copa de un gomero, junto al agua pantanosa, negra y apacible que salía de entre las cañas, cruzaba un pequeño claro y se internaba de nuevo en las cañas. Había estado apostado con anterioridad en lugares donde existía la posibilidad de ver un oso, y también había visto huellas de oso. Pero era diferente. Tenía diecisiete años; no hacía más que pensar en aquellos perros acurrucados unos contra otros en un rincón, debajo de la cocina, el día que tropezaron con Old Ben. Podía oler la soledad, el aislamiento, un algo que exhalaba aquel lugar en donde el mero paso de los humanos nada había modificado, en donde no había huella de hacha o arado, un lugar que seguía exactamente igual que cuando el primer indio se había internado en él y mirado a su alrededor, con el arco en las manos, presto para usarlo. Pensé en que Jefferson se hallaba sólo a veinte millas, con sus casas en las que las gentes pronto despertarían rodeadas de comodidad y seguridad, con sus tiendas y oficinas en las que a lo largo del día se reunirían para comprar y vender y conversar, y apenas podía creerlo. Pensé: “Está sólo a veinte millas. ¿Qué es lo que te pasa?”, pero el otro lado de mí, lo otro que había en mí decía: “Sí, pero no eres más que un insignificante montón de huesos y carne, incapaz de alejarte una milla sin la ayuda de tu brújula, incapaz de sobrevivir aquí esta noche sin un fuego que te dé calor y tal vez tampoco sin un arma que te proteja”.

Había olvidado que tenía una escopeta. Lo había olvidado por completo.

Me estaba diciendo a mí mismo que los osos negros no eran peligrosos, que no atacaban al hombre a menos que estuvieran acorralados, cuando de pronto, con una especie de admirado asombro, pensé: “Además, tengo una escopeta.

¡Vaya, tengo una escopeta!” Lo había olvidado por completo. Ni la había cargado siquiera. La abrí rápidamente; hurgué en los bolsillos de mi cazadora en busca de cartuchos. Ya no tenía miedo; sucumbí ante una de esas ilusiones inconscientes y supersticiosas que padece la gente (o yo al menos). Pensé que asustándome y no logrando cargar el arma a causa del miedo, iba a defraudar a los otros y dejar escapar a Old Ben cuando pasara por allí. Ahora le atribuía a Old Ben poderes sobrenaturales. Lo imaginé acechando entre las cañas, calibrando sus posibilidades a la espera de que alguno de los que le cerraban el paso cometiera una equivocación. Y yo la había cometido. Creía, sabía que de un momento a otro Old Ben embestiría desde el cañaveral y pasaría por mi lado y se alejaría antes de que yo pudiera cargar la escopeta. Tuve la sensación de que nunca llegaría a levantar los dos cartuchos, y luego sentí un deseo impetuoso de leer el número impreso en ellos para cerciorarme del calibre, aunque sabía perfectamente que lo único que tenía eran postas. Pero no lo hice; cargué la escopeta y la cerré de golpe, mientras me volvía en dirección al punto del cañaveral por donde -según me había hipnotizado a mí mismo- estaba convencido de que surgiría Old Ben. Creo que si se hubiera movido un simple pájaro en aquel punto, habría disparado.

Pero no vi a Old Ben. A los que oí fue a los perros. De pronto supe que antes de caer en la cuenta de lo que era los había estado escuchando unos segundos. Debió de ser cuando hicieron abandonar su escondite a Old Ben, porque pude oír -sólo una vez- a Lion. Su ladrido no era particularmente profundo; era fuerte y rotundo, simplemente. En algún lugar del ámbito gris, quizá una milla de distancia, ladró una vez, y eso fue todo; era como si hubiera dicho: “Muy bien, Viejo. Adelante”. Fueron los otros perros los que armaron el alboroto; pero no vi a ninguno de ellos. Pienso que la vez que más cercanos estuvieron fue a media milla como mínimo, y no pasaron cerca de ninguno de los puestos, pues no oí ningún disparo. Me quedé allí, acurrucado, conteniendo la respiración, con el

seguro quitado a pesar de que mi padre me había enseñado a no quitarlo nunca hasta ver contra qué iba a disparar. Escuché cómo los perros pasaban de largo y se alejaban.

No me moví. Esperé. Pensé que tal vez Old Ben se daría la vuelta y volvería sobre sus pasos. Pero sabía que no lo haría. Seguramente Old Ben sabía dónde estábamos apostados nosotros, probablemente eligió el único trecho por donde podía pasar sin ser visto. Porque había vivido mucho, había sido perseguido muchas veces.

Seguí allí, con el arma apuntada hacia adelante, pero ahora eché el seguro. No sé cuánto tiempo transcurrió.

Me volví bruscamente: era mi padre.

-¿No lo has visto? -dijo.

-No, señor. Pero era Old Ben, ¿verdad?

-Sí. Eso dice tío Ike. Ha cruzado el río. Hoy ya no volverá. Así que será mejor que volvamos al campamento.

Volvimos al campamento. El mayor de Spain ya estaba allí, a lomos de la mula, con la escopeta de Boon colgada de la cuerda sobre el hombro (contó que Boon se había parado el tiempo justo para arrojarle la escopeta y le había dicho: “Ahí tiene; coja este maldito artefacto. No hay manera de que alcance a Old Ben con él”).

Habían enganchado ya las otras mulas al carro, y algunos de ellos estaban cargando en él la barca cuando nosotros llegamos, y el mayor de Spain nos contó que Old Ben y los perros habían cruzado el río, y que Ad y Boon habían pasado a nado al otro lado, y que tío Ike esperaba en la orilla a que ellos volvieran con la barca.

-Ha matado a Kate antes de cruzar el río, y sin necesidad siquiera de pararse -dijo el mayor de Spain-.

Vamos, muchachos. Lion le seguía a menos de quinientas yardas. Lo acorralará pronto, y entonces lo cazaremos.

Así que volvimos al río. Pero la barca era tan sólo un bote para cazar patos, de modo que no cabrían en él más que el mayor de Spain y tío Ike.

Theophilus McCaslin, nieto de tío Ike, dijo que a unas tres millas río abajo había una barrera de troncos que lo cruzaba de orilla a orilla, así que él y algunos otros fueron a buscar el sitio. También yo quería ir, pero mi padre dijo que sería mejor que volviera al campamento, de modo que yo y unos cuantos más volvimos con las mulas y el carro y el cadáver del perro.

Antes de llegar empezó a llover; llovió lenta e ininterrumpidamente durante toda la tarde; comimos y luego llegaron Theophilus y los demás y dijeron que habían cruzado el río, pero que al no oír nada habían vuelto. Los hombres jugaron a las cartas un rato, no mucho, porque siempre había alguien que se levantaba de cuando en cuando y se acercaba a la ventana y miraba el campo en dirección a los bosques, hacia los negros árboles que se erguían en medio de la lluvia y empezaban a diluirse como un dibujo a plumilla.

-Debe de haberlos hecho salir fuera de la región -dijo alguien.

Cuando oscureció seguía aún lloviendo. Pero no cenamos todavía; aguardamos, y para entonces vigilábamos los bosques continuamente, y poco antes de oscurecer, Theophilus McCaslin empezó a tocar el cuerno cada cinco minutos para guiarlos si volvían. Cuando volvieron, sin embargo, nadie los vio en absoluto; estábamos todos dentro, junto al fuego; sólo oímos el ruido en la puerta trasera y luego en el vestíbulo; estábamos todavía sentados cuando Boon entró en la habitación. Llevaba algo voluminoso envuelto en su cazadora, pero ni siquiera miramos aquel bulto, porque mirábamos a Boon. Estaba mojado y embarrado, y tenía sangre por todas partes, sangre surcada por la lluvia.

Pero no era eso. Era su cara, su cabeza. Una estría ensangrentada (podían verse las cinco marcas de la zarpa), ancha como mi mano, partía su pelo y descendía por un lado de la cabeza y por el brazo hasta la muñeca; un colgajo sanguinolento le pendía de un costado de la cara (hasta el día siguiente no supe que era su oreja izquierda) y la pernera derecha del pantalón estaba desgarrada por completo y la pierna tenía apariencia de carne de vaca cruda y la sangre que le manaba de ella tenía sus botas, oscureciéndolas más que la propia lluvia. Pero tampoco era eso. Porque entonces vimos que lo que traía envuelto en la cazadora era Lion. Boon se quedó en la puerta, mirándonos, y se puso a llorar. Yo no había visto nunca llorar a un hombre. Se quedó allí, a la luz de los faroles, grande como los espacios abiertos y ensangrentado como un cerdo, con aquella cara dura y sin afeitar, arrugada y más parecida que nunca a una nuez seca, y las lágrimas le corrían por las mejillas con la rapidez de las gotas de lluvia.

-¡Santo Dios, Boon! -dijo mi padre.

Entonces nos levantamos; fue como si nos abalanzáramos hacia él, y alguien trató de tocar la cazadora; yo ni siquiera había visto hasta entonces al mayor de Spain, que estaba de pie detrás de Boon.

-¡Apártate, maldita sea! -le gritó Boon al que había tocado la cazadora-. Tiene todas las tripas fuera.

-Luego gritó de nuevo-: ¡Ensilladme una mula! ¡Rápido! -y se volvió, seguido de todos nosotros, y cruzó el vestíbulo y entró en el cobertizo donde dormía y tendió a Lion en el jergón-. ¡Por todos los demonios, preparadme una mula! -gritó.

-¿Una mula? -dijo alguien.

-¡Sí! -gritó Boon-. ¡Me voy a Hoke.s a buscar a un médico!

-No, no vas a ir -dijo el mayor de Spain-. Quien necesita un médico eres tú. Irá uno de los muchachos.

-¡Vaya si no iré, maldita sea!

-gritó Boon. Ensangrentado y enfurecido, nos miró de uno en uno con ojos airados, y salió precipitadamente, con las ropas ensangrentadas y hechas jirones agitándose a su espalda, mientras seguía gritando-: ¡Ayudadme a coger una mula!

-Vete a ayudarles -dijo mi padre, empujándome hacia la puerta.

Fuimos tres de nosotros, y llegamos casi demasiado tarde para servir de alguna ayuda. Tuvimos que correr para seguirle. Tal vez seguía llorando, o tal vez tenía demasiada prisa para llorar. Intentamos repetidas veces averiguar lo que había pasado, pero Boon era incapaz incluso de oír nuestras preguntas. Hablaba para sí mismo, y mientras ensillaba la mula jadeaba y maldecía.

-Traté de hacer que volviera; traté de mantenerlo alejado -decía-.

Traté de hacerlo. Y los otros no lo ayudaron, no fueron en su ayuda.

Sí, lo intentó. Ad contó (Ad estuvo allí; lo vio todo) que cuando Boon se acercó corriendo, Lion estaba ya en tierra, y que Boon agarró a Lion por una pata trasera y lo arrojó a unos veinte pies, pero nada más caer Lion estaba ya corriendo, y en la carrera que entablaron Boon y Lion hacia Old Ben, ganó Lion.

Boon saltó sobre la silla sin tocar siquiera los estribos y partió; oímos alejarse a la mula, ya al galope.

Volvimos a la casa; el mayor de Spain estaba sentado en el jergón, con la cabeza de Lion en el regazo, empapando un trapo en un cazo de agua y estrujándolo sobre la boca de Lion.

Lion seguía envuelto en la cazadora y tapado con una manta, para evitar el contacto del aire con sus entrañas.

Pero no creo que sufriera ya. Estaba tendido, con la cabeza sobre la rodilla del mayor de Spain y los ojos un poco abiertos y más amarillos que nunca a la luz de los faroles; en una ocasión vi cómo sacaba la lengua y tocaba con ella la mano del mayor. Luego, hacia medianoche (el mayor de Spain había mandado el carro al río antes de seguir a Boon al interior de la casa), tío Ike y Ad volvieron con Old Ben. Ad se quedó en la puerta, como había hecho Boon, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, como Boon, y tío Ike nos contó cómo había sido, tal como se lo había contado a él Ad: Lion había acorralado a Old Ben contra la copa de un árbol caído; los demás perros no se acercaron, y Old Ben alcanzó a Lion y lo derribó, y Boon entró en escena corriendo, con el cuchillo de caza en la mano, y arrojó hacia atrás a Lion, pero Lion no quiso quedar fuera de la lid; esta vez Boon saltó a horcajadas sobre la espalda de Old Ben y le hundió el cuchillo en la parte alta del costado; Boon -según contó Ad- agarró limpiamente a Old Ben por la espalda, rodeándole el cuello con un brazo, y Old Ben lanzaba sus zarpazos hacia atrás, a la cabeza y brazos de Boon, mientras Boon maniobraba con la hoja en torno, hasta que al fin halló la vida.

Boon volvió con el médico poco antes de la salida del sol; el propio médico nos contó que cuando su mujer abrió la puerta, Boon la apartó y fue hasta su cama y lo despertó y lo sacó de la cama a rastras, como si fuera un saco de harina. Pensó que Boon estaba loco, en especial cuando le vio la cara y la sangre y todo lo demás.

Boon rehusó quedarse el tiempo necesario para que se ocupara de sus heridas; ni siquiera quiso esperar a que el médico se vistiera. No permitió que el médico hiciera nada por él hasta que hubiera atendido a Lion; se quedó allí, ensangrentado y con las ropas desgarradas y el semblante desencajado diciendo: -Sálvelo, doctor. ¡Dios, más vale que lo salve!

No pudieron administrar a Lion cloroformo; no se atrevieron. Tuvieron que ponerle las entrañas en su sitio y coserle sin anestesia. Pero creo que tampoco entonces lo sintió, no creo que sufriera. Permaneció echado sobre el jergón de Boon, con los ojos medio abiertos mientras el mayor le sostenía la cabeza, hasta que el médico terminó su tarea. Y ni siquiera Boon preguntó: "¿Vivirá?" Nos sentamos y hablamos quedamente hasta el amanecer, y entonces salimos a ver a Old Ben. Tenía los ojos también abiertos y los labios replegados en una mueca; vimos la hendidura limpia a la altura justo del hombro, donde Boon había dado al fin con su vida, y la zarpa trasera mutilada y las pequeñas protuberancias duras bajo la piel: los viejos proyectiles, las viejas victorias. Luego Ad nos dijo que el desayuno estaba listo. Comimos, y recuerdo que aquélla fue la primera vez que no oímos a los perros debajo de la cocina, aunque yo le pregunté a Ad y él me dijo que allí estaban. Era como si Old Ben,

muerto como estaba y yaciendo inofensivo sobre el patio, emanara una fuerza más poderosa que la propia vida de los perros sin la guía de Lion, y que los perros lo supieran.

La lluvia había cesado antes de medianoche, y hacia el mediodía se alzó un sol tenue y sacamos a Lion al porche, a la luz. Fue idea de Boon.

-Maldita sea -dijo-. Nunca le gustó quedarse dentro de la casa. Lo sabéis. Al menos vamos a sacarle ahí fuera para que pueda ver los bosques.

Así que Boon desprendió las tablas del piso que hacían de base del jergón, a fin de poder levantarlo sin necesidad de mover a Lion, y lo sacamos al porche y nos sentamos. La gente de Hoke.s se había enterado ya de que habíamos cazado a Old Ben, y también de lo de Lion. Debieron de llegar al centenar las personas que en el curso de la tarde vinieron a ver a Old Ben y luego a Lion; se sentaban y hablaban quedamente de Lion, de las batidas en las que había participado y los osos que había acorralado, y Lion, de cuando en cuando, abría los ojos (Boon lo había tendido de manera que pudiera ver los bosques sin moverse), no como si estuviera escuchando lo que decían, sino como si mirara los bosques unos instantes antes de volverlos a cerrar, como si recordara otra vez aquellos bosques o comprobara que aún seguían allí. Y acaso era eso lo que hacía, pues esperó hasta que oscureció para morir. Levantamos el campamento aquella noche; partimos en el carro, en medio de la oscuridad. Para entonces Boon estaba completamente borracho. Cantaba a voz en cuello.

Así fue como la muerte de Lion afectó a las dos personas que más lo amaron, en caso de que pudiera llamarse amor a los sentimientos de Boon hacia Lion, o hacia cualquier otra cosa. Y creo que se podría, pues suele decirse que uno siempre ama aquello que le hace sufrir. O puede que Boon no considerase sufrimiento el haber sido alcanzado por los zarpazos de un oso.

El mayor de Spain nunca volvió.

Nosotros sí; nos invitó a volver siempre que quisiéramos; parecía complacerle el que lo hiciéramos. Mi padre y los demás protagonistas de aquella cacería solían hablar de ello, de que tal vez podrían persuadir al mayor de que volviera siquiera una vez... Pero el mayor no quería; llegaba a ser casi cortante cuando se negaba. Recuerdo que, el verano siguiente, fui a su despacho a pedirle permiso para ir a su hacienda a cazar ardillas.

-Puedes hacerlo cuando te plazca -dijo-. Ad se sentirá contento de tener a alguien que le haga compañía.

¿Quieres llevarte a alguien contigo?

-No, señor -dije yo-. He pensado que tal vez Boon...

-Bien -dijo-. Le pondré un telegrama para que se encuentre contigo allí.

Boon era entonces jefe de policía de Hoke.s. El mayor de Spain llamó a su secretario y envió un telegrama a Boon en aquel mismo momento. No había necesidad de aguardar una respuesta. Boon estaría allí; llevaba ya veinte años como mínimo haciendo lo que el mayor de Spain le mandaba que hiciera. De modo que le di las gracias y seguí allí de pie y al cabo de unos instantes hice acopio de valor y le dije: -Quizá si usted accediera a venir...

Pero él hizo que callara. No sé cómo lo hizo porque no dijo nada de inmediato. Pareció simplemente dirigir su atención, sin siquiera moverse, hacia su escritorio y los papeles que había sobre él. Permanecí allí mirando a aquel hombre pequeño y rechoncho de cabello gris, con ropa cara y discreta e inmaculada y anticuada camisa almidonada, a quien yo estaba acostumbrado a ver con

embarrada ropa caqui, sin afeitar, a lomos de una mula y con la carabina cruzada sobre la silla, mientras Lion se erguía a su lado con la prestancia de un caballo de pura raza e inmóvil como una estatua, con la cabeza fuerte y solemne y su pecho espléndido. Ambos habían sido curiosamente afines, tal como llegan a ser dos personas estrechamente unidas durante muchos años en la ejecución de algo que los dos aman y respetan. No volvió a mirarme.

-No. Voy a estar muy ocupado.

Pero, si tienes suerte, puedes traerme unas cuantas ardillas cuando vuelvas.

-Sí, señor -dije-. Lo haré.

Llegué a Hoke.s temprano y cogí el tren maderero de la mañana y nos internamos en los bosques y me dejaron en el cruce. Todo estaba igual, aunque diferente, porque era verano y los bosques estaban en la plenitud de las hojas, muy diferentes a cuando en aquella alba acerada Boon y yo hicimos señas al tren que habría de llevarnos a Hoke.s, camino de Memphis.

Además hacía calor. Ad estaba allí en el carro para recibirme.

Nos estrechamos la mano.

-¿Está ya aquí el señor Boon?

-dije.

-Sí, claro. Llegó anoche. Para la salida del sol ya estaba en los bosques. Se fue hasta el Árbol Gomero.

Yo sabía dónde era. Se trataba de un gomero aislado y grande, situado en un viejo claro que había junto a la linde de los bosques. Si se llegaba a él con sigilo en esta época del año, justo después del alba, podía cazarse a veces hasta una docena de ardillas que, atrapadas allí al no poder saltar a ningún otro árbol, no se habían atrevido a bajar al suelo.

De modo que le dije a Ad que llevara mi equipaje a casa, que yo atravesaría el bosque cazando hasta encontrarme con Boon. No le dije que pensaba ir por la loma del acebo, pero debió de adivinarlo, porque el punto donde se paró para que me bajara estaba en línea recta con la loma y el Árbol Gomero.

-Tenga cuidado con las serpientes -dijo-. Andarán ya por ahí reptando.

-Lo tendré -dije.

Partió y me interné en los bosques.

Habían cambiado; eran diferentes.

Naturalmente, era obra del verano; cuando llegara el otoño volverían a ser como yo los recordaba. Entonces caí en la cuenta de que estaba equivocado, que ya nunca volverían a ser como yo los recordaba, como cualquiera de nosotros los recordaba, y yo, que era un muchacho, que no había tenido nunca ningún Lion, supe entonces por qué el mayor Spain sabía que no habría de volver nunca; era demasiado sabio para intentarlo. Seguí andando.

Pronto la tierra empezó a elevarse bajo mis pies y vi los acebos, y los cuatro descoloridos troncos que se alzaban en las cuatro esquinas, y en el centro la cruz de madera con la zarpa mutilada y seca de

Old Ben clavada en ella. No quedaba ya rastro de la tumba; los torrentes de la primavera habían dado cuenta de ella. Pero así era mejor, porque no era Lion quien estaba allí; no era Lion. Acaso él ahora disfrutaba de algún lugar amable, ambos; el largo desafío y la larga caza, uno con un corazón que se negaba a ser acosado y ultrajado, otro con una carne que se negaba a ser malherida y desangrada. Hacía calor y los mosquitos eran demasiado fieros como para que me quedara allí quieto; además, era ya demasiado tarde para seguir cazando. Iría al encuentro de Boon y volveríamos al campamento.

Conocía los bosques y sabía que no podía estar ya lejos del Árbol Gomero.

Entonces empecé a oír un ruido extraño. Parecía el ruido de una herrería: alguien golpeando sobre metal repetida y rápidamente. El ruido se hizo más fuerte a medida que me iba aproximando. Entonces vi el calvero, el sol; el martilleo, el furioso golpear sobre metal, era ya estrepitoso, y los árboles se abrieron y vi el Árbol Gomero y luego a Boon. Era el mismo Bonn, no había cambiado; el mismo Boon que casi había errado el tiro contra aquel negro y que había errado el tiro contra aquel ciervo, que no sabía disparar y ni aun en caso de su vieja y destartalada escopeta respondiera sin caerse a pedazos. Estaba sentado bajo el árbol, golpeando contra algo que tenía en el regazo, y entonces vi que el árbol parecía haber cobrado vida a causa de las asustadas ardillas. Las vi correr de rama en rama, tratando de escapar, y precipitarse raudas tronco abajo, y volver a subir a la copa. Entonces vi lo que Boon estaba golpeando: un trozo de su escopeta. Al acercarme vi el resto de ella hecho trizas en torno a él, en el suelo; encorvado, con su cara de nuez desencajada y apremiante y empapada de sudor, golpeaba con furia la pieza que tenía en el regazo. Estaba viviendo, como siempre había hecho, el momento presente; nada en el mundo -ni Lion ni nada perteneciente al pasado- importaba para él, salvo su cólera impotente contra su escopeta rota. No se detuvo; ni siquiera alzó la mirada para ver quién era; se limitó a gritarme con voz ronca y desesperada.

-¡Fuera de aquí! -dijo-. ¡No las toques! ¡Son mías!

Gente de antaño

Al principio no había nada salvo la fría, tenue, persistente lluvia, la gris y constante luz de aquel amanecer de avanzado noviembre y las voces de los perros que convergían en ella en alguna parte. Entonces Sam Fathers, que estaba de pie a mi espalda, como cuando hace cuatro años disparé contra mi primer conejo, me tocó y empecé a temblar, aunque no de frío, y acto seguido allí estaba el ciervo. No podíamos verle pero allí estaba; no era como un fantasma, era como si toda la luz se hubiera condensado en él y él fuera la fuente de ella, y no sólo se moviera en ella, sino que la difundiera, y corría ya, y al principio lo vimos como siempre se ve a un ciervo en esa fracción de segundo que sigue al instante en que él le ha visto a uno, y se alzaba ya en ese primer salto en el aire, con las astas semejantes en la penumbra a una pequeña mecedora en equilibrio sobre la cabeza.

-Ahora -dijo Sam-. Dispara rápido y sin precipitarte.

No recuerdo en absoluto aquel tiro.

Ni siquiera recuerdo lo que hice luego con la escopeta. Corría, y luego estaba en pie sobre él, que yacía sobre la tierra mojada, en ademán de seguir corriendo y sin ningún aspecto de estar muerto. Volví a temblar violentamente y Sam estaba a mi lado y yo tenía su cuchillo en la mano.

-No te acerques a él de frente -dijo Sam-. Si no está muerto, te hará pedazos con las pezuñas. Acércate por detrás y cógele por las astas.

Así lo hice -tiré hacia atrás de un asta y deslicé el cuchillo de Sam por la garganta tensa-, y Sam se agachó y empapó sus manos en la sangre caliente y las frotó contra mi cara. Luego hizo sonar el

cuerno y hubo un alboroto de perros a nuestro alrededor, y Jimbo y Boon Hogganbeck los retiraron de allí una vez que todos ellos hubieron probado la sangre. Luego mi padre y el mayor de Spain, a caballo, y Walter Ewell, con aquel rifle -hacía mucho tiempo que la pátina azulada del cañón se había borrado- que no fallaba nunca, nos miraban: al viejo de setenta años que durante dos generaciones había sido un negro, pero cuyo porte y semblante seguía siendo el de un jefe chickasaw, y al chico blanco de doce años con huellas de manos ensangrentadas en la cara, sin otro afán que mantenerse erguido y evitar que su temblor fuera evidente.

-¿Se portó como es debido, Sam?

-dijo mi padre.

-Se portó como es debido -dijo Sam Fathers.

Éramos el chico blanco -no un hombre todavía-, cuyo abuelo había vivido en la misma región y del mismo modo más o menos en que el chico viviría al llegar a la edad adulta, dejando a su vez a sus descendientes en aquella tierra, y el viejo de más de setenta años, cuyos abuelos habían poseído esa tierra mucho antes de que el hombre blanco hubiera puesto los ojos sobre ella, y se habían ya esfumado de ella con todos los de su especie, y su sangre -aquella sangre que dejaron tras ellos y que corría ahora en otra raza, aquella sangre que incluso fue esclava durante un tiempo y que discurría ahora hacia el fin de su ajeno curso- había quedado estéril. Pues Sam Fathers no tenía hijos.

Su abuelo fue el propio Ikkemotubbe, que se puso a sí mismo el nombre de Doom. Sam me contó la historia: Ikkemotubbe, hijo de la hermana del viejo Issetibbeha, escapó en su juventud a Nueva Orleans, y siete años más tarde volvió a la plantación, en el norte de Mississippi, con un compañero francés llamado Chevalier Soeur-Blonde de Vitry, que a su vez debía de haber sido el Ikkemotubbe de su familia y que llamaba ya “Du Homme” a Ikkemotubbe, y la esclava que habría de ser la abuela de Sam, y casaca y sombrero con galones de oro y una cesta de mimbre con una camada de cachorros y una tabaquera de oro llena de polvo blanco. Salieron a su encuentro en el río dos o tres compañeros de soltería en su juventud, y a la luz de una tea humeante, que centelleaba sobre los galones dorados de la casaca y el sombrero, Doom sacó de la cesta uno de los cachorros, le puso una pizca de polvo blanco de la tabaquera de oro en la lengua y el cachorro, de inmediato, dejó de ser un cachorro para siempre.

Al día siguiente, el hijo de ocho años de su primo Moketubbe -jefe hereditario del clan al morir Issetibbeha- murió súbitamente, y aquella tarde Doom, en presencia de Moketubbe y de la mayor parte de los otros (de la Gente, como Sam los llamó siempre), sacó otro cachorro de la cesta y le puso una pizca de polvo blanco en la lengua, y entonces Moketubbe abdicó y Doom se convirtió en efecto en el Hombre, como su amigo francés ya le llamaba de antemano.

Doom casó a la esclava, embarazada a la sazón, con uno de los esclavos que acababa de heredar -de ahí el nombre de Sam Fathers(1#), pues en chickasaw su nombre fue Tuvo-DosPadres-, y más tarde, hace casi cien

(1#) Fathers: padres. (N. del T.) años, vendió a ambos y al niño (su propio hijo) a mi bisabuelo.

Sam había vivido hasta hacía tres años en nuestra granja, que estaba a cuatro millas de Jefferson, aunque de lo único que se ocupó allí siempre fue de los trabajos de herrería y carpintería. Vivía entre negros, en una cabaña entre cabañas, y trataba con negros y se vestía como los negros y hablaba como los negros y de cuando en cuando asistía a una iglesia para negros. Pero, pese a todo ello, seguía siendo el nieto de aquel jefe indio, y los negros lo sabían. También la abuela de Boon Hogganbeck había sido una chickasaw, y aunque a partir de entonces la sangre había sido blanca y Boon era él mismo un hombre blanco, su sangre india no era la de un jefe.

Podía verse al instante la diferencia cuando se los veía juntos, e incluso Boon parecía saber que existía aquella diferencia; incluso Boon, a quien, siguiendo su tradición, jamás se le había ocurrido pensar que pudiera haber alguien mejor nacido que él mismo. Un hombre podía ser más listo, admitía, o más rico (con más suerte, como él decía), pero no mejor nacido.

Boon era un mastín, absolutamente fiel a mi padre y al mayor de Spain, de quienes dependía por entero hasta para el propio sustento; era muy valeroso e intrépido, esclavo de todos los apetitos y casi irracional. Era Sam Fathers quien, no sólo ante mi padre sino ante todos los blancos, se comportaba con gravedad y dignidad y sin servilismo, o sin recurrir a aquel muro impenetrable de pronta y fácil risa jubilosa que los negros suelen alzar entre ellos y los blancos; trataba a mi padre no únicamente de hombre a hombre, sino como un hombre de edad trata a otro más joven.

Él me enseñó lo que aprendí de los bosques, y a cazar, y cuándo debía disparar y cuándo no debía disparar, y cuándo matar y cuándo no matar, y mejor aún, lo que debía hacer luego con las piezas. Solía hablarme, sentados ambos bajo las cercanas y vivas estrellas, sobre la cima de una colina en el estío, mientras esperábamos oír a los perros, que volvían hostigando al zorro rojo o gris, o junto al fuego en los bosques de noviembre o de diciembre, mientras los perros seguían el rastro de un mapache a lo largo del arroyo, o en la negrura de pez y el pesado rocío de las mañanas de abril sin hoguera alguna, apostados bajo la percha donde dormían los pavos, a la espera de la luz del día. Yo no le hacía preguntas; Sam era sordo a las preguntas. Me limitaba a esperar y a escuchar, pues en su momento él empezaría a hablar de los viejos tiempos y de la Gente, a la cual no había conocido y por tanto no podía recordar, y para la que la otra raza cuya sangre corría en él no le había brindado sustituto alguno.

Y gradualmente, a medida que hablaba de aquellos viejos tiempos y de aquellos hombres esfumados y muertos y pertenecientes a una raza distinta de las que yo conocía, los viejos tiempos dejaban de ser viejos tiempos y se convertían en presente, no sólo como si hubieran tenido lugar ayer sino como si estuvieran teniendo lugar hoy y algunos de ellos no hubieran tenido lugar todavía y fueran a acontecer mañana, de modo que al final me daba la impresión de que ni siquiera yo existía todavía, de que nadie de mi raza ni de la otra raza que trajimos con nosotros a esta tierra había puesto aún pie en ella; de que, aunque hubiera pertenecido a mi abuelo y ahora fuera de mi padre y algún día fuera mía aquella tierra en la que cazábamos y sobre la que ahora descansábamos, nuestro derecho sobre ella era en realidad tan banal e irreal como aquel título arcaico y desvaído que figuraba en uno de los libros de registro de propiedad de la ciudad, y de que allí el huésped era yo, y Sam Fathers el portavoz del anfitrión.

Hasta hacía tres años habían sido dos: Sam y un chickasaw de pura raza, que en cierto modo resultaba más asombrosamente perdido incluso que el propio Sam Fathers. Se hacía llamar Jobaker, como si su nombre fuera una sola palabra. Nadie conocía nada de su historia. Era un eremita; vivía en una pequeña y mugrienta cabaña situada en la bifurcación del arroyo, a cuatro o cinco millas de nuestra granja y aproximadamente a la misma distancia de cualquier otra morada. Vivía de la caza y de la pesca y no tenía trato con nadie, ni negro ni blanco; ningún negro se atrevía siquiera a cruzarse en su camino, y ningún hombre se atrevía a acercarse a su choza excepto Sam, y yo solía verlos juntos, quizá una vez al mes, en el taller de Sam: los dos viejos, en cuclillas sobre el suelo sucio, hablando en una mezcla de inglés negroide y de dialecto llano de las colinas, en la que de cuando en cuando se deslizaba alguna frase en aquella vieja lengua que yo, a medida que pasaba el tiempo y seguía sentándome con ellos a escucharles, empezaba a aprender. Luego Jobaker murió. Es decir, nadie lo vio durante un tiempo.

Entonces una mañana, Sam Fathers desapareció también; ninguno de los negros sabía dónde ni cuándo, hasta aquella noche en que unos negros que cazaban zarigüeyas vieron las súbitas llamaradas

y se acercaron. Era la choza de Joe Baker, pero antes de que pudieran aproximarse a ella alguien disparó contra ellos. Era Sam.

Nadie logró encontrar nunca a Joe Baker.

Dos días después, Sam bajó a la ciudad a pie y entró en la oficina de mi padre. Yo estaba allí; entró sin llamar y se quedó de pie delante de mi padre, él, el indio, con aquel rostro indio pese a sus ropas de negro.

-Quiero irme -dijo-. Quiero irme a vivir al gran valle.

-¿A vivir? -dijo mi padre.

-Puede arreglarlo con el mayor de Spain -dijo Sam-. Podría vivir en el campamento y mantenerlo listo para cuando vayan ustedes. O construirme yo mismo una casita.

Ambos se miraron durante unos instantes. Al cabo mi padre dijo: -De acuerdo. Yo lo arreglaré.

Y Sam se fue. Y eso fue todo.

Yo tenía nueve años entonces; me parecía perfectamente natural el que nadie, ni siquiera mi padre, discutiera con Sam, del mismo modo que yo no hubiera osado hacerlo. Pero no podía entender por qué Sam actuaba así.

-Si Joe Baker ha muerto, como dicen -dije-, y a Sam ya no le queda nadie de su raza, ¿por qué quiere irse al gran valle, donde nunca podrá ver a nadie más que a nosotros, y sólo unos pocos días, cuando vayamos a cazar en otoño?

Mi padre me miró. No con ojos curiosos, sino pensativos. Entonces no me di cuenta. No recordé aquella mirada hasta más tarde. Luego dejó de mirarme.

-Tal vez sea eso lo que quiere -dijo.

Así que Sam se fue. Poseía tan poco que pudo llevárselo consigo. Y a pie. No permitió que mi padre hiciera que le llevaran en carro, no quiso llevarse ninguna mula. Simplemente se fue una mañana. La cabaña, en la que había vivido durante años y en la que no había sin embargo muchas cosas, quedó vacía; el taller, en el que nunca había habido gran actividad, quedó ocioso. En noviembre, año tras año, viajábamos al gran valle, al campamento; el mayor de Spain y mi padre y Walter Ewell y Boon y tío Ike McCaslin y dos o tres personas más, con Jimbo y tío Ash de cocineros, y los perros. Y allí estaba Sam; nunca dejó traslucir si se alegraba de vernos; nunca dejó traslucir si le apenaba vernos marchar. Iba conmigo cada mañana hasta mi puesto, antes de que soltaran a los perros. Mi emplazamiento era de los peores, naturalmente, pues yo tenía sólo nueve y diez y once años y nunca había visto siquiera un ciervo a la carrera. Y allí nos apostábamos; Sam un poco más atrás y desarmado, igual que cuando, a los ocho años, disparé a aquel conejo que corría. Solíamos quedarnos allí, en los amaneceres de noviembre, y al cabo de un rato oíamos a los perros. A veces llegaban raudos y pasaban de largo, muy cerca, fragorosos e invisibles; en cierta ocasión oímos los cinco pesados estampidos de la vieja escopeta de repetición de Boon, con la que jamás había matado nada mayor que un conejo o una ardilla -sorprendidos en reposo-, y en otra, desde nuestro puesto, oímos dos veces el estampido seco y sin reverberación del rifle de Walter Ewell, y entonces no era necesario esperar a oír su cuerno, pues no fallaba jamás.

-Nunca conseguiré un buen disparo -decía yo-. Nunca conseguiré matar ninguna pieza.

-Sí, lo lograrás -decía Sam-.

Debes esperar. Llegarás a ser un cazador. Llegarás a ser un hombre.

Y lo dejábamos allí. Solía venir hasta el camino, donde nos esperaba el coche, para volver solo al campamento con los caballos y las mulas; como Sam vivía en el campamento de forma permanente, mi padre y el mayor de Spain dejaban allí los caballos y los perros. Ellos solían adelantarnos a caballo, y tío Ash y Jimbo y yo íbamos con Sam en el carro, con las camas de campaña y la carne y las cabezas y las astas, las mejores astas.

El carro serpeaba por entre los imponentes gomeros y cipreses y robles, en donde jamás había retumbado el hacha, y las impenetrables marañas de caña y brezo, murallas ambas cambiantes aunque inmutables, allende las cuales, no muy distante, la inmensidad salvaje parecía inclinarse, encorvándose un poco, para mirarnos y escuchar, no con hostilidad manifiesta, puesto que éramos demasiado insignificantes y nuestra estancia allí demasiado breve e inofensiva para concitar enemistad, sino tan sólo cerniéndose, oculta y casi indiferente. Luego emergíamos, dejábamos la espesura a nuestra espalda, y la línea de separación resultaba tan marcada como un muro con portón.

Súbitamente, a ambos lados, se extendían esquilmados campos de algodón y de maíz, desolados e inmóviles bajo la lluvia gris; habría una casa también, y establos, donde la mano del hombre arañó en un tiempo fugazmente, manteniéndolos en pie. El muro de espesura quedaba a nuestra espalda, imponente y quieto y en apariencia impenetrable a la luz apagada y gris. El coche estaría esperándonos, y junto a él, ya pie en tierra, mi padre y el mayor de Spain y tío Ike. Entonces Sam se bajaba del carro y montaba uno de los caballos y se volvía atrás, con las demás monturas atadas en hilera a su espalda. Yo solía mirarlo unos instantes, recortado sobre el muro alto y arcano, haciéndose más pequeño por momentos. Él no miraba atrás. Y al fin se adentraba en él, retornando a lo que constituía -según creía yo, y pienso que también mi padre- su aislamiento y su soledad.

Así, el momento había llegado; apreté el gatillo y dejé de ser un niño para siempre y me convertí en un cazador y en un hombre. Era el último día. Levantamos el campamento aquella tarde, y partimos; mi padre y el mayor de Spain y el tío Ike y Boon montando los caballos y las mulas, y Walter Ewell y el viejo Ash y Jimbo y yo con Sam en el carro, con el equipaje y la piel y las astas de mi ciervo. Podría haber habido otros trofeos en el carro, pero yo no habría reparado en ellos, pues para mí era prácticamente como si Sam y yo siguiéramos solos y juntos en mi puesto, como aquella mañana. El carro serpeaba zarandeándose entre aquellos muros cambiantes e inmutables, más allá de los cuales la inmensidad salvaje nos miraba al pasar, lejos de ser hostiles ya, nunca ya hostiles desde que mi ciervo seguía saltando y saltaba para siempre, mientras los trémulos cañones de mi escopeta cada vez más firmes, firmes para siempre al fin, retumbaban; y el instante en que el ciervo, pese a ser su instante mortal, saltó, ya para siempre inmortal, y el disparo y Sam Fathers y yo y la sangre con la que me había marcado para siempre éramos uno en la inmensidad salvaje, que al fin me había aceptado porque Sam había dicho que me había portado como debía.

El carro seguía su curso serpenteante cuando, de pronto, Sam lo detuvo y todos pudimos oír el inconfundible e inolvidable ruido que hace un ciervo al salir al descubierto.

Entonces Boon gritó desde más allá del recodo del sendero; mientras permanecíamos quietos en el carro parado, y Walter y yo tratábamos de alcanzar las escopetas, Boon volvía al galope por el sendero, azotando a la mula con el sombrero y gritándonos con la cara desencajada y llena de estupor. Luego aparecieron por el recodo mi padre y los demás.

-¡Coged a los perros! -gritaba Boon-. ¡Coged a los perros! ¡Aunque tuviera sólo un asta, tendría catorce puntas! ¡Estaba allí mismo, en aquel bosquecillo de papayos! ¡Si llego a saberlo, le habría cortado el cuello con mi navaja!

-A lo mejor por eso salió corriendo -dijo Walter-. Vio que no llevabas escopeta.

Walter se había bajado ya del carro con su rifle. Luego me bajé yo con mi escopeta, y mi padre y el mayor de Spain y tío Ike acababan de llegar y Boon se bajó de la mula como pudo y se puso a hurgar entre el equipaje en busca de su escopeta, mientras seguía gritando: -¡Los perros! ¡Los perros!

Y también a mí me pareció que iban a tardar toda una eternidad en decidir qué hacer: ellos, los viejos en cuyas venas la sangre discurría lenta y fría, en quienes la sangre, en el curso de los años que nos separaban, se había vuelto una sustancia diferente y más fría que la mía, e incluso que la de Boon y Walter.

-¿Qué dices tú, Sam? -dijo mi padre-. ¿Podrán los perros hacer que vuelva?

-No necesitamos a los perros -dijo Sam-. Si no oye a los perros tras él, dará un rodeo y hacia la puesta del sol volverá aquí para dormir.

-Muy bien -dijo el mayor de Spain-. Vosotros, muchachos, coged los caballos. Nosotros seguiremos en el carro hasta el camino y nos quedaremos esperando.

Así que mi padre y el mayor y tío Ike subieron al carro, y Boon y Walter y Sam y yo montamos en los caballos y dimos la vuelta y salimos del sendero. Cabalgamos durante aproximadamente una hora en la tarde gris e indistinta, cuya luz no era muy diferente de la del amanecer y se convertiría en oscuridad bruscamente, sin estadios intermedios. Entonces Sam hizo que nos detuviéramos.

-Nos hemos alejado ya lo suficiente -dijo-. Vendrá en dirección contraria al viento, y le disgusta el olor de las mulas.

Desmontamos, pues, y atamos a las mulas y seguimos a pie a Sam en la tarde indistinta, por los bosques sin sendas.

-Tienes tiempo -me dijo Sam en cierto momento-. Llegaremos antes que él.

Así que traté de ir más despacio.

Es decir, traté de aminorar, de hacer más lenta la vertiginosa precipitación del tiempo, de aquel tiempo en el que el ciervo que ni siquiera había visto estaba moviéndose, de aquel tiempo que -según me parecía- lo estaba alejando más y más y cada vez más irremediablemente de nosotros, pese a que ningún perro lo hacía huir a la carrera todavía. Seguimos caminando; me pareció que caminamos por espacio de una hora.

De pronto, estábamos sobre la ladera de un cerro. Nunca había estado allí, tampoco podía ver el cerro; lo único que sabía era que el terreno se había elevado ligeramente, pues la maleza se había espaciado un tanto y el suelo que no podía verse ascendía hacia una tupida urdimbre de cañas.

-Aquí es -dijo Sam-. Seguid el cerro y llegaréis a dos cruces. Ya veis las huellas.

Boon y Walter siguieron adelante.

Pronto desaparecieron de nuestra vista, y una vez más Sam y yo nos quedamos inmóviles contra el tronco de un roble de los pantanos, entre unos matorrales semejantes a mechones, y de nuevo, como a la mañana, no hubo nada.

Había la alta y melancólica soledad, a la luz mortecina; había el leve susurro de la tenue y fría lluvia que no había cesado en todo el día; entonces, como si hubiera estado esperando a que nos apostáramos y permaneciéramos inmóviles, la inmensidad salvaje volvió a respirar.

Parecía inclinarse sobre sí misma, por encima de nuestras cabezas, por encima de Walter y de Boon, de mí y de Sam, ocultos en nuestros respectivos escondites, tremenda y alerta e imparcial y omnisciente, mientras el ciervo se movía dentro de ella en alguna parte, sin lanzarse a la carrera, pues no había sido perseguido, ni temeroso ni temible sino sólo alerta, como nosotros, tal vez ya dando un rodeo, tal vez muy cerca, consciente también de la mirada del Árbitro inveterado e inmortal. Porque yo tenía tan sólo doce años y algo me había sucedido aquella mañana: en menos de un segundo había dejado para siempre de ser el niño que había sido hasta ayer.

O acaso aquello no importaba; acaso ni siquiera un hombre urbano -y menos aún un niño- habría podido comprenderlo; acaso únicamente quienes crecen en el campo lleguen a entender el amor por la vida que derraman. Empecé otra vez a temblar.

-Me alegro de que el temblor me empiece ahora -susurré-. Así se me habrá pasado cuando levante la escopeta...

-Calla -dijo Sam.

-¿Tan cerca está? -susurré. No nos movíamos al hablar: sólo nuestros labios daban forma a las expirantes palabras-. ¿Crees que...?

-Silencio -dijo Sam.

Así que me callé. Pero no pude reprimir el temblor. No traté de hacerlo, pues sabía que cesaría cuando precisara la firmeza, ya que Sam Fathers había hecho de mí un cazador.

Permanecimos allí inmóviles, respirando apenas. Pronto caería el sol, si es que aquel día había habido alguno. Hubo una condensación, una densificación de lo que en un principio consideré la luz constante y gris, hasta que caí en la cuenta de que era mi propia respiración, mi corazón, mi sangre... algo, y de que Sam me había marcado realmente con algo que conservaba de su pueblo desaparecido y olvidado. Entonces dejé de respirar, y quedó sólo mi corazón, mi sangre, y en el silencio que siguió, la inmensidad salvaje dejó de respirar también, inclinándose, agachándose en lo alto, con el aliento contenido, tremenda e imparcial y a la espera. Entonces el temblor cesó como ya sabía que sucedería, y quité el seguro de la escopeta.

Entonces aquello pasó. Terminó.

La soledad no volvió a respirar; había dejado de mirarme, simplemente, y miraba hacia otra parte, y yo sabía, tan bien como si lo hubiera visto, que el ciervo había llegado hasta el borde del cañaveral y que, al vernos u olfatearnos, había vuelto a internarse en él. Pero la soledad seguía sin respirar, se limitaba a mirar hacia alguna otra parte. Así que no me moví, y entonces, un segundo después de caer en la cuenta de lo que estaba esperando oír, lo oímos: el seco y único estampido del rifle de Walter Ewell, tras el cual no había que esperar el sonido del cuerno. Luego el sonido del cuerno nos llegó ladera abajo, y también de mi interior escapó algo y entonces supe que nunca había creído realmente que fuera a conseguir aquel disparo.

-Parece que ya está -dije-.

Walter lo atrapó.

Me disponía ya a salir de la maleza, con la escopeta desplazada al frente y el pulgar otra vez sobre el seguro, cuando Sam dijo: -Espera.

Y recuerdo que me volví a él, con la crueldad que da a un muchacho el pesar por la oportunidad perdida, por la fortuna perdida, y le dije: -¿Que espere? ¿A qué? ¿No has oído el cuerno?

Y recuerdo cómo estaba Sam. No se había movido. No era alto, era más bien ancho y achaparrado; yo había crecido mucho en aquel último año y no había gran diferencia de estatura entre nosotros, y sin embargo Sam estaba mirando por encima de mi cabeza.

Estaba mirando más allá de mí, hacia lo alto del cerro, de donde provenía el sonido del cuerno de Walter, y a mí no me veía. Simplemente sabía que estaba allí, pero no me veía. Y entonces vi al ciervo. Bajaba por el cerro; era como si saliera del sonido mismo del cuerno que anunciaba su muerte. No corría; caminaba, imponente y pausado, inclinando y ladeando la cabeza para hacer pasar las astas a través de la maleza, y yo permanecía allí, ahora con Sam a mi lado y no detrás, como siempre había estado, y mi escopeta, el arma que sabía que no iba a usar, estaba ya alzada hacia delante y sin seguro.

Entonces nos vio. Y sin embargo no emprendió la huida. Se paró un instante, más alto que cualquier hombre, mirándonos; luego templó, aprestó los músculos. Ni siquiera modificó su rumbo, no huyó, no corrió siquiera; se puso en movimiento con esa soltura alada y sin esfuerzo de los ciervos, y pasó a menos de veinte pies de nosotros con la cabeza alta y la mirada sin orgullo ni altivez, sino abierta y salvaje y sin miedo, y Sam, a mi lado, estaba con el brazo derecho en alto y la palma hacia el frente, hablando en aquella lengua que yo había aprendido de escucharla en boca de él y Joe Baker, mientras el cuerno de Walter, allá en la cima, seguía sonando, convocándonos a festejar la muerte de un ciervo.

-Salud, Jefe -dijo Sam-. Abuelo.

Cuando llegamos arriba, Walter estaba de espaldas a nosotros, mirando al ciervo que yacía a sus pies. No alzó la vista siquiera.

-Ven aquí, Sam -dijo quedamente.

Nos acercamos a él, y tampoco alzó la vista; siguió de pie, mirando el pequeño ciervo de astas primarias que en la primavera pasada habría sido apenas un cervato-. Era tan pequeño que estuve a punto de dejarle escapar -dijo-. Pero mira las huellas que ha ido dejando. Son casi tan grandes como las de una vaca. Si al lado de estas huellas que llegan hasta él hubiera otras, juraría que hubo otro ciervo que no llegué a ver.

Cuando llegamos al camino donde nos esperaba el coche había oscurecido.

Empezaba a hacer frío, la lluvia había cesado, el cielo se iba despejando paulatinamente. Mi padre y el mayor de Spain y tío Ike habían encendido un fuego.

-¿Lo cazasteis? -dijo mi padre.

-Hemos cazado un conejo de los pantanos de buen tamaño y con astas primerizas -dijo Walter, descolgando de su mula el pequeño ciervo.

-¿Ninguno de vosotros ha visto al grande? -dijo mi padre.

-No creo siquiera que lo viera Boon -dijo Walter-. Puede que tropezara con una vaca perdida y la confundiera con un ciervo.

Entonces Boon estalló en maldiciones; maldijo, para empezar, a Walter y a Sam por no llevarse a los perros, y luego al ciervo y finalmente contra todo.

-No importa -dijo mi padre-. Lo tendremos aquí esperándonos el otoño que viene. Será mejor que salgamos para casa ahora mismo.

Era pasada la medianoche cuando dejamos a Walter a la puerta de su casa, a dos millas de la ciudad, y bastante más tarde cuando hicimos lo mismo con el mayor de Spain y tío Ike en casa del mayor. Hacía frío; el cielo estaba despejado; para la salida del sol habría caído una intensa helada; bajo los cascos de los caballos y bajo las ruedas se había ya formado hielo en el terreno. Yo no había dormido gran cosa, sólo un poco, y no a causa del frío. Pero de pronto le estaba contando a mi padre todo aquello, mientras el coche rodaba hacia nuestra casa sobre el suelo helado y los caballos, ante la proximidad del establo, volvían a emprender el trote. Mi padre me escuchó en absoluto silencio.

-¿Por qué no? -dijo-. Piensa en todo lo que ha sucedido aquí, en esta tierra. En toda la sangre ardiente y violenta y fuerte que ha perseguido la vida, el placer. También pasaron pesadumbre y sufrimiento, naturalmente, pero en cualquier caso sacando siempre algo de todo ello, mucho, porque en última instancia uno no tiene por qué seguir soportando aquello que considera sufrimiento, pues siempre puede poner fin a tales situaciones. E incluso el sufrimiento y la pesadumbre son mejores que nada; no hay nada peor que no estar vivo. Pero uno no puede vivir eternamente, uno siempre consume la vida antes de agotar todas las posibilidades de vivir. Y todo ello debe estar en alguna parte; la tierra es poco profunda; al cavar en ella pronto se llega a la roca. Y ni siquiera ella quiere retener en su seno a las cosas. Mira las simientes, las bellotas, mira lo que sucede con la carroña cuando uno trata de enterrarla: también ella se niega, también ella hierve y pugna hasta salir de nuevo al aire y a la luz, aún ávida del sol. Y ellos... -levantó la mano un instante hacia el cielo, donde brillaban las estrellas, bruñidas y heladas-, ellos no quieren eso, no lo necesitan. Además, ¿qué es lo que podría él buscar, vagando por aquellos parajes, cuando nunca tuvo tiempo suficiente para hacerlo por toda la tierra en vida, cuando hay multitud de lugares en la tierra, multitud de lugares aún idénticos a los de entonces, cuando, siendo él aún de carne y hueso, la sangre era gozada y consumida?

-Pero nosotros deseamos su presencia -dije yo-. Queremos que sigan entre nosotros. Hay sitio para ellos.

-De acuerdo -dijo mi padre-. Pero supón que carecen de sustancia, que no pueden proyectar sombra.

-¡Pero yo lo vi! -grité-. ¡Lo vi!

-Calma -dijo mi padre. Dejó que su mano descansara un instante sobre mi rodilla-. Calma. Sé que lo viste.

También yo lo vi. Sam me llevó una vez allí después de matar mi primer ciervo.

Cuestión de leyes

Lucas echó hacia atrás la silla y se levantó de la mesa donde había cenado. Dirigió a su hija Nat, cuya expresión era hosca y alerta, una sola mirada fría.

-Me voy camino abajo -dijo.

-¿A estas horas de la noche?

¿Adónde? -le preguntó su mujer-.

¡Ayer te pasaste la noche entera rondando por el valle; volviste justo a tiempo para enganchar y llegar al campo a la salida del sol! Necesitas acostarte si es que has de acabar de sembrar antes de que Roth Edmonds...

Pero ya estaba fuera de la casa y no tenía que seguir oyéndola, ahora estaba en el camino, que discurría desvaído y en penumbra bajo el cielo sin luna de la temporada de la siembra del maíz, luego entre los campos donde el mes próximo, cuando la chotacabras empezase a cantar, plantaría el algodón, después en el portón y en el camino particular y bordeado de robles que ascendía hacia la cima, donde brillaban las vivas luces de la casa del amo.

Personalmente, no tenía nada en contra de George Wilkins. Si George Wilkins se hubiera limitado a cultivar, a trabajar la tierra que, lo mismo que él, tenía en aparcería con Roth Edmonds, él, Lucas, habría accedido de buen grado a que Nat se casara con George, de mejor grado que con cualquiera de la mayor parte de los negros machos de la vecindad. Pero no estaba dispuesto a permitir que ni George Wilkins ni nadie viniera a la región en la que él había vivido durante cuarenta y cinco años y se pusiera a hacerle la competencia en un negocio que, desde sus comienzos, venía trabajando cuidadosa y discretamente por espacio de veinte años; desde que montó su primer alambique, durante la noche y en el mayor secreto, pues no había necesidad de que nadie le dijera lo que Roth Edmonds haría en caso de enterarse.

No tenía miedo de que George lograra robarle parte de su clientela de siempre con aquella especie de bazofia para cerdos que había empezado a fabricar hacía tres meses y a la que llamaba whisky. Pero George Wilkins era un necio sin discreción a quien tarde o temprano, inevitablemente, acabarían atrapando, y en consecuencia, tras cada arbusto de la hacienda de Roth Edmonds habría un agente del sheriff apostado toda la santa noche durante los próximos diez años. Y él, Lucas, no sólo no estaba dispuesto a que su hija Nat se casara con un necio, sino que no tenía intención de permitir que un necio viviera en el mismo lugar que él.

Cuando llegó a la gran casa, no subió las escaleras. Se quedó al pie de ellas, golpeando con los nudillos el borde de la veranda, hasta que Edmonds apareció en la puerta y escrutó la oscuridad.

-¿Quién es? -dijo.

-Luke -dijo Lucas.

-Acércate, ponte a la luz -dijo Edmonds.

-Hablaré desde aquí -dijo Lucas.

Edmonds se adelantó. Lucas era el más viejo; de hecho, cuando el padre de Carothers Edmonds murió, él llevaba ya veinticinco años en aquella tierra, trabajando los mismos acres y viviendo en la misma casa. Lucas tenía sesenta años como mínimo; se sabía que tenía una hija ya con nietos, y que probablemente era más solvente que el propio Edmonds, pues no poseía nada que exigiera reparaciones y vallados y acequias fertilizantes, y por lo cual hubiera de pagar impuestos.

Y sin embargo Lucas, en aquel momento, dejó de ser el negro que era y se convirtió en un “negro”(1#), no tanto reservado cuanto impenetrable,

(1#) “Nigger”, en oposición a “Black” o “Negro”, es un término despectivo sin correspondencia cabal en castellano y que en el contexto que nos ocupa atiende más a las características específicas de

la raza sometida (en cuanto vista por un blanco) que a un ánimo ofensivo. (N. del T.) no servil ni recatado en extremo, sino inmóvil allí en la penumbra, bajo el hombre blanco, envuelto en una aura de estupidez intemporal e impasible, casi como un olor.

-George Wilkins tiene una destilería en la hondonada que hay detrás del viejo campo del oeste -dijo con voz absolutamente uniforme y sin inflexiones-. Si quieren también el whisky, dígales que miren debajo del suelo de la cocina.

-¿Qué? -dijo Edmonds. Y entonces empezó a rugir (en el mejor de los casos, era un hombre de temperamento sanguíneo)-: ¿No os he dicho ya a vosotros, negros, lo que haría en cuanto descubriera la primera gota de ese brebaje ilegal en mis tierras?

-George Wilkins debería oírlo también -dijo Lucas-. A mí no tiene que decírmelo. Llevo en este lugar cuarenta y cinco años, y usted jamás habrá oído que yo haya tenido tratos con whisky de ningún tipo aparte de esa botella de whisky de la ciudad que su padre y usted me han regalado siempre por Navidad.

-Ya lo sé -dijo Edmonds-. Tienes la sensatez suficiente, pues sabes de sobra lo que haría si alguna vez te cogiera. Y George Wilkins, para la salida del sol, deseará... -Lucas permaneció allí de pie, inmóvil, parpadeando un poco, escuchando primero el rápido golpeteo de los tacones iracundos del hombre blanco, y luego el prolongado y violento chirrido de la manivela del teléfono, y a Edmonds gritando al aparato-: ¡Sí! ¡Él sheriff! ¡Me tiene sin cuidado dónde esté! ¡Encuéntrele!

Lucas esperó a que Edmonds hubiera terminado.

-Supongo que no me necesitará para nada más -dijo.

-No -dijo Edmonds desde el interior de la casa-. Vete a casa y acuéstate. Quiero que para mañana a la noche tengas plantada toda tu parcela sur del arroyo. Te has pasado el día por ahí alelado, como si no te hubieras acostado en una semana.

Lucas volvió a casa. Estaba cansado. Se había pasado en vela la mayor parte de la noche anterior, primero siguiendo a Nat para ver si iba a encontrarse con George Wilkins después de habérselo prohibido, luego en su rincón secreto de la parte baja del arroyo, ejecutando la última parte del plan y desmantelando su alambique y transportándolo pieza a pieza y ocultándolo más abajo del valle, y finalmente volviendo a casa apenas una hora antes del alba.

La casa estaba oscura; sólo se alcanzaba a ver el débil fulgor en la habitación donde él y su mujer dormían: las brasas entre cenizas, el fuego que encendiera en el hogar cuarenta y cinco años atrás, cuando se mudó a aquella casa, y que seguía ardiendo entonces. El cuarto donde dormía su hija estaba a oscuras. No necesitaba entrar en él para saber que estaba vacío. Contaba con ello. A George Wilkins le había sido dado disfrutar una noche más de compañía femenina, porque al día siguiente iba a fijar su residencia para mucho tiempo en un lugar en donde no la tendría.

Cuando se metió en la cama, su mujer, sin despertar siquiera, dijo: -¿Dónde has estado? Toda la noche por los caminos, mientras la tierra pide a gritos la siembra... -Y dejó de hablar, aún dormida, y él, algún tiempo después, despertó.

Era pasada la medianoche; yacía bajo la colcha, sobre el colchón desnudo; no triunfante, no vindicativo.

Estaría sucediendo más o menos entonces. Sabía cómo actuaban: el sheriff blanco y los funcionarios del fisco y los policías reptarían sigilosamente entre los matorrales, empuñando una o dos

pistolas, rodearían el alambique y olisquearían cada tocón y alteración del terreno como perros de caza, hasta dar con todas y cada una de las jarras y barriles, que cargarían luego hasta donde les esperaba el coche; tal vez hasta echarían un trago o dos para protegerse del frío nocturno antes de volver al escondrijo del alambique, donde esperarían sentados a que George Wilkins entrara en él candorosamente.

Tal vez -pensó- aquello le serviría de lección a George Wilkins: la próxima vez se pensaría muy bien con la hija de quién se le ocurriría tontear.

Luego su mujer, inclinada sobre la cama, le sacudía y gritaba. Acababa de amanecer. Corrió tras ella, en camisa y calzoncillos, y salieron al porche trasero. En el suelo, desvencijado y lleno de composturas, estaba el alambique de George Wilkins; sobre el porche podía verse también un abigarrado conjunto de tarros para fruta y jarras de gres y algún barril y un bidón de aceite de cinco galones que, a los ojos horrorizados y aún ofuscados por el sueño de Lucas, parecía poder contener el suficiente líquido como para llenar un abrevadero para caballos de diez pies de largo.

Hasta podía ver tal líquido en los tarros de cristal: un fluido desvaído e incoloro, en el que aún flotaban las cáscaras trituradas de grano que el alambique de décima mano de George Wilkins no había logrado desechar.

-¿Dónde estuvo Nat anoche? -gritó, sacudiendo a su mujer por el hombro-. ¿Dónde estuvo Nat, mujer?

-Salió nada más salir tú -gritó su mujer-. ¡Te siguió! ¿No lo sabías?

-Lo sé ahora -dijo Luke-. ¡Trae el hacha" -dijo-. ¡Destroza esto! No tenemos tiempo para llevárnoslo de aquí.

Pero tampoco tuvieron tiempo de hacer nada. Fue el sheriff en persona, seguido de uno de sus agentes, quien apareció por una esquina de la casa.

-Maldita sea, Luke -dijo el sheriff-. Te creía más sensato.

-Esto no es mío -dijo Lucas-. Y usted lo sabe. George Wilkins...

-No te preocupes por George Wilkins -dijo el sheriff-. También le he detenido. Está ahí fuera, en el coche, con esa chica tuya. Vete a ponerte los pantalones. Nos vamos a la ciudad.

Dos horas después se encontraba en el despacho del comisario, en el Palacio de Justicia Federal de Jefferson; con semblante inescrutable, parpadeando un poco, escuchaba la pesada respiración de George Wilkins, que estaba a su lado, y las voces de los hombres blancos.

-Maldita sea, Carothers -dijo el comisario-. ¿Qué clase de historia de Montescos y Capuletos senegambianos es ésta?

-¡Pregúnteles a ellos! -dijo Edmonds con violencia-. Wilkins y la chica de Luke quieren casarse. Luke no quiere ni oír hablar del asunto por algún motivo..., y ahora creo que estoy descubriendo cuál es. Así que anoche Luke vino a mi casa y me dijo que Wilkins tenía un alambique en mis tierras, pues sabía condenadamente bien lo que yo haría, no en vano llevo años diciéndoles a esos negros de mi hacienda lo que iba a hacer si alguna vez descubría una sola gota de ese maldito whisky del demonio en mis tierras...

-Y recibimos la llamada telefónica del señor Roth -ahora era uno de los agentes quien hablaba: un hombre rechoncho y locuaz, con las piernas embarradas a la altura de las pantorrillas y el semblante un tanto tenso y fatigado-, y fuimos allí y el señor Roth nos dijo dónde mirar. Pero en la hondonada donde él dijo no había ningún alambique, así que nos sentamos y nos pusimos a pensar dónde esconderíamos un alambique si fuéramos uno de los negros del señor Roth, y fuimos y miramos y al cabo de un rato, en efecto, allí estaba, desmontado y escondido todo con el cuidado y esmero del mundo, en la parte baja del arroyo, entre unos espesos matorrales. Pero se acercaba la hora del amanecer, así que decidimos volver a casa de George Wilkins para mirar debajo del piso de la cocina, como nos había dicho el señor Roth, y tener luego una pequeña charla con George.

"Llegamos como a la salida del sol, y lo único que nos dio tiempo a ver fue a George y a esa chica caminando colina arriba en dirección a la casa de Luke, con una jarra de un galón en cada mano, pero George estrelló las jarras contra unas raíces antes de que le echáramos el guante. Luego la mujer de Luke empieza a chillar dentro de casa y damos la vuelta corriendo hasta la parte trasera y nos encontramos con otro alambique en el patio de Luke, con unos cuarenta galones del cuerpo del delito allí apilados en el porche de atrás, como si tuviera intención de organizar una subasta, y Luke en calzoncillos y faldones, de pie chillando: _"¡Trae el hacha y destrózalo! ¡Trae el hacha y destrózalo!"_" -¿Pero a quién acusa? -dijo el comisario-. Fueron a detener a George, pero las pruebas acusan todas a Luke.

-Había alambiques -dijo el agente-. Y George y la chica, los dos afirman que Luke lleva veinte años haciendo y vendiendo whisky allí mismo, en el patio trasero de esa casa propiedad del señor Roth.

Parpadeando, Lucas se encontró con la mirada airada de Edmonds, una mirada en la que no había reproche, en la que ya no había sorpresa, sino un agravio torvo y furibundo. Luego, sin mover siquiera los ojos y sin que se operara cambio alguno en su semblante, había dejado de mirar a Edmonds y parpadeaba con calma, escuchando a su lado la respiración pesada de George Wilkins -semejante a la de alguien sumido en un profundo sueño- y las voces de los blancos: -Pero no pueden hacer que su propia hija testifique contra él.

-Pero puede hacerlo George -dijo el agente-. George no es pariente suyo. Y no digamos si George se ve, como ahora, en el aprieto de tener que pensar, y rápido, en algo que decir que valga la pena.

-Que el tribunal se ocupe de ello, Tom -dijo el sheriff-. Me he pasado la noche en vela y ni siquiera he desayunado todavía. Le he traído un detenido y dos testigos y treinta o cuarenta galones de prueba. Dejémoslo así por nuestra parte.

-Yo creo que han traído dos detenidos -dijo el comisario. Y se puso a escribir en el papel que tenía delante. Lucas observaba, parpadeando, la mano en movimiento-. Voy a encerrarles a los dos. George puede declarar contra Luke si lo desea. Y la chica contra George. Tampoco ella es pariente de él.

Lucas podría haber pagado las fianzas de ambos sin alterar siquiera el número de cifras en el saldo de su cuenta corriente. Una vez Edmonds hubo pagado ambas fianzas, sin embargo, volvieron al coche. Conducía George ahora, y Nat iba a su lado, acurrucada contra un costado del asiento delantero. Diecisiete millas más tarde, cuando el coche se detuvo ante la puerta, Nat se apeó de un salto -seguía sin mirar a Lucas- y corrió camino arriba hacia la casa.

Ellos siguieron hasta la cuadra, donde se apeó George. Aún llevaba el sombrero inclinado sobre la oreja derecha, pero su cara color sepia no estaba llena de dientes como solía.

-Adelante, coge tu mula -dijo Edmonds. Luego miró a Lucas-. ¿Y tú a qué esperas?

-Pensé que quería decirme usted algo -dijo Lucas-. ¿Así que los parientes de uno no pueden declarar contra él ante el tribunal?

-Tú no tienes que preocuparte por eso -dijo Edmonds-. George no es pariente tuyo y puede contar muchas cosas. Y si él empieza a olvidar las cosas, Nat, que no es pariente suyo, también puede contar mucho. Ya no hay remedio. Si George Wilkins y Nat intentaran ahora comprar una licencia de matrimonio, probablemente os colgarían a los dos, a ti y a George.

Además, si el juez Cowan no lo hace, yo mismo os voy a mandar a la penitenciaría en cuanto terminéis la siembra.

Ahora baja al arroyo, a tu parcela sur. No vuelvas hasta que la hayas plantado entera. Si aún sigues al anochecer, mandaré a alguien con un farol.

Pero antes de la caída del sol había acabado su trabajo. Ya estaba de vuelta en el establo, y había dado de beber y de comer y cepillado y acomodado en su cuadra a la mula y colgado los aperos en el gancho, junto a la puerta de la cuadra, mientras George aún le estaba quitando los arreos a la suya. Luego, en el incipiente crepúsculo, subió por la colina en dirección a su casa. No caminaba de prisa, y ni siquiera miró hacia atrás al hablar: -George Wilkins.

-Señor -dijo George, a su espalda.

Lucas no aminoró el paso ni miró hacia atrás. Siguieron caminando colina arriba, y llegaron a la puerta desvencijada de la gastada cerca que rodeaba el pequeño patio polvoriento.

Entonces Lucas se paró y volvió la vista a George, que, esbelto y atildado incluso en mono, con cintura de avispa, seguía sin exhibir los dientes y tenía la cara seria, por no decir grave, bajo su ajado jipijapa ladeado.

-¿Qué es lo que pretendías exactamente? -dijo Lucas.

-No lo sé con certeza, señor -dijo George-. Fue idea de Nat principalmente. No pretendimos nunca crearle problemas. Nat dijo que si cogíamos el perol donde usted y el señor Roth le dijeron al sheriff que estaba y lo traíamos aquí y usted se lo encontraba ahí en el porche trasero, a lo mejor, cuando le brindáramos nuestra ayuda para deshacerse de él antes de que llegara el sheriff usted cambiaba de opinión en lo de prestarnos el dinero necesario para... Bueno, para que nos casáramos...

Lucas miró a George. No pestañeó.

-¡Ja! -dijo-. Hay más gente que yo metida en este lío.

-Sí, señor -dijo George-. Así parece. Espero que me sirva de lección.

-Eso espero yo también -dijo Lucas-. Cuando te manden a Parchman tendrás tiempo de sobra para meditar al respecto.

-Sí, señor -dijo George-. Y máxime con usted allí para ayudarme a hacerlo.

-¡Ja! -volvió a decir Lucas. Siguió mirando fijamente a George; alzó la voz, aunque muy poco: una palabra sola, fría y perentoria, mientras seguía con la mirada fija en George-: Nat.

La chica bajó por el sendero, descalza, con un vestido de percal descolorido y pulcro y un pañuelo de color vivo en la cabeza. Había estado llorando.

-No fui yo quien le dijo al señor Roth que telefoneara al sheriff y su gente -dijo.

-He cambiado de opinión -dijo Lucas-. Voy a dejar que tú y George Wilkins os caséis.

Ella le miró; él vio cómo la mirada de ella iba veloz hasta George y volvía.

-El cambio ha sido rápido -dijo ella. Le estaba mirando. Pero luego Lucas se dio cuenta de que no le miraba a él; vio cómo levantaba la mano y se tocaba un instante el vivo pañuelo de algodón que ceñía su cabeza-.

¿Casarme yo con George e irme a vivir a esa casa que tiene el porche trasero todo caído, donde para ir a buscar agua a la fuente tendría que andar media milla de ida y otra media de vuelta? ¡Si ni siquiera tiene hornillo!

-En mi chimenea se cocina bien, y puedo apuntalar el porche -dijo George.

-Y yo podría acostumbrarme a andar una milla con dos grandes cubos de agua -dijo ella.

Y, sin que su alta y clara voz de soprano decayese, dejó de mirar la cara de su padre.

-Un hornillo para la cocina. Y el porche de atrás apuntalado. Y un pozo.

-Un porche trasero nuevo -dijo ella. Pero fue como si no hubiera dicho nada.

-El porche de atrás reparado -dijo él. Era evidente que ella ya no le miraba. Volvió a levantar la mano, de dedos ágiles y delicados y palma de matiz más tenue y claro, y se tocó la parte de atrás del pañuelo de cabeza.

Lucas se movió-. George Wilkins -dijo.

-Señor -dijo George.

-Entra en casa -dijo Lucas.

Llegó el día por fin. Él y Nat y George, en traje de domingo, esperaron en la puerta hasta que el coche descendió por el sendero privado.

-Buenos días, Nat -dijo Edmonds-. ¿Cuándo has llegado?

-Volví ayer, señor Roth.

-Te quedaste bastante tiempo en Jackson.

-Sí, señor. Me fui al día siguiente de que usted y papá y George se fueran a la ciudad con el sheriff y su gente.

-Tú y George adelantaos un momentito -dijo Edmonds.

Echaron a andar. Lucas se quedó al lado del coche. Era la primera vez que Edmonds le dirigía la palabra desde aquel día, hacía tres semanas; como si su cólera hubiera tardado ese tiempo en consumirse, o mejor aún, en amainar, pues aún seguía latente.

-Supongo que sabes lo que te va a pasar -dijo Edmonds-, cuando ese abogado se despache con Nat, y Nat se despache con George, y George se despache contigo, y el juez Gowan se despache con George y contigo. Has estado aquí con mi padre durante veinticinco años, hasta su muerte; llevas conmigo veinte años... ¿Eran tuyos aquel alambique y aquel whisky que encontraron en tu patio trasero?

-Usted sabe que no -dijo Lucas.

-De acuerdo -dijo Edmonds-. ¿Y el otro alambique que encontraron en la parte baja del arroyo? ¿Era tuyo?

Se miraron.

-No se me juzga por ése -dijo Lucas.

-¿Era tuyo ese alambique, Luke?

-dijo Edmonds.

Se miraron. La cara de Edmonds miraba una cara vacía por completo, impenetrable.

-¿Quiere usted que le conteste?

-dijo Lucas.

-¡No! -dijo Edmonds con violencia-. ¡Sube al coche!

Tanto la plaza como las calles que conducían al lugar estaban atestadas de coches y carros. Precedidos por Edmonds, cruzaron la abarrotada acera situada ante la puerta principal, flanqueados por caras conocidas -otros arrendatarios de la misma hacienda, de otras haciendas asentadas a lo largo del arroyo, venidos también en desvencijados y renqueantes camiones y automóviles cerrados, que habían recorrido las diecisiete millas sin esperanza siquiera de llegar a entrar en la sala del proceso, resignados a esperar en la calle y verlos pasar-, y por caras que conocían sólo de oídas: los ricos abogados blancos, que charlaban entre sí en torno a vegueros, los poderosos y altivos de la tierra.

Luego, en el vestíbulo de mármol, George empezó a andar cautelosamente sobre los duros tacones de sus zapatos de domingo, y Edmonds, al sentir un golpecito en el brazo, se volvió y vio en la mano extendida de Lucas el grueso, doblado y sucio documento, el cual, al abrirse rígidamente por los viejos y manoseados pliegues, dejó ver, entre el texto llano y categórico que figuraba arriba de la firma y el sello, la letra impersonal y legible del anónimo escribiente que había consignado los dos nombres: “George Wilkins” y “Nathalie Beauchamp”, y una fecha de octubre del año anterior.

-¿Quieres decir -dijo Edmondsque has tenido este papel todo el tiempo? “¿Has tenido este papel todo el tiempo?” Pero el rostro que miraba seguía impenetrable, casi somnoliento.

-Entrégueselo al juez Gowan -dijo Lucas.

El asunto no llevó mucho tiempo.

En el pequeño despacho, circunspectos y en silencio, se sentaron en el borde del duro banco, sin que sus espaldas tocaran el respaldo, mientras el alguacil masticaba un palillo de dientes y leía el periódico. Luego atravesaron la sala del tribunal sin detenerse; pasaron entre los bancos vacíos y entraron por una puerta a otro despacho, más grande y tranquilo y confortable que el primero, donde les aguardaba un hombre de aire enojado a quien Lucas conocía sólo de oídas: el fiscal federal, afincado en Jefferson tras el cambio de administración, hacía apenas ocho años. Pero también estaba Edmonds, y detrás de la mesa se hallaba sentado un hombre a quien Lucas sí conocía, un hombre que treinta y cuarenta años atrás, en tiempos del viejo Zach Edmonds, solía aparecer en la temporada de la codorniz y quedarse unas semanas, y a quien Lucas le sujetaba el caballo para que desmontara y disparaba cuando los perros mostraban la pieza.

-¿Lucas Beauchamp? -dijo el juez-. ¿Con treinta galones de whisky y un alambique sobre su porche trasero en pleno día? Tonterías.

-Pues ahí tiene -dijo el hombre enojado, extendiendo las manos abiertas-. Tampoco yo sabía nada hasta que Edmonds...

Pero el juez no escuchaba al hombre enojado. Miraba a Nat.

-Ven aquí, muchacha -dijo.

Nat dio unos pasos hacia adelante y se detuvo. Lucas pudo ver cómo temblaba. Pequeña, delgada como un tallo, joven, era la menor de sus hijos y la última; tenía diecisiete años, había nacido en la edad anciana de su esposa y -según admitía Lucas a veces- de él mismo. Era demasiado joven para casarse, para enfrentar los problemas que la gente casada ha de superar a fin de llegar a la vejez y descubrir por sí misma el sabor de la paz. No bastaban un hornillo y un porche trasero nuevo y un pozo.

-¿Eres la chica de Luke? -dijo el juez.

-Sí, señor -dijo Nat-. Me llamo Nat. Nat Wilkins. Esposa de George Wilkins. Lo dice el papel que tiene usted en la mano.

-Ya lo veo -dijo el juez-. Está fechado en octubre pasado.

-Sí, señor juez -dijo George-.

Tenemos ese papel desde el año pasado, cuando vendí el algodón. Nos casamos entonces, pero ella no quiso venir a vivir a mi casa hasta que el señor Luke..., bueno, quiero decir hasta que yo no consiguiera un hornillo y reparara el porche y cavara un pozo.

-¿Y has hecho ya todo eso?

-Sí, señor juez -dijo George-.

Estoy en ello. Estará todo listo en cuanto me ponga a dar martillazos y a cavar.

-Ya -dijo el juez-. Henry -le dijo al alguacil-, ¿tiene el whisky en algún sitio donde pueda ser vertido?

-Sí, juez.

-¿Y los alambiques donde pueda destrozarlos, hacerlos añicos?

-Sí, juez.

-Pues despeje mi despacho. Lléveselos de aquí. Llévese al menos a esa especie de payaso charlatán.

-George Wilkins -susurró Lucas-, está hablando de ti.

-Sí, señor -dijo George-. Así parece.

Pero antes de que transcurrieran tres semanas empezó a sentirse impaciente, probablemente a causa de la inactividad. Había sembrado ya toda su tierra, tras una buena estación, y las semillas de algodón y de maíz brotaban casi bajo los pies, entre las breves e impetuosas lluvias y el rico caudal del sol del norte. Un día a la semana de trabajo bastaría para hacer que arraigaran, de modo que después de dar su bazofia a los cerdos y de cortar un poco de leña para cocinar, no tendría nada que hacer sino apoyarse en la cerca al fresco matinal y mirar cómo crecían.

Pero a la tercera semana, finalmente, estaba en la cocina junto a la puerta cuando vio a George Wilkins entrar en la parcela a la luz del crepúsculo y dirigirse al establo y entrar en él y salir al punto con su yegua -la yegua de Lucas-, un animal gordo y de edad mediana, y engancharla al carro montado sobre ballestas y dejar la parcela y seguir hacia adelante. Así que a la mañana siguiente no llegó más allá del primero de sus campos, donde se quedó mirando el algodón, en medio del luminoso rocío, hasta que su mujer empezó a llamarle desde la casa a gritos.

Nat estaba sentada al lado del hogar, aquel hogar en donde desde hacía cuarenta y cinco años ardía el fuego, inclinada hacia adelante, con las manos colgando blandamente entre las rodillas y la cara congestionada y abotargada por el llanto.

-¡Tú y tu George Wilkins! -dijo la mujer de Lucas cuando lo vio entrar-. Anda, díselo.

-No ha empezado a hacer el pozo -dijo Nat-. Ni siquiera ha apuntalado el porche trasero. Ni siquiera ha empezado..., con todo el dinero que le diste. Y se lo dije y lo único que me respondió fue que no se había puesto a hacerlo todavía. Y esperé y se lo volví a decir y lo único que me respondió fue que no se había puesto a hacerlo todavía. Hasta que al final le dije que si no se ponía manos a la obra, como había prometido, iba a cambiar de opinión acerca de lo que vi aquella noche en que el sheriff y su gente vinieron por aquí, así que anoche me dijo que tenía que irse camino arriba, algo lejos, y que si quería venirme aquí a casa a pasar la noche, porque a lo mejor no volvía hasta tarde, y yo le dije que podía atrancar la puerta, pues pensé que se iba a hacer los preparativos para empezar el pozo.

“Y cuando le vi coger la yegua y el carro de papá, estaba segura de que era eso lo que iba a hacer. Y no ha vuelto hasta que casi era de día, y no sólo no traía nada con que arreglar el porche o cavar el pozo, sino que se había gastado el dinero. Y entonces le dije lo que pensaba hacer, y he estado esperando a que se levantara el señor Roth y le he dicho que he cambiado de opinión acerca de lo que vi aquella noche, y el señor Roth se ha puesto a jurar y ha dicho que era demasiado tarde, pues ahora, al resultar que estaba casada con George, el tribunal no me escucharía, y me ha dicho también que vaya a buscaros y os diga a George y a ti que recojáis vuestras cosas y os vayáis de aquí antes de la caída del sol.

-¡Encima eso! -dijo la mujer de Lucas-. ¡Ahí tienes a tu George Wilkins! -Pero Lucas se dirigía ya hacia la puerta-. ¿Adónde vas? -dijo la mujer-. ¿Y ahora adónde vamos a mudarnos?

-No empieces a preocuparte acerca de adónde iremos hasta que Roth Edmonds empiece a preocuparse acerca de por qué no nos hemos ido -dijo Lucas.

El sol estaba ya alto. Iba a ser un día muy caluroso; antes de que se pusiera el sol crecerían un tanto el algodón y el maíz. Cuando llegó a casa de George, Lucas lo vio; su figura, de pie y en calma, asomaba detrás de la esquina. Lucas cruzó el patio sin yerba y cegado por el sol.

-¿Dónde lo tienes? -dijo.

-Lo escondí en la hondonada donde solía esconder el otro -dijo George-.

Si esos policías no encontraron nada entonces, pensarán seguramente que de nada sirve mirar allí otra vez.

-Necio -dijo Lucas-. ¿No te das cuenta de que no ha de pasar ni una semana, de aquí a las próximas elecciones, sin que haya uno de esos policías registrando la hondonada precisamente porque Roth Edmonds les dijo una vez que allí había un alambique?

Cuando te cojan ahora, no tendrás ya ningún testigo con el que lleves casado desde el otoño pasado.

-No van a cogerme -dijo George-.

Ahora llevaré el negocio como usted me diga. He aprendido la lección.

-Será mejor que así sea -dijo Lucas-. Llévate el carro en cuanto anochezca y saca eso de allí. Yo te diré dónde tienes que esconderlo. Ja -dijo-. Imagino que éste será más o menos como el que tenías en la hondonada, ¿eh?

-No, señor -dijo George-. Éste es bueno. El serpentín es casi nuevo.

Por eso no pude conseguir que el tipo me lo vendiera más barato. Fueron dos dólares más del dinero del porche y el pozo, pero los puse yo. Pero lo que me preocupa no es la posibilidad de que me cojan. Lo que no me puedo quitar de la cabeza es lo que vamos a decirle a Nat a propósito del porche trasero y del pozo.

-¿A qué te refieres con “vamos”?

-dijo Lucas.

-Bueno, voy -dijo George. Lucas se quedó mirándole un instante.

-George Wilkins -dijo.

-Señor -dijo George.

-Yo no le doy consejos acerca de su mujer a ningún hombre -dijo Lucas.

No siempre es oro

I

Cuando se aproximaron al economato, Lucas dijo: -Espere aquí.

-No, no -dijo el viajante-. Hablaré yo con él. Si no logro vendérsela yo, no hay ninguna...

El viajante, entonces, calló. Sin saber por qué. Era joven, no llegaba a los treinta; tenía, aunque inmaduros aún, el brío y el aplomo propios de su oficio; y era blanco. Sin embargo dejó de hablar y miró al negro de mono ajado, cuya cara delataba únicamente que tenía como mínimo sesenta años, y que le estaba mirando no sólo con dignidad, sino imperiosamente.

-Usted espere aquí -dijo Lucas.

Así que el viajante se apoyó sobre la cerca de la finca, en la luminosa mañana de agosto, mientras Lucas caminaba colina arriba y subía los gastados escalones, al lado de los cuáles se hallaba una potranca de brillante pelaje, con tres patas calzadas y una mancha en la frente y una pesada y cómoda silla sobre el lomo, y entraba en el economato. Allí, en un escritorio de tapa corrediza situado junto al ventanal frontal, en medio de hileras de estantes con latas de tabaco y de comida y específicos médicos, de ganchos de los que pendían cadenas para tirantes de caballerías y colleras y horcates, el amo escribía en un libro mayor. Lucas permaneció de pie, en silencio, mirando la nuca del hombre blanco; al cabo, éste miró en torno y Lucas dijo: -Ha venido.

Edmonds, echado hacia atrás sobre el respaldo, hizo girar la silla.

Mientras giraba aún sobre sí mismo fulminaba ya con la mirada a Lucas; entonces, con inaudita violencia, dijo: -¡No!

-Sí -dijo Lucas.

-¡No!

-Se ha traído la máquina -dijo Lucas-. Funciona. Enterré un dólar esta mañana en el patio trasero, y la máquina fue directamente al sitio exacto y lo encontró. Sólo pide trescientos dólares por ella. Encontraremos ese dinero esta noche, y se lo podré devolver mañana por la mañana.

-¡No! -dijo Edmonds-. Te he dicho una y cien veces que no hay dinero enterrado en estas tierras. Llevas aquí sesenta años. ¿Alguna vez has oído de alguien de la región con dinero suficiente como para permitirse enterrarlo? ¿Te imaginas que si alguien de la región hubiera enterrado algo que valiera tanto como veinticinco centavos, no lo habría desenterrado ya hace tiempo alguno de sus parientes o amigos o conocidos o vecinos?

-Se equivoca -dijo Lucas-. La gente sigue encontrando dinero enterrado. ¿No le conté lo de aquellos dos forasteros blancos que vinieron un día al anochecer, hace tres años, y desenterraron veintidós mil dólares y se largaron sin que nadie llegara siquiera a verlos? Yo mismo vi el hoyo que hicieron y que luego rellenaron.

Y la mantequera que había contenido el dinero enterrado.

-Ja -dijo Edmonds-. ¿Y cómo sabes que fueron veintidós mil dólares?

Pero Lucas se limitó a mirarle.

No era obstinación. Era una paciencia infinita, casi comparable a la de Jehová, como si él, Lucas, se hallara empeñado en una controversia -que en parte redundaría en beneficio de su propio antagonista- con un idiota.

-Su padre, si estuviera aquí, me habría prestado esos trescientos dólares -dijo.

-Bien, pero yo, no -dijo Edmonds-. Tienes casi tres mil condenados dólares en el banco. Si pudiera evitar que malgastaras un solo centavo de ellos en esa maldita máquina que encuentra dinero, lo haría.

Pero no, tú no tienes intención de utilizar tu dinero en absoluto, ¿verdad? Eres demasiado sensato como para arriesgarlo.

-Parece ser que tendré que hacerlo -dijo Lucas-. Se lo pediré a usted una vez más...

-¡No! -volvió a decir Edmonds con desatada e inaudita violencia.

Lucas se quedó mirándole durante cierto tiempo, con aire casi contemplativo. Ni siquiera suspiró.

-Está bien -dijo.

Cuando se reunió con el viajante, estaba también su yerno, un joven de cintura estrecha y piel muy negra, con el rostro vivo y lleno de dientes blancos y un astroso panamá ladeado sobre la oreja derecha.

El viajante echó una mirada a la cara de Lucas y se apartó bruscamente de la cerca.

-Iré yo a hablar con él -dijo.

-No -dijo Lucas-. No se le ocurra acercarse.

-¿Qué va a hacer al respecto, entonces? -dijo el viajante-. Aquí me tiene, venido desde St. Louis... Lo que no comprendo aún es cómo consiguió usted convencerles de que le enviaran la máquina sin hacerle pagar ninguna entrada por adelantado. Y ahora mismo le diré una cosa: si tengo que volvérmela a llevar y presentar la cuenta de gastos de este viaje sin haber vendido nada, algo va a...

-Aquí de pie no hacemos nada en absoluto -dijo Lucas.

Los dos hombres le siguieron hasta la puerta, y luego hasta la carretera donde el viajante había dejado el coche. La máquina adivinadora descansaba sobre el asiento trasero, y Lucas se quedó ante la portezuela abierta, mirándola: era una caja metálica y oblonga, sólida y maciza, con un asa a cada extremo y unos botones y cuadrantes que le conferían un aura de seriedad, complejidad y eficiencia. Lucas, grave y absorto, permaneció allí mirándola.

-Y funciona -dijo-. Lo he visto con mis propios ojos.

-¿Y bien? -dijo el viajante-.

¿Qué es lo que piensa hacer? Tengo que saberlo, y así podré saber lo que he de hacer por mi parte. ¿No tiene usted trescientos dólares?

Lucas, meditabundo, contemplaba la máquina. Siguió sin levantar la vista.

-Vamos a encontrar ese dinero esta noche -dijo-. Usted ponga la máquina y yo le diré dónde buscar, e iremos a medias.

-Ja, ja, ja -dijo el viajante con aspereza-. ¿Quiere que le cuente otro?

-Seguro que lo encontramos, capitán -dijo el yerno de Lucas-. dos blancos se deslizaron hasta aquí una noche, hace tres años, y desenterraron veintidós mil dólares y se largaron con ellos antes de que saliera el sol.

-¡Ya lo creo! -dijo el viajante-.

Y tú supiste que eran exactamente veintidós mil porque encontraste los centavos sueltos donde los dejaron tirados.

-No, señor -dijo el yerno de Lucas-. Hasta es posible que hubiera más de veintidós mil dólares. Era una mantequera grande.

-George Wilkins -dijo Lucas, que seguía con medio cuerpo dentro del coche y sin volver la cabeza.

-Señor -dijo su yerno.

-Cállate.

Luego, Lucas se volvió y miró al viajante, el cual volvió a ver un rostro absolutamente serio, absolutamente impenetrable, un tanto frío incluso.

-Le daré a cambio una mula -dijo Lucas.

-¿Una mula? -dijo el viajante.

-Cuando encontremos el dinero esta noche, le volveré a comprar la mula por trescientos dólares.

El yerno de Lucas se había puesto a pestañear con rapidez. Pero nadie reparaba en él. Lucas y el viajante se miraban mutuamente: la cara astuta, repentinamente atenta del joven hombre blanco; la cara absolutamente impenetrable del negro.

-¿La mula es suya?

-¿Cómo iba yo a cambiársela si no lo fuera?

-Vamos a verla -dijo el viajante.

-George Wilkins -dijo Lucas.

-Señor -dijo su yerno. Seguía pestañeando rápida e ininterrumpidamente.

-Ve a la cuadra y tráeme el ronzal -dijo Lucas.

Ii

Edmonds descubrió la falta de la mula tan pronto como los mozos de cuadra subieron aquella noche los animales a los pastos. Era una mula de tres años, llamada Alice Ben Bolt, que pesaba mil cien libras y por la que Edmonds había rechazado trescientos dólares aquella misma primavera.

Edmonds, sin embargo, ni siquiera se puso a maldecir. Se limitó a desmontar y luego, mientras las rápidas pisadas de la yegua se perdían en la creciente oscuridad de la noche, permaneció junto a la cerca hasta que volvió a oírlas y el jefe de los mozos saltó a tierra y le entregó la linterna y la pistola. Edmonds montó entonces en su yegua y, acompañado de los dos negros a lomos de mulas sin silla, volvió a través de los pastos, vadeando el arroyo, hacia la brecha en la cerca por donde habían sacado a la mula. Desde allí siguieron sus huellas -las de la mula y las del hombre que la conducía-, que bordeando un campo de algodón, sobre la tierra blanda, llegaban hasta la carretera. A partir de allí también pudieron seguirlas; el jefe de los mozos iba a pie y llevaba la linterna, y avanzaron por donde el hombre había conducido a la mula sin herrar sobre la tierra más blanda que bordeaba la grava.

-Son los cascos de Alice -dijo el jefe de los mozos-. Los reconocería en cualquier parte.

Edmonds, más tarde, se daría cuenta de que ambos negros habían reconocido también las huellas del hombre. Pero en aquel momento su inquietud y cólera mismas habían obrado de cortocircuito en su normal perceptividad para con el comportamiento con los negros. Ni aun en caso de que él lo hubiera preguntado le habrían dicho ellos quién había dejado aquellas huellas, pero el conocimiento de que ellos lo sabían le habría permitido llegar a adivinarlo, y consecuentemente le habría liberado de las cuatro o cinco horas de confusión mental y tensión física en las que a continuación se vería envuelto.

Perdieron el rastro. Había previsto poder seguir las huellas hasta el punto en donde la mula habría sido cargada en algún camión a la espera, tras lo cual volvería a casa y telefonearía al sheriff de Jefferson y a la policía de Memphis para que al día siguiente vigilaran los mercados de caballerías. Pero no encontraron tal punto. Les llevó casi una hora encontrar de nuevo las huellas, que en determinado momento se internaban en la grava y la cruzaban y descendían por entre la maleza de la orilla opuesta de la carretera, para reaparecer de nuevo en otro campo, cien yardas más lejos. Hambriento e iracundo, sobre la yegua que llevaba todo el día ensillada y también sin alimento, Edmonds siguió las oscuras siluetas de las mulas, de las que tiraba el brazo extendido hacia atrás del mozo negro subalterno que le precedía a pie, y maldijo la oscuridad y la mezquina luz que llevaba el jefe de mozos y de la que por fuerza dependían.

Dos horas después se encontraban en el lecho del arroyo, a cuatro millas de la casa. Ahora también él iba a pie, por miedo a romperse la cabeza contra una rama, tropezando y abriéndose camino entre las zarzas y matorrales y ramas y troncos podridos por donde discurrían las huellas, tirando con una mano de la yegua y protegiéndose la cara con el brazo y tratando de ver dónde ponía los pies, de forma que tropezó con una de las mulas, e instintivamente saltó en la dirección correcta, pues en aquel preciso instante la mula lanzó la coz, y entonces se dio cuenta de que los negros se habían detenido. Luego, maldiciendo ya en voz alta y desplazándose de nuevo con rapidez a fin de esquivar a la otra mula, que debía de hallarse en algún lugar a su izquierda , cayó en la cuenta de que la linterna estaba apagada y vio él también el tenue y humoso resplandor de la antorcha de madera resinosa que se dejaba ver allá adelante, entre los árboles. La antorcha se estaba moviendo.

-Exacto -dijo de prisa-. Mantened la linterna apagada. -Llamó por su nombre al mozo subalterno-: Dale a las mulas de Dan y ven a coger la yegua.

Esperó, mientras miraba la luz, hasta que la mano del negro buscó a tientas la suya. Entonces soltó las riendas y caminó en torno a las mulas, sacando la pistola y sin dejar de mirar la llama que se movía.

-Dame la linterna -dijo. Cogió la linterna que le tendía la mano a tientas-. Tú y Oscar esperad aquí.

-Será mejor que vaya con usted -dijo el negro.

-De acuerdo -dijo Edmonds-. Déjale a Oscar las mulas.

Se adelantó sin esperar, aunque de cuando en cuando podía oír al negro a sus espaldas. Ambos se movían tan sigilosa y rápidamente como les era posible. La ira no había amainado en él. Era una ira caliente; gravitava sobre él una suerte de vehemencia, una suerte de exultación vindicativa a medida que avanzaba, despreocupado de la maleza y de los troncos, con la linterna en la mano izquierda y la pistola en la derecha, ganando terreno a la antorcha moviente, irrumpiendo al fin en una especie de claro, en cuyo centro descubrió a dos hombres que miraban hacia él: uno llevaba ante sí lo que Edmonds tomó al principio por un recipiente de forraje; el otro sostenía sobre lo alto de su cabeza la humeante tea de pino. Entonces Edmonds reconoció el astroso panamá de George Wilkins, y comprendió no sólo que los dos negros que le acompañaban habían sabido siempre quien había hecho las huellas, sino que el objeto en manos de Lucas no era ningún recipiente para forraje, y que él debía haber sabido desde un principio qué había sido de su mula.

-¡Tú, Lucas! -gritó.

George, arqueando el cuerpo, arrojó lejos la antorcha, pero la linterna los había ya ensartado. Edmonds, entonces, vio al hombre blanco, con su sombrero de ala dura y su corbata y todo lo demás, surgido de junto a un árbol, con los pantalones arremangados hasta las rodillas y los pies ocultos bajo el barro apelmazado.

-Muy bien -dijo Edmonds-. Adelante, George, echa a correr. Me parece que puedo acertar a tu sombrero sin siquiera tocarte.

Se acercó; el haz de la linterna se acortó al chocar con la caja metálica que Lucas llevaba ante sí, y brilló centelleante ante los botones y esferas.

-¿Así que era eso? -dijo-. Trescientos dólares. Me gustaría que alguien trajera a este país una semilla que exigiera el trabajo de todos los días sin excepción, desde Año Nuevo hasta Navidad. En cuanto a vosotros los negros se os deja sin hacer nada, empiezan los problemas. No voy a preocuparme por Alice esta noche, y si tú y George queréis pasaros el resto de ella de aquí para allá con esa maldita cosa, allá vosotros...

Pero que esa mula esté en su cuadra para la salida del sol. ¿Me oís?

Edmonds había olvidado la existencia del hombre blanco, que apareció de pronto junto a Lucas y dijo: -¿De qué mula está hablando?

Edmonds dirigió hacia él la linterna por espacio de un instante.

-De mi mula, señor -dijo.

-Tengo el contrato de compraventa de esa mula -dijo el joven-. Firmado por Lucas aquí presente.

-Pues consérvelo -dijo Edmonds-.

Puede utilizarlo para encender lámparas el invierno que viene.

-¿De veras? -dijo el joven-. Mire, señor Como-se-llame...

Pero Edmonds había vuelto ya la linterna hacia Lucas, que seguía sosteniendo ante sí la máquina adivinadora.

-Pensándolo bien -dijo Edmonds-, no voy a preocuparme por esa mula en absoluto. Ya te dije esta mañana lo que pienso de este asunto. Eres un hombre adulto: si quieres hacer tonterías al respecto, yo no puedo impedírtelo. Pero si la mula no está en su cuadra mañana al salir el sol, telefonearé al sheriff. ¿Me has oído?

-Le he oído -dijo Lucas.

-Muy bien, gran chico -dijo el viajante-. Si alguien mueve esa mula de donde está antes de que yo pueda llevármela, telefonearé al sheriff.

¿Me ha oído también?

Ahora Edmonds saltó furioso y contenido, y dirigió el haz de luz contra el viajante.

-¿Me hablaba usted a mí, señor?

-dijo.

-No -dijo el viajante-. Le hablaba a él. Y me ha oído.

Edmonds siguió manteniendo el haz de luz sobre el viajante unos instantes. Luego lo dejó caer, de forma que sólo pudieron verse ya las piernas y pies de todos ellos, clavados sobre el fango y su refracción como si se hallaran hundidos en una charca de agonizantes aguas. Volvió a meterse la pistola en el bolsillo.

-Bien, usted y Lucas tienen hasta el amanecer para zanjar el asunto.

Porque esa mula tiene que estar en mi establo para la salida del sol.

Se volvió y caminó hacia donde le aguardaba Dan; la luz oscilaba y parpadeaba ante él; al cabo de unos instantes dejó de verse.

-George Wilkins -dijo Lucas.

-Señor -dijo George.

-Busca la antorcha y vuelve a encenderla.

Así lo hizo George, y una vez más el rojo resplandor se agitó en medio de un humo denso, recortándose en lo alto contra las estrellas agosteñas de pasada la medianoche.

-Ahora agarra un extremo de esto -dijo Lucas-. Tengo que encontrar ese dinero en seguida.

Pero al alba no lo habían encontrado; la antorcha palidecía a la luz débil y cargada de rocío; el hombre blanco dormía sobre la tierra húmeda, hecho un ovillo para defenderse del frío húmedo del amanecer, sin afeitar, con el pretencioso sombrero de ciudad, la corbata, la sucia camisa y los embarrados pantalones arremangados hasta las rodillas, y los pies, cuyos zapatos esplendían de lustre el día anterior, llenos de fango apelmazado. Lo despertaron, y se incorporó maldiciendo. Pero supo al instante dónde estaba, porque dijo: -Bien, veamos. Si esa mula pone una pata fuera de ese almacén de algodón, iré en busca del sheriff.

-Sólo quiero una noche más -dijo Lucas-. Ese dinero está aquí.

-¿Y qué hay de ese tipo que dice que la mula es suya?

-Me ocuparé de ese asunto esta mañana. No tiene que preocuparse por ello. Además, si se trata de llevarse la mula usted mismo, el sheriff se la quitará. Déjela donde está y déjeme utilizar la máquina una noche más.

Luego yo lo arreglaré todo.

-De acuerdo -dijo el viajante-.

Pero ¿sabe lo que le va a costar?

Esa noche le va a costar exactamente veinticinco dólares más. Ahora me voy al pueblo a meterme en la cama.

Dejó a Lucas y a George ante la puerta de George. El coche enfiló camino abajo, y ambos lo vieron alejarse con rapidez. George empezó a pestañear atropelladamente.

-¿Y ahora qué vamos a hacer?

-dijo.

Lucas pareció despertar.

-Desayuna lo más rápido que puedas y ven a mi casa. Tienes que ir al pueblo y estar de vuelta para el mediodía.

-Yo también necesito acostarme -dijo George-. Me siento muy mal si no duermo.

-No te preocupes -dijo Lucas-.

Desayuna y luego ven a mi casa rápido.

Cuando George llegó a la puerta, media hora más tarde, Lucas salió a su encuentro con el cheque ya preparado, escrito con su letra apretada, laboriosa, aunque perfectamente legible.

Era por cincuenta dólares.

-Que te den dólares de plata -dijo Lucas-. Y vuelve antes del mediodía.

Empezaba a oscurecer cuando el coche del viajante se detuvo de nuevo ante la puerta de Lucas, donde lo esperaban Lucas y George con una pala de mango muy largo. El viajante iba recién afeitado, y su cara mostraba los efectos del sueño reparador; el sombrero de ala dura había sido cepillado y su

camisa estaba limpia. Pero ahora llevaba unos pantalones de algodón caqui en los que aún podía verse la etiqueta del fabricante y las líneas rígidas que denotaban haber estado plegado hasta hacía muy poco en el estante de la tienda. Cuando Lucas y George se acercaron, dirigió al primero una mirada dura y burlona.

-No voy a preguntar si mi mula está bien -dijo-. Porque no hay necesidad, ¿no?

-Está perfectamente -dijo Lucas.

Lucas y George se acomodaron en el asiento trasero, al lado de la máquina adivinadora. El viajante metió la velocidad, pero siguió sin poner el coche en marcha.

-¿Bien? -dijo-. ¿Por dónde quiere darse el paseo esta noche? ¿Por el mismo sitio?

-No -dijo Lucas-. Yo le diré por dónde. Estuvimos buscando en un sitio equivocado. Leí mal el papel.

-Ya lo creo -dijo el viajante-. Y haberlo descubierto bien vale esos veinticinco dólares...

El coche se había puesto en movimiento, pero el viajante lo paró en seco tan repentinamente que Lucas y George, sentados hasta entonces cautamente en el borde del asiento, se vieron proyectados hacia adelante antes de que pudieran darse cuenta.

-¿Qué ha dicho que hizo? -dijo el viajante.

-Que leí mal el papel -dijo Lucas.

-¿Qué papel? ¿Es que tiene alguna carta o algo así que diga dónde está enterrado el dinero?

-Así es -dijo Lucas.

-¿Dónde la tiene?

-Guardada en casa -dijo Lucas.

-Vaya por ella.

-No se preocupe -dijo Lucas-.

Esta vez la leí bien.

El viajante siguió unos instantes más con la cabeza vuelta mirando por encima de su hombro. Luego volvió a mirar al frente; y volvió a meter la velocidad.

-De acuerdo -dijo-. ¿Dónde es?

-Usted siga -dijo Lucas-. Ya le indicaré.

No era en el lecho del arroyo, sino en una colina que dominaba su cauce, un grupo de cedros desmochados, las ruinas de antiguas chimeneas, una depresión que fue en un tiempo un pozo o una cisterna, los viejos campos esquilmados que se extendían a lo lejos y unos cuantos tocones en lo que había sido un huerto, todo ello umbrío y vago bajo el cielo sin luna donde vagaban las vivas estrellas del final de verano.

-Es en el huerto -dijo Lucas-.

Está en dos partes, enterrado en dos sitios diferentes. Una parte está en el huerto.

-Con tal de que el tipo que le escribió la carta no hay venido y vuelto a juntarlo... -dijo el viajante-. ¿A qué esperamos? Venga, Jack -le dijo a George-. Saca eso de ahí.

George descargó la máquina del coche.

El viajante llevaba ahora su propia linterna, completamente nueva, en el bolsillo del pantalón. Pero no la encendió de inmediato.

-Santo Dios, será mejor que esta vez lo encuentre usted al primer intento. Estamos en una colina. Seguramente no habrá nadie en diez millas capaz de andar que no se presente aquí arriba en menos de una hora, para fisgar lo que hacemos.

-No me lo diga a mí -dijo Lucas-.

Dígaselo a esa caja zumbadora de trescientos veinticinco dólares que me he comprado.

-No la ha comprado todavía, gran chico -dijo el viajante-. Dice que uno de los sitios es el huerto. Muy bien. ¿Dónde?

Lucas echó a andar con la pala y se internó en el viejo huerto, y los otros le siguieron. El viajante vio cómo Lucas se paraba, echaba una ojeada a los árboles y al cielo para orientarse, luego volvía a avanzar, para al rato pararse de nuevo.

-Podemos empezar aquí -dijo.

El viajante encendió la linterna; ahuecó la mano en torno al haz de luz a fin de que iluminara la caja metálica que transportaba George.

-Está bien, Jack -dijo-. En marcha.

-Será mejor que la lleve yo -dijo Lucas.

-No -dijo el viajante-. Usted está demasiado viejo. Ni siquiera sé si será capaz de seguir nuestro ritmo.

¡Vamos, Jack!

Así que Lucas se situó al otro costado de George y caminó con la pala en la mano, mirando las pequeñas y brillantes esferas de la máquina iluminadas directamente por el haz de la linterna, mientras recorrían el huerto de un lado para otro. Seguía pendiente de ellas, absolutamente atento y con aire grave, cuando las agujas empezaron a girar y experimentar bruscas sacudidas y finalmente a temblar. Entonces sostuvo él la máquina mientras George cavaba sobre el círculo concentrado del haz de la linterna, y vio emerger al fin la lata herrumbrosa y la cascada rutilante de dólares de plata derramándose sobre las manos del viajante, y oyó la voz del viajante: -¡Oh, santo Dios! ¡Santo Dios!

Lucas se puso también en cuclillas; se miraron, frente a frente, desde cada lado del hoyo.

-De todas formas, ya he encontrado parte de ello -dijo Lucas.

El viajante, con una mano sobre las monedas esparcidas, lanzó, casi instintivamente, un brusco golpe al aire con la otra, como si Lucas hubiera hecho ademán de alcanzar las monedas.

Aún en cuclillas, se echó a reír ásperamente en dirección a Lucas, que seguía al otro lado del hoyo.

-¿Que “ha” encontrado? Esta máquina no le pertenece, anciano.

-La compré -dijo Lucas.

-¿Con qué?

-Con una mula -dijo Lucas. El joven se echó a reír de nuevo, con risa áspera y prolongada-. Le entregué el contrato de venta de la mula.

-Papel que no vale un centavo.

Allí abajo lo tiene, en mi auto. Vaya a cogerlo cuando quiera.

Apiñó torpemente las monedas y volvió a meterlas en la lata. Se levantó con presteza y se alejó del alcance de la luz, hasta que sólo pudieron verse las perneras, aún con rígidos dobleces, de sus pantalones nuevos de algodón. Llevaba los mismos zapatos negros y bajos, que no había vuelto a hacer lustrar, sino simplemente limpiado. Lucas se levantó también, aunque despacio.

-Muy bien -dijo el viajante-. Esto no es más que una mínima parte.

¿Cuál es el otro sitio?

-Pregúnteselo a su máquina adivinadora -dijo Lucas-. ¿No se supone que debe saberlo?

-Pues claro, maldita sea -dijo el viajante.

-Entonces creo que nos podemos ir a casa -dijo Lucas-. George Wilkins.

-Señor -dijo George.

-Espere -dijo el viajante. Él y Lucas, dos sombras sin rostro, se enfrentaron en la oscuridad-. Aquí no hay más de cien dólares. La mayor parte está en otro sitio. Le daré el diez por ciento.

-La carta es mía -dijo Lucas-.

No es bastante.

-El veinte. Y no más.

-Quiero la mitad -dijo Lucas-. Y el papel de la mula, y otro papel que diga que la máquina me pertenece.

-Mañana -dijo el viajante.

-Lo quiero ahora -dijo Lucas.

El rostro invisible miraba fijamente el suyo, también invisible. Él y George, en la atmósfera estival sin viento, creyeron sentir cómo el aire se movía al temblor del cuerpo del blanco.

-¿Cuánto dijo que encontraron los otros tipos?

-Veintidós mil dólares -dijo Lucas.

-A lo mejor fueron más -dijo George-. Era una gran...

De acuerdo -dijo de pronto el viajante-. Le daré un contrato de compra de la máquina en cuanto terminemos.

-Lo quiero ahora -dijo Lucas.

Volvieron al coche. Lucas sostuvo la linterna; vieron cómo el viajante abría de un tirón el portafolios de artículos patentados y sacaba de él con brusquedad su contrato de compra de la mula y se lo tendía a Lucas.

Luego lo vieron rellenar con mano convulsa el largo impreso con copias de papel carbón, y firmarlo y arrancar una de las copias.

-Será propiedad suya mañana por la mañana -dijo-. Hasta entonces me pertenece. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -dijo Lucas-. ¿Y qué hay de los cincuenta dólares que hemos encontrado hasta ahora? ¿Me llevo la mitad?

El viajante, esta vez, se limitó a reírse, con risa ronca y reiterativa y sin alegría. Luego salió del coche.

Ni siquiera esperó a cerrar su portafolios. Lo vieron volver casi corriendo en dirección al huerto, con la máquina adivinadora y la linterna a cuestas.

-Vamos -dijo-. Trae la pala.

Lucas juntó los dos papeles: el que él había firmado vendiendo la mula, y el que el viajante había firmado vendiendo la máquina adivinadora.

-George Wilkins -dijo.

-Señor -dijo George.

-Lleva la mula al sitio donde la cogiste. Y luego ve a decirle a Roth Edmonds que deje de preocupar a la gente con el asunto de la mula.

Iii

Lucas subió los carcomidos escalones, a cuyo lado se erguía la lustrosa yegua de pesada silla, y entró en el economato, un recinto con sus hileras de estantes llenos de alimentos enlatados, con sus ganchos de los que pendían colleras y cadenas para tirantes de caballerías y horcates y útiles de labranza, con su olor a melaza y a queso y a cuero y a queroseno. Edmonds hizo girar su silla hasta quedar de espaldas al escritorio de tapa corrediza.

-¿Dónde has estado? -dijo-. Hace dos días que mandé aviso de que quería verte.

-Estaría en la cama -dijo Lucas-.

Tuve que pasarme en pie las tres últimas noches. Y yo no puedo aguantarlo como cuando era joven.

-Al fin parece que te has dado cuenta, ¿no? Pero la razón por la que quería verte es ese maldito tipo de Saint Louis. Dan dice que sigue rondando por ahí. ¿Qué es lo que está haciendo?

-Está a la caza de dinero enterrado -dijo Lucas.

-¿Qué? -dijo Edmonds-. ¿Haciendo qué, dices?

-Buscando dinero enterrado -dijo Lucas-. Utiliza mi máquina de los hallazgos. Me la alquila. Por eso es por lo que he tenido que pasarme en vela noches enteras. Para acompañarle y asegurarme así de que podría recuperarla. Pero la noche pasada no apareció, de modo que me figuro que se habrá vuelto adondequiera que fuera de donde vino.

Edmonds, sentado en su silla giratoria, le miró fijamente.

-¿Que te la alquila a ti? ¿La misma máquina que te vendió?

-Veinticinco dólares por noche -dijo Lucas-. Lo que me cobró a mí por usarla una noche. Calculo entonces que ése es su precio de alquiler.

Eso es, al menos, lo que yo cobro.

Edmonds se quedó mirando fijamente al hombre que se apoyaba en el mostrador, en quien no había otro signo de vejez que un ligero encogimiento de las mandíbulas, con su mono y camisa pulcros y descoloridos y el chaleco abierto y cruzado por una pesada leontina de oro, y el sombrero de castor de treinta dólares y hecho a mano que el padre de Edmonds le regaló cuarenta años atrás coronando una cara no sobria ni grave, sino inexpresiva por completo. Absolutamente impenetrable.

-Porque ha estado buscando en un sitio equivocado -dijo Lucas-. Ha estado buscando sobre aquella colina.

Y ese dinero está enterrado allá abajo, junto al arroyo. Aquellos dos blancos que vinieron una noche hace tres años y se largaron limpiamente con veintidós mil dólares...

Finalmente Edmonds acabó por apartarse de la silla y ponerse en pie.

Estaba temblando. Tomó una honda inspiración y caminó con firmeza hacia el viejo negro que se apoyaba en el mostrador, con el labio inferior lleno de polvo de tabaco.

-Y ahora que nos hemos librado de él -decía Lucas-, yo y George Wilkins...

Edmonds, mientras caminaba con firmeza hacia él, expelió el aire inspirado. Había imaginado que sería un grito, pero no fue mucho más que un susurro.

-Sal de aquí -dijo-. Vete a casa.

Y no vuelvas. No vuelvas nunca.

Cuando necesites provisiones, manda a tu mujer por ellas.

Bufón en negro

De pie, con el raído, descolorido, limpio mono que la propia Mannie le había lavado hacía sólo una semana, oyó cómo la primera palada de tierra golpeaba la caja de pino. Pronto tuvo él mismo una de las palas, que en sus manos (medía más de seis pies y pesaba más de doscientas libras) pareció una de esas palas de juguete con que los niños juegan en las orillas, y el medio pie cúbico de tierra lanzado por ella no mucho más que la liviana pizca de arena que hubiera lanzado la pala infantil.

Uno de su cuadrilla en el aserradero le tocó el brazo y le dijo: -Déjamela a mí, Rider.

Él ni siquiera vaciló. Soltó una mano en mitad del trayecto de la pala y la lanzó hacia atrás, y golpeando al otro en pleno pecho lo hizo retroceder unos pasos, y volvió a retomar con la mano la pala en movimiento; arrojaba la tierra con tal furia sin esfuerzo que el montículo parecía ir alzándose por propia voluntad, crecer no desde arriba sino emerger visiblemente hacia lo alto desde la tierra misma, hasta que al fin la tumba, salvo en su novedad patente, se asemejó a cualquier otra de las que se hallaban esparcidas por el terreno yermo, delimitadas sin ningún orden por trozos de barro cocido y botellas rotas y cascotes de ladrillo viejo y otros objetos sin significado aparente, pero que en realidad encerraban un profundo simbolismo y eran fatales para quien los tocara, y que ningún hombre blanco hubiera podido interpretar. Luego se irguió y lanzó con una mano e hincó sobre el montículo la pala, que quedó vibrando enhiesta como una jabalina, y se volvió y echó a andar, y siguió andando incluso cuando, del exiguo grupo de familiares y amigos y de unos cuantos viejos que les habían conocido a él y a su esposa muerta, desde su nacimiento, salió una anciana y le cogió del antebrazo. Era su tía. Lo había criado. Él no tenía de sus padres el mínimo recuerdo.

-¿Adónde vas? -dijo ella.

-Voy a casa -dijo él.

-No debes volver allí tú solo.

Necesitas comer. Ven a mi casa a comer.

-Voy a casa -repitió él, liberándose de aquella mano como si su peso, sobre su antebrazo de hierro, no hubiera sido superior al de una mosca, mientras los otros (la cuadrilla del aserradero de la cual él era el capataz) le abrían paso en silencio. Pero antes de que llegara a la cerca uno de ellos le alcanzó; no hacía falta que nadie le dijera a Rider que se trataba de un emisario de su tía.

-Espera, Rider -dijo el hombre-.

Tenemos una jarra entre las matas...Y entonces dijo lo que no pretendía decir, lo que jamás se le había pasado por la cabeza decir en circunstancias como aquélla, por mucho que todo el mundo lo supiera: los muertos que aún no querían o no podían dejar la tierra, aunque la carne en la que un día habitaron hubiera sido devuelta a ella (pese a que los predicadores dijeran y reiteraran y sentenciaran que la dejaron no sólo sin pesar sino con júbilo para ascender a la gloria)-: No debes volver allí. Ella está ya caminando.

No se detuvo; desde su alta cabeza, ligeramente echada hacia atrás, bajó la mirada hacia el otro, con los ojos enrojecidos en sus ángulos internos.

-Déjame en paz, Acey -dijo-. No me molestes ahora.

Y siguió su camino, pasando por encima de los tres alambres de la cerca sin alterar siquiera el paso, y cruzó el camino y entró en el bosque. Mediaba ya el crepúsculo cuando salió de él y atravesó el último campo y salvó la cerca también de una zancada y entró en el sendero. A aquella hora del anochecer de domingo estaba desierto -ninguna familia en carro, ningún jinete, ningún caminante camino de la iglesia que le hablara, que prudentemente reprimiera las ganas de volverse para mirarle una vez dejado atrás-, y en su suelo, en su polvo de agosto claro, liviano y seco como harina, la larga huella semanal de cascos y de ruedas había sido borrada por los pausados zapatos de paseo del domingo, bajo los cuales, en alguna parte, eclipsadas pero no idas, fijas y contenidas en el polvo apelmazado, se hallaban las delgadas huellas, de dedos gruesos y planos, de los pies desnudos de su esposa, cuando los sábados por la tarde caminaba hasta el economato para comprar las provisiones de la semana siguiente mientras él tomaba el baño, y él, sus propias huellas, clausuraban ahora un tiempo a medida que avanzaba, tan de prisa casi como un hombre más pequeño, arrostrando el aire que el cuerpo de ella había dejado vacío, tocando con los ojos los objetos -poste y árbol y campo y casa y colina- que los ojos de ella habían perdido.

La casa era la última del sendero; no era suya, sino alquilada al terrateniente local blanco. Pero la renta la pagaba puntualmente por adelantado, e incluso, en el espacio de sólo seis meses, había echado un nuevo piso al porche y reconstruido y techado de nuevo la cocina, trabajando los sábados por la tarde y los domingos con la ayuda de su esposa, y había comprado un hornillo. Porque ganaba un buen sueldo: había estado trabajando en el aserradero desde que empezó a desarrollarse, a los quince y dieciséis años, y ahora, a los veinticuatro, era incluso capataz de la cuadrilla maderera, pues su cuadrilla movía desde el amanecer hasta el ocaso un tercio más de madera que cualquier otra, y a veces, envanecido por su propia fuerza, manejaba troncos, que normalmente dos hombres hubieran podido manejar sólo con ganchos; ni dejó de trabajar siquiera en los viejos tiempos, cuando en realidad no necesitaba el dinero, cuando gran parte de lo que deseaba -de lo que necesitaba, tal vez- no le costaba dinero: las mujeres brillantes y oscuras y siempre sin nombre a quienes no tenía que comprar; poco le importaba, además, qué ropa llevar, y siempre había comida a cualquier hora del día o de la noche en casa de su tía, que ni siquiera quería coger los dos dólares que él le entregaba todos los sábados. De modo que sólo había habido que pagar los dados y el whisky de los sábados y domingos hasta el día en que, seis meses atrás, vio por vez primera a Mannie, a quien había conocido toda su vida, y se dijo: “Se acabó con todo esto”, y se casaron y alquiló una cabaña a Carothers Edmonds y en la noche de bodas encendió el fuego en el hogar como decían los relatos que tío Lucas Beauchamp, el viejo colono de Edmonds, lo había hecho cuarenta y cinco años atrás en el suyo, que ardía desde entonces. Y se levantaba y se vestía y desayunaba a la luz de la lámpara, para caminar después cuatro millas y llegar al aserradero para la salida del sol, y exactamente una hora después del ocaso entraba en casa de nuevo, y así día tras día, cinco a la semana, hasta el sábado. Entonces, no habría pasado aún la primera hora después del mediodía cuando subía las escaleras y llamaba, no en el marco o en la jamba de la puerta, sino en la parte inferior del techo mismo de la veranda, y entraba y hacía sonar la brillante cascada de dólares de plata sobre la mesa fregada de la cocina, donde su comida hervía a fuego lento sobre el hornillo y le esperaban la tina galvanizada de agua caliente y la lata de levadura en polvo que contenía el suave jabón y la toalla hecha de sacos de harina cosidos y lavados con agua hirviendo y la camisa y el mono limpios, y Mannie recogía el dinero y caminaba la media milla hasta el economato para comprar las provisiones para la semana siguiente, y depositaba el resto del dinero en la caja fuerte de Edmonds y volvía a casa y comían una vez más sin prisa después de cinco días, la carne de cerdo salada, las verduras, el pan de maíz, el suero de leche de la casa del pozo, la tarta que ella horneaba cada sábado en la cocina que él había comprado.

Pero cuando puso la mano en la puerta tuvo de pronto la impresión de que no había nada detrás de ella. La casa, de todas formas, nunca había sido suya, pero ahora hasta los nuevos tablones y soleras y tablillas del tejado, el hogar y el hornillo y la cama formaban parte de la memoria de alguien que no era él, así que se detuvo ante la puerta a medio abrir y dijo en alta voz, como si se hubiera acostado en un lugar y al despertar súbitamente se hubiera encontrado en otro: -¿Qué estoy haciendo aquí?

Y entonces vio al perro. Se había olvidado de él. Recordó no haberlo visto ni oído desde que rompió en aullidos poco antes del amanecer del día anterior; era un perro grande, con algo de mastín (él le había dicho a Mannie un mes después de la boda: “Necesito un perro grande. Tú eres lo único que tendré a mi lado un día, y sola días y días...”); salió de debajo de la veranda y se acercó, no corriendo sino más bien como si se deslizara al aire del crepúsculo, hasta quedar ligeramente apoyado contra su pierna, con la cabeza alzada hasta que los dedos de él la tocaron apenas con las puntas, encarando la casa y sin hacer ningún ruido; entonces, como si el animal tuviera poder sobre ella, como si hubiera hecho guardia ante ella durante su ausencia y sólo en aquel instante pusiera fin a ella, el armazón de tablones y tablillas que su amo tenía ante los ojos se solidificó, se llenó, y durante un instante a Rider le pareció imposible entrar en él.

-Pero necesito comer -dijo-. Los dos necesitamos comer -dijo, adelantándose; pero el perro no le siguió hasta que Rider se volvió y lo maldijo-. ¡Ven aquí! -dijo-. ¿De qué tienes miedo? Ella te falta también, igual que a mí.

Subieron las escaleras y cruzaron el porche y entraron en la casa -la estancia única, llena del crepúsculo, en donde aquellos seis meses se acumulaban y apiñaban ahora en un instante único, hasta el punto de no dejar espacio al aire necesario para respirar, acumulados y apiñados en torno al hogar donde el fuego, que habría de haber durado hasta el fin de ellos dos, frente al cual, al entrar en los días que precedieron a la compra del hornillo y tras la caminata de cuatro millas desde el aserradero, solía encontrarla, en cuclillas, dándole el contorno estrecho de su espalda y sus caderas, con una mano delgada extendida, protegiéndose la cara de las llamas sobre las que sostenía la sartén con la otra, se había convertido, desde que el sol salió el día anterior, en una tenue y seca capa sucia de ceniza muerta- y él, allí de pie, mientras la última luz se apagaba en torno al latido fuerte e indomable de su corazón y al hondo y acompasado ensanchamiento y encogimiento del pecho que el caminar veloz a través de los accidentados bosques y campos no había acelerado y la permanencia inmóvil en la estancia umbría y quieta no había aminorado.

El perro, entonces, se apartó de él; la leve presión desapareció de su costado; oyó el chasquido y el siseo de sus uñas sobre el piso de madera al alejarse, y en un principio pensó que estaba huyendo. Pero el animal se paró ante la entrada, afuera, y él lo vio entonces, vio cómo alzaba la cabeza y se ponía a aullar. Y entonces la vio él también.

Estaba de pie, en la puerta de la cocina, mirándole. Él no se movió.

No respiró ni habló hasta que estuvo seguro de que su voz sería la de siempre, hasta que compuso el semblante para no sobresaltarla.

-Mannie -dijo-. Todo está bien.

No tengo miedo.

Luego avanzó un paso hacia ella, lentamente, sin levantar siquiera la mano todavía, y se detuvo. Luego avanzó un paso más. Pero esta vez, tan pronto como él se desplazó, ella empezó a esfumarse. Él se detuvo al instante, conteniendo de nuevo la respiración, inmóvil, deseando que sus ojos vieran que ella se había detenido igualmente. Pero ella no se había detenido. Se desvanecía, estaba yéndose.

-Espera -dijo, con la mayor dulzura con que jamás había oído a su voz hablar a una mujer-: Déjame ir contigo, cariño.

Pero ella seguía yéndose; se iba ya velozmente; él pudo sentir entonces realmente entre ellos la barrera insuperable de su propia fuerza, de aquella fuerza capaz de manejar un tronco que hubiera

exigido el concurso de dos hombres, de la sangre y de los huesos y la carne demasiado fuertes, una barrera insalvable para la vida, pues había aprendido, cuando menos una vez y con sus propios ojos, cuán fuerte era en verdad -aun en caso de muerte violenta y súbita-, no la carne y los huesos de un hombre joven quizá, mas sí la voluntad de esa carne y esos huesos de seguir con vida.

Y luego desapareció. Él pasó por la puerta en la que ella había estado y se dirigió hacia el hornillo. No encendió la lámpara. No necesitaba la luz. De los estantes para los cacharros, que él mismo había construido al asentar el hornillo, cogió dos platos a tientas, y del puchero, que descansaba frío sobre el frío hornillo, sirvió en ellos la comida que su tía le había traído el día anterior, había comido algo entonces, aunque no recordaba en qué momento ni lo que era.

Llevó los platos a la mesa fregada con agua y desnuda, bajo la sola ventana, pequeña y oscurecida, y acercó dos sillas y se sentó, y esperó otra vez a que su voz fuera como él quería.

-Ven aquí -dijo con aspereza-.

Ven aquí ahora mismo y come tu cena.

No voy a tener que...

Y calló, y se quedó mirando su plato, respirando con fuerte y hondo resuello, ensanchando y encogiendo el pecho, hasta que al cabo hizo cesar el jadeo y se mantuvo inmóvil por espacio quizá de medio minuto, y entonces alzó la mano y se llevó a la boca una cucharada de guisantes fríos y pegajosos. La congelada e inerte masa pareció brincar al contacto de sus labios.

Sin llegar siquiera a entibiarse con el calor de la boca, guisantes y cuchara salpicaron y resonaron contra el plato; la silla cayó hacia atrás y él se encontró de pie, y sintió que los músculos de sus mandíbulas empezaban a obligarle a abrir la boca, tirando con fuerza hacia arriba de la mitad superior de su cabeza. Pero hizo cesar también aquello antes de que se convirtiera en sonido, y se contuvo de nuevo mientras arañaba la comida de su plato y lo vaciaba en el otro, que recogió y salió con él de la cocina.

Cruzó la estancia y la veranda y dejó el plato en el peldaño más bajo y se dirigió hacia la puerta de la cerca.

El perro, que no había estado allí, lo alcanzó cuando aún no había andado media milla. Para entonces había luna; las dos sombras mudaban, ora rotas e intermitentes entre los árboles, ora largas e intactas, sesgadas a través del declive de los pastos o de los viejos campos abandonados que se extendían sobre las colinas; el hombre caminaba casi con la rapidez con que un caballo había cubierto aquella distancia, modificando el rumbo siempre que surgía ante la vista una ventana iluminada; el perro trotando en sus talones a medida que ambas sombras se acortaban según el curso de la luna, hasta que al fin pisaron sus propias sombras y se esfumó la última lámpara lejana y las sombras empezaron a alargarse hacia el costado opuesto; siguiendo en los talones del amo incluso cuando un conejo salió de pronto casi de entre sus pies, y yaciendo luego, con las primeras luces del alba, junto al cuerpo boca abajo del hombre, junto al ensanchamiento y encogimiento trabajoso del pecho, a los sonoros y ásperos ronquidos que parecían no tanto gemidos de dolor como el fragor producido por alguien que se debate inerme en prolongado y singular combate.

Cuando llegó al aserradero no había nadie sino el fogonero, un hombre mayor que él que volvía en aquel momento de la pila de leña, y que lo miró mientras él cruzaba el claro, avanzando a tales zancadas que parecía que fuera a pasar no sólo a través del cobertizo de la caldera, sino a través (o por encima) de la caldera misma, con el mono -limpio el día anteriorembarrado y sucio y empapado hasta las rodillas de rocío, con la gorra de tela echada a un lado de la cabeza, y la visera a plomo sobre la

oreja, como siempre solía, y el blanco de los ojos orlado de rojo y con algo apremiante y tenso en ellos.

-¿Dónde tienes la tartera? -dijo.

Pero antes de que el fogonero pudiera contestar él ya había pasado por su lado y descolgado de un clavo en el poste la pulida tartera-. Sólo quiero una galleta -dijo.

-Cómetelo todo -dijo el fogonero-.

Yo comeré de las de los muchachos a la hora del almuerzo. Luego vete a casa y acuéstate. No tienes buen aspecto.

-No he venido para quedarme mirando -dijo él, sentándose en el suelo, con la espalda contra el poste y la tartera entre las rodillas, y se llevó a la boca las manos llenas de comida, y la engulló ávidamente: guisantes otra vez, otra vez gélidos, un trozo del pollo frito dominical del día anterior, unos cuantos pedazos bastos de tocino frito de la mañana, una galleta del tamaño de una gorra infantil, todo promiscuo e insulso. El resto de la cuadrilla se estaba congregando afuera; al cobertizo de la caldera llegaban voces y ruidos de ajetreo. Al poco entró a caballo en el claro el capataz blanco. Rider no alzó la vista; dejando a un lado la tartera vacía, se levantó sin mirar a nadie, fue hasta el riachuelo, se echó sobre el estómago, bajó la cara hasta el agua y bebió con las mismas hondas y fuertes y turbadas inhalaciones con que había roncado antes, o como cuando había permanecido en la casa vacía en el pasado crepúsculo, tratando de atraer el aire a sus pulmones.

Entonces las vagonetas empezaron a rodar. El aire vibró con el rápido latido del vapor expulsado y el lamento y el rechinar de la sierra; las vagonetas avanzaban una a una hasta la rampa de descarga, donde él saltaba sobre la recién llegada y se mantenía en equilibrio sobre la carga que debía liberar: quitaba los calzos y soltaba las cadenas con argollas, y con el gancho maderero iba enfilando los troncos de ciprés y gomero y roble, uno por uno, hacia la rampa, donde los mantenía hasta que los dos hombres siguientes de su cuadrillas se hallaran listos para recibirlos y guiarlos, y entonces la descarga de cada vagoneta se convertía en un largo fragor tonante y único, subrayado por gruñidos vociferantes y, avanzaba la mañana y con la llegada del sudor, por retazos de canciones diseminados aquí y allá. Él no cantaba con ellos. En el pasado lo había hecho raras veces, y aquella mañana bien podía no haber sido diferente a cualquier otra; él mismo uno más entre los otros otra vez, por encima de las cabezas de quienes evitaban cuidadosamente mirarle, desnudo de cintura para arriba, sin camisa y con el mono anudado a las caderas mediante los tirantes, sin otra ropa en la parte superior del cuerpo que el pañuelo en torno al cuello y la gorra ceñida y a plomo sobre la oreja derecha, mientras el azul acerado del sol más y más alto centelleaba sobre el sudor de los haces y líneas de músculos color de medianoche, hasta que el silbato anunció el mediodía y él dijo a los dos hombres situados a la cabecera de la rampa: -Cuidado. Quitaos de en medio -y echó a rodar el tronco rampa abajo, y recuperó el equilibrio irguiéndose con rápidos y cortos pasos hacia atrás mientras el tronco se precipitaba por la pendiente como un trueno.

El marido de su tía estaba esperándole; era un hombre viejo tan alto como él, pero delgado, frágil casi, que traía una tartera de hojalata en una mano y un plato tapado en la otra.

Ambos se sentaron a la sombra, junto al arroyuelo, no lejos de donde los demás abrían sus tarteras. La suya contenía un tarro de suero de leche envuelto en una tela de saco limpia y húmeda. En el plato había una torta de melocotón, aún caliente.

-La ha hecho para ti esta mañana -dijo su tío-. Dice que vengas a casa.

No respondió; inclinado ligeramente hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y cogiendo la torta con ambas manos, comía ávidamente; el relleno almibarado se le escurría y le manchaba la barbilla, y él masticaba mientras parpadeaba ininterrumpidamente, con el blanco de los ojos circundados un poco más por el enrojecimiento progresivo.

-Fui a tu casa anoche, pero no estabas. Me manda ella. Quiere que vengas a casa. Dejó la lámpara encendida toda la noche por si venías.

-Estoy bien -dijo él.

-No estás bien. El Señor te la dio, el Señor te la quitó. Pon tu fe en Él, confía en Él. Y ella podrá ayudarte.

-¿Qué fe y qué confianza? -dijo él-. ¿Qué le había hecho a Él Mannie? ¿Qué es lo que Él pretende metiéndose conmigo y...?

-¡Calla! -dijo el viejo-. ¡Calla!

Y las vagonetas volvieron a rodar.

Y entonces pudo dejar de sentir la necesidad de inventarse razones para respirar, y al cabo de un rato empezó a creer que había olvidado a hacerlo, pues no podía oír su propia respiración por encima del fragor constante de los troncos rodantes; así, en cuanto se sorprendió creyendo que en verdad lo había olvidado, supo que no lo había hecho, y entonces, en lugar de volcar el último tronco en dirección a la rampa, encaró el tronco que quedaba en la vagoneta. Lo había hecho otras veces, coger un tronco de la vagoneta con las manos, equilibrarlo, volverse con él y lanzarlo por la rampa, pero nunca con un tronco de tal tamaño. De modo que en la completa cesación de todo ruido, salvo la vibración del escape y el tenue quejido de la sierra odiosa, pues todos los ojos, hasta los del capataz blanco, estaban fijos en él, empujó el tronco hasta el borde de la vagoneta y se puso en cuclillas y puso las palmas contra la parte inferior del tronco. Durante unos instantes no se produjo movimiento alguno.

Era como si la madera irracional e inanimada hubiera hipnotizado al hombre, le hubiera conferido algo de su propia inercia original.

Alguien, entonces, dijo en voz baja: -Ya lo tiene. Ya lo tiene fuera de la vagoneta.

Y entonces vieron la grieta, la brecha de aire, y contemplaron el infinitesimal enderezamiento de las piernas arqueadas, hasta que logró juntar las rodillas, la ascensión infinitesimal a través del vientre hundido, del arco del pecho, de las cuerdas del cuello, la elevación del labio sobre los blancos dientes apretados al pasar frente a ellos, la total inclinación hacia atrás de la cabeza -sólo la fijeza inyectada en sangre de sus ojos se mantenía impasible ante todo ello-, el alzamiento progresivo de los brazos y el enderezamiento de los codos, hasta que el tronco en equilibrio sobrepasó su cabeza.

-Pero no podrá darse la vuelta con él -dijo la misma voz-. Y cuando trate de volverlo a poner en la vagoneta, lo va a matar.

Pero nadie se movió. Entonces -no hubo acopio supremo de fuerzas-, el tronco pareció saltar de pronto hacia atrás, por encima de su cabeza, por propia voluntad, y giró en el aire y retumbó y se precipitó con estruendo rampa abajo. Él se volvió y salvó el carril de una zancada y pasó entre sus compañeros, que iban abriéndole paso, y cruzó el claro y se dirigió hacia los bosques desoyendo la llamada del capataz blanco: -¡Rider! -gritó. Y otra vez-: ¡Rider!

A la caída del sol él y el perro se hallaban en la ciénaga del río, a cuatro millas; era otro claro más grande que un cuarto en el que había una casucha, una choza mitad tablas, mitad lona; un hombre blanco sin afeitar, de pie en la puerta a cuyo lado se apoyaba una escopeta, vio cómo se acercaba con cuatro dólares de plata sobre la palma extendida.

-Quiero una jarra -dijo él.

-¿Una jarra? -dijo el hombre blanco-. Querrás decir una pinta. Hoy es lunes. ¿Es que no trabajáis esta semana?

-Me he despedido -dijo él-. ¿Dónde está mi jarra?

Esperó; parecía no mirar nada, con un rápido pestañeo de sus ojos inyectados en sangre y la cabeza alta ligeramente echada hacia atrás; luego se volvió, con la jarra colgada del dedo corazón arqueado, pegada a la pierna, y en aquel preciso instante el hombre blanco le miró súbita y penetrantemente a los ojos, como si los viera por primera vez -aquellos ojos, tensos y apremiantes a la mañana, parecían ahora privados de visión y no se apreciaba en ellos blanco alguno-, y dijo: -Oye. Dame esa jarra. No necesitas un galón. Voy a darte una pinta, te la voy a regalar. Luego te vas y te quedas donde sea. Y no vuelvas hasta que...

El hombre blanco extendió la mano y agarró la jarra, pero él tiró de ella y se la llevó a la espalda, mientras alzaba el otro brazo en abanico y golpeaba al blanco en el pecho.

-Cuidado, blanco -dijo-. Es mía.

La he pagado.

El blanco lo maldijo.

-No, no la has pagado. Aquí tienes tu dinero. Deja esa jarra, negro.

-Es mía -dijo él con voz queda, amable incluso, y la cara inmóvil a excepción del rápido parpadeo de sus ojos rojos-. He pagado por ella.

Dio la espalda al hombre y la escopeta, volvió a cruzar el claro y fue hasta donde estaba el perro, que le esperaba al lado de la senda para volver a pegarse a sus talones. Avanzaron de prisa a lo largo de la angosta senda flanqueada por impenetrables muros de cañas, que daban al crepúsculo una suerte de aura rubia y poseían algo de la opresión, de la falta de espacio para respirar, que había experimentado entre las paredes de su casa.

Pero ahora, en lugar de ahuyentar tal sensación, se detuvo y levantó la jarra y quitó el tapón de mazorca que protegía el penetrante vapor oscuro del alcohol no envejecido y bebió, tragando el líquido, sólido y frío como agua helada, sin sentir siquiera sabor o calor hasta que bajó la jarra y el aire le penetró en los pulmones.

-Ah -dijo-. Así está bien. Pruébame. Pruébame, muchacho. Tengo algo que puede ponerte a bailar de lo lindo.

Y una vez fuera de la negrura irrespirable de la vaguada, volvió a haber luna. Su larga sombra y la de la jarra alzada se proyectaban sesgadas mientras bebía; mantenía la jarra en equilibrio luego, y atraía el aire de plata a su garganta hasta que le era posible volver a respirar, y le hablaba a la jarra: “Vamos. Siempre alardeas de ser más hombre que yo.

Vamos. Demuéstralo", y volvía a beber, ingiriendo sin medida el líquido frío, carente de sabor o calor mientras duraba el trago, sintiéndolo luego deslizarse sólido y ardientemente frío, reprimiendo el jadeo fuerte y persistente, hasta que sus pulmones se vieron de pronto libres como su cuerpo, que avanzaba de prisa encarando el plateado y sólido muro de aire. Y se sentía bien; su rauda sombra y la del perro que trotaba a su lado y se desplazaban veloces como las de dos nubes a través de la colina; su larga sombra inmóvil y la de la jarra levantada se derramaban por la ladera cuando vio la alta y frágil figura del marido de su tía subir penosamente por la colina.

-Me dijeron en el aserradero que te habías ido -dijo el viejo-. Sabía dónde buscarte. Ven a casa, hijo.

Eso no va a ayudarte.

-Me ha sentado ya bien -dijo él-.

Ya estoy en casa. La serpiente ya me ha mordido y el veneno no puede hacerme daño.

-Entonces ven a verla. Deja que te vea. Es lo único que pide: que le dejes verte... -Pero él había vuelto a echar a andar-. Espera -gritó el viejo-. ¡Espera!

-No puedes seguir mi paso -dijo él, hablando al aire de plata, cortando el aire sólido de plata y dejándolo atrás tan velozmente casi como un caballo a la carrera; la voz delgada y frágil se había ya perdido en la infinitud de la noche, y su sombra y la del perro surcaban las millas abiertas, y el hondo y fuerte jadeo de su pecho se sucedía ya libre como el aire, porque se sentía bien.

Luego, mientras bebía, descubrió de pronto que en su boca no entraba ya más líquido; intentaba tragar, pero el líquido no se deslizaba ya garganta abajo; boca y garganta estaban llenas de una columna sólida y estática que, sin reflejo revulsivo alguno, saltaba vertical e intacta y conservando la forma del gaznate, y centelleaba en el aire a la luz de la luna, y se perdía en el murmullo innumerable de la hierba bañada de rocío. Volvió a beber, y otra vez su garganta se llenó de sólido, y al cabo dos hilillos helados se escaparon de las comisuras de su boca; volvió a saltar, intacta, la columna, despidiendo destellos de plata, y él atrajo a su garganta el aire frío, mientras le hablaba a la jarra suspendida ante su boca: -Muy bien. Intentaré catarte otra vez. Y en cuanto decidas quedarte donde yo quiero ponerte, te dejaré en paz.

Y bebió de nuevo; se llenó el gaznate por tercera vez y por tercera vez bajó la jarra un instante antes de la repetición exacta y rutilante, jadeando, respirando el aire fresco hasta que al fin pudo respirar. Volvió a poner cuidadosamente a la jarra su tapón de mazorca y se quedó inmóvil, con la honda y fuerte agitación del pecho, parpadeando, mientras su sombra quieta y solitaria se proyectaba sesgada sobre la colina y más allá de la colina, a través de la intrincada inmensidad de la tierra ennochecida.

-Muy bien -dijo-. Interpreté mal la señal. Esto ya me ha dado toda la ayuda que necesitaba. Estoy bien ya.

Ya no necesito más.

Al cruzar los pastos pudo ver la lámpara; pasó la plateada y negra brecha de la arenosa zanja donde de niño jugaba con latas vacías de rapé y hebillas herrumbrosas de arneses y trozos de cadenas de tirantes de caballerías y, de cuando en cuando, una auténtica rueda, el retazo de jardín donde había trabajado con la azada en primavera mientras su tía lo vigilaba desde la ventana de la cocina, el patio yermo en cuyo polvo había gateado y se había revolcado antes de aprender a nadar, y entró en la casa,

en el cuarto, en la luz misma, con la cabeza un poco echada hacia atrás y la jarra colgada de su dedo arqueado, pegada a la rodilla.

-Tío Alec dice que quieres verme -dijo.

-No sólo verte -dijo su tía-.

Quiero que vengas a casa, donde podremos ayudarte.

-Estoy bien -dijo él-. No necesito que me ayuden.

-No -dijo ella, y se levantó de la silla y se acercó a él y le agarró del brazo tal y como lo había hecho el día anterior, junto a la tumba; el antebrazo, igual que entonces, parecía de hierro-. ¡No! Cuando Alec vino y me dijo que te habías marchado del aserradero ni mediada la tarde, supe por qué y adónde. Pero eso no puede ayudarte.

-Pues me ha hecho bien ya. Ahora me siento perfectamente.

-No me mientas -dijo ella-. Tú nunca me has mentido. No me mientas ahora.

Entonces él lo dijo. Era su propia voz; salía quedamente del enorme jadeo que agitaba su pecho y que pronto entraría en pugna también con las paredes de aquel cuarto. Pero se iría de allí en seguida.

-No -dijo-. No me ha hecho ningún bien.

-¡No puede hacértelo! Nada puede ayudarte, sólo Él. ¡Pídeselo!

¡Cuéntaselo! ¡Él quiere oírte y ayudarte!

-Si es Dios, no necesito contárselo. Si es Dios, tiene que saberlo ya. De acuerdo. Aquí estoy. Que baje aquí y me haga bien.

-¡De rodillas! -gritó ella-. ¡De rodillas, y pídeselo!

Pero no fueron sus rodillas las que golpearon el suelo; fueron sus pies, y durante unos instantes él pudo oír también los de su tía sobre los tablones del pasillo, a su espalda, y la voz que le llamaba a gritos desde la puerta: -¡Spoot! ¡Spoot!

Llamándole a través del patio moteado de luna el nombre que había tenido cuando niño y adolescente, antes de que empezaran a llamarle Rider los hombres con quienes trabajaba y las oscuras y brillantes mujeres sin nombre que había tomado y olvidado sucesivamente, hasta aquel día en que vio a Mannie y se dijo: “Se acabó con todo esto”.

Cuando llegó al aserradero era poco más de medianoche. El perro no le acompañaba. No podía recordar cuándo ni dónde le había abandonado. Al principio creyó recordar que le había arrojado la jarra vacía. Pero más tarde la jarra seguía en su mano y no estaba vacía, y cada vez que bebía los dos hilillos helados se le deslizaban desde las comisuras de la boca, empapándole la camisa y el mono, y al cabo caminó continuamente sumido en el vivo frío del líquido, carente ya de sabor y calor y olor aun después de haber cesado el trago.

-Además -dijo-, no sería capaz de tirarle nada. Puede que le pegase una patada si hiciera falta y se me pusiera a tiro. Pero no sería capaz de destrozar a ningún perro estrellándole algo contra el cuerpo.

La jarra seguía en su mano cuando entró en el claro y se detuvo entre los cúmulos de madera que se alzaban mudos y dorados a la luz de la luna, y se quedó allí en pie, sobre su sombra sin obstáculos, pisándola como la había pisado la noche anterior, tambaleándose un poco, parpadeando en torno al mirar la madera apilada, la rampa, los montones de troncos a la espera del día siguiente, el cobertizo de la caldera, apacible y blanqueado por la luna. Y entonces todo estuvo bien.

Estaba otra vez moviéndose, pero no avanzaba: estaba bebiendo. El líquido frío y veloz e insípido no necesitaba ser tragado, de forma que él no sabía si caía dentro o fuera. Pero todo estaba bien. Ahora había echado a andar y no llevaba ya la jarra, pero no sabía cuándo ni dónde se había desprendido de ella. Cruzó el claro, entró en el cobertizo de la caldera y lo atravesó, recorrió el tramo sinuoso que había detrás del trépano de tiempos y se dirigió a la puerta del almacén de herramientas; el débil resplandor del farol más allá de las junturas de los tablones, una sombra que se alzaba y descendía entre la luz y la pared, el murmullo de voces, el mudo golpe seco y el deslizamiento de los dados, su propia mano golpeando con fuerza la puerta atrancada, y su llamada en alta voz: -Abrid. Soy yo. Me ha mordido una serpiente y voy a morirme.

Al poco estaba dentro. Eran las mismas caras: tres compañeros de cuadrilla, tres o cuatro operarios más del aserradero, el vigilante nocturno blanco con su pesada pistola a la cadera.

En el suelo, ante él, pudo ver el pequeño montón de monedas y gastados billetes; se quedó allí de pie, sobre el círculo de hombres arrodillados y en cuclillas, tambaleándose un poco, parpadeando, con los embotados músculos de la cara esbozando una sonrisa mientras el hombre blanco lo miraba con fijeza.

-Hacedme sitio, jugadores -dijo-.

Me ha mordido una serpiente, pero el veneno no puede hacerme ningún daño.

-Estás borracho -dijo el vigilante-. Fuera de aquí. Que uno de vosotros, negros, abra la puerta y lo saque de aquí.

-Tranquilo, patrón -dijo con voz calma, casi deferente; su cara seguía manteniendo la tenue y rígida sonrisa bajo el parpadeo de los ojos enrojecidos-. No estoy borracho. Lo que me pasa es que no puedo andar derecho porque el peso de este dinero me hace ir encorvado.

Estaba arrodillado, como los demás, con los seis dólares que le quedaban de la paga semanal delante de él, en el suelo; parpadeaba, seguía sonriendo al hombre blanco, cara a cara; luego, sin dejar de sonreír, observaba cómo pasaban de mano en mano los dados en torno al círculo mientras el vigilante aceptaba las apuestas, cómo el dinero manoseado y sucio aumentaba gradualmente delante del blanco, cómo el blanco tiraba los dados y ganaba una tras otra dos apuestas dobles y perdía luego una de veinticinco centavos; al fin los dados llegaron a él, y se oyó el ceñido entrechocar amortiguado de los dados en su mano ahuecada.

-Apuesto un dólar -dijo, y tiró y vio cómo el hombre blanco recogía los dados y los hacía volver en dirección a él-. Me ha picado una serpiente -dijo-. Paso por todo -y volvió a tirar, y esta vez se los devolvió uno de los otros-. Sigo con la apuesta -dijo, y tiró, y se movió al tiempo que el hombre blanco, y le agarró la muñeca antes de que pudiera alcanzar los dados; ambos se miraron, frente a frente, sobre los dados y el dinero, con su mano izquierda aferrada a la muñeca derecha del blanco, y la cara exhibiendo aún la rígida y embotada sonrisa, y su voz, que seguía siendo casi deferente-: Puedo pasar por alto incluso mis pérdidas, pero estos chicos de aquí...

Y al final la mano del blanco se abrió y el segundo par de dados cayó al suelo, al lado del primero, y el hombre blanco logró zafarse y saltó hacia atrás y echó la mano hacia el bolsillo trasero, donde tenía la pistola.

La navaja, entre los omóplatos y debajo de la camisa, le colgaba de un cordón de algodón que llevaba atado al cuello. El mismo movimiento de la mano que atrajo la navaja hacia adelante, sobre el hombro, la soltó del cordón y abrió la hoja; la hoja siguió abriéndose hasta que el canto opuesto al filo descansó sobre sus nudillos, y el pulgar presionó para encajar el mando entre los dedos que se cerraban formando un puño, de forma que un instante antes de que la pistola a medio sacar hiciera fuego, él golpeó la garganta del hombre blanco, no con la hoja sino con el golpe en abanico del puño, que continuó su trayectoria de tal suerte que ni siquiera el primer chorro de sangre tocó su mano ni su brazo.

Cuando todo hubo terminado (no llevó mucho tiempo; encontraron al preso al día siguiente, colgado de la cuerda de la campana de una escuela negra, a unas dos millas del aserradero; el juez pronunció su veredicto: muerto a manos de persona o personas desconocidas; se entregó el cuerpo a sus parientes más próximos; todo en cinco minutos), el delegado del sheriff, encargado oficialmente del caso, le contaba a su esposa pormenores del mismo.

Estaban en la cocina; la esposa estaba haciendo la cena, y el delegado, que había estado en vela y de un lado para otro desde que le aplicaron al preso la ley de fugas, poco después de medianoche, se hallaba agotado por la falta de sueño y las comidas apresuradas a horas extrañas y apremiantes.

Esos malditos negros -dijo, sentado en una silla junto al hornillo, algo histérico también-. Lo juro por Dios: es asombroso que tengamos con ellos tan pocos problemas como tenemos. ¿Que por qué? Porque no son seres humanos. Tienen aspecto humano y andan sobre las piernas traseras como los humanos, y pueden hablar y uno puede entenderlos y pensar que ellos le entiende a uno, por lo menos de vez en cuando. Pero cuando se trata de los sentimientos y sensibilidad normales en los humanos, pueden ser iguales a un maldito rebaño de búfalos salvajes. Fíjate, por ejemplo el de hoy...

-Preferiría que lo dejases fuera de mi cocina -dijo su mujer con aspereza. Era una mujer robusta, antaño hermosa, que empezaba a encanecer y tenía un cuello decididamente corto, y que no parecía agobiada en absoluto, sino colérica. Había estado, además, en el club aquella tarde jugando al juego de los engaños, y después de ganar la partida, y el primer premio de cincuenta centavos, una de las participantes había insistido en un recuento de los tantos, y finalmente en la anulación de la partida entera-. ¡Vosotros los sheriffs! Todo el día sentados en ese Palacio de Justicia, charlando. No es extraño que dos o tres tipos entren y se lleven a los presos delante de vuestras narices.

Se llevarían hasta las sillas y los escritorios y los antepechos de las ventanas si llegarais a apartar un palmo de ellos vuestros traseros y vuestros pies.

-Esos Birdsong son bastante más que dos o tres -dijo el delegado-.

Entre unos y otros son más de cuarenta y dos votos efectivos. Mayfield y yo cogimos un día la lista electoral y los contamos. Pero atiende... -La mujer dio la espalda al hornillo y se acercó con una fuente. El delegado apartó rápidamente los pies para dejar pasar a su esposa, que siguió hasta el comedor. Entonces alzó un poco la voz-: Se le murió la mujer. Bien.

¿Crees que se apena? Es el tipo más grande en el entierro. Agarra una pala, antes incluso de que metan la caja en la fosa, según he oído, y se pone a echar tierra encima de la mujer tan rápido como un molinete. Pero bueno, está bien... -Volvió su esposa. Volvió él a retirar los pies-. Es posible que tuviera esos sentimientos hacia ella. No hay ninguna ley que lo prohíba, siempre que no hubiera jugado también un papel activo en su muerte.

Pero he aquí que al día siguiente es el primero en llegar al aserradero, si dejamos aparte al fogonero, que ni siquiera tenía encendida todavía la caldera; cinco minutos antes y hubiera podido ayudar al fogonero a despertar a Birdsong para que se fuera a casa a dormir, o cortarle el pescuezo entonces, ahorrándonos así todos estos problemas. Así que va a trabajar, y el primero de todos, cuando McAndrews le habría dado el día libre y se lo habría pagado, cuando McAndrews y todos los demás esperaban que se tomara el día libre, cuando cualquier blanco se lo hubiera tomado fueran cuales fuesen los sentimientos hacia su mujer difunta, cuando hasta un niño con sentido común se habría tomado un día de vacaciones pagadas. Pero él, no. Él el primero en su puesto, saltando de vagoneta en vagoneta antes incluso de que el silbato dejara de sonar, agarrando él solo troncos de ciprés de diez pies y tirándolos por allí como si fueran cerillas. Y luego, precisamente cuando todo el mundo decide que hay que tomarlo así, que es así como quiere que lo tomen, deja el trabajo y se larga a media tarde, sin un "con permiso" ni "gracias" ni "adiós" a McAndrews ni a nadie, y se compra un galón entero de ese whisky de baja estofa, y vuelve directamente al aserradero al juego de dados que Birdsong lleva organizando con dados trucados desde hace quince años, va directamente al juego en el que ha estado dócilmente perdiendo semana tras semana probablemente un promedio del noventa y nueve por ciento de su paga desde que tuvo edad suficiente para leer la numeración sobre los dados perdedores, y cinco minutos después le corta el pescuezo hasta el hueso a Birdsong.

"Así que Mayfield y yo nos fuimos para allá. No es que esperáramos hacer gran cosa, ya que seguramente para el amanecer habría dejado atrás Jackson, en Tennessee. Además, la manera más sencilla de encontrarle sería mantenernos cerca de los Birdsong. Así que, por pura casualidad, pasamos por su casa; ahora ni siquiera recuerdo para qué. Y allí estaba. ¿Sentado acaso detrás de la puerta con la navaja abierta sobre una rodilla y la escopeta sobre la otra? No. Dormido.

Había una gran cazuela de guisantes vacía sobre el hornillo. Y allí estaba él, echado en el patio trasero, dormido a pleno sol, con la cabeza resguardada bajo el borde del porche; había también un perro, que parecía un cruce de oso y de novillo Polled Angus, ladrando endemoniadamente desde la puerta trasera. Y él se despierta y dice: "Está bien, blancos. Yo lo hice. Pero no me encierren". Aconsejando, ordenando al sheriff que no le encerrase; que sí, que lo había hecho, y que era horrible, pero que no le privasen de aire fresco. Así que le hicimos subir al coche, y entonces aparece la vieja (su madre o tía o algo así) jadeando camino arriba a trote de perro. Quería venir con nosotros; Mayfield trató de explicarle lo que podía sucederle a ella también si los Birdsong nos encontraban antes de que lo pusiéramos entre rejas, pero ella insistía en venir de todas formas, y, como dijo Mayfield, a lo mejor era bueno que ella viniera en el coche en caso de que nos encontráramos con los Birdsong, porque obstaculizar la ley no tiene perdón por mucho que el clan de los Birdsong le ayudara el verano pasado a Mayfield a ganar las elecciones. Así que la llevamos también y llegamos a la ciudad y fuimos a la cárcel y se lo entregamos a Ketcham, y Ketcham lo subió arriba, y la vieja detrás de él, diciendo: "Traté de educarle bien. Era un buen chico.

Hasta ahora nunca se metió en ningún lío. Pagará por lo que ha hecho. Pero no deje que lo cojan esos blancos".

Ketcham le dijo: "Tanto él como tú deberíais haberlo pensado antes de empezar a afeitar blancos sin usar ninguna espuma" y los encerró a los dos en la celda, porque pensó, lo mismo que Mayfield, que el que ella estuviera allí podría ejercer alguna influencia positiva en la gente de Birdsong en caso de conflicto, y con vistas a la futura presentación de su candidatura para sheriff cuando acabase el mandato de Mayfield. Y volvió al piso de abajo y al poco entró la cuerda de presos y Ketcham pensó que las cosas iban a calmarse durante un rato, y de repente empezó a oír los alaridos; sí, los alaridos, no gritos, aunque no había palabras en ellos, y cogió la pistola y subió corriendo y entró en el cuarto de la cuerda de presos y miró en la celda a través de los barrotes de la puerta: aquel negro había arrancado de cuajo el catre de hierro que estaba atornillado al suelo, y aullaba en medio de la celda con el catre por encima de la cabeza como si fuera la cuna de un niño, y la vieja, acurrucada en un rincón, oyendo

cómo el negro le decía: “No voy a hacerte daño”, y el negro lanza el catre contra la pared y se acerca y agarra la puerta de acero y la arranca del muro, con ladrillos, goznes y todo, y sale al cuarto grande con la puerta sobre la cabeza como si fuera una celosía metálica de ventana, diciendo: “No pasa nada. No estoy tratando de escaparme”.

“Ketcham podía haberlo tumbado de un tiro allí mismo, pero, como él pensó, en caso de que no fuera la ley, tendrían que ser los Birdsong los que primero le dieran de lo lindo. Así que no disparó. Lo que hizo fue ponerse a resguardo detrás de los negros de la cuerda de presos, que estaban como amontonados retrocediendo ante la puerta de acero, y gritó: “¡Agarradle! ¡Tiradle al suelo!”, pero los negros seguían echándose hacia atrás, hasta que Ketcham logró situarse en el sitio adecuado y la emprendió a patadas con unos y a golpes de la parte roma de la pistola con otros, y al fin consiguió que se echaran encima del gigante. Y Ketcham cuenta que, durante un buen rato, el negro los iba cogiendo según llegaban y los lanzaba al otro extremo del cuarto como si fueran muñecos de trapo, mientras seguía diciendo: “No estoy tratando de escaparme. No estoy tratando de escaparme”, hasta que al fin lograron derribarlo y se formó una enorme masa de brazos y cabezas y piernas de negro revolcándose por el suelo, y Ketcham dice que incluso entonces salía un negro despedido de cuando en cuando por el aire, con los brazos y las piernas extendidos, como si fuera una ardilla voladora, y los ojos saliéndoseles de las órbitas como los faros de un coche, hasta que lo tuvieron bien sujeto en el suelo y Ketcham se acercó y empezó a apartar negros y por fin pudo verlo bajo el montón, riéndose, con lágrimas grandes como canicas saltándole de los ojos y cayéndole por la cara y por debajo de las orejas y haciendo un ruido sordo contra el suelo, como si alguien estuviera dejando caer huevos de pájaro, y reía y reía y decía: “Parece que me es imposible dejar de pensar. Parece que no me es posible”. ¿Qué opinas de lo que te cuento?

-Opino que si vas a cenar algo en esta casa, tendrás que hacerlo en cinco minutos -dijo su esposa desde el comedor-. Luego quitaré la mesa y me iré al cine.

Desciende, Moisés

La cara era negra, suave, impenetrable; los ojos habían visto demasiadas cosas. El pelo negroide había sido moldeado de forma que le cubría el cráneo como un bonete, en una única mata pulcramente arqueada, con aspecto de haber sido untada de laca, y la raya esculpida a navaja, de forma que la cabeza parecía una cabeza de bronce, permanente, imperecedera. Llevaba uno de esos trajes deportivos que los anuncios de los periódicos llaman “conjuntos”; camisa y pantalones a juego, de la misma franela color de gamuza; ropa muy cara, demasiado engalanada, con demasiados pliegues. Estaba medio echado en el catre de hierro del cubículo de hierro, y fuera había un guardia armado que llevaba veinte horas en su puesto; fumaba cigarrillos y contestaba con voz deliberada y firmemente no sureña a las preguntas del joven blanco con gafas, sentado ante él en el taburete de hierro con su gruesa cartera de agente del censo.

-Samuel Worsham Beauchamp.

Veintiséis años. Nacido en los alrededores de Jefferson, Mississippi.

Sin familia. Sin...

-Espere -dijo el agente del censo mientras escribía con rapidez-. Ése no es el nombre con el que fue conden... que utilizaba en Chicago.

El otro sacudió la ceniza del cigarrillo.

-No. Fue otro tipo el que mató al polizonte.

-Está bien. ¿Ocupación?

-Enriquecerme demasiado rápido.

-Ninguna -escribió con rapidez el agente del censo-. ¿Padres?

-Claro. Dos. No los recuerdo.

Me crió mi abuela.

-¿Cuál es su nombre? ¿Vive todavía?

-No lo sé. Mollie Worsham Beauchamp. Si aún vive, estará en la granja de Carothers Edmonds. Cerca de Jefferson, Mississippi. ¿Eso es todo?

El agente del censo cerró la cartera y se levantó. Era uno o dos años más joven que el otro.

-Si no saben quién es usted aquí, ¿cómo van a saber... cómo espera usted llegar adonde los suyos?

El otro sacudió la ceniza del cigarrillo, y siguió echado en el catre de hierro, con su elegante ropa de Hollywood y un par de zapatos mejores que los que el agente del censo había tenido en su vida.

-¿Y eso qué más me dará a mí?

-dijo.

El agente del censo, pues, dejó la celda; el guardia cerró de nuevo la puerta de hierro. Y el otro siguió echado en el catre de hierro, fumando, hasta que vinieron y le abrieron sendos tajos en los caros pantalones y le afeitaron el caro peinado y lo sacaron de la celda.

Aquella misma cálida y luminosa mañana de julio, el mismo cálido y luminoso viento que agitaba fuera las hojas de las moreras sopló también en el despacho de Gavin Stevens, creando una apariencia de frescura en lo que tan sólo era movimiento. Alborotó entre los asuntos del fiscal del condado que había en su escritorio y sacudió la revuelta cabellera, prematuramente blanca, que coronaba su delgada, inteligente e inestable y su arrugado traje de lino, en cuya solapa colgaba de la cadena del reloj la divisa “Phi Beta Kappa”(1) -Phi Beta Kappa, Harvard; doctor en Filosofía, Heidelberg-; Gavin Stevens, cuya oficina era su pasatiempo favorito, si bien le procuraba el sustento, y cuya verdadera vocación era una traducción inacabada del Antiguo Testamento al griego clásico en la que llevaba trabajando veintidós años.

Sólo la visitante parecía insensible

(1) Phi Beta Kappa: sociedad honorífica norteamericana integrada por universitarios de alto nivel académico. (De las iniciales del lema griego “Philosophia biou Kibernetes”: LaFilosofía, norte de la vida).

(N. del T.) a aquella agitación, aunque a juzgar por su apariencia no debía poseer, en medio de aquel viento, más peso y consistencia que la ceniza intacta de un trozo de papel. Era una vieja y pequeña mujer negra, con una cara apergaminada e increíblemente vieja bajo el pañuelo de cabeza blanco y un sombrero de paja negro que bien podría haberse ajustado a la cabeza de un chiquillo.

-¿Beauchamp? -dijo Stevens-. Usted vive en las tierras del señor Carothers Edmonds.

-Me marché -dijo ella-. Vengo a buscar a mi chico. -Y entonces, allí sentada frente a él, inmóvil sobre la dura silla, empezó a decir en tono de salmodia-. Roth Edmonds vendió a mi Benjamín. Lo vendió en Egipto. El faraón lo compró...

-Espere -dijo Stevens-. Espere, abuela. -Porque la memoria, los recuerdos se hallaban a punto de encajar-. Si no sabe dónde está su nieto, ¿cómo sabe que está en aprietos?

¿Quiere decir que el señor Edmonds se negó a ayudarle a encontrarlo?

-Fue Roth Edmonds quien lo vendió -dijo ella-. Lo vendió en Egipto. No sé dónde está. Sólo sé que lo tiene el faraón. Y usted es la ley.

Quiero encontrar a mi chico.

-De acuerdo -dijo Stevens-. si no va a volver a casa, ¿dónde se va a alojar en la ciudad? Puede llevar algún tiempo: no sabe adónde se fue y no ha tenido noticias de él en cinco años.

-Me alojaré con Hamp Worsham.

Es mi hermano.

-Muy bien -dijo Stevens.

No estaba sorprendido. conocía a Hamp Worsham, pero tampoco se habría sorprendido si jamás hubiera visto antes a aquella vieja negra. Ellos eran así. Uno los conocía de toda la vida; podían incluso haber trabajado para uno varios años; podían tener nombres diferentes, y sin embargo un día, de pronto, uno descubría que eran -o decían ser- hermanos o hermanas, y uno no se sorprendía.

Se quedó sentado en medio de aquel movimiento caliente que no era brisa y la oyó bajar lenta y trabajosamente las escaleras de fuera, y recordó al nieto. Los papeles habían pasado por su escritorio antes de ir a parar al fiscal del distrito, cinco o seis años atrás: Butch Beauchamp, como el joven había sido conocido durante aquel año que se pasó entrando y saliendo de la cárcel de la ciudad, hijo de la hija de la anciana negra, huérfano de madre desde su nacimiento y abandonado por su padre, a quien la abuela había recogido y educado -o tratado de educar-. Porque a los diecinueve años había dejado el campo y se había venido a la ciudad, en donde entró y salió de la cárcel una y otra vez por jugador y pendenciero, hasta que finalmente fue acusado formalmente de allanamiento con fractura en una tienda.

Atrapado con las manos en la masa, en el momento de la detención golpeó con un tubo de hierro al policía, quien a su vez lo derribó con la culata de la pistola, y una vez en el suelo se puso a maldecir por la boca partida, mientras sus dientes esbozaban entre la sangre y algo así como una risa burlona, dos noches después se escapó de la cárcel y ya no volvió a vérsele jamás; un joven, sin haber cumplido los veintiún años, mas con algo en él del padre que lo había engendrado y abandonado y que se hallaba ahora internado en la cárcel del estado por homicidio involuntario; una simiente no sólo violenta sino mala.

“Y ése es el individuo a quien tengo que encontrar, salvar”, pensó Stevens. Porque ni por un momento dudó del instinto de la vieja. No se habría sorprendido tampoco si ella hubiera sido capaz de adivinar también dónde estaba su nieto y cuál era su problema, y sólo se sorprendió más tarde al comprobar cuán rápidamente había averiguado el paradero y el problema del muchacho.

La granja de Edmonds estaba a diecisiete millas de la ciudad. Pero, según la vieja negra, Edmonds se había negado ya a tener que ver algo en el asunto. Y entonces Stevens comprendió lo que había querido decir la vieja. Recordó que había sido Edmonds quien hizo que el chico fuera a Jefferson; lo había sorprendido forzando el economato y lo había expulsado de sus tierras, prohibiéndole la vuelta para siempre. “El sheriff, no -pensó Stevens-. Algo de alcance más amplio, de desarrollo más rápido que lo que sus atribuciones le permiten...” Se levantó, bajó las escaleras de fuera y cruzó la plaza desierta en el caluroso interludio de comienzos de mediodía y se dirigió a la oficina del semanario del condado. Encontró en ella al director, un hombre mayor que él, aunque de pelo menos blanco, con corbata de lazo negra y anticuada camisa almidonada, enormemente gordo.

-Una vieja negra llamada Mollie Beauchamp -dijo Stevens-. Vive con su marido en la granja de Edmonds.

Se trata de su nieto. Ya te acuerdas de él: Butch Beauchamp, hace unos cinco o seis años, pasó un año en la ciudad, en la cárcel la mayor parte, al final lo cogieron una noche forzando la tienda de Rouncewell. Bien, ahora está en un apuro bastante más serio. No me cabe la menor duda de que la vieja tiene razón. Sólo espero, por su bien y por el bien de los ciudadanos a quienes represento, que el apuro sea grave y tal vez definitivo...

-Espera -dijo el director. No tuvo siquiera que levantarse de la mesa.

Desclavó del pincho una copia del papel de cebolla de la asociación de la prensa y se la tendió a Stevens-.

Acaba de llegar -dijo.

Estaba fechada en Joliet, Illinois, aquella misma mañana:

“Negro de Mississippi, en víspera de ejecución por asesinato de un policía en Chicago, revela su verdadero nombre al responder al cuestionario del censo. Samuel Worsham Beauchamp...”

Stevens cruzaba de nuevo la plaza desierta en cuyo caluroso interludio del mediodía se hallaba algo más próximo. Había pensado que lo que haría sería ir a la pensión donde vivía para almorzar, pero descubrió que no lo estaba haciendo. “Además, no he cerrado la puerta del despacho -pensó-. Tal parece que no pensaba de verdad lo que dije que esperaba”. Subió las escaleras de afuera, emergió del caliginoso y ya sin viento deslumbramiento del sol y entró en su despacho. Se detuvo. Luego dijo: -Buenos días, señorita Worsham.

Era también muy vieja: delgada, erguida, con el pelo blanco recogido a la antigua bajo un sombrero desvaído de hacía treinta años, ataviada de un negro mohoso y con la sombrilla negra y raída y descolorida. Vivía sola en la casa en progresiva ruina que le había dejado su padre, donde daba clases de pintura de porcelanas y, con la ayuda de Hamp Worsham y su esposa, criaba pollos y cultivaba verduras para vender en el mercado.

-Vengo por Mollie -dijo-. Mollie Beauchamp. Dice que usted...

Y él se lo contó mientras ella, erguida en la dura silla que había ocupado antes la vieja negra, le observaba con la mohosa sombrilla apoyada sobre la rodilla. En su regazo, bajo las manos juntas, descansaba un inmenso y anticuado bolso de abalorios.

-Va a ser ejecutado esta noche.

-¿No puede hacerse nada? Los padres de Mollie y de Hamp pertenecieron a mi abuelo. Mollie y yo crecimos juntas. Cumplimos años en el mismo mes.

-He telefoneado -dijo Stevens-.

He hablado con el alcaide de la cárcel de Joliet, y con el fiscal del distrito de Chicago. Tuvo un juicio justo, un buen abogado. Tenía dinero.

Estaba metido en el negocio de la lotería clandestina, un asunto en el que hace dinero la gente como él. -Ella le miraba, erguida, inmóvil-. Es un asesino, señorita Worsham. Disparó al policía por la espalda. Un mal hijo de un mal padre. Él mismo se confesó culpable después.

-Ya veo -dijo ella. Entonces él se dio cuenta de que la anciana no le miraba. O cuando menos no le veía-.

Es terrible.

-También es terrible el asesinato -dijo Stevens-. Es mejor así.

Al cabo ella volvía a mirarle.

-No estaba pensando en él. Estaba pensando en Mollie. No debe enterarse.

-Sí -dijo Stevens-. He hablado ya con el señor Wilmoth en el periódico. Ha accedido a no publicar nada.

Voy a llamar por teléfono al periódico de Memphis, aunque seguramente será demasiado tarde, por mucho que ellos... Si al menos pudiéramos convencer a Mollie para que volviera a casa esta tarde, antes de que el periódico de Memphis... Allá en la granja a la única persona que ve es al señor Edmonds, y yo podría hablar con él y advertirle de que no le dijera nada; y aunque los negros oyeran hablar de ello, no... Y entonces, dentro de dos o tres meses, yo podría ir y decirle que está muerto y enterrado en algún lugar del Norte...

Ahora ella le miraba con tal expresión en el semblante que Stevens dejó de hablar.

-Ella querrá traerse el cuerpo a casa, junto a ella -dijo.

-¿El cuerpo? -dijo Stevens.

La expresión no era de disgusto ni de desaprobación. Simplemente hacía patente cierta antigua, intemporal afinidad de las mujeres con el pesar y la sangre. Al mirarle, Stevens pensó: “Ha venido hasta la ciudad caminando y soportando este calor. A menos que Hamp la hay traído en el carricoche con el que vende huevos y verduras”.

-Es el único hijo de su hija mayor, de su propia primogénita muerta.

Debe volver al hogar.

-Debe volver al hogar -dijo Stevens-. Me ocuparé de ello al instante. Telefonearé ahora mismo.

-Es usted muy amable. -Se agitó, se movió por vez primera. Stevens vio cómo las manos de ella atraían y abrazaban contra el regazo el bolso-. Yo costearé los gastos. ¿Podría darme alguna idea de...?

Él la miró a la cara. Dijo la mentira sin pestañear, rápidamente, con desenvoltura.

-Bastarán diez o doce dólares.

Pondrán ellos la caja, así que sólo será el transporte.

-¿Una caja? -Volvió a mirarle con aquella expresión de curiosidad y desapego, como si fuera una niña-. Es su nieto, señor Stevens. Cuando lo recogió para criarlo, le dio el nombre de mi padre. No basta con una caja, señor Stevens. Entiendo que podrá arreglarse pagando un tanto al mes.

-Una caja no basta -dijo Stevens-. El señor Edmonds estará dispuesto a ayudar, estoy seguro. Y según tengo entendido el viejo Luke Beauchamp tiene algún dinero en el banco. Y si usted me lo permite...

-No será necesario -dijo ella.

Stevens vio como abría el bolso; vio cómo contaba sobre su escritorio veinticinco dólares en billetes ajados y en monedas, desde las más valiosas hasta las más menudas de diez y cinco y un centavo-. Esto cubrirá los gastos inmediatos. A ella se lo diré yo... ¿Está seguro de que no hay ninguna esperanza?

-Estoy seguro. Morirá esta noche.

-Entonces esta tarde le diré que ya está muerto.

-¿Quiere que sea yo quien se lo diga?

-Yo se lo diré -dijo ella.

-¿Quiere que vaya a verla luego y hable con ella?

-Sería muy amable de su parte.

Luego se fue, muy erguida, y sus pasos tenues y vivos, casi enérgicos, fueron apagándose sobre las escaleras.

Stevens volvió a telefonear a Illinois, al alcaide, y a un empresario de pompas fúnebres de Joliet. Luego volvió a cruzar una vez más la calurosa plaza desierta. Hubo de esperar tan sólo un breve rato a que el director volviera de almorzar.

-Lo vamos a traer a casa -dijo-.

La señorita Worsham y tú y yo y algunos más. Costará...

-Espera -dijo el director-.

¿Quiénes más?

-Aún no lo sé. Costará unos doscientos dólares. Sin contar las llamadas telefónicas; de ellas me ocupo yo. Le sacaré algo a Carothers Edmonds en cuanto le eche la vista encima; no sé cuánto, pero algo. Y quizá cincuenta aquí en la plaza. Pero el resto será tuyo y mío, ya que ella se empeñó en dejarme veinticinco dólares, justo el doble de lo que traté de convencerle que costaría, y exactamente cuatro veces lo que ella puede permitirse...

-Espera -dijo el director. Espera.

-Y llegará pasado mañana, en el Número Nueve, y saldremos a recibirlo: la señorita Worsham y la vieja negra, la abuela, en mi coche, y tú y yo en el tuyo.

-¡Oh, vamos, Gavin! La gente va a decir que me he vuelto republicano y perderé la poca publicidad que inserta el semanario.

Stevens, con una suerte de paciencia airada, dirigió al director una mirada casi fulminante.

-¿Vas a permitir que esa dama vaya a recibir el cuerpo del asesino sola, acompañada únicamente de la vieja mujer negra, ante la mirada fija de una caterva de blancos sinvergüenzas? ¿No te das cuenta de que si a alguien se le ha ocurrido mandar la noticia a tu maldito periodicucho, con mucha más razón saldrá mañana por la mañana en los periódicos de Memphis?

El director apartó la mirada al cabo de un instante.

-De acuerdo -dijo-. Continúa.

-La señorita Worsham y la vieja lo llevarán de vuelta a casa, adonde nació. O al sitio donde la vieja lo educó. O donde intentó educarlo. Y el coche fúnebre será otros quince dólares, sin contar las flores...

-¿Flores?

-Flores -dijo Stevens-. Pon en total doscientos veinticinco dólares.

Y la mayor parte saldrá de nuestro bolsillo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -dijo el director-.

Por Júpiter -añadió-; aun en caso de que pudiera elegir, casi valdría la pena por la novedad del asunto. Será la primera vez en mi vida que pague por un tema que de antemano haya prometido no publicar.

-Que de antemano has prometido no publicar -dijo Stevens.

Y durante el resto de aquella tarde calurosa y ya sin viento, mientras funcionarios del Ayuntamiento y jueces de paz y alguaciles llegaban desde los confines del condado y después de recorrer quince y viente millas, subían las escaleras y se quedaban de pie en el despacho vacío y decían pestes de él y se sentaban y esperaban y se marchaban y volvían y se sentaban de nuevo. Stevens iba de tienda en tienda y de oficina en oficina alrededor de la plaza -comerciantes, dependientes, propietarios y empleados, médicos y dentistas y abogados con su rápido y preparado discurso.

-Es para traer a casa a un negro muerto. Es por la señorita Worsham.

No se preocupe no hay que firmar ningún papel. Sólo tiene que darme un dólar. O si no medio dólar.

Y aquella noche, después de la cena, caminó en la oscuridad sin viento y llena de estrellas hasta el extremo de la ciudad, y llegó a casa de la señorita Worsham y tocó en la puerta despintada. Hamp Worsham lo recibió y lo hizo entrar; era un hombre viejo, de vientre hinchado a causa de la dieta casi

exclusiva de verduras de la señorita Worsham y de él y de su esposa, con rostro de senador romano y un fleco de pelo blanco y los ojos borrosos y sin pupila de los viejos.

-Le está esperando -dijo-. Me manda decir que tenga la bondad de subir a la alcoba.

-¿Está allí tía Mollie? -dijo Stevens.

-Estamos todos allí -dijo Worsham.

Así que Stevens cruzó el vestíbulo iluminado por la lámpara (seguían utilizando lámparas de aceite en toda la casa, y no había en ella agua corriente), precedió al negro a lo largo del descolorido empapelado que flanqueaba las limpias y despintadas escaleras, y lo siguió por el corredor hasta que entraron en un pulcro y amplio dormitorio en donde podía percibirse el tenue e inconfundible olor de las viejas doncellas. Como Worsham había dicho, estaban todos: su esposa, una enorme mujer con un vivo turbante, apoyada en la puerta; la señorita Worsham, siempre erguida, sentada en una silla dura; la vieja negra, en una mecedora al lado de la chimenea, en la que unas cuantas brasas seguían ardiendo débilmente incluso en una noche como aquélla.

La vieja negra tenía en la mano una pipa de arcilla con boquilla de caña; no fumaba, sin embargo, y en la cazoleta manchada podía verse la ceniza blanca y muerta; y Stevens, mirándola de verdad por vez primera, pensó: “Santo Dios, no tiene siquiera el tamaño de un niño de diez años”. Luego tomó asiento, de modo que los cuatro -él, la señorita Worsham, la vieja negra y su hermano- formaban un círculo alrededor de la chimenea de ladrillo en la que ardía sin llama el antiguo símbolo de la cohesión física.

-Llegará pasado mañana, tía Mollie -dijo Stevens.

La vieja negra ni siquiera le miró; no le había mirado nunca.

-Está muerto -dijo-. Se apoderó de él el faraón.

-Oh, sí, Señor -dijo Worsham-.

Se apoderó de él el faraón.

-Vendieron a mi Benjamín -dijo la vieja negra-. Lo vendieron en Egipto.

Y empezó a mecerse en la mecedora suavemente.

-Oh, sí, Señor -dijo Worsham.

-Calla -dijo la señorita Worsham-. Calla, Hamp.

-Llamé al señor Edmonds por teléfono -dijo Stevens-. Lo tendrá todo preparado para cuando ustedes lleguen.

-Roth Edmonds lo vendió -dijo la vieja negra. Seguía meciéndose en la mecedora-. Vendió a mi Benjamín.

-Calla -dijo la señorita Worsham-. Calla, Mollie. Ahora calla.

-No -dijo Stevens-. Él no lo hizo, tía Mollie. No fue el señor Edmonds. El señor Edmonds no...

“Pero no hay duda de que no va a oírme”, pensó Stevens. Ni siquiera le estaba mirando, nunca le había mirado.

-Vendió a mi Benjamín -dijo la vieja-. Lo vendió en Egipto.

-Lo vendió en Egipto -dijo Worsham.

-Roth Edmonds vendió a mi Benjamín.

-Lo vendió al faraón.

-Lo vendió al faraón y ahora está muerto.

-Será mejor que me vaya -dijo Stevens.

Se levantó con rapidez. También se levantó la señorita Worsham, pero los demás ni les miraron siquiera. Hermano y hermana, frente a frente, se mecían uno a cada lado de la chimenea; la mujer de Worsham estaba apoyada contra la pared, y Stevens, al pasar, la miró y vio que tenía los ojos vueltos hacia arriba por completo, de forma que se había esfumado en ellos el iris y sólo podía verse el blanco de la córnea. Stevens no esperó a que la vieja señorita le precediera; avanzó por el corredor de prisa. “Pronto estaré afuera -pensó-. Allí habrá aire, espacio, podré respirar”. A su espalda podía oír los pasos vivos, casi enérgicos, de ella, y más atrás las voces.

-Vendió a mi Benjamín. Lo vendió en Egipto.

-Lo vendió en Egipto. Oh, sí, Señor.

Bajó las escaleras, corriendo casi.

No estaba lejos ya; podía ya olerlo, sentirlo: la oscuridad sin viento, simple. Logró calmar el ánimo y se detuvo a esperar en la puerta, donde se volvió y vio acercarse a la señorita Worsham: la alta, blanca, erguida cabeza antigua aproximándose a través de la luz antigua de la lámpara, más allá de la cual Stevens alcanzó a oír entonces una tercera voz, que había de ser la de la esposa de Worsham; era una genuina y persistente voz de soprano que emitía un sonido sin palabras bajo la estrofa y la antiestrofa del hermano y de la hermana.

-Lo vendió en Egipto y ahora está muerto.

-Oh, sí, Señor. Lo vendió en Egipto.

-Lo vendió en Egipto.

-Y ahora está muerto.

-Lo vendió al faraón.

-Y ahora está muerto.

-Lo siento -dijo Stevens-. Le ruego me perdone. Debí suponérmelo.

No tenía que haber venido.

-No se preocupe -dijo la señorita Worsham-. Es nuestra pena.

Y en el caluroso y luminoso día que siguió al día siguiente, cuando llegó el tren del Sur, esperaban en la estación los dos coches y el coche fúnebre. Aguardaban también más de una docena de automóviles; Stevens y el director, empero, no empezaron a reparar en el gentío de negros y de blancos hasta la llegada del tren. Entonces, ante la mirada silenciosa de los ociosos hombres y jóvenes y chiquillos blancos y el medio centenar quizá de negros, hombres y mujeres, los empleados de la funeraria negra alzaron del tren el ataúd gris y plata y lo llevaron hasta el coche fúnebre; sacaron enérgica y eficientemente de él las coronas y símbolos florales de la mortalidad y metieron el ataúd y volvieron a colocar dentro las flores y dieron unos golpes a la portezuela con las palmas.

Luego -la señorita Worsham y la vieja negra en el coche de Stevens, conducido por el chófer que él había contratado; él y el director del periódico en el coche de este último-, siguieron al coche fúnebre, que serpeaba colina arriba desde la estación, avanzando de prisa en una quejumbrosa marcha corta hasta llegar a la cima, más veloz luego y sin emitir otro sonido que un leve ronroneo, aminoró la marcha al fin y entró en la plaza, y la cruzó, y rodeó el monumento a la Confederación y el Palacio de Justicia, mientras los comerciantes y los profesionales y los empleados que dos días atrás habían entregado a Stevens el dólar o el medio dólar, y los que no habían dado nada, contemplaban en silencio desde puertas y ventanas el coche fúnebre, que dobló y enfiló la calle que en el límite de la ciudad había de convertirse en el camino vecinal que le conduciría a su destino, a diecisiete millas de distancia; volvió entonces a ganar velocidad, seguido por los dos coches con los cuatro pasajeros -la erguida dama de cabeza en alto, la vieja negra, el designado paladín de la justicia y la verdad, el doctor en Filosofía por Heidelbergque integraban el séquito formal del catafalco del asesino negro, del lobo ajusticiado.

Cuando alcanzaron el límite de la ciudad el coche fúnebre avanzaba de prisa. Pasaron a gran velocidad el letrero metálico que señalaba en sentido contrario “Jefferson, Límite Municipal”, y desapareció el pavimento y el camino se transformó en gravilla e inició el descenso de otra larga colina. Stevens se inclinó hacia adelante y apagó el motor; el coche del director siguió su curso unos instantes, y empezó a perder velocidad al pisar el director el freno, mientras el coche fúnebre y el otro automóvil se alejaban velozmente, como en una huida, haciendo saltar de entre las ruedas el liviano y seco polvo estival; y pronto desaparecieron. El director hizo girar en redondo al coche torpemente; chirriaron los cambios, y el vehículo avanzó y reculó sucesivas veces hasta que el morro volvió a apuntar en dirección a la ciudad. El director, entonces, permaneció unos instantes en su asiento, con el pie sobre el embrague.

-¿Sabes lo que me preguntó ella esta mañana allí abajo, en la estación? -dijo-. Me preguntó: “¿Va a ponerlo usted en el periódico?” -¿Qué? -dijo Stevens.

-Eso es lo que dije yo -dijo el director-. Y ella volvió a preguntarme: “¿Va a ponerlo usted en el periódico? Quiero que salga todo en el periódico. Todo”. Y yo tuve ganas de decirle: “Y en caso de que yo supiera cómo murió en realidad, ¿querría que lo pusiera igualmente?” Y, por Júpiter, si le hubiera dicho eso, e incluso si ella hubiera sabido lo que nosotros sabemos, creo que habría dicho sí. Pero no lo dije. Lo que dije fue: “Vamos, abuela, usted no podría leerlo”. Y ella dijo: “La señorita Belle me dirá dónde mirar, y yo lo miraré. Usted póngalo en el periódico. Todo”.

-Oh -dijo Stevens-. “Sí -pensó-.

Ahora ya no le importa. Tuvo que ser y ella no pudo evitarlo, así que ahora, una vez que todo ha terminado, que todo está hecho y zanjado, ya no le importa cómo murió. Quiso que volviera a casa, pero quiso que volviera a casa como es debido. Quiso aquel ataúd y aquellas flores y aquel coche fúnebre, y quiso seguirlo a través de la ciudad en otro coche”-. Vamos -dijo-. Volvamos. No he visto en dos días mi mesa de despacho.

El otoño del delta

Pronto entrarían en el delta. La sensación le era familiar; una sensación renovada cada última semana de noviembre por espacio de más de cincuenta años: la última colina, a cuyo pie empezaba la rica e intocada llanura de aluvión como empezaba el mar en la base de sus acantilados, se diluía bajo la despaciosa lluvia de noviembre tal como el propio mar se hubiera diluido. Al principio habían viajado en carros: las armas, los enseres de cama, los perros, los víveres, el whisky, la expectación de la caza; los jóvenes, que eran capaces de conducir durante toda la noche y todo el día siguiente bajo la lluvia fría, y armar el campamento en medio de la lluvia y dormir en las mantas húmedas y levantarse con el alba a la mañana siguiente para cazar. Había habido osos entonces, y se disparaba a una gama o a un cervato tan presto como a un ciervo, y en las tardes se tiraba contra los pavos salvajes con pistola para probar la pericia en la caza al acecho y la buena puntería, y se daba a los perros todo salvo las pechugas. Pero aquéllos eran tiempos ya pasados y ahora viajaban en coches, y conducían más rápido cada año, pues las carreteras eran mejores y debían ir más lejos, ya que los territorios en los que aún existía la caza se alejaban más y más año tras año, tal como la vida de él se iba acortando año tras año, hasta que a la sazón había llegado a ser el último de los que un día hicieron el viaje en carro, sin acusar el cansancio, y ahora quienes le acompañaban eran los hijos y hasta los nietos de aquellos hombres que habían manejado los carros durante veinticuatro horas bajo la lluvia y el aguanieve, tras las mulas rezumantes de vapor, y ahora le llamaban tío Ike, y él ya no decía nunca a nadie cuán cerca en verdad estaba de los setenta, pues sabía tan bien como ellos que ya nada tenía que hacer en tales expediciones, ni siquiera viajando en automóvil. Ahora, de hecho, en la primera noche de acampada, mientras yacía insomne y dolorido, entre las mantas ásperas, con la sangre sólo ligeramente caldeada por el único y suave whisky con agua que se permitía, solía decirse año tras año que aquella vez habría de ser la última. Pero acababa soportando el eventual último viaje (seguía disparando casi tan bien como solía; seguía cobrando casi tantas piezas que veía como antaño; ya no podía recordar cuántos ciervos habían caído ante su escopeta), y el violento y largo calor del verano siguiente lo hacía revivir en cierto modo. Así, llegaba de nuevo noviembre y volvía a encontrarse en el coche con los dos hijos de sus viejos camaradas, a quienes había enseñado no sólo a distinguir entre las huellas de un ciervo y de una gama, sino también los ruidos que hacían ambos al moverse, y miraba hacia adelante, más allá del arco brusco del limpiaparabrisas, y veía cómo la tierra se allanaba repentinamente, diluyéndose bajo la lluvia como se diluiría el propio mar, y decía: “Bien, muchachos, henos aquí otra vez”.

En esta ocasión, sin embargo, no tuvo tiempo de hablar. El conductor detuvo el automóvil sin previo aviso, haciéndolo patinar sobre el resbaladizo pavimento, y el viejo MacCaslin, que había estado mirando hacia la carretera desierta, dirigió una mirada penetrante, más allá del hombre que había en medio de ellos, al rostro del conductor, el rostro más joven de todos ellos: tétricamente aquilino, bello y saturnino y cruel, miraba fijamente hacia adelante con ojos sombríos a través de los humeantes limpiaparabrisas gemelos que chasqueaban una y otra vez.

-No tenía intención de venir aquí esta vez -dijo.

Su nombre era Boyd. Tenía poco más de cuarenta años. El coche era suyo, lo mismo que dos de los tres perros Walker que viajaban a su espalda, en la plataforma descubierta, al igual que poseía, o que gobernaba al menos a su antojo, cualquier cosa -animal, máquina, ser humano- que por una razón u otra estuviera utilizando.

-Dijiste eso la semana pasada en Jefferson -dijo McCaslin-. Luego cambiaste de opinión. ¿Has vuelto a cambiar ahora?

-Oh, Don también viene -dijo el tercer hombre. Su nombre era Legate.

Parecía no dirigirse a nadie-. Si recorriera toda esta distancia sólo por un ciervo... Pero aquí tiene una gama. Sobre dos piernas..., cuando está de pie. De piel muy clara, además. La misma que perseguía aquellas noches, el otoño pasado, cuando decía que iba a cazar mapaches. La misma, imagino, que seguía persiguiendo cuando en enero pasado se fue de caza un mes. -Rió entre dientes, con la misma voz no dirigida a nadie, no enteramente burlona.

-¿qué? -dijo McCaslin-. ¿Qué es lo que estás diciendo?

-Vamos, tío Ike -dijo Legate-, se trata de algo en lo que un hombre de su edad se supone dejó de interesarse hace veinte años.

Pero McCaslin ni siquiera había dirigido la mirada a Legate; seguía mirando a Boyd, con los ojos empañados de los viejos tras las gafas, unos ojos todavía bastante penetrantes, que podían ver aún el cañón de la escopeta y lo que corría ante él tan bien como cualquiera de ellos. Entonces recordó: el año anterior, durante la etapa final en motora en dirección al lugar donde acamparían, perdieron una caja de alimentos que cayó al agua por la borda; Boyd, el segundo día de campamento, había ido a la población más cercana en busca de provisiones, y a su vuelta, tras pernoctar en ella, algo había cambiado en él: se internaba con su escopeta en los bosques cada amanecer, como los otros, pero McCaslin, al observarle, supo que no estaba cazando.

-Está bien -dijo-. Llévanos a Will y a mí al refugio; allí esperaremos el camión y tú podrás volverte.

-Me quedo yo también -dijo Boyd con aspereza-. También yo conseguiré mi pieza. Porque esta vez será la última.

-¿Te refieres al final de la caza del ciervo, o al de la caza de la gama? -dijo Legate.

Pero esta vez McCaslin ni siquiera prestó atención a sus palabras; siguió mirando el rostro fiero e inmóvil de Boyd.

-¿Por qué? -dijo.

-¿No terminará Hitler con todo ello? O Yokohama o Pelley o Smith o Jones o comoquiera que vaya a llamarse en este país.

-En este país lo detendremos -dijo Legate-. Aunque se llame George Washington.

-¿Y cómo? -dijo Boyd-. ¿Cantando el “Dios bendiga a América” a medianoche en los bares y llevando en la solapa banderitas de tienda barata?

-Así que es eso lo que te preocupa... -dijo McCaslin-. No he notado todavía que este país se haya encontrado falto de defensores cuando los ha necesitado. Tú mismo pusiste tu grano de arena hace veinte años, y muy bien, por cierto, si es que significan algo las medallas que trajiste a casa.

Este país es una pizca mayor y más fuerte que cualquier hombre o grupo de hombres, tanto de fuera como de dentro. Creo que podrá entendérselas con un empapelador austríaco, se llame como se llame. Mi padre y algunos hombres más, mejores que cualquiera de los que has nombrado, trataron una vez de dividirlo en dos con una guerra, y fracasaron.

-¿Y qué te ha quedado? -dijo Boyd-. La mitad de la gente sin empleo y la mitad de las fábricas cerradas por las huelgas. Demasiado algodón y maíz y demasiados cerdos, pero sin que haya lo suficiente para que la gente se vista y coma. Demasiada falta de mantequilla e incluso de armas...

-Tenemos un campamento para cazar ciervos. Si es que alguna vez llegamos... -dijo Legate-. Y eso sin mencionar a las gamas.

-Es un buen momento para mencionar a las gamas -dijo McCaslin-. A las gamas y a los cervatos. La única lucha que en cualquier lugar o tiempo haya merecido algún tipo de bendición divina ha sido la emprendida por el hombre para proteger a gamas y cervatos. Si ha de llegar la hora de luchar, es algo que conviene mencionar y recordar.

-¿No has descubierto en sesenta años que las mujeres y los niños son algo de lo que nunca hay escasez?

-dijo Boyd.

-Tal vez sea ésa la razón por la cual lo único que me preocupa ahora es que nos queden todavía diez millas de río por delante antes de que podamos acampar -dijo MacCaslin-. Así que continuemos.

Siguieron adelante. Pronto avanzaban de nuevo a gran velocidad, una velocidad, habitual en Boyd, acerca de la cual no había pedido opinión a ninguno de ellos, lo mismo que no les había advertido antes, cuando detuvo el coche bruscamente. McCaslin se relajó de nuevo, y se puso a mirar, como había hecho noviembre tras noviembre durante más de cincuenta años, la tierra que había visto cambiar. Al principio habían sido sólo las viejas poblaciones diseminadas a lo largo del río y las viejas poblaciones diseminadas en la ladera de las colinas, desde las cuales los plantadores, con sus cuadrillas de esclavos primero y de jornaleros después, habían arrebatado a la selva impenetrable terrenos de acuáticos cañaverales y cipreses, gomeros y acebos y robles y fresnos, retazos de algodonales que con el tiempo se convirtieron en campos y luego en plantaciones, al igual que las sendas de los osos y los ciervos se convirtieron en carreteras y luego en autopistas, a cuyos flancos brotaron a su vez ciudades, como a lo largo de las orillas de los ríos Tallahatchie y Sunflower, que se unían y daban lugar al Yazoo, el Río de los Muertos de los choctaws, los cursos negros, espesos, lentos, intocados por el sol, casi sin corriente, que una vez al año dejaban de hecho de fluir y reculaban, expandiéndose, anegando la rica tierra, para descender de nuevo y retirarse, dejándola aún más rica. Aquellas cosas, en su mayoría, pertenecían al pasado. Ahora un hombre tenía que conducir doscientas millas desde Jefferson antes de encontrar espacios vírgenes donde poder cazar; la tierra se extendía abierta desde las apaciguadoras colinas del este hasta las murallas de los diques del oeste, cubierta de algodón alto como un hombre a caballo y destinado a los telares del mundo, tierra negra y rica, vasta e inmensurable, fecunda hasta los umbrales mismos de las cabañas de los negros que trabajaban y las mansiones de los blancos que las poseían, que esquilmaba la vida cazadora de un perro en un año, la vida de labor de un mulo en cinco y la de un hombre en veinte, tierra en la cual el neón de las innumerables y pequeñas poblaciones pasaba vertiginosamente a un costado y el ininterrumpido tráfico de los automóviles modelo-de-este-año discurría a gran velocidad por las anchas e impecablemente rectas autopistas, tierra en la cual, sin embargo, la sola y permanente señal de ocupación por el hombre parecían ser las enormes desmotadoras, construidas sin embargo en una semana y en cobertizos de chapa de hierro, ya que nadie, por millonario que fuera, levantaría allí para vivir más que un techado y unas paredes, con equipo de acampada en su interior, porque sabía que más o menos una vez cada diez años su casa se inundaría hasta el segundo piso, y todo lo que hubiera en ella quedaría destruido; tierra en la que no se oía ya el rugido de la pantera, sino el largo silbido de las locomotoras: trenes increíblemente largos tirados por una sola máquina, pues no había en el terreno pendientes ni otras elevaciones que las levantadas por olvidadas manos aborígenes como refugio contra las crecidas anuales, y utilizadas luego por sus sucesores indios como sepulcro de los huesos de sus padres; y todo lo que quedaba de aquel antiguo tiempo eran los nombres indios de pequeñas poblaciones, con frecuencia relacionados con el agua: Aluschashuna, Tillatoba, Homachito, Yazoo.

Para primeras horas de la tarde estaban sobre el río. En el último pueblecito con nombre indio, donde acababa el camino pavimentado, habían aguardado la llegada del otro coche y de los dos camiones, uno con los enseres de cama y las tiendas, el otro con los caballos. Luego dejaron atrás el hormigón y, alrededor de una milla después, también la grava, y avanzaron trabajosamente en caravana a través de la incesante disolución de la tarde, sobre las ruedas con cadenas, dando bandazos y chapoteando en los charcos, hasta que al poco tuvo la sensación de que el movimiento retrógrado de su memoria había cobrado una velocidad inversa a su lento avance, y que aquella tierra no se hallaba ya a unos minutos del último tramo de grava, sino años, décadas atrás, y que retrocedía más y más hacia la que había sido cuando la conoció por vez primera: el camino que seguían volvía a ser una vez más la antigua senda de osos y ciervos, los menguantes campos que iban dejando atrás volvían a ser una vez más arrancados tramo a tramo y con dolor a la meditabunda e inmemorial maraña mediante hacha y sierra y arado tirado por mulas, en lugar de los despiadados paralelogramos de una milla de anchura obra de la maquinaria para las acequias y sus presas.

Dejaron los coches y los camiones en el embarcadero; los caballos seguirían por tierra río abajo, hasta llegar a la orilla opuesta al lugar del campamento, donde cruzarían el río a nado, y los hombres y los enseres de cama y los víveres y las tiendas y los perros ocuparían la motora. Luego, con su vieja escopeta de percusión de dos cañones -que tenía más de la mitad de los años que él tenía- entre las rodillas, contempló también las últimas e insignificantes huellas del hombre -cabañas, calveros, campos pequeños e irregulares que hacía un año habían sido selva y en los que los tallos desnudos del algodón se alzaban casi exuberantes y altos como las cañas que los precedieron, como si el hombre, para conquistar la tierra salvaje, hubiera tenido que maridar con ella sus formas de cultivo-, que se fueron alejando y desapareciendo, hasta que al fin discurrió la tierra salvaje a ambas orillas, como él la recordaba: las marañas de zarzales y cañaverales, herméticas incluso a veinte pies, el alto y formidable vuelo de los robles y gomeros y fresnos y nogales americanos que jamás resonaron bajo hacha alguna salvo la del cazador, que jamás devolvieron eco a máquina alguna salvo al latido de los viejos barcos de vapor que atravesaban aquella tierra, o a los gruñidos de las motoras de quienes -como ellos- se adentraban para habitar en ella una o dos semanas precisamente porque seguía siendo una tierra salvaje. Aún quedaban algunas espesuras vírgenes, pero para encontrarlas, había que recorrer doscientas millas desde Jefferson, mientras que en un tiempo habían sido sólo treinta. Él la había visto no tanto siendo conquistada o destruida cuanto retirándose, ya que su designio se había cumplido y su tiempo era un tiempo anticuado, retirándose hacia el sur a través de aquel territorio de forma peculiar, entre las colinas y el río, hasta que lo que había quedado de ella parecía ahora concentrado y momentáneamente detenido en una tremenda densidad de meditabunda e inescrutable impenetrabilidad en la extremidad última del cono.

Llegaron al lugar donde habían montado el campamento el año anterior cuando aún faltaban dos horas para la puesta del sol.

-Usted vaya bajo ese árbol, el más seco, y siéntese -le dijo Legate-.

Haremos esto los jóvenes y yo.

Pero él no le hizo caso. Se puso a dirigir, en impermeable, la descarga de la motora, las tiendas, el hornillo, los enseres de cama, la comida que habrían de consumir ellos y los perros hasta que hubiera carne en el campamento. Mandó a dos negros a cortar leña; había hecho ya levantar la tienda del cocinero y asentar el hornillo y encender una hoguera, y había ya una comida cocinándose; entretanto, seguían clavando las estacas de la tienda grande. Luego, al comienzo del crepúsculo, cruzó en la motora hasta donde esperaban los caballos, que reculaban y resoplaban ante la presencia del agua. Cogió los extremos de las riendas y sin otro peso en la mano y ayudado de su voz condujo a los caballos hasta el agua, y una vez dentro de ella los mantuvo junto a la motora y con sólo la cabeza por encima de la superficie, como si estuvieran suspendidos de sus frágiles y endebles manos, y la motora volvió a cruzar el río y los caballos avanzaron en hilera sobre las aguas poco profundas, trémulos y

jadeantes, con los ojos inquietos a la luz del crepúsculo, y al cabo la misma mano sin peso y la voz queda volvieron a aunarse y a ascender salpicando y abriéndose paso orilla arriba.

Al rato la comida estuvo lista. La última luz se había esfumado; sólo quedaba ya de ella un tenue tinte atrapado en alguna parte entre la lluvia y la superficie del agua. Él tenía en la mano el vaso de whisky aguado; ellos comían de pie sobre el suelo de barro, bajo la lona alquitranada.

El negro más viejo, Isham, se había hecho ya la cama, el catre de hierro sólido y desvencijado, el colchón con manchas y no demasiado confortable, las ajadas y descoloridas mantas que abrigaban menos cada año. Luego, mientras los otros se acostaban y la cháchara última daba paso a los ronquidos, él acomodó su cuerpo delgado en la vieja y gastada grieta abierta entre el colchón y las mantas, vistiendo sólo su ropa interior de lana, holgada y con bolsas, con las gafas plegadas en el gastado estuche, bajo la almohada, al alcance de la mano, y se quedó boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados. Después abrió los ojos y siguió allí tendido, mirando la panza inmóvil de la lona sobre la que murmuraba la lluvia constante, sobre la que el fulgor de la estufa de chapa agonizaba lentamente y llegaría casi a extinguirse si el negro más joven, acostado sobre tablas delante de ella, no cumpliera su cometido de incorporarse y alimentarla de nuevo y volver a echarse.

Habían tenido una casa en un tiempo. Hacía veinte y treinta y cuarenta años, cuando la gran ciénaga estaba a sólo treinta millas de Jefferson y el viejo mayor de Spain -que había sido el comandante del regimiento de caballería de su padre en el 61 y el 62 y el 63 y el 64, y que le había llevado a los bosques por primera vez poseía ocho o diez partes del total de su extensión. En aquel tiempo aún vivía el viejo Sam Fathers, mitad indio chickasaw, nieto de un jefe, y mitad negro, que fue quien le enseñó cómo y cuándo disparar; en un amanecer de noviembre, tal como el que habrían de vivir al día siguiente, le había conducido directamente hasta el gran ciprés, y él había sabido que el ciervo pasaría exactamente por allí, porque algo corría por las venas de Sam Fathers que corría también por las venas del ciervo, y habían permanecido apoyados contra el enorme tronco, el viejo y el chico de doce años, y nada había salvo el alba, y de pronto el ciervo estaba allí, salido de la nada con su color de humo, magnífico en su veloz avance, y Sam Fathers dijo: “Ahora. Dispara rápido y dispara despacio”, y la escopeta se alzó sin prisa y hubo un estampido y él fue hasta el ciervo, que yacía intacto y conservando el ademán de su velocidad magnífica, y lo sangró con su propio cuchillo y Sam Fathers empapó sus manos en la sangre caliente y le marcó la cara con ella para siempre mientras él trataba de no temblar, humilde y orgulloso a un tiempo, aunque a sus doce años no había sabido expresarlo con palabras: “Te he matado; mi proceder no debe deshonrar tu vida, que te abandona. Mi conducta, ya para siempre, ha de traducirse en tu muerte”. Habían tenido una casa en un tiempo. Aquel techo, las dos semanas que cada otoño habían pasado bajo él, se había convertido en su hogar. Y, pese a que desde aquel tiempo hubieran vivido las dos semanas de otoño bajo tiendas y no siempre en el mismo sitio un año y el siguiente, pese a que en la actualidad sus compañeros fueran los hijos e incluso los nietos de aquellos con quienes vivió en la casa, pese a que la casa misma no existiera ya, la convicción, el sentimiento de hallarse en el hogar se había sencillamente transferido al ámbito interior de aquella lona. Poseía una casa en Jefferson, en la cual tuvo en un tiempo una mujer y unos hijos, perdidos ya, y al cuidado de ella estaba ahora la sobrina de su mujer muerta y su familia, y él se sentía cómodo en ella, pues sus deseos y necesidades eran atendidos por una sangre emparentada al menos con la sangre elegida por él de entre la tierra entera para amar. Pero el tiempo que pasaba en ella era a la espera de noviembre, pues aquella tienda de suelo embarrado y cama sin demasiada blandura ni abrigo era su hogar, y aquellos hombres -a algunos de ellos no los veía sino aquellas dos semanas- era más su familia que ningún otro pariente. Porque aquélla era su tierra...

Se alzó la sombra del negro más joven, que hizo desaparecer del techo de la tienda el fulgor mortecino de la estufa; los leños cayeron pesadamente en ella, y al cabo el fulgor saltó a lo alto y brilló en torno a la lona.

Pero la sombra del negro seguía allí, y transcurrido un momento McCaslin se incorporó sobre un codo y vio que no era el negro, sino Boyd; el viejo habló y, al volverse el otro, vio a la luz roja de la lumbre su perfil sombrío y cruel.

-Nada -dijo Boyd-. Vuelve a dormirte.

-Desde que lo mencionó Will Legate -dijo McCaslin-, he recordado que el pasado otoño también te era difícil dormir aquí. Sólo que entonces lo llamabas salir a cazar mapaches.

¿O era Will Legate quien lo llamaba así? Boyd no respondió. Se volvió y se metió en su cama de nuevo.

McCaslin, incorporado sobre el codo, siguió mirándole hasta que la sombra se hundió y dejó de verse sobre la lona.

-Así está bien -dijo-. Intenta dormir un poco. Mañana tenemos que tener carne en el campamento. Luego podrás quedarte en vela cuanto quieras.

Volvió a echarse, volvió a cruzar las manos sobre el pecho y a mirar el fulgor de la estufa; la lumbre, viva y uniforme otra vez, había aceptado, asimilado la leña fresca; pronto volvería a hacerse mortecina, llevándose consigo el último eco de la súbita llamarada de pasión y desasosiego de un hombre joven. Que siga despierto un rato en la cama, pensó. Algún día yacerá inmóvil durante largo tiempo sin que siquiera lo perturbe la insatisfacción. Y el estar echado y despierto, en el paraje aquel, tendría la virtud de apaciguarlo, si es que existía algo que pudiera hacerlo, si es que existía algo capaz de apaciguar a un hombre que sólo tiene cuarenta años. La tienda, el globo de lona golpeado tenuemente por la lluvia, estaba lleno de aquello una vez más.

Siguió echado boca arriba, con los ojos cerrados, respirando quieta y apaciblemente como un niño, atento a aquello: aquel silencio que no era nunca silencio sino miríada. Podía casi verlo: tremendo, prístino, tomando cuerpo y cerniéndose meditativamente sobre aquella insignificante y evanescente masa confusa de humana permanencia, de humana estancia que habría de desvanecerse en una breve y única semana, y que al cabo de una semana más quedaría definitivamente atrás, sin dejar huella alguna en la soledad intocada. Porque era su tierra, aunque jamás había poseído de ella un solo pie. Nunca había deseado poseerla, ni aun después de ver su destino último, de empezar a contemplar cómo se iba retirando año tras año ante el asalto violento de hacha y sierra y trenes madereros, y más tarde dinamita y de arados tirados por tractores, porque aquella tierra no podía tener dueño. Pertenecía a todos; sólo había que usarla bien, con humildad y orgullo. Entonces, súbitamente, supo por qué jamás había deseado poseer ni un solo pie de ella, por qué no había deseado siquiera detener aquello que la gente llama progreso. Porque, con lo que tuvo de ella, bastaba. Le pareció verse a sí mismo y a la tierra salvaje como coetáneos; le pareció que su propia etapa como cazador, como hombre de los bosques, no fue contemporánea a su primer aliento sino que le había sido transmitida -y asumida por él con alegría y humildad y júbilo y orgullopor aquel viejo mayor de Spain y aquel Sam Fathers que le enseñaron a cazar; y que las dos etapas se alejaban juntas, no hacia el olvido, hacia la nada, sino hacia un ámbito libre de tiempo y de espacio en donde la tierra sin árboles, deformada y retorcida hasta formar casillas matemáticas de algodón exuberante para que las gentes frenéticas de otros tiempos lo convirtieran en proyectiles con que dispararse mutuamente, volvería a hallar el holgado espacio para ambas -las sombras de los altos árboles no tocados por el hacha y los cañaverales ciegos-, donde los animales salvajes y fuertes e inmortales corrían ya para siempre seguidos de infatigables y atronadoras e inmortales jaurías, abatiéndose y alzándose cual fénix ante silenciosas escopetas.

Luego vio que ya había dormido. La lámpara estaba encendida, la tienda estaba llena del movimiento de los hombres, que se levantaban del lecho y se vestían, y fuera, en la oscuridad, el negro

más viejo, Isham, golpeaba con una cuchara la base de una cazuela de hojalata y gritaba: -Levántense a tomar el café de las cuatro. Levántense a tomar el café de las cuatro.

También oyó a Legate: -Salid fuera y dejad dormir a tío Ike. Si le despertáis, querrá venir a apostarse con nosotros. Y él no tiene nada que hacer en el bosque esta mañana.

Así que no se movió. Los oyó abandonar la tienda; escuchó los ruidos del desayuno que llegaban de la mesa dispuesta bajo la lona. Luego los oyó partir: los caballos, los perros, las últimas voces en la lejanía. Al cabo de un rato tal vez llegaría incluso a oír, a través de los bosques húmedos y desde donde el ciervo hubiere hallado abrigo nocturno, la primera resonancia, débil y clara, del primer grupo de perros, y luego se echaría a dormir de nuevo. Entonces, sin embargo, el faldón de entrada de la tienda se alzó hacia el interior y volvió a caer y algo chocó contra el pie del catre y una mano le agarró la rodilla a través de la manta y lo sacudió antes de que tuviera ocasión de abrir los ojos: Era Boyd; llevaba la escopeta en lugar del rifle. Y habló con voz rápida y áspera: -Siento tener que despertarte. Va a...

-Estaba despierto -dijo McCaslin-. ¿Utilizarás ese arma hoy?

-Lo único que me dijiste la noche pasada fue que necesitabas carne -dijo Boyd-. Va a...

-¿Desde cuándo tienes problemas para conseguir carne con tu rifle?

-Esta bien -dijo el otro con aquella áspera, contenida, furiosa impaciencia. Entonces McCaslin vio en la otra mano del hombre un objeto oblongo y grueso: un sobre-. Va a venir una mujer esta mañana; quiere verme. Dale este sobre y dile que mi respuesta es no.

-¿Qué? -dijo McCaslin-. ¿Una qué? -Se había medio incorporado sobre el codo cuando el otro, volviéndose ya en dirección a la entrada, le arrojó sobre el regazo el sobre, que golpeó sólido y pesado y sin ruido sobre la manta, y al punto empezó a deslizarse de la cama; McCaslin alcanzó a cogerlo y sintió a través del papel el grueso fajo de billetes-.

Espera -dijo-. Espera. -El otro se detuvo y miró atrás. Se miraron fijamente: el rostro viejo, fatigado, enrojecido por el sueño, sobre el lecho desordenado, y el otro rostro más joven, oscuro y hermoso, a un tiempo airado y frío-. Will Legate tenía razón -dijo McCaslin-. Eso era lo que llamabas cazar mapaches. Y ahora esto -añadió, sin levantar el sobre ni señalar en dirección a él en modo alguno-. ¿Qué le prometiste que no tienes el valor de enfrentarte a ella para retractarte?

-Nada -dijo Boyd-. Esto es todo.

Dile que he dicho que no.

Y se fue; el faldón de la entrada de la tienda se alzó y dio paso a la fugaz y débil luz y al constante murmullo de la lluvia, y luego volvió a caer mientras McCaslin seguía medio incorporado sobre el codo, con el sobre en la mano temblorosa. Más tarde le parecería que había empezado a oír aproximarse la embarcación casi inmediatamente, antes incluso de que Boyd hubiera tenido tiempo para desaparecer. Le pareció que no había transcurrido tiempo alguno: el gruñido creciente del motor, cada vez más fuerte, cada vez más cerca, hasta que cesó repentinamente, se diluyó en el chapoteo y el salpicar del agua bajo la proa a medida que la embarcación se deslizaba hacia la orilla; el negro más joven, un muchacho, levantando el faldón de entrada de la tienda, más allá de la cual, durante un instante, McCaslin vio la embarcación, un pequeño esquife con un negro en la popa, al lado del motor, que sobresalía oblicuamente de la borda; y luego la mujer, entrando, con un sombrero de hombre y un impermeable de hombre y botas de goma, llevando un bulto de mantas y de lona y con un algo más, algo intangible, un efluvio que él sabía reconocería al instante, porque ahora sabía que Isham se lo

había dicho ya, se lo había advertido al enviar a la tienda al negro joven en lugar de ir él mismo -una cara joven y unos ojos oscuros, un semblante extrañamente descolorido aunque no enfermizo, no el de una mujer del campo pese a las ropas que vestía-, le miraba, mientras él, ahora sentado sobre el catre, erguido, seguía asiendo el sobre, con la ropa interior manchada y haciendo bolsas y las mantas revueltas y amontonadas en torno a sus caderas.

-¿Es suyo? -dijo él-. ¡No me mientas!

-Sí -dijo ella-. Él se ha ido.

-Se ha ido -dijo él-. Aquí no podrás encontrarlo. Dejó esto para ti. Me dijo que te dijera que no.

Le extendió el sobre. Estaba cerrado; no llevaba nada escrito. Sin embargo, él vio cómo ella lo cogía con una mano y lo rasgaba y dejaba caer el pulcro fajo de billetes atados sobre las mantas, sin mirarlo siquiera, y luego miraba en el interior vacío del sobre y finalmente lo arrugaba entre sus dedos y lo tiraba al suelo.

-Sólo dinero -dijo.

-¿Qué esperabas? -dijo él-. ¿Lo has conocido el tiempo suficiente o al menos con la frecuencia suficiente como para haber tenido el niño, y sin embargo, no lo has llegado a conocer hasta ese punto?

-No muy a menudo -dijo ella-. No desde hace mucho. Sólo aquella semana del otoño pasado, aquí y luego, en enero, envió por mí y nos fuimos al Oeste, a Nuevo México, y vivimos allí seis semanas, y cociné para él y cuidé de sus ropas...

-Pero nada de matrimonio -dijo él-. Él no te prometió nada de eso.

No me mientas. No tenía por qué hacerlo.

-No tenía por qué hacerlo -dijo ella-. Yo sabía lo que estaba haciendo. Lo sabía desde el principio, antes de que nos pusiéramos de acuerdo.

Luego volvimos a estar de acuerdo, antes de que él dejara Nuevo México, en que aquello sería todo. Yo le creí. Debería haberle creído. No veo cómo podía haber hecho otra cosa que creerle. Le escribí el mes pasado para asegurarme, y la carta me fue devuelta sin abrir y ya no tuve ninguna duda. Así que ni yo sabía que iba a volver aquí hasta la semana pasada.

Ayer, mientras esperaba allá, a un lado de la carretera, el coche pasó y él me vio y yo no tuve ninguna duda.

-¿Entonces qué es lo que quieres?

-dijo él-. ¿Qué es lo que quieres?

-Sí -dijo ella.

Él la miró airadamente, tenía el pelo blanco desordenado por la almohada, y los ojos, incapaces de enfocar por la falta de las gafas, borrosos, sin iris y en apariencia sin pupilas.

-Te encontró una tarde en una calle sólo porque aconteció que una caja de provisiones se había caído de la barca. Y un mes después te fuiste a vivir con él, y de todo ello tuviste un niño. Entonces él se quitó el sombrero y dijo adiós y desapareció. ¿No tienes ningún pariente?

-Sí. Mi tía, en Vicksburg. Me fui a vivir con ella hace dos años, cuando murió mi padre. Hasta entonces habíamos vivido en Indianápolis. Pero mi tía tenía familia y se puso a trabajar de lavandera, y yo empecé a dar clases en una escuela de Aluschaskuna...

-¿Se puso a qué? -dijo él-. ¿Se puso a lavar? -Dio un brusco respingo, se echó hacia atrás sobre un brazo, con el pelo desordenado, mirando airadamente. Ahora entendía lo que la mujer había traído también consigo, lo que el viejo Isham ya le había dicho, los labios y piel pálidos y sin color, aunque no enfermizos, los ojos trágicos y clarividentes. ““Quizá dentro de mil o dos mil años se haya mezclado en América ya lo hayamos olvidado”, pensó. “Pero que Dios se apiade de éstos””. Gritó, no en voz muy alta, en tono de asombro, compasión y agravio-: ¡Eres una negra!

-Sí -dijo ella.

-¿Y qué esperabas viniendo aquí?

-Nada.

-Entonces, ¿por qué viniste? Has dicho que estabas esperando ayer en Aluschaskuna y que él te vio.

-Vuelvo al norte -dijo ella-. Mi primo me trajo en su barca anteayer desde Vicksburg. Va a llevarme hasta Lelend, y allí cogeré el tren.

-Pues vete -dijo él. Y gritó de nuevo con aquella voz fina, no demasiado elevada-: ¡Fuera de aquí; no puedo hacer nada por ti! ¡Nadie puede hacer nada por ti! -Ella se movió, se dirigió hacia la entrada de la tienda-. Espera -dijo él. Ella se detuvo, se volvió. Él cogió el fajo de billetes y lo deslizó hasta el pie del catre y volvió a meter la mano debajo de las mantas-. Ahí tienes.

-No lo necesito -dijo ella-. Me dio dinero el invierno pasado. Por lo que pudiera pasar. Lo dejamos todo arreglado cuando quedamos de acuerdo en que aquello sería todo.

-Cógelo -dijo él. Su voz empezó de nuevo a alzarse, pero volvió a bajar el tono-: Llévatelo de mi tienda.

-Ella fue hasta el catre y cogió el dinero-. Muy bien -dijo él-. Vuelve al norte. Cásate con un hombre de tu propia raza. Es tu única salvación.

Cásate con un negro. Eres joven, hermosa, casi blanca, encontrarás un hombre negro que verá en ti lo que tú viste en él, sea lo que fuere; un hombre que nada te pedirá, que esperará poco de ti y que obtendrá aún mucho menos si es desquite lo que buscas. Y luego, dentro de un año, habrás olvidado todo esto, olvidarás incluso que ha sucedido, que él ha existido.

Calló; durante un instante estuvo casi a punto de dar otro respingo, pues le pareció que la mujer, sin moverse en absoluto, le estaba fulminando con sus ojos silenciosos. Pero no era así; ni siquiera se había movido; le miraba en silencio desde debajo del ala de su empapado sombrero.

-Anciano -dijo-, ¿has vivido ya tanto que has llegado a olvidar todo lo que supiste o sentiste o hasta oíste acerca del amor?

Y al poco se había ido; el fugaz destello de luz y la callada lluvia constante penetraron en la tienda, y el faldón de la entrada volvió a caer.

De nuevo echado, tembloroso y jadeante, con las mantas apretadas contra la barbilla y las manos cruzadas sobre el pecho, oyó el chapoteo y el gruñido, el gemido creciente y luego decreciente del motor, hasta que se hubo perdido y de nuevo la tienda contuvo sólo el silencio y el sonido de la lluvia.

Y el frío; sigue echado, tiritando ligera e ininterrumpidamente, rígido pese al temblor.

El delta, pensó: El delta: “Esta tierra, que el hombre ha librado de pantanos y ha despejado y ha hecho mudar en dos generaciones, de forma que el hombre blanco puede poseer plantaciones y viajar cada noche a Memphis, que el hombre negro puede poseer plantaciones e incluso pueblos y mantener hogares urbanos en Chicago, una tierra en la que los blancos arriendan granjas y viven como negros y los negros trabajan como aparceros y viven como animales, donde el algodón se planta y alcanza la altura de un hombre hasta en las grietas de las aceras, donde la usura y la hipoteca y la bancarrota y la riqueza desmedida, tanto china como africana o aria o judía, crecen y se multiplican juntas hasta el punto de que nadie puede al fin distinguir unas de otras, ni le importa”... No es extraño que los bosques devastados que conocí en un tiempo no griten en demanda de justicia, pensó. Su venganza la llevará a cabo la misma gente que los ha destruido.

El faldón de la entrada de la tienda se alzó bruscamente y volvió a caer. Él no se movió salvo para volver la cabeza y abrir los ojos. Legate, encorvado sobre la cama de Boyd, buscaba desordenada y precipitadamente en ella.

-¿Qué pasa? -dijo McCaslin.

-Busco el cuchillo de desollar de Don -dijo Legate-. Hemos cazado un ciervo. He venido a llevarme los caballos.

Se incorporó con el cuchillo en la mano y se dirigió hacia la entrada.

-¿Quién lo ha matado? -dijo McCaslin-. Fue Don -dijo.

-Sí -dijo Legate alzando el faldón de la tienda.

-Espera -dijo McCaslin-. ¿Qué ha sido?

Legate se detuvo un instante en la entrada. No miró hacia atrás.

-Sólo un ciervo, tío Ike -dijo con impaciencia-. Nada extraordinario.

Y se fue; el faldón cayó a su espalda, y volvió a expulsar de la tienda la débil luz, la incesante y doliente lluvia. McCaslin se tendió de nuevo sobre el catre.

-Era una gama -dijo al espacio vacío de la tienda.

El oso

Tenía diez años. Pero aquello había empezado ya, mucho antes incluso del día en que por fin pudo escribir con dos cifras su edad y vio por primera vez el campamento donde su padre y el mayor de Spain y el viejo general Compson y los demás pasaban cada año dos semanas en noviembre y otras dos semanas en junio. Para entonces había ya heredado, sin haberlo visto nunca, el conocimiento del tremendo oso con una pata destrozada por una trampa, que se había ganado un nombre en un área de casi cien millas, una denominación tan precisa como la de un ser humano.

Hacía años que llevaba oyendo aquello; la larga leyenda de graneros saqueados, de lechones y cerdos adultos e incluso terneros arrastrados en vida hasta los bosques para ser devorados, de trampas de todo tipo desbaratadas y de perros despedazados y muertos, de disparos de escopeta e incluso de rifle a quemarropa sin otro resultado que el que hubiera logrado una descarga de guisantes lanzados por un chiquillo con un tubo, una senda de pillaje y destrucción que había comenzado mucho antes de que él hubiera venido al mundo, una senda a través de la cual avanzaba, no velozmente, sino más bien con la deliberación irresistible y despiadada de una locomotora, la velluda y tremenda figura.

Estaba en su conocimiento antes de llegar siquiera a verlo. Aparecía y se alzaba en sueños antes incluso de que llegara a ver los bosques intocados por el hacha donde el animal dejaba su huella deforme -velludo, enorme, de ojos enrojecidos, no malévolo, sino simplemente grande, demasiado grande para los perros que trataban de acorralarlo, para los caballos que trataban de derribarlo, para los hombres y los proyectiles que dirigían contra él, demasiado grande para la tierra misma que constituía su ámbito forzoso-. Le parecía verlo todo entero, con la adivinación absoluta de los niños, mucho antes de que llegara siquiera a poner los ojos en alguna de ambas cosas: la tierra salvaje y condenada cuyas márgenes estaban siendo constante e ínfimamente roídas por las hachas y los arados de hombres que la temían porque era salvaje, hombres que eran miríada y que carecían de nombre unos para otros en aquella tierra donde el viejo oso se había hecho ya un nombre, a través de la cual transitaba no un animal mortal, sino un anacronismo, indomable e invencible, salido de un tiempo ancestral y muerto, un fantasma, epítome y apoteosis de la vieja vida salvaje en la que los hombres hormigueaban y lanzaban golpes de hacha con frenesí de odio y de miedo, como pigmeos en torno a las patas de un elefante somnoliento; el viejo oso solitario, indómito y aislado, viudo, sin cachorros, liberado de la mortalidad, viejo Príamo privado de su vieja esposa y que ha sobrevivido a todos sus hijos.

Cada noviembre, hasta que tuvo diez años, solía mirar el carro con los perros y la ropa de cama y las provisiones y las armas, y a su padre y a Tennie.s Jim, el negro, y a Sam Fathers, el indio, hijo de una esclava y de un jefe chickasaw, y los veía partir camino de la ciudad, de Jefferson, donde se reunirían con el mayor de Spain y los demás. Para el chico, cuando tenía siete y ocho y nueve años, la partida no iba al Gran Valle a cazar osos o ciervos, sino a su cita anual con aquel oso al que ni siquiera pretendían dar muerte. Solían volver dos semanas después, sin trofeo, sin piel ni cabeza. Y él tampoco las esperaba. Ni siquiera temía que lo trajeran en el carro. Creía que incluso después de que hubiera cumplido diez años y su padre le permitiera ir con ellos aquellas dos semanas de noviembre, no haría sino participar, junto a su padre y el mayor de Spain y el general Compson y los otros, en una más entre las representaciones históricas anuales de la furiosa inmortalidad del viejo oso.

Entonces oyó a los perros. Fue en la segunda semana de su primera estancia en el campamento. Permaneció con Sam Fathers contra el viejo roble, al lado del impreciso cruce en el que, al alba, llevaban nueve días apostándose; y oyó a los perros. Antes los había oído ya en una ocasión, una mañana de la primera semana de campamento, un murmullo sin procedencia que resonaba a través de los bosques húmedos, que crecía rápidamente en intensidad hasta disociarse en ladridos diferenciados que él podía reconocer y a los que podía asignar nombres. Había levantado y montado la escopeta, como Sam le había dicho, y había permanecido de nuevo inmóvil mientras la algarabía, la carrera invisible, llegaba velozmente y pasaba y se perdía; le había parecido que podía realmente ver al ciervo, al gamo -rubio, de color de humo, alargado por la velocidad- huyendo, esfumándose, mientras los bosques y la soledad gris seguían resonando incluso después de que los gritos de los perros se hubieran perdido en la distancia.

-Ahora baja los percusores -dijo él.

-Sabías que no venían aquí -dijo él.

-Sí -dijo Sam-. Quiero que aprendas lo que debes hacer cuando no dispares. Es después que se ha presentado y se ha perdido la oportunidad de derribar al oso o al ciervo cuando los perros y los hombres resultan muertos.

-De todas formas -dijo él-, era sólo un ciervo.

Luego, en la mañana décima, oyó de nuevo a los perros. Y él, antes de que Sam hablara, tal como le había enseñado, aprestó el arma -demasiado larga, demasiado pesada-. Pero esta vez no había ciervo, no había coro clamoroso de jauría a la carrera sobre un rastro libre, sino un ladrar trabajoso, una octava demasiado alto, con algo más que indecisión y abyección en él, que ni siquiera avanzaba velozmente, que se demoraba demasiado en quedar fuera del oído por completo, que, incluso entonces, dejaba en el aire, en alguna parte, aquel eco tenue, levemente histérico, abyecto, casi doliente, sin el significado de que ante él huyera una forma no vista, comedora de hierba, de color de humo, y Sam, que le había enseñado antes que nada a montar el arma y a tomar una posición desde donde pudiera dominar todos los ángulos, y, una vez hecho esto, a quedarse absolutamente inmóvil, se había movido hasta situarse a su lado; podía oír la respiración de Sam sobre su hombro, podía ver cómo las aletas de la nariz del viejo se curvaban al atraer el aire a los pulmones.

-Ajá -dijo Sam-. Ni siquiera corre. Camina.

-¡Old Ben! -dijo el chico-. Pero ¡aquí! -exclamó-. ¡Por esta zona!

-Lo hace todos los años -dijo Sam-. Una vez. Acaso para ver quién está ese año en el campamento; si sabe disparar o no. Para ver si tenemos ya un perro capaz de acorralarlo y retenerlo. Ahora a ésos se los llevará hasta el río, y luego hará que vuelvan. Será mejor que también nosotros volvamos; veremos qué aspecto tienen cuando regresen al campamento.

Cuando llegaron, los perros estaban ya allí; había diez, y se acurrucaban al fondo, debajo de la cocina; el chico y Sam, en cuclillas, escrutaron la oscuridad: estaban apiñados, quietos, con los ojos luminosos centelleando hacia ellos y esfumándose; no se oía sonido alguno, sólo aquel efluvio de algo más que perruno, más fuerte que los perros y que no era sólo animal, no sólo bestial, pues nada había habido aún frente a aquel abyecto y casi doliente ladrido salvo la soledad, la inmensidad salvaje, de forma que cuando el undécimo perro, una hembra, llegó a mediodía, para el chico, que miraba junto a todos los demás -incluido el viejo tío Ash, que se consideraba antes que nada cocinero- cómo Sam embadurnaba con trementina y grasa de eje de carro la oreja desgarrada y el lomo surcado de heridas, seguía siendo no una criatura viviente, sino la propia inmensidad salvaje quien, inclinándose momentáneamente sobre la tierra, había rozado ligeramente la temeridad de aquella perra.

-Exactamente igual que un hombre -dijo Sam-. Igual que las personas.

Posponiendo todo lo posible la necesidad de ser valiente, sabiendo todo el tiempo que tarde o temprano tendría que ser valiente al menos una vez para seguir viviendo en paz consigo misma, y sabiendo siempre de antemano lo que le iba a suceder cuando lo hiciera.

Aquella tarde, él en la mula tuerta del carro, a la que no le importaba el olor de la sangre ni -según le dijeron- el olor de los osos, y Sam en la otra mula, cabalgaron durante más de tres horas a través del veloz día de invierno que se agotaba por momentos.

No seguían ninguna senda, ni siquiera un rastro que él pudiera identificar, y casi repentinamente estuvieron en una región que él jamás había visto antes. Entonces supo por qué Sam le había hecho montar la mula tuerta a la que nada espantaba. La otra, la cabal, se paró en seco y trató de revolverse y desbocarse incluso después de que Sam hubiera desmontado, dando sacudidas y tirando de las riendas

mientras Sam la retenía, mientras la hacía avanzar con palabras dulces -no podía arriesgarse a atarla y la conducía hacia adelante mientras el chico desmontaba de la tuerta.

Luego, de pie al lado de Sam en la penumbra de la tarde moribunda, miró el tronco derribado y podrido, dañado y arañado por surcos de garras, y junto a él, sobre la tierra húmeda, vio la huella de la torcida y enorme garra de dos dedos. Supo entonces lo que había olido cuando escudriñó debajo de la cocina en dirección a los perros apiñados. Por vez primera tuvo conciencia de que el oso que poblaba los relatos oídos y surgía amenazadoramente en sus sueños desde antes de que pudiese recordar, y que, por tanto, debía de haber existido igualmente en los relatos oídos y en los sueños de su padre y del mayor de Spain e incluso del viejo general Compson antes de que ellos a su vez pudieran recordar, era un animal mortal, y que si ellos viajaban al campamento cada noviembre sin esperanza real de volver con aquel trofeo, no era porque no se le pudiera dar muerte, sino porque hasta el momento no tenían ninguna esperanza real de poder hacerlo.

-Mañana -dijo.

-Lo intentaremos mañana -dijo Sam-. No tenemos el perro todavía.

-Tenemos once. Lo han perseguido esta mañana.

-No se necesitará más de uno -dijo Sam-. Pero no está aquí. Tal vez no exista en ninguna parte. Hay otra posibilidad, la única, y es que tropiece por azar con alguien que tenga una escopeta.

-No seré yo -dijo el chico-. Será Walter o el mayor o...

-Podría ser -dijo Sam-. Tú, mañana por la mañana, mantén los ojos bien abiertos. Porque es inteligente.

Por eso ha vivido tanto. Si se ve acorralado y ha de pasar por encima de alguien, te elegirá a ti.

-¿Cómo? -dijo el chico-. ¿Cómo podrá saber...? -Y calló-. Quieres decir que me conoce, a mí, que nunca he estado aquí antes, que ni siquiera he tenido ocasión de descubrir si yo... -Calló de nuevo mientras miraba a Sam, a aquel viejo cuya cara nada revelaba hasta que se dibujaba en ella la sonrisa. Y dijo con humildad, sin siquiera sorpresa-: Era a mí a quien vigilaba. Supongo que no necesitaría venir sobre mí más que una vez.

A la mañana siguiente dejaron el campamento tres horas antes del alba.

Era demasiado lejos para llegar a pie; fueron en el carro, también los perros. De nuevo la primera luz gris de la mañana lo sorprendió en un lugar desconocido por completo; Sam lo había apostado y le había dicho que permaneciera allí, y luego se había alejado. Con aquella escopeta demasiado grande para su tamaño, que ni siquiera era suya, sino del mayor de Spain y con la que había disparado una sola vez -el primer día y contra un tocón, para aprender a gobernar el retroceso y a recargarla-, permaneció apoyado contra un gomero, al lado de un brazo pantanoso cuya agua negra y quieta reptaba sin movimiento desde un cañaveral, cruzaba un pequeño claro y se internaba de nuevo en otro muro de cañas, donde, invisible, un ave -un gran pájaro carpintero llamado “Señorpara-Dios” por los negros- hacía sonar con estrépito la corteza de una rama muerta.

Era un puesto como cualquier otro, sin diferencias sustanciales respecto del que había ocupado cada mañana por espacio de diez días; un territorio nuevo para él, aunque no menos familiar que el otro, que al cabo de casi dos semanas creía conocer un poco, la misma soledad, el mismo aislamiento por el que los seres humanos habían pasado sin alterarlo lo más mínimo, sin dejar señal ni estigma alguno, cuya apariencia debía de ser exactamente igual a la del pasado, cuando el primer ascendiente

de los antepasados chickasaw de Sam Fathers se internó en él y miró en torno, con garrote o hacha de piedra o arco de hueso aprestado y tenso; sólo diferente porque, de cuclillas en el borde de la cocina, había olido a los perros, acobardados y acurrucados unos contra otros debajo de ella, y había visto la oreja y el lomo desgarrados de la perra que, según dijo Sam, había tenido que ser valiente una vez a fin de vivir en paz consigo misma, y, el día anterior, había contemplado en la tierra, al lado del tronco destrozado, la huella de la garra viva.

No oyó en absoluto a los perros.

Nunca llegó a oírlos. Únicamente oyó cómo el martilleo del pájaro carpintero cesaba de pronto, y entonces supo que el oso lo estaba mirando. No llegó a verlo. No sabía si estaba frente a él o a su espalda. No se movió; sostuvo la inútil escopeta; antes no había habido ninguna señal de peligro que le llevara a montarla, y ahora ni siquiera la montó; gustó en su saliva aquel sabor malsano, como a latón, que conocía ya porque lo había olido al mirar a los perros que se apiñaban debajo de la cocina.

Y, luego, se había ido. Tan bruscamente como había cesado, el martilleo seco, monótono del pájaro carpintero volvió a oírse, y al rato él llegó a creer incluso que podía oír a los perros, un murmullo, apenas un sonido siquiera, que probablemente llevaba oyendo algún tiempo antes de que llegara a advertirlo, y que se hacía audible y volvía a alejarse y a desaparecer. En ningún momento se acercaron lo más mínimo al lugar donde él estaba. Si perseguían a un oso, era a otro oso. Fue el propio Sam quien surgió del cañaveral y cruzó el brazo pantanoso seguido de la perra herida el día anterior. Iba casi pegada a sus talones, como un perro de caza; no emitía sonido alguno, y al acercarse se acurrucó contra la pierna del chico, temblando, mirando fijamente hacia las cañas.

-No lo he visto -dijo él- ¡No lo vi, Sam!

-Lo sé -dijo Sam-. Ha sido él quien ha mirado. Tampoco lo oíste, ¿no es cierto?

-No -dijo el chico-. Yo...

-Es inteligente -dijo Sam-. Demasiado inteligente. -Miró a la perra, que temblaba leve y persistentemente contra la rodilla del chico.

Del lomo desgarrado rezumaron y quedaron colgando unas cuantas gotas de sangre fresca-. Demasiado grande.

Todavía no hemos conseguido el perro.

Pero quizá algún día. Quizá no la próxima vez. Pero algún día.

“Así que tengo que verle”, pensó.

“Tengo que mirarle”. De lo contrario -tenía la sensación-, todo seguiría igual eternamente; todo habría de ir como le había ido a su padre y al mayor de Spain, que era mayor que su padre, e incluso al general Compson, que era tan viejo como para haber mandado una brigada en 1865. De lo contrario, todo seguiría así para siempre, la vez próxima y la otra, después y después y una vez más. Le parecía poder verse a sí mismo y al oso, oscuramente, ambos en el limbo del que emerge el tiempo para convertirse en tiempo; el viejo oso, absuelto de su condición mortal, y él compartiendo, participando un poco en ello, lo bastante. Y ahora sabía qué era lo que había olido en los perros apiñados y gustado en su saliva. Reconoció el miedo. “Así que tendré que verle”, pensó, sin temor ni esperanza.

“Tendré que mirarle”.

Fue en junio del siguiente año.

Tenía entonces once años. Estaban de nuevo en el campamento, celebrando los cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. Si bien uno había nacido en setiembre y el otro en pleno invierno y en décadas distintas, se habían reunido para pasar dos semanas en el campamento, pescando y cazando ardillas y pavos y persiguiendo mapaches y gatos monteses por la noche con los perros. O mejor, quienes pescaban y disparaban contra las ardillas y perseguían a los mapaches y a los gatos salvajes eran él y Boon Hoggenbeck y los negros, puesto que los cazadores experimentados, no sólo el mayor de Spain y el viejo general Compson, que se pasaban las dos semanas sentados en mecedoras ante una enorme olla de estofado tipo Brunswick, saboreándolo y revolviéndolo, mientras discutían con el viejo Ash acerca de cómo lo cocinaba Tennie.s Jim se echaba whisky de la damajuana en el cucharón de hojalata que utilizaba para beber, sino hasta el padre del chico y Walter Ewell, que eran aún bastante jóvenes, despreciaban ese tipo de actividades, y se limitaban a disparar a los pavos machos con pistola tras apostar por su buena puntería.

Es decir, cazar ardillas era lo que su padre y los demás pensaban que hacía. Hasta el tercer día creyó que Sam Fathers pensaba lo mismo. Dejaba el campamento por la mañana, inmediatamente después del desayuno. Ahora tenía su propia escopeta: era un regalo de Navidad. Volvía al árbol que había al lado del brazo pantanoso donde se había apostado aquella mañana del año anterior. Y con la ayuda de la brújula que le había regalado el viejo general Compson, se desplazaba desde aquel punto. Sin saberlo siquiera, se estaba enseñando a sí mismo a ser un más-que-mediano conocedor de los bosques. El segundo día encontró incluso el tronco podrido junto al cual había visto por primera vez la huella deforme. Estaba desmenuzado casi por completo; retornaba con increíble rapidez -renuncia apasionada y casi visible- a la tierra de la que había nacido el árbol.

Recorría los bosques estivales, verdes por la penumbra; más oscuros, de hecho, que en la gris disolución de noviembre, cuando, incluso al mediodía, el sol sólo alcanzaba a motear intermitentemente la tierra, nunca totalmente seca y plagada de serpientes mocasines y serpientes de agua y de cascabel, del color mismo de la moteada penumbra, de forma que él no siempre las veía antes de que se movieran; volvía al campamento cada día más tarde, y en el crepúsculo del tercer día pasó por el pequeño corral de troncos que circundaba el establo de troncos en donde Sam hacía entrar a los caballos para que pasaran la noche.

-Aún no has mirado bien -dijo Sam.

El chico se detuvo. Tardó unos instantes en contestar. Al cabo rompiendo a hablar impetuosa y apaciblemente, como cuando se rompe la diminuta presa que un muchacho ha levantado en un arroyo, dijo: -Está bien. Pero ¿cómo? Fui hasta el brazo pantanoso. Hasta volví a encontrar el tronco. Yo...

-Creo que hiciste bien. Lo más seguro es que te haya estado vigilando. ¿No viste su huella?

-Yo -dijo el chico-, yo no...

Nunca pensé...

-Es la escopeta -dijo Sam.

Estaba de pie al lado de la cerca, inmóvil, el viejo, el indio, con su estropeado y descolorido mono y el sombrero de paja de cinco centavos deshilachado que en la raza negra había sido antaño estigma de esclavitud y ahora emblema de libertad. El campamento -el claro, la casa, el establo y el pequeño corral que el mayor de Spain, por su parte, había arrebatado parca y efímeramente a la inmensidad salvaje- se desvanecía en el crepúsculo, volviendo a la inmemorial oscuridad de los bosques. “La escopeta”, pensó el chico. “La escopeta”.

-Ten temor -dijo Sam-. No podrás evitarlo. Pero no tengas miedo. No hay nada en los bosques que vaya a hacerte daño a menos que lo acorrales, o que huela que tienes miedo. También un oso o un ciervo ha de temer a un cobarde, lo mismo que un hombre valiente ha de temerlo.

"La escopeta", pensó el chico.

-Tendrás que elegir -dijo Sam.

El chico dejó el campamento antes del alba, mucho antes de que tío Ash despertase entre sus colchas, sobre el suelo de la cocina, y encendiese el fuego para hacer el desayuno. Llevaba tan sólo una brújula y un palo para las serpientes. Podría caminar casi una milla sin necesidad de consultar la brújula. Se sentó en un tronco, con la brújula invisible en la mano invisible, mientras los secretos sonidos de la noche, que callaban cuando se movía, volvían a escabullirse y cesaban luego para siempre; y enmudecieron los búhos para dar paso al despertar de los pájaros diurnos, y él pudo ver la brújula. Entonces avanzó rápida pero silenciosamente; sin tener conciencia de ello todavía, se estaba convirtiendo día a día en un experto conocedor de los bosques.

A la salida del sol se topó con una gama y su cría; los hizo huir de su lecho, y pudo verlos de cerca, el crujido de la maleza, la corta cola blanca, la cría siguiendo a su madre a la carrera mucho más rauda de lo que él hubiera podido imaginar. Iba de caza del modo correcto, contra el viento, como Sam le había enseñado; pero eso ahora no importaba. Había dejado la escopeta en el campamento; pero eso ahora no importaba. Había dejado la escopeta en el campamento; por propia voluntad y renuncia había aceptado no un gambito, no una elección, sino un estado en el cual no sólo el hasta entonces anonimato inviolable del oso sino todas las viejas normas y equilibrio entre cazador y cazado quedaban abolidos. No tendría miedo, ni siquiera en el momento en que el miedo se apoderara de él por completo, sangre, piel, entrañas, huesos, memoria del largo tiempo que había transcurrido hasta convertirse en su memoria: todo, salvo aquella fina, clara, inextinguible, inmortal lucidez, sola diferencia entre él y aquel oso, entre él y todos los otros osos y ciervos que habría de matar en la humildad y el orgullo de su pericia y entereza, lucidez a la que había apuntado Sam el día anterior, apoyado sobre la cerca del corral a la caída del crepúsculo.

Para mediodía había dejado muy atrás el pequeño brazo pantanoso, se había adentrado más que nunca en aquel territorio ajeno y nuevo. Ahora avanzaba no sólo con la ayuda de la brújula, sino también con la del viejo y pesado y grueso reloj de plata que había pertenecido a su abuelo. Cuando se detuvo al fin, lo hacía por primera vez desde que se levantó del tronco al alba, cuando pudo ver la brújula. Era ya lo bastante lejos. Había dejado el campamento hacía nueve horas; una vez transcurridas otras nueve, la oscuridad habría caído ya hacía una hora.

Pero él no pensaba en ello. Pensó: "De acuerdo. Sí. Pero ¿qué?", y se quedó quieto unos instantes, pequeño y extraño en la verde soledad sin techo, respondiendo a su propia pregunta antes incluso de que ésta se hubiera formulado y cesado. Eran el reloj y la brújula y el palo, los tres mecanismos sin vida mediante los cuales había repelido durante nueve horas la inmensidad salvaje. Colgó cuidadosamente el reloj y la brújula de un arbusto, apoyó el palo junto a ellos y renunció a él por completo.

Durante las últimas tres o cuatro horas no había avanzado muy de prisa.

No caminaba más rápidamente ahora, pues la distancia no habría tenido importancia ni aun en el caso de que pudiera haberlo hecho. Y trataba de recordar la posición del árbol donde había dejado la brújula; trataba de describir un círculo que volviera a llevarle a él, o al menos que se intersecase a sí mismo, pues la dirección tampoco importaba ya. Pero el árbol no estaba allí, e hizo lo que Sam le había enseñado: describió otro círculo en dirección contraria, de forma que los dos círculos hubieran

de bisecarse en algún punto, pero no se cruzó con huella alguna de sus pies, y al fin encontró el árbol, pero en lugar erróneo, pues no había arbusto ni reloj ni brújula, y el árbol era otro árbol, pues a su lado había un tronco derribado, y entonces hizo lo que Sam Fathers le había dicho que debía hacerse a continuación, que era también lo último que podía hacerse.

Se sentaba sobre el tronco cuando vio la huella torcida, deforme, tremenda hendidura de dos dedos, la cual, mientras el chico la miraba, se llenó de agua. Cuando alzó la vista, la inmensidad salvaje se fundió, se solidificó, el claro, el árbol que buscaba, el arbusto, y el reloj y la brújula brillaron al ser tocados por un rayo de sol. Y entonces vio al oso. No surgió, no apareció; simplemente estaba allí, inmóvil, sólido, fijado en el caliente moteado del verde mediodía sin viento no tan grande como había soñado pero tan grande como lo esperaba, aún más grande, sin dimensiones contra la moteada oscuridad, mirándole, mientras él, sentado sobre el tronco, inmóvil, le devolvía la mirada.

Luego el oso se movió. No hizo ningún ruido. No se apresuró. Cruzó el calvero; por espacio de un instante entró dentro del pleno fulgor del sol; cuando llegó al otro lado se detuvo de nuevo y miró por encima de un hombro hacia él, cuya tranquila respiración aspiró y espiró el aire tres veces.

Y se fue. No se internó en el bosque, en la maleza. Se esfumó, volvió a hundirse en la inmensidad salvaje, como si el chico estuviera viendo cómo un pez, una perca enorme y vieja, se sumergía y volvía a desaparecer en las oscuras profundidades del río sin mover las aletas lo más mínimo.

“Será el próximo año”, pensó. Pero no fue el otoño siguiente, ni el siguiente ni el siguiente. Tenía entonces catorce años. Había matado ya su ciervo, y Sam Fathers le había marcado la cara con la sangre caliente, y al año siguiente mató un oso. Pero antes incluso de tal espaldarazo había llegado a ser tan diestro en los bosques como muchos adultos con la misma experiencia; a los catorce años era más experto que ellos que la mayoría de los adultos y con más práctica. No había terreno a treinta millas en torno al campamento que él no conociera, brazo pantanoso, loma, espesura, árbol o senda que sirviera de lindero. Habría podido guiar a cualquiera a cualquier punto de aquel territorio sin desviarse lo más mínimo, y guiarlo de nuevo de regreso. Conocía rastros de caza que ni siquiera Sam Fathers conocía; cuando tenía trece años descubrió el lecho de un ciervo, y sin que su padre lo supiera tomó prestado el rifle de Walter Ewell y se apostó al acecho al alba y mató al ciervo cuando el animal volvía al lecho, tal como Sam Fathers le contó que hacían los viejos antepasados chickasaw.

Pero no al viejo oso, por mucho que para entonces conociera sus huellas mejor incluso que las propias, y no sólo la deforme. Podía ver cualquiera de las tres cabales y distinguirla de la de cualquier otro oso, y no sólo por el tamaño. Dentro de aquel radio de treinta millas había otros osos que dejaban huellas casi tan grandes, pero era algo más que eso. Si Sam Fathers había sido su mentor y los conejos y ardillas del patio trasero del hogar, su jardín de infancia, la inmensidad salvaje por la que vagaba el viejo oso era su facultad universitaria, y el propio viejo oso macho, ya tanto tiempo viudo y sin hijos como para haberse convertido en su propio progenitor no engendrado, era su “alma mater”. Pero no lograba verlo nunca.

Podía encontrar la huella deforme siempre que quería, a quince o diez millas del campamento; a veces más cerca incluso. En el curso de aquellos tres años, mientras estaba apostado, había oído dos veces cómo los perros tropezaban con su rastro por azar; la segunda vez, al parecer, lo hostigaron: las voces altas, abyectas, casi humanas de su histeria, como aquella primera mañana de hacía dos años. Pero no el oso mismo. Y recordaba el mediodía, tres años atrás, en que allá en el calvero el oso y él se vieron fijados en el fulgor moteado y sin viento, y le parecía que aquello nunca había sucedido, que se trataba de otro sueño. Pero había sucedido.

Se habían mirado el uno al otro, habían emergido ambos de la inmensidad salvaje y vieja como la tierra, sincronizados en aquel instante merced a algo más que la sangre que anima la carne y los

huesos que sustentan el cuerpo; y se tocaron, y se comprometieron a algo, y afirmaron algo más duradero que la frágil urdimbre de huesos y carne que cualquier accidente podía aniquilar.

Y entonces lo vio de nuevo. Debido al hecho de que no pensaba en otra cosa, había olvidado buscarlo. Estaba cazando al acecho con el rifle de Walter Ewell. Lo vio cruzar al fondo de una larga franja arrasado, un corredor barrido por un tornado, precipitarse por la maraña de troncos y ramas, más a través de ella que por encima de ella, como una locomotora, a mayor velocidad de la que él hubiera creído que pudiera alcanzar nunca, casi tan veloz como un ciervo, pues un ciervo se habría mantenido la mayor parte del tiempo en el aire, tan veloz que él no tuvo tiempo siquiera de alzar las miras del rifle, de forma que luego habría de pensar que el hecho de no haber disparado se debía a que él había estado inmóvil a su espalda y el tiro jamás habría llegado a alcanzarlo.

Y entonces supo cuál había sido el fallo de aquellos tres años de fracasos. Se sentó sobre un tronco, agitándose y temblando como si en su vida hubiera visto los bosques ni ninguna de sus criaturas, preguntándose con asombro incrédulo cómo podía haber olvidado lo que Sam Fathers le había dicho, lo que el propio oso había confirmado al día siguiente, lo que ahora, al cabo de tres años, había reafirmado.

Y ahora entendía lo que Sam Fathers había querido decir cuando se refirió al perro adecuado, un perro cuyo tamaño poco o nada había de importar. Así que cuando volvió solo en abril -eran las vacaciones, de forma que los hijos de los granjeros podían ayudar a plantar la tierra, y al fin su padre, después de hacerle prometer que volvería en cuatro días, había accedido a concederle su permiso-, tenía el perro. Era su propio perro, un mestizo de esos que los negros llaman “mil razas”, un ratonero, no mucho mayor que una rata y con esa valentía que ha tiempo ha dejado de ser valor para convertirse en temeridad.

No le llevó cuatro días. Una vez solo de nuevo, halló el rastro la primera mañana. No era caza al acecho; era una emboscada. Fijó la hora del encuentro casi como si se tratara de una cita con un ser humano. Al amanecer de la segunda mañana. Él sujetando al “mil razas”, al que habían envuelto la cabeza con un saco, y Sam Fathers con dos de los perros sujetos por una cuerda de arado se apostaron con el viento a favor del rastro. Estaban tan cerca que el oso se volvió, sin correr siquiera, como estupefacto ante el estrépito frenético y estridente del “mil razas” recién liberado, se puso a resguardo contra el tronco de un árbol, sobre las patas traseras.

Al chico le pareció que el animal se hacía más y más alto y que no iba a dejar de alzarse nunca, y hasta los dos perros parecían haber tomado del “mil razas” una suerte de desesperada y desesperante valentía, pues lo siguieron cuando avanzó hacia el oso.

Entonces se dio cuenta de que el “mil razas” no iba a detenerse. Se lanzó hacia adelante, arrojó la escopeta y echó a correr. Cuando alcanzó y agarró al perrito, que se debatía frenéticamente como un torbellino, al chico le dio la impresión de hallarse literalmente debajo del oso.

Pudo sentir su olor: fuerte y caliente y fétido. Se agachó torpemente, alzó la vista hacia la bestia, que se cernía sobre él desde lo alto como un aguacero, del color del trueno, muy familiar, apacible e incluso lúcidamente familiar, hasta que al fin recordó: era así como solía soñarlo. Y ya se había ido. No lo vio irse.

Permaneció de rodillas, sujetando al frenético “mil razas” con ambas manos, oyendo cómo se alejaba más y más del humilde lamento de los perros, hasta que llegó Sam. Traía la escopeta.

La dejó en el suelo, en silencio, al lado del chico, y se quedó allí de pie mirándole.

-Le has visto ya dos veces con una escopeta en las manos -dijo-. Esta vez no podías haber fallado.

El chico se levantó. Seguía sujetando al “mil razas”. Incluso en brazos, lejos del suelo, el animal seguía ladrando frenéticamente, debatiéndose y tratando de escapar, como un manojo de muelles, tras el fragor cada vez más lejano de los perros. El chico peleaba un poco, pero ni se agitaba ni temblaba ya.

-¡Tampoco tú! -dijo-. ¡Tú tenías la escopeta! ¡Tampoco tú!

-Y no disparaste -dijo su padre-.

¿A qué distancia estabas?

-No lo sé, señor -dijo él-. Tenía una gran garrapata en la pata derecha trasera. Me fijé en eso. Pero en aquel momento no tenía la escopeta.

-Pero tampoco disparaste cuando la tenías -dijo su padre-. ¿Por qué?

El chico no respondió. Su padre, sin esperar que lo hiciera, se levantó y cruzó la habitación; caminó sobre las pieles del oso que el chico había cazado dos años atrás y del otro oso, más grande, que él mismo había cazado antes de que su hijo naciera, y se dirigió a la librería sobre la que podía verse la cabeza del primer ciervo del chico. Era la habitación que su padre llamaba “la oficina”, pues en ella tenían lugar todas las transacciones comerciales de la plantación. En ella, a lo largo de los catorce años de su vida, había oído las mejores charlas.

Solía estar allí el mayor de Spain, y a veces el viejo general Compson, y también Walter Ewell y Boon Hoggenbeck y Sam Fathers y Tennie.s Jim, porque también ellos eran cazadores y conocían los bosques y a sus criaturas.

Él solía escuchar, no hablaba, se limitaba a atender; la inmensidad salvaje, los grandes bosques, más grandes y más viejos que cualquier documento registrado de cualquier hombre blanco lo bastante fatuo como para creen que en determinado momento había adquirido un trozo de ellos, o de cualquier indio lo bastante cruel como para pretender que un trozo de ellos le pertenecía hasta el punto de poderlo transmitir; eran de los hombres, no blancos ni negros ni rojos sino sólo hombres, cazadores con la voluntad y la audacia necesarias para resistir y la humildad y la pericia necesarias para sobrevivir, y los perros y los osos y los ciervos se yuxtaponían y descollaban en ellos, abocados y compelidos, bien en torno a la inmensidad salvaje o dentro de ella, a la antigua e incesante contienda decretada por las antiguas e inflexibles normas que dispensaban de toda contrición y no admitían cuartel; las voces tranquilas y meditadas y graves, destinadas a la mirada retrospectiva y a la memoria y a los exactos recuerdos, mientras el chico se sentaba en cuclillas junto al fuego llameante del hogar al igual que Tennie.s Jim, quien, en cuclillas, se movía únicamente para echar más leña al fuego y para pasar de un vaso a otro la botella. Porque la botella se hallaba siempre presente, de forma que al rato al chico le daba la impresión de que aquellos intensos momentos de corazón y cerebro y valor y astucia y rapidez se concentraban y destilaban hasta dar lugar a aquel licor de color pardo que ninguna mujer o muchacho o niño, sino sólo los cazadores bebían, y lo bebían no por la sangre que habían derramado sino por una suerte de quintaesencia de inmortal espíritu salvaje, y bebían moderadamente, incluso humildemente, no con la mezquina esperanza del pagano de adquirir por ello las virtudes de la astucia y la rapidez y la fuerza, sino como salutación hacia ellas.

Volvió su padre con el libro y se sentó y lo abrió.

-Escucha -dijo. Leyó en voz alta las cinco estrofas, con voz quieta y pausada; en la habitación no había lumbre, pues era ya primavera. Luego levantó la vista. El chico lo miraba.

Muy bien -dijo el padre-. Escucha.

-Volvió a leer, pero esta vez sólo la segunda estrofa completa, y las dos últimas líneas, y cerró el libro y lo dejó en la mesa a su lado-. “Ella no puede desaparecer, aunque tú no tengas tu dicha; tú amarás eternamente, y ella será justa” -dijo.

-Está hablando de una chica -dijo el chico.

-Tiene que hablar de algo -dijo su padre. Y luego dijo-: Está hablando de la verdad. La verdad no cambia.

La verdad es una. Abarca todas las cosas que tocan el corazón: honor y orgullo y piedad y justicia y valor y amor. ¿Entiendes ahora?

No estaba seguro. De algún modo, era más sencillo que todo eso. Había un viejo oso fiero y cruel, mas no por el mero hecho de conservar la vida, sino con el fiero orgullo de la libertad, lo bastante orgulloso de su libertad como para verla amenazada y no sentir miedo y no alarmarse siquiera; aún más, un animal que a veces parecía incluso poner aquella libertad deliberadamente en peligro a fin de saborearla, a fin de recordar a sus viejos y fuertes huesos y carne la necesidad de mantenerse flexibles y rápidos para defenderla y preservarla. Había un hombre viejo, hijo de una esclava negra y de un rey indio, heredero por un lado de la larga crónica de un pueblo que había aprendido la humildad a través del sufrimiento y la justicia, y por el otro, la crónica de un pueblo que aún más antiguo en aquella tierra que el primero, y que sin embargo había desaparecido de ella por completo, perpetuándose sólo en la solitaria fraternidad entre la sangre extraña que corría en las venas de un viejo negro y el espíritu salvaje e invencible de un viejo oso. Había un muchacho que deseaba aprender la humildad y el orgullo a fin de llegar a ser diestro y valioso en los bosques, que de pronto se vio convirtiéndose en tan diestro con tanta rapidez que temió no llegar nunca a convertirse en valioso, pues no había aprendido la humildad y el orgullo, pese a haberlo intentado, hasta un día en que, súbitamente asimismo, descubrió que un viejo incapaz de definir ninguna de las dos virtudes le había guiado, como de la mano, a aquel punto en el que un viejo oso y un pequeño perro mestizo le habían enseñado que, poseyendo una de las dos, se poseía ambas.

Y un pequeño perro sin nombre y mestizo y con muchos padres, adulto ya pero de menos de seis libras de peso, diciéndose como para sus adentros: “No puedo ser peligroso, porque no hay nada mucho más pequeño que yo mismo; no puedo ser fiero, porque dirán que sólo es ruido; no puedo ser humilde, porque ya estoy demasiado cerca del suelo como para doblar la rodilla; no puedo ser orgulloso, porque tampoco puedo estar tan cerca de él como para saber quién proyecta una sombra, y ni siquiera sé que no voy a ir al cielo, porque han decidido que no poseo un alma inmortal. Así que lo único que puedo es ser valiente. Pero está bien. Puedo serlo, aunque sigan diciendo que sólo es ruido”.

Eso era todo. Era sencillo, mucho más sencillo que alguien hablando en un libro de un muchacho y una chica por la que nunca tendría que afligirse, por cuanto jamás podría acercarse más a ella ni tendría tampoco que alejarse. Él había oído hablar acerca de un oso, y un día llegó a tener la edad necesaria para seguir su rastro, y lo siguió durante cuatro años, y al fin se encontró con él con una escopeta en las manos y no disparó. Porque un pequeño perro... Pero podía haber disparado mucho antes de que el perrito recorriera las veinte yardas hasta donde le esperaba el oso, y Sam Fathers podía haber disparado en cualquier momento durante el minuto interminable en que Old Ben, sobre sus patas traseras, se erguía sobre ellos. Se detuvo. Su padre le miraba con gravedad a través de la copiosa media luz de primavera del cuarto; cuando habló, sus palabras fueron tan apacibles como la media luz; no eran palabras en alta voz, no necesitaban serlo porque iban a ser duraderas: -El valor y el honor y el

orgullo -dijo- y la piedad y el amor por la justicia y por la libertad. Todo ello toca el corazón, y aquello a lo que se aferra el corazón se convierte en verdad, en aquello que alcanzamos a entender como verdad. ¿Entiendes ahora?

"Sam y Old Ben y Nip", pensó. Y también él mismo. Él también había actuado correctamente. Su padre lo había dicho.

-Sí, señor -dijo.

Grandes bosques

Carrera en la mañana

Yo iba en la barca cuando lo vi.

Anochecía. Acababa de dar de comer a los caballos y de bajar hasta la orilla y de desatracar la barca para cruzar el río y volver al campamento, cuando lo vi, como a la mitad de un cuarto de milla río arriba, nadando; sólo le sobresalía del agua la cabeza, y él mismo no era sino un punto en medio de la penumbra. Pero yo alcanzaba a ver aquella suerte de mecedora que llevaba encima de la cabeza, y supe que era él, que volvía al cañaveral de la confluencia del brazo pantanoso donde vivía todo el año hasta el día anterior al comienzo de la temporada, día en que, como si los guardas de caza le hubieran proporcionado un calendario, dejaba el lugar y desaparecía, nadie sabía adónde, hasta el día después del cierre de la temporada. Pero ahí estaba, volviendo un día antes de lo previsto, como si se hubiera equivocado y estuviera consultando por error un calendario del año anterior.

Lo cual era funesto para él, porque el señor Ernest y yo saldríamos a caballo en su persecución en cuanto se alzase el sol al día siguiente.

Así que se lo conté al señor Ernest y cenamos y di de comer a los perros, y luego ayudé al señor Ernest en la partida de póquer, de pie detrás de su silla, hasta las diez aproximadamente, cuando Roth Edmonds dijo: -¿Por qué no te vas a la cama, chico?

-Y si vas a quedarte levantado -dijo Willy Legate-, ¿por qué no coges el abecedario y te pones a estudiar? Sabe todas las maldiciones que vienen en el diccionario, todas las manos de póquer de la baraja y todas las marcas de whisky de la destilería, pero es incapaz de escribir su nombre... ¿O puedes? -me dijo.

-No necesito escribir mi nombre -dije yo-. Puedo acordarme de quién soy.

-Tienes doce años -dijo Walter Ewell-. Ahora de hombre a hombre: ¿cuántos días te has pasado en la escuela en toda tu vida?

-No tiene tiempo para ir a la escuela -dijo Willy Legate-. ¿De qué sirve que vaya a la escuela desde setiembre hasta mediados de noviembre, en que tendría que dejarla para venir aquí a estar a la escucha para Ernest? ¿Y de qué sirve volver a la escuela en enero, si apenas en once meses volverá a llegar el quince de noviembre y tendrá que empezar otra vez a decirle a Ernest por dónde han ido los perros?

-Bien, de todos modos deja de mirarme el juego -dijo Roth Edmonds.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa? -dijo el señor Ernest.

Llevaba siempre en la oreja el auricular del audífono, pero nunca traía las pilas al campamento, pues el cordón se le enganchaba en los matorrales cada vez que atravesaban un paraje frondoso.

-¡Willy dice que me vaya a la cama! -grité.

-¿Nunca le llamas a nadie “señor”?

-dijo Willy.

-Le llamo “señor” al señor Ernest -dije yo.

-Está bien -dijo el señor Ernest-. Vete a la cama. No te necesito.

-Gran verdad -dijo Willy-. Sordo o no sordo, puede oír un reenvite de cincuenta dólares aunque uno no mueva ni los labios.

Así que me fui a la cama, y al cabo de un rato entró el señor Ernest y yo quise decirle otra vez lo grandes que parecían aquellos cuernos a media cuarta de milla río arriba. Pero hubiera tenido que gritar, y la única ocasión en la que el señor Ernest admitía que no oía era cuando, a lomos de Dan, esperaba que yo le indicara qué camino habían tomado los perros.

Así que seguí acostado, y no había transcurrido ni un momento cuando Simon golpeaba ya la base del barreño con la cuchara, gritando: “¡Arriba, el café de las cuatro!”, y crucé el río, esta vez en la oscuridad, con la linterna, y di de comer a Dan y al caballo de Roth Edmonds. Iba a hacer un buen día, frío y radiante; pude ver, pese a la oscuridad, la blanca escarcha sobre los matorrales y las hojas; era exactamente el tipo de día que a aquel grande y viejo hijo de perra que duerme allí en el cañaveral le gustaría para correr.

Luego comimos, y luego extendimos el plano de los puestos para que tío McCaslin los adjudicara según su criterio, pues era la persona de más edad del campamento. Había estado cazando ciervos en aquellos bosques por espacio -calculo- de unos cien años, y si había alguien que supiera por dónde había de pasar un ciervo, ése era él.

Quizá tratándose de un ciervo viejo y grande como aquél, que también había corrido por los bosques durante un tiempo que en la vida de un ciervo equivaldría a cien años, tío Ike y él se las arreglarían para estar en el mismo sitio a la misma hora aquella mañana, siempre, naturalmente, que el animal consiguiera mantenerse alejado de mí y del señor Ernest cuando llegara el momento.

Porque el señor Ernest y yo íbamos a cazarlo.

Luego yo y el señor Ernest y Roth Edmonds sacamos a los perros, y Simon sujetó a Eagle y a los demás perros adultos con la traílla, pues los más jóvenes, los cachorros, no iban a ninguna parte -de ninguna manera- hasta que se lo permitiera Eagle. Luego yo y el señor Ernest y Roth ensillamos, y el señor Ernest montó y yo le tendí la escopeta de repetición y solté la brida de Dan para que diera rienda suelta a la necesidad de dar corcovos que tenía que satisfacer cada mañana, hasta que el señor Ernest le golpeaba con el cañón de la escopeta entre las orejas. Luego el señor Ernest cargó el arma y me dio el estribo, y monté a su espalda y tomamos el camino de incendios en dirección al brazo pantanoso; los cinco perros tiraban de Simon, que iba delante con su escopeta de retrocámara y de un solo cañón colgada a la espalda de un trozo de cuerda de arado, y los cachorros se movían torpemente entre los pies de todo el mundo. Para entonces ya había luz, y el día iba a ser bueno; el este estaba ya amarillo para la salida del sol y nuestros alientos despedían humo en el aire frío, quieto y brillante, a la espera de que el sol se alzase y lo caldeara, y había una delgada capa de hielo en los surcos, y toda hoja y

ramita y varilla e incluso los terrones congelados estaban cubiertos de escarcha, esperando poder centellear como un arco iris cuando al fin el sol saliera y cayera sobre ellos. Y al fin llegué a sentirme por dentro ligero y fuerte como un globo, lleno de aquel aire ligero y fuerte y frío, de forma que tuve la impresión de que no podía sentir siquiera el lomo del caballo sobre el que iba a horcajadas, sólo los músculos calientes y fuertes moviéndose bajo la caliente y fuerte piel, y yo sentado y erguido y sin peso alguno, de modo que cuando el viejo Eagle descubriera la pieza y la persiguiera, yo y Dan y el señor Ernest partiríamos como un pájaro, sin tocar siquiera el suelo. Era estupendo. Cuando aquel ciervo viejo y grande muriera aquel mismo día, yo sabría que no podría haber elegido otro día mejor para morir aunque hubiera aplazado el encuentro otros diez años.

Y, efectivamente, en cuanto llegamos al brazo pantanoso vimos sus huellas en el barro, en el lugar por donde había salido del río la noche pasada, esparcidas en el barro blando como huellas de vaca, grandes como las de las vacas, grandes como las de las mulas, y Eagle y los otros perros arremetían ahora contra la traílla, y el señor Ernest me dijo que me bajara y ayudara a Simon a sujetarlos. Porque el señor Ernest y yo sabíamos exactamente dónde iba a estar, una pequeña isla de cañaverales situada en medio del brazo pantanoso, en donde podría estar al abrigo hasta que la gama o el pequeño ciervo que los perros ahuyentaran por azar pudiera tomar a derecha o izquierda del brazo pantanoso, llevándose a los perros lejos, de forma que él pudiera escabullirse y deslizarse brazo abajo hasta el río, y alejarse nadando, y dejar el territorio como siempre hacía el día en que la temporada comenzaba.

Que era precisamente lo que nosotros pensábamos impedir que hiciera en esta ocasión. Así que dejamos a Roth sobre su montura, a fin de cortarle la retirada al ciervo y hacerlo ir hacia los hombres apostados de tío Ike en caso de que tratara de deslizarse brazo abajo, y yo y Simon, con los perros sujetos por la traílla, caminamos brazo arriba hasta que el señor Ernest, a caballo, dijo que ya era suficiente; entonces nos internamos en el bosque y subimos medio cuarto de milla aproximadamente por encima del cañaveral, pues el viento iba a ser sur aquella mañana cuando se levantase, y bajamos luego hacia el cañaveral, y el señor Ernest ordenó que soltáramos a los perros, y soltamos la traílla y el señor Ernest me volvió a ofrecer el estribo y volví a montar.

El viejo Eagle se había alejado ya, pues sabía tan bien como nosotros dónde estaba escondido aquel hijo de perra, pero no armaba alboroto alguno todavía y se limitaba a avanzar bruscamente a través de las trepadoras de los pantanos seguido de los demás perros, y hasta Dan parecía saber acerca de aquel ciervo, pues empezaba a agitarse y a dar saltitos entre las trepadoras, de modo que no esperé más y me agarré al cinturón del señor Ernest antes de que llegara el momento de que el señor Ernest tuviera que espolearlo. Porque cuando nos poníamos a la carrera, persiguiendo un ciervo al galope, yo no permanecía mucho tiempo sobre el lomo de Dan, sino casi siempre en el aire, estirado hacia atrás y agarrado al cinturón del señor Ernest, de modo que Willy Legate decía que cuando íbamos a toda velocidad a través de los bosques, parecía que el señor Ernest llevara un mono vacío de la talla de un chico saliéndole del bolsillo trasero y ondeando al viento.

Así que no fue siquiera un ataque; fue un levantamiento de la pieza.

Eagle debía de haberle seguido los talones, o quizá hasta se topó con él, sorprendiéndole mientras estaba allí escondido, pensando que el hoy era el pasado mañana. Eagle se limitó a alzar la cabeza hacia atrás y a decir: “Ahí va”, y nosotros llegamos a oír incluso cómo el ciervo se abría paso estrepitosamente a través de las primeras cañas. Entonces todos los demás perros empezaron a ladrar a su espalda, y Dan se agachó para saltar, pero esta vez lo retuvo la barbada, no sólo el filete, y el señor Ernest lo dejó bajar al brazo pantanoso y lo hizo bordear el cañaveral y subir por la otra orilla. Pero no tuvo que decir: “¿Por dónde?”, porque yo ya estaba señalando por delante de su hombro, asiéndome aún con más fuerza al cinturón en el preciso instante en que el señor Ernest tocaba a Dan con la gran y vieja y herrumbrosa espuela del tacón izquierdo, pues cuando Dan la sentía salía de estampida como

un cartucho de dinamita, derecho contra cualquier cosa que pudiera destrozar y por encima o por debajo de cualquier otra que no pudiera.

Los perros se hallaban ya casi fuera del alcance del oído. Eagle debía de haber ido mirando de cerca la cola de aquel hijo de perra, hasta que al fin el hijo de perra decidió que sería mucho mejor salir de aquel paraje. Y para entonces debían de estar ya muy cerca de los puestos asignados por tío Ike, y el señor Ernest tiró de las riendas de Dan y lo retuvo, y Dan se agachaba y brincaba y temblaba como una mula a la que están entresacando el pelo de la cola, y entretanto nosotros nos mantuvimos atentos, a la espera de los disparos. Pero no llegó ninguno, y le grité al señor Ernest que sería mejor que prosiguiéramos la marcha mientras yo pudiera seguir oyendo a los perros, y él soltó a Dan, pero seguían sin llegar los disparos, y entonces supimos que la carrera había sobrepasado ya la línea de los puestos; y salimos precipitadamente de un bosquecillo, y, efectivamente, allí estaban tío Ike y Willy de pie junto a las huellas que el ciervo había dejado sobre un trozo de tierra blanda.

-Logró dejarnos atrás a todos -dijo tío Ike-. No comprendo cómo pudo pasar. Alcancé a echarle una ojeada rápida. Grande como un elefante, con una cornamenta en la que se podría acunar a un ternero berreante.

Se fue recto loma abajo. Será mejor que sigáis también vosotros; los del campamento de Hog Bayou puede que no lo dejen escapar.

Así que volví a aferrarme al cinturón y el señor Ernest volvió a espolear a Dan. La loma se extendía directamente hacia el norte; no había en ella trepadoras ni matorrales, de forma que podíamos avanzar de prisa, y contra el viento, que se había alzado ya, lo mismo que el sol. Así que oíamos de nuevo a los perros siempre que se levantaba el viento. Ahora podíamos ganar tiempo, pero seguíamos reteniendo a Dan para que avanzara a galope medio, pues el asunto iba a ser rápido, en caso de que terminara cuando el ciervo llegara a los puestos del campamento de Hog Bayou, a ocho millas del nuestro, o iba a llevar mucho tiempo, en caso de que lograra pasar también a través de ellos. Y, efectivamente, al cabo de un rato oímos a los perros. Llevábamos a Dan al paso ahora, para que pudiera bufar un poco, y los oímos: el sonido llegaba débil, con el viento; no corrían ya, sino que rastreaban, pues el gran hijo de perra, probablemente, hacía un rato que había decidido poner fin a todas aquellas tonterías, y había recuperado fuerzas y había acelerado y había logrado dejar una milla atrás a los perros, hasta darse de bruces con los otros cazadores del campamento de abajo. Podía casi ver cómo se detenía tras un arbusto, escrutando hacia afuera y diciendo: “¿Qué es esto?

¿Qué es esto? ¿Es que está el maldito país entero lleno de gente esta mañana?” Y luego mirando hacia atrás sobre su hombro, en dirección adonde el viejo Eagle y los demás perros venían aullando en su persecución, mientras decidía de cuánto tiempo disponía para decidir el paso siguiente.

Sólo que se libró por muy poco.

Oímos los tiros; parecía una guerra.

El viejo Eagle debió de llegar otra vez a un palmo de su cola, y a él no le quedó más remedio que abrirse paso por donde pudo. “Pam, pam, pam, pam”, y luego “pam, pam, pam, pam”. Parecía que eran tres o cuatro cazadores agrupados los que le atacaban, antes de que él tuviera tiempo siquiera para desviarse, y yo grité: “¡No! ¡No!

¡No! ¡No!”, porque el ciervo era nuestro. Las judías y la avena que comía eran nuestras, y era nuestro el cañaveral donde se escondía; lo vigilábamos todos los años, y era como si lo hubiéramos criado, y ahora, al final, iba a ser muerto en nuestra propia cacería, ante nuestros propios perros, por unos extraños que seguramente tratarían luego de alejar a los perros y se lo llevarían a rastras antes de que nosotros pudiéramos siquiera conseguir un trozo de su carne.

-Cállate y escucha -dijo el señor Ernest.

Así lo hice, y oímos a los perros; no sólo a los otros, sino también a Eagle; no olfateaban ningún rastro y no ladraban a ninguna carne abatida, sino que corrían enconadamente y a la vista de la pieza y hasta mucho después de que el tiroteo hubiera terminado. Tuve el tiempo justo para aferrarme de nuevo al cinturón. Sí, señor, veían ya la pieza a la que perseguían. Como diría Willy Legate, si Eagle tomara un trago de whisky podría atrapar a aquel ciervo. Seguían la carrera; habían desaparecido ya cuando salimos del bosquecillo, y encontramos a aquellos tipos que habían organizado el tiroteo -eran cinco o seis- agachándose y arrastrándose de un lado para otro, registrando el terreno y los arbustos, como si estuvieran convencidos de que, si buscaban con ahínco suficiente, en los tallos y las hojas habrían de florecer manchas de sangre como moras o bayas de espino.

-¿Ha habido suerte, muchachos?

-dijo el señor Ernest.

-Creo que le alcancé -dijo uno de ellos-. Estoy seguro. Estamos buscando manchas de sangre.

-Bien, cuando den con él, toquen el cuerno y yo volveré para llevarselo a ustedes al campamento -dijo el señor Ernest.

Seguimos adelante; ahora a galope tendido, pues la carrera volvía a estar casi fuera del alcance del oído; ellos avanzaban rápido también, como si no sólo el ciervo, sino también los perros hubieran cobrado nuevas fuerzas con todo aquel tiroteo y aquella excitación.

Ahora nos encontrábamos en territorio extraño; nunca habíamos llegado tan lejos, pues siempre habíamos logrado matar la pieza sin necesidad de avanzar hasta tal punto; estábamos en Hog Bayou, brazo pantanoso que desembocaba en el río a más de quince millas al sur de nuestro campamento.

En él había agua, además de un revoltijo de árboles caídos y troncos y demás cosas de este tipo, y el señor Ernest volvió a retener a Dan, y preguntó: “¿Por dónde?” Yo ahora apenas los oía allá a lo lejos, en dirección ligeramente este, como si el viejo hijo de perra hubiera descartado la idea de Vicksburg o Nueva Orleans, que al parecer tenía en un principio, y se hubiera decidido a echar una ojeada en Alabama; así que señalé una dirección y subimos por la orilla en busca de un lugar para cruzar, y tal vez lo habríamos encontrado, pero calculo que el señor Ernest determinó que no había tiempo que perder.

Llegamos a un lugar en donde el brazo pantanoso se estrechaba a doce o quince pies, y el señor Ernest dijo: -Cuidado, voy a picarle.

Y lo hizo.

No había tenido siquiera tiempo para asir con fuerza el cinturón cuando ya estábamos en el aire, y entonces vi la vid -un sarmiento retorcido casi tan grueso como mi muñeca, que caía serpenteante y se atravesaba en la mitad misma del brazo pantanoso-, y pensé que él la había visto también, y que tenía intención de agarrarla y lanzarla hacia arriba, por encima de nuestras cabezas, y pasar por debajo de ella, y sé que Dan sí la vio, pues agachó la cabeza para no chocar contra ella. Pero el señor Ernest no llegó nunca a verla, y el sarmiento arañó el cuello de Dan y se enganchó en la perilla de la silla, y seguimos volando por el aire, y el sarmiento se tensaba más y más, de modo que algo, por alguna parte, tenía finalmente que ceder.

Cedió la cincha de la silla. Se rompió y Dan siguió su trayectoria hasta que logró arañar la orilla opuesta, completamente desnudo a excepción de la brida, y yo y el señor Ernest y la silla -y el señor Ernest sentado aún en la silla, en la que iba encajada la escopeta, y yo aferrado al cinturón del señor Ernest- nos vimos suspendidos en el aire, sobre el brazo pantanoso, apresados en el sarmiento tenso de la vid, como en el vértice de las gomas tensadas de un enorme tirachinas, hasta que el sarmiento retrocedió fulminantemente y nos disparó hacia atrás y cruzamos el brazo limpiamente, yo aún aferrado al cinturón del señor Ernest y en la parte de abajo, de forma que al tomar tierra habría recibido encima de mí al señor Ernest y a la silla si no hubiera escalado velozmente la silla y el costado del señor Ernest, con lo que logré que fuera la silla la primera en tocar tierra, y luego el señor Ernest, y yo en último lugar, encima de ellos; me incorporé de un salto, y el señor Ernest seguía tendido en el suelo, y sólo podía vérsele la orla blanca de los ojos.

-¡Señor Ernest! -grité, y bajé hasta la orilla y llené mi gorra de agua y subí y se la arrojé contra la cara, y él abrió los ojos y se quedó allí, sobre la silla, maldiciéndome.

-Maldita sea -dijo-. ¿Por qué no seguiste a mi espalda, donde empezaste?

-¡Usted era el más grande! -dije-.

¡Me hubiera aplastado!

-Y qué te crees que me has hecho a mí? -dijo el señor Ernest-. La próxima vez, si no puedes quedarte donde empezaste, salta. Pero no vuelvas a subirte encima de mí nunca más. ¿Me oyes?

-Sí, señor -dije.

Así que entonces se levantó, maldiciendo aún y agarrándose la espalda, y bajó hasta el agua y cogió un poco en las manos y se la echó en la cara y el cuello, y volvió a coger otro poco y se la bebió, y bebí yo también, y volví a subir y recogí la silla y la escopeta, y cruzamos el brazo en unos troncos. Si al menos pudiéramos coger a Dan... No es que se hubiera puesto a recorrer las quince millas hasta el campamento, pues, de hacer algo, se habría ido solo a tratar de ayudar a Eagle en la caza del ciervo. Pero estaba a unas cincuenta yardas de distancia, comiendo enredaderas, así que fui y lo traje, y utilizamos los tirantes del señor Ernest y mi cinturón y la correa de cuero del cuerno del señor Ernest para atarle a Dan la silla. No parecía gran cosa, pero tal vez resistiera.

-Siempre que no me dejes hacerle saltar contra otra vid sin gritarme con antelación -dijo el señor Ernest.

-Sí, señor -dije yo-. Chillaré antes la próxima vez..., siempre que usted grite también un poco más rápido cuando vaya a picar espuelas la próxima vez. -Pero la nueva cincha estaba bien; sólo que al montar tendríamos que hacerlo con cuidado-. ¿Y ahora por dónde? -dije. Porque ya no oíamos nada, después de haber perdido tanto tiempo. Y, sin duda alguna, se trataba de un territorio nuevo. Había sido talado y la maleza había crecido hasta tal punto que no habríamos podido ver por encima de ella ni aun de pie sobre el lomo de Dan.

Pero el señor Ernest ni siquiera respondió. Se limitó a conducir a Dan por el lugar de la orilla donde la vegetación era un poco más despejada; tan pronto como Dan y nosotros nos habituáramos a aquella cincha casera y tuviéramos algo de confianza en ella, podríamos avanzar más rápido de nuevo. Resultó que era dirección este, o así lo creí entonces, pues no presté particular atención al este al ver que el sol -no sé adónde se había ido la mañana, pero se había ido, la mañana y la escarcha- estaba ya alto.

Y entonces lo oímos. No, no es cierto; lo que oímos fue disparos. Y fue entonces cuando caímos en la cuenta de lo lejos que habíamos llegado, ya que el único campamento del que habíamos oído hablar en aquella dirección era el de Hollyknowe, y tal campamento se encontraba exactamente a veintiocho millas de Van Dorn, donde acampábamos yo y el señor Ernest.

Sólo los disparos, nada más; ni siquiera a los perros. Si el viejo Eagle seguía tras él y él, el ciervo, seguía con vida, el viejo Eagle estaría demasiado agotado para decir: “Ahí va”.

-¡No lo pique! -grité.

Pero el señor Ernest se acordó también de la cincha casera, y le aflojó sólo el filete. Y Dan oyó también los disparos, mientras se abría paso por la espesura, saltando por encima de las trepadoras y los troncos cuando podía y pasando por debajo cuando no podía. Y, efectivamente, fue como la vez anterior: dos o tres hombres agachándose y arrastrándose por los matorrales, en busca de una sangre que ya Eagle les había advertido que no había. Pero esta vez no nos detuvimos; sólo pasamos al trote. Entonces el señor Ernest hizo girar a Dan y lo enfiló directamente hacia el norte.

-¡Espere! -grité-. Por allí no.

Pero lo único que hizo el señor Ernest fue volver la cara por encima del hombro. Parecía cansado, y tenía una mancha de barro en donde había recibido el golpe del sarmiento que le arrancó del caballo.

-¿No sabes hacia dónde se dirige?

-dijo-. Ya ha cumplido su papel: ha dado a todo el mundo la oportunidad de disparar leal y abiertamente contra él y ahora se vuelve a casa, a aquel cañaveral de nuestro brazo pantanoso. Y ha de hacerlo exactamente cuando oscurezca.

Y eso era lo que estaba haciendo.

Seguimos adelante. Ya no tenía sentido apresurarse. No se oía sonido alguno en ninguna parte; era esa hora temprana de las tardes de noviembre en que nada se mueve o grita, ni siquiera los pájaros -los pájaros carpinteros y los verderones y los arrendajos-, y me pareció como si pudiera vernos a nosotros tres -yo y el señor Ernest y Dan-, y a Eagle y a los otros perros y al gran y viejo ciervo, avanzando por los bosques tranquilos en la misma dirección, encaminados hacia el mismo sitio, sin correr, sólo caminando; habíamos corrido la hermosa carrera lo mejor que sabemos, y ahora los tres, como siguiendo un acuerdo, volvíamos a casa; no todos juntos en el mismo grupo, ya que no queríamos molestarnos o tentarnos unos a otros, pues lo que los tres habíamos estado haciendo aquella mañana no era una representación teatral organizada por mera diversión, sino que era en serio, y todos, los tres, seguíamos siendo lo que antes éramos: el viejo ciervo que necesitaba correr, no porque tuviera miedo sino porque correr era lo que mejor sabía hacer y de lo que se sentía más orgulloso; Eagle y los demás perros que trataban de darle caza, no porque le odiaran o le temieran sino porque era lo que mejor sabían hacer y de lo que se sentían más orgullosos; y yo y el señor Ernest y Dan, que le perseguíamos no porque deseáramos su carne, que de todos modos sería demasiado dura, o su cabeza para colgarla en la pared, sino porque así podríamos volver a casa y trabajar duro durante once meses en la cosecha, de forma que nos ganáramos el derecho a volver de caza el próximo noviembre, los tres volviendo a casa, separados y apacibles, hasta el año siguiente, la ocasión siguiente.

Entonces lo vimos por primera vez.

Habíamos salido ya del terreno talado; hubiéramos podido ir a medio galope, pero todos nosotros, los tres, habíamos renunciado a ello hace tiempo.

Así que íbamos al paso, y nos encontramos con los perros -los cachorros y uno de los adultos- tendidos en una pequeña hondonada húmeda, exhaustos, jadeantes, y cuando pasamos alzaron la mirada hacia nosotros. Luego llegamos a un largo claro abierto, y vimos a los otros tres perros adultos, y a unas cien yardas más adelante vimos a Eagle; iban todos caminando, sin emitir ningún sonido; y entonces, de repente, al fondo del claro, vimos al ciervo levantándose de donde había estado descansando hasta ser alcanzado por los perros, levantándose sin prisa, grande, grande como una mula, alto como una mula, y volviéndose, y vimos durante uno o dos segundos, antes de que se lo tragara la espesura, la parte inferior blanca de su cola.

Pudo haber sido una señal, un adiós, una despedida. Seguíamos al paso y dejamos atrás, en el centro del claro, a los tres perros, que ahora estaban también echados; cien yardas más adelante seguía Eagle, pero no estaba echado, pues se mantenía en pie, aunque con las patas esparrancadas y la cabeza baja. Acaso esperaba sólo a que nos alejáramos de su vergüenza; sus ojos, cuando pasamos, decían claramente, como si hablara: “Lo siento, muchachos, pero esto es todo”.

El señor Ernest hizo detenerse a Dan.

-Desmonta y mírale las patas -dijo.

-No tiene nada en las patas -dije yo-. Lo que se le ha acabado es el aliento.

-Salta al suelo y mírale las patas -dijo el señor Ernest.

Así lo hice, y mientras estaba inclinándome sobre Eagle oí la escopeta de repetición: “Snik-clac. Snikclac. Snik-clac”. Tres veces. Sólo que entonces no pensé nada. Quizá únicamente probaba los cartuchos para asegurarse de que la escopeta iba a funcionar cuando volviéramos a verlo, o quizá para asegurarse de que se trataba de postas. Luego volví a montar, y seguimos adelante, siempre al paso; ligeramente hacia el oeste o hacia el norte ahora, pues cuando la contemplamos durante uno o dos segundos, antes de que se la tragara la espesura, su cola blanca estaba en línea recta con aquella hendidura del brazo pantanoso.

Y además era ya avanzada la tarde.

El viento había caído y el aire era cortante y el sol tocaba únicamente las copas de los árboles. Y él ahora estaba tomando también el camino más fácil, y avanzaba tan en línea recta como le era posible. Cuando veíamos sus huellas en los terrenos blandos, era que había salido a la carrera durante un rato después de descansar.

Pero pronto volvía a caminar, como si supiera dónde se encontraban Eagle y los otros perros.

Y entonces lo volvimos a ver. Fue la última vez. Era un paraje frondoso en donde el sol entraba por un hueco como si fuera un reflector. Sólo hizo ruido una vez; luego allí estaba ante nuestros ojos, en pie y de costado, a menos de veinte yardas, grande como una estatua y rojo como oro al sol, y el sol centelleaba en las puntas de sus cuernos -eran doce-, y daba la impresión de que tuviera doce velas encendidas y ramificadas en torno a la cabeza; allí en pie, mirándonos mientras el señor Ernest alzaba la escopeta y apuntaba al cuello, y la escopeta hizo “clic, snik-clac; clic, snik-clac”. Tres veces. Y el señor Ernest seguía apuntando con la escopeta mientras el ciervo se volvía y daba un largo salto, con la parte inferior de la cola como una llamarada de fuego, y la espesura y las sombras lo hacían desaparecer. El señor Ernest volvió a dejar lenta y suavemente la escopeta frente a él, atravesada en la silla, y dijo quieta y apaciblemente, con voz queda, como si tan sólo respirase: -Maldición. Maldición.

Luego me dio un codazo y desmontamos, despacio y con cuidado a causa de la cincha que habíamos improvisado antes, y se llevó la mano al chaleco y sacó uno de los cigarros. Estaba reventado; imagino que caí sobre él cuando llegué al suelo. Lo tiró y sacó el otro, que también estaba reventado, de forma que mordió un trozo para mascar y tiró el resto. El sol se había retirado incluso de las copas de los árboles, y nada quedaba de él salvo un gran fulgor deslumbrante y rojo en el oeste.

-No se preocupe -dije-. No voy a decirles que se le olvidó cargar la escopeta. Y, ya que estamos en ello, no tienen por qué saber siquiera que lo vimos.

-Muy agradecido -dijo el señor Ernest.

Tampoco iba a haber luna aquella noche, así que soltó la brújula del lazo de cuero que colgaba del ojal y me tendió la escopeta y puso la brújula sobre un tocón y retrocedió unos pasos para mirar.

-Más o menos la dirección que llevamos -dijo.

Y me cogió la escopeta y la abrió y puso un cartucho en la recámara y recogió la brújula, y yo cogí las riendas de Dan, y partimos; él iba delante con la brújula en la mano.

Y al cabo de un rato era noche cerrada. El señor Ernest encendía una cerilla de cuando en cuando para mirar la brújula, hasta que brillaron las estrellas y pudimos elegir una como guía, y yo dije: -¿A qué distancia cree que estamos?

Y él dijo: -A poco más de una caja de cerillas.

Así que utilizábamos una estrella siempre que podíamos, pero no nos era posible verla continuamente a causa de lo tupido de los bosques, y a veces nos desviábamos un poco y el señor Ernest tenía que encender otra cerilla. Ahora era tarde y el tiempo era bueno, y el señor Ernest se detuvo y dijo: -Sube al caballo.

-No estoy cansado -dije.

-Sube al caballo -dijo-. No debemos acostumbrarlo mal.

Porque el señor Ernest había sido una buena persona desde que le conocía, antes ya de aquel día de hacía dos años, cuando mamá se había fugado con el tipo del parador de Vicksburg, y al día siguiente papá tampoco vino a casa, y al tercer día el señor Ernest llegó a lomos de Dan hasta la puerta de la cabaña del río, donde nos permitía vivir para que papá trabajase su tierra y se ocupase de sus sedales, y dijo: “Baja esa escopeta y ven aquí y monta detrás de mí”.

Así que subí a la silla, aunque no podía alcanzar los estribos, y el señor Ernest tomó las riendas y yo debí de dormirme, porque la siguiente cosa de que tuve conciencia fue que un ojal de mi chaqueta de leñador estaba atado a la perilla de la silla con el cordón de cuero que había soltado de la brújula, y el tiempo era bueno y era tarde y no estábamos lejos, pues Dan estaba ya oliendo el agua, el río. O quizá lo que olía fuera el cercado donde recibía su forraje, ya que desembocamos en el camino de incendios a menos de un cuarto de milla al sur del establo, y pronto pude ver el río, con la niebla blanca sobre él, blanda y quieta como algodón. Luego el campamento, el hogar y allá en la oscuridad, no lejos, lo bastante cerca como para oír cómo desmontábamos, descascarillando maíz probablemente, sin duda lo bastante cerca como para oír al señor Ernest, que tocaba el cuerno hacia el campamento para que Simon viniera a buscarnos en la barca, aquel viejo ciervo en su cañaveral del brazo pantanoso, en el hogar él también, descansando él también después de la dura carrera, despertando de cuando en cuando, soñando con perros que le perseguían, o quizá lo que lo despertaba era el alboroto que estábamos armando.

El señor Ernest siguió tocando el cuerno allá en la orilla hasta que el farol de Simon avanzó balanceándose en medio de la niebla; luego bajamos hasta el atracadero, y el señor Ernest volvió a tocar, ahora espaciadamente, para guiar a Simon, y al fin volvimos a ver el farol entre la niebla, y luego Simon en la barca; sólo que, al parecer, cada vez que me sentaba y me quedaba quieto volvía yo a dormirme, pues el señor Ernest estaba sacudiéndome de nuevo para que subiéramos por la orilla hacia el oscuro campamento, y al fin sentí una cama bajo mis rodillas y caí redondo en ella.

Luego era la mañana, el día siguiente; todo había terminado ya hasta el noviembre siguiente, hasta el año siguiente; podíamos volver a casa.

Tío Ike y Willy y Walter y Roth y los demás habían regresado al campamento el día anterior, tan pronto como Eagle se llevó al ciervo fuera del alcance del oído y comprendieron que el animal había escapado; una vez en él, hicieron el equipaje y se prepararon para partir al día siguiente, aquella mañana, y volver a Yoknapatawpha, donde vivían, donde esperarían a que fuera otra vez noviembre y pudieran volver otra vez al campamento.

Así que, nada más desayunar, Simon los llevó río arriba en la gran barca, hacia el lugar en donde habían dejado los coches y las camionetas, y ahora no quedaba nadie en el campamento más que yo y el señor Ernest, sentados al sol en el banco, contra la pared de la cocina; el señor Ernest fumaba un cigarro -uno entero esta vez-, ya que en esta ocasión Dan no había tenido oportunidad de lanzarlo contra la vid y de estrellarlo contra el suelo. Ni siquiera se había lavado el barro de la cara desde entonces. Pero tampoco aquello tenía nada de extraño: su cara solía tener siempre alguna mancha de barro o de grasa del tractor o una barba incipiente, porque el señor Ernest no era sólo un plantador; era un granjero, y trabajaba tan duro como cualquiera de sus peones o colonos, ésa era la razón por la que supe desde el primer momento que nos íbamos a llevar bien, que no habría de tener problemas con él ni él habría de tener problemas conmigo, desde el mismo día en que me desperté y mamá se había fugado con aquel tipo de un parador de Vicksburg sin preparar siquiera el desayuno, y de que, a la mañana siguiente, papá se hubiera ido también; era casi el anochecer del día siguiente cuando oí acercarse un caballo y cogí la escopeta, a la que había puesto ya un cartucho en la recámara la noche anterior al ver que papá no volvía a casa, y me quedé en la puerta mientras el señor Ernest llegaba en su caballo y decía: -Vamos. Tu papá tampoco va a volver.

-¿Quiere decir que me ha dado a usted? -dije.

-¿Qué importa eso? -dijo-. Vamos.

He traído un candado para la puerta.

Mandaremos la camioneta mañana a recoger lo que quieras.

Así que me fui con él a su casa y todo resultó bien, muy bien; su mujer había muerto hacía unos tres años, no había ninguna mujer que nos importunase o que a media noche se fugase con un maldito tipo de un parador de Vicksburg sin esperar siquiera a hacer el desayuno.

También nosotros nos iríamos aquella tarde, pero todavía no; siempre solíamos quedarnos un día más que los otros, pues tío Ike siempre dejaba la comida que sobraba, así como lo que aún quedaba de whisky casero de maíz que él consumía y de aquel whisky de la ciudad que Roth Edmonds llamaba “escocés” y que olía como si acabara de salir de un viejo cubo de pintura de tejados. Nos quedábamos sentados al sol un día más antes de volver a casa, de prepararnos para sembrar el algodón y la avena y el heno y las judías del año que entraba; y allá al otro lado del río, tras el muro de árboles donde comenzaba el gran bosque, aquel viejo ciervo se pasaría también aquel día al sol, descansando como nosotros, sin que nadie lo molestara hasta el noviembre siguiente.

Así que, entre nosotros, había al menos alguien que se alegraba de que tuvieran que pasar once meses y dos semanas antes de verse obligado de nuevo a correr tan lejos y tan rápido.

De modo que él se alegraba exactamente de lo mismo que nos causaba a nosotros tristeza, y entonces yo, de repente, pensé que acaso plantar y trabajar y luego cosechar avena y algodón y heno y judías no era sólo algo que yo y el señor Ernest hacíamos durante trescientos cincuenta y un días al año para llenar el tiempo hasta poder volver de nuevo a cazar, sino que era algo que debíamos hacer, y que debíamos hacer bien y rectamente durante aquellos trescientos cincuenta y un días al año, para tener derecho a volver a los grandes bosques a cazar los catorce días restantes; y que los catorce días que el viejo ciervo corría ante los perros no eran sólo algo que hacía para llenar el tiempo hasta los trescientos cincuenta y uno siguientes en que no tendría que hacerlo, sino que el correr y arriesgarse ante escopetas y perros era algo que debía hacer durante catorce días para tener derecho luego a no ser importunado por espacio de los trescientos cincuenta y uno restantes. Y así, la caza y la labranza no eran en absoluto dos cosas diferentes: una era el reverso de la otra.

-Sí -dije-. Lo único que tenemos que hacer ahora es sembrar para el año que viene. Y noviembre no tardará en llegar.

-Tú no vas a sembrar la cosecha del año que viene -dijo el señor Ernest-. Tú vas a ir a la escuela.

Al principio no creí siquiera que le hubiera oído bien.

-¿Qué? -dije-. ¿Yo? ¿Ir a la escuela?

-Sí -dijo el señor Ernest-. Tienes que ser algo en la vida.

-Ya lo hago -dije-. Lo estoy haciendo ya. Voy a llegar a ser un cazador y un granjero, como usted.

-No -dijo el señor Ernest-. Eso ya no es suficiente. Hubo un tiempo en que lo único que tenía que hacer un hombre era trabajar la tierra once meses y medio, y cazar el otro medio.

Pero ahora no es así. Ahora dedicarse al oficio de la labranza y al oficio de la caza no es suficiente. Uno debe dedicarse al oficio de la humanidad.

-¿La humanidad? -dije yo.

-Sí -dijo el señor Ernest-. Así que vas a ir a la escuela. Porque debes saber por qué. Uno puede dedicarse al oficio del campo y de la caza y puede aprender cuál es la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, y obrar bien. Y eso, en un tiempo, bastaba: obrar bien. Pero ahora ya no basta. Uno debe saber por qué está bien y por qué está mal, y ser capaz de decírselo a la gente que nunca tuvo oportunidad de aprenderlo; enseñar a la gente a obrar bien, y no sólo porque sepan lo que está bien, sino porque hayan aprendido ya por qué está bien, porque alguien les ha mostrado, les ha dicho, les ha enseñado el porqué. Así que vas a ir a la escuela.

-¡Lo que pasa es que ha estado usted escuchando a esos condenados de Will Legate y de Walter Ewell!

-dije yo.

-No -dijo el señor Ernest.

-¡Sí! -dije yo-. No es extraño que no lograra cazar a ese ciervo ayer, con todas esas ideas de los mismos tipos que lo dejaron escapar, ¡después de que usted y yo hiciéramos correr a Dan y a los perros casi hasta reventar! ¡Porque usted ni siquiera llegó a fallar! ¡Usted nunca se olvidó de cargar la escopeta! ¡Usted la descargó a propósito! ¡Yo le oí hacerlo!

-Está bien, está bien -dijo el señor Ernest-. ¿Qué es lo que preferirías tener? ¿Su cabeza y su piel ensangrentada ahí sobre el suelo de la cocina, y la mitad de su carne en la camioneta camino del condado de Yoknapatawpha, o tenerlo a él entero, con cabeza y piel y carne, allá en el cañaveral, esperando a que el noviembre que viene volvamos a perseguirlo?

-Y a cazarlo -dije-. La próxima vez no vamos a andar perdiendo el tiempo con ningún Willy Legate ni Walter Ewell.

-Quizá -dijo el señor Ernest.

-Sí -dije yo.

-Quizá -dijo el señor Ernest-.

Es la mejor palabra que hay en nuestra lengua, la mejor de todas. Es lo que mantiene el progreso del hombre: el “quizá”. Los mejores días de su historia no fueron aquellos en los que decía sí de antemano; fueron aquellos en los que lo único que sabía decir era “quizá”. No puede decir “sí” hasta después, pues no sólo no lo sabe hasta entonces, sino que no quiere saberlo hasta entonces... Vete a la cocina y prepárame un ponche. Luego nos ocuparemos de la cena.

-De acuerdo -dije, y me levanté-.

¿Quiere del maíz de tío Ike o de ese whisky de ciudad de Roth Edmonds?

-¿Es que no puedes decir “señor” Roth o “señor” Edmonds? -dijo el señor Ernest.

-Sí, señor -dije yo-. Bien, ¿cuál de ellos quiere? ¿El de maíz de tío Ike o ese mejunje de Roth Edmonds?

La mansión

Peón porcino

El viejo Otis Meadowfill era tan mezquino que hasta lograba ser solvente pese a lo exiguo de sus ingresos.

Tenía, sin necesidad de trabajar, la renta justa para mantenerse a sí mismo y a la esclava gris de su mujer y a su hija única, y ni un solo dólar más que alguien pudiera pedirle prestado u obtener de él como contrapartida de una venta. En consecuencia, podía dedicarse plenamente a la tarea de alcanzar y mantener en nuestra ciudad la más alta e indiscutida reputación de antipatía.

La hija era una chica tranquila y recatada a quien, incluso después de mirar dos veces, seguíamos considerando simple y tímida, por la sencilla razón de que así debería de haber sido la hija de tal familia. Y fue entonces cuando supimos que al finalizar los estudios secundarios había sido ella quien dijo el discurso de fin de curso de su clase, y que había obtenido las notas más altas -amén de una beca de quinientos dólares- jamás alcanzadas en la escuela.

Sólo que ella no aceptó la beca.

Se trataba de la donación anual de uno de nuestros banqueros en memoria de su único hijo, piloto del ejército, muerto en una de las primeras batallas del Pacífico. Cuando Essie Meadwfill ganó tal beca, fue a ver personalmente al banquero benefactor (era aquel mismo ratón tímido, con aspecto apenas capaz de mirarnos a la cara para darnos los buenos días en la calle) y le dijo que no necesitaba la beca, ya que había conseguido un empleo en la compañía telefónica, pero que quería tomar prestados los quinientos dólares, o sólo parte de ellos, y que los pagaría poco a poco de su sueldo en cuanto comenzara a trabajar. Y explicó por qué. Nosotros (al fin y al cabo sus vecinos) sabíamos que en su pequeña casa de madera de la linde de la ciudad no tenían cuarto de baño.

Pero fue entonces cuando supimos que en ella se bañaban sólo en el sentido más rudimentario del término: que una vez a la semana, el sábado por la noche, en invierno o en verano, la madre calentaba agua en el hornillo y llenaba una tina de cinc puesta en el suelo y colocada en el centro de la habitación, y allí, en la misma agua, se bañaban los tres uno tras otro: primero el padre, luego la hija y por último la madre.

La primera reacción del banquero fue no sólo de escándalo, sino también de ira. Iría él mismo a ver al viejo Meadowfill. No, aún mejor: mandaría a la policía, a una especie de delegación pública que pregonase la falta elemental de decencia del viejo cascarrabias. Para no hablar de vergüenza. Pero América -y Mississippi y Jefferson- era un país libre; un padre tenía derecho a agraviar a las mujeres de su familia siempre que lo hiciera en privado y no alzara la mano física contra ellas. No había ni que mencionar la intimidad de la chica (según contó el banquero, Essie se puso a llorar cuando llegó a aquel punto; probablemente las primeras lágrimas que había derramado desde la niñez) debía de tener. Entonces el banquero trató de que aceptase tanto la beca como el préstamo. Pero ella se negó; existía en ella al menos la propia estima de solvencia que el viejo réprobo le había transmitido.

Aceptó sólo el préstamo, y obtuvo asimismo la promesa de discreción del banquero. Y no es que él contara nunca lo de la tina de agua de tercera mano; fue como si la simple instalación del baño con sus cañerías hubiera absuelto del deber de mantener quieta la lengua a los vecinos de una ciudad tan pequeña como Jefferson, donde ni los hábitos de baño podían permanecer en secreto indefinidamente.

Así que la chica obtuvo su baño y su empleo. Un buen empleo; podía ya en verdad llevar bien alta la cabeza cada mañana -la chica tranquila a quien seguimos considerando pusilánime y tímida hasta aquel día del año pasado en que el recién licenciado sargento de marina de Corea iba a mostrarnos de pronto cuán equivocados estábamos-, al caminar por la calle en dirección a la plaza y la central telefónica, y cada tarde, al volver por la misma calle cargada de las compras en almacenes y tiendas de alimentación.

Atrás quedaba el tiempo en que el viejo Meadowfill hacía él mismo todas las compras, regateando el precio de alimentos de desecho en sórdidas tienduchas de calles secundarias que proveían sobre todo a negros. Ahora era ella quien las hacía, no porque estuviera ganando dinero sino porque, dado que trabajaba y que sin duda iba a conservar su empleo el tiempo que deseara, el viejo Meadowfill se retiró y se hundió en una silla de ruedas (de segunda mano, naturalmente). No es que tuviera dolencia alguna; como se decía en la ciudad, era demasiado tacaño para que los gérmenes lo habitaran y pudieran vivir, para no hablar de multiplicarse. No consultó a médico alguno: simplemente esperó hasta la mañana siguiente que siguió al óbito, y fue y compró la silla a la familia de la vieja señora paralítica que la había ocupado durante años, y lo hizo antes incluso de que el entierro hubiera partido de la casa, y empujó la silla calle abajo hasta su hogar, y, después de acomodarse en ella, se retiró. Al principio no absolutamente; podíamos aún verle en su patio, gruñendo y maldiciendo a los chiquillos que solían jugar haciendo incursiones en los tristes y desatendidos árboles frutales que bordeaban su huerto, o arrojando piedras (tenía un montón de ellas en las manos) a todo perro perdido

que atravesara su tierra. Pero no volvió a salir ya nunca de su finca; y al poco pareció retirarse permanentemente a la silla de ruedas, y se sentaba en ella, como si fuera una mecedora frente a la ventana, y miraba el huerto que no trabajaba ya, y los escuálidos frutales que, por tacañería o tal vez por simple obstinación, no había cuidado ni fumigado jamás lo suficiente como para poder recoger unos frutos dignos de venderse.

El trabajo de Essie no era sólo un buen trabajo: cada día era mejor. Empezamos a preguntarnos por qué la chica no dejaba aquella casa, llevándose incluso a su madre consigo y liberándose ambas de aquel viejo infamante, hasta que caímos en la cuenta de que era la madre la que no quería irse.

Ante ello, tuvimos que admitir que, moralmente, la actitud de la madre era correcta; a causa de la silla de ruedas, no le quedaba otra alternativa.

Sin embargo, tío Gavin decía que se trataba de algo más. No es que su esposa lo amara todavía; era imposible que así fuera. Era simple fidelidad, virtud que con el mero hábito se había transformado en vicio, pues según el tío Gavin, todas las virtudes humanas se convierten en vicios con el hábito -no sólo las virtudes de la lealtad y el honor y la devoción y la continencia-, sino también los placeres otorgados por Dios del vino y la comida y el sexo y la excitación adrenalínica del riesgo, en que se convierte el juego por dinero.

-Además -decía-, es mucho más sencillo que eso. No tienen necesidad alguna de mudarse. Todo lo que tienen que hacer es contratarle un seguro de vida y envenenarle. A nadie le importaría; ni siquiera a la compañía de seguros, una vez que el inspector viniera y se enterara de las circunstancias.

En definitiva, no hicieron ninguna de ambas cosas: ni envenenarle ni mudarse. El viejo continuaba sus inútiles e infamantes días en la silla de ruedas, frente a la ventana, mientras la gris y vencida esposa le servía y era verbalmente hostigada y zaherida cuando el viejo se aburría de la vista, y la hija no sólo ganaba el dinero que lo mantenía sino que cargaba hasta casa con la bolsa de la compra. Y para qué hablar del cuarto de baño. El viejo empezó a usarlo inmediatamente, en cuanto fue instalado, y a veces tomaba dos y tres baños al día. Tras retirarse a la silla de ruedas, empero, volvió a la vieja costumbre de un baño por la semana, y los días restantes se limitaba a impulsarse y rodar hasta el interior del cuarto de baño, y allí, completamente vestido y sentado en su silla, contemplaba cómo el agua entraba en la bañera y salía por el desagüe.

Entonces, aproximadamente hace un año, cualquiera que fueran los mezquinos dioses que preservaban y alimentaban tal existencia, el viejo llegó a recibir de ellos hasta un estímulo para seguir viviendo. Al finalizar la guerra, el progreso llegó también a Jefferson. El camino suburbial y apenas transitado que lindaba con la tierra de Meadowfill se convirtió en punto de confluencia de una carretera nacional, es decir, se convertiría propiamente en tal en cuanto la compañía petrolífera consiguiera persuadir al viejo Meadowfill de que vendiera el huerto, el cual, unido a una franja de la finca contigua, daría lugar al emplazamiento de la proyectada estación de servicio. El viejo se negó a vender, no por simple obstinación esta vez, sino porque legalmente no podía hacerlo. Durante los primeros días del segundo Roosevelt, Meadowfill, como es natural, se había contado entre los primeros en solicitar ayuda benéfica y había comprobado con asombro ultrajado e incrédulo que un gobierno federal burocrático y melindroso se negaba absolutamente a permitirle ser pobre y propietario al mismo tiempo. Así que fue a ver a tío Gavin, y eligió a tío Gavin entre todos los abogados de Jefferson por la sencilla razón de que él, Meadowfill, sabía que en cuestión de cinco minutos tendría a tío Gavin tan furioso que, muy probablemente, iba a negarse a cobrarle minuta alguna por redactar una escritura según la cual el viejo transfería todas sus propiedades a la niña (entonces menor legalmente).

Meadowfill se equivocó únicamente en la estimación del tiempo, pues tío Gavin tardó tan sólo dos minutos en alcanzar tal grado de encendida furia que en un abrir y cerrar de ojos se encontró en el sótano de los archivos públicos, donde, al copiar la escritura original de Meadowfill para redactar la

nueva, descubrió la cláusula condicional, según la cual, y en relación con la franja extrema del huerto del viejo Meadowfill, se transmitió a éste tan sólo tanta legitimidad del derecho sobre la misma cuanta acreditara el vendedor que le vendía el huerto. Así que, por espacio de un instante, tío Gavin pensó que el verdadero motivo de Meadowfill fuera quizá la idea ilusoria de que la ley pudiera hacer bueno para una menor aquel derecho que el propio Meadowfill jamás había podido demostrar.

Pero al pensar en ello de nuevo cayó en la cuenta de que, para Meadowfill, bien podría bastar como motivo uno o dos sacos de harina gratis y una tajada de carne de la beneficencia federal. Así que al menos tío Gavin no recibió la mayor sorpresa (ahora caía en la cuenta) que la del propio viejo Meadowfill cuando apareció la otra persona que reclamaba la franja sin acreditación de propiedad.

Su nombre era Snopes, si bien, en cierto modo, era otro Meadowfill, con la sola diferencia de que de hecho era soltero. Es decir, venía solo cuando llegó del campo a la ciudad, donde compró un trozo de lo que en tiempos, antes de la guerra, había sido la hacienda de una de nuestras bellas casas coloniales, una pequeña y apartada parcela, anexa a la franja en litigio de Meadowfill y que contenía por tanto la franja adicional que la compañía petrolífera quería comprar, en la cual se asentaba lo que había sido la cochera de la hacienda, que Snopes convirtió en una casita de campo acabada y con cocina. También él solía comprar en las mismas tiendas apartadas y sórdidas que Meadowfill había frecuentado, y se hacía sus propias comidas; pronto empezó a comprar y vender ganado y cerdos y mulas para arar de casta ínfima; pronto dio en prestar pequeñas sumas, garantizadas por usuarios pagarés, a negros y granjeros humildes; pronto empezó a comprar y vender pequeñas parcelas de terreno, solares de la ciudad y granjas. Podía vérsele casi a todas horas estudiando detenidamente escrituras inmobiliarias en el Palacio de Justicia. De modo que cuando la guerra y el resurgir económico y la prosperidad y más tarde la compañía petrolífera llegaron a Jefferson, nadie se sorprendió realmente (y menos aún Meadowfill, según tío Gavin) al enterarse de que la escritura de Snopes amparaba también aquella franja dudosa del huerto del viejo Meadowfill.

La compañía petrolífera se negaba a comprar una sin la otra, y naturalmente exigían un solo título incontestable sobre la franja en disputa, lo que equivalía a una cesión por parte de Snopes. (Naturalmente, la compañía había acudido a Essie Meadowfill en primer lugar, pues era ella la titular del derecho sobre el terreno de Meadowfill, pero, como preveíamos, la chica había respondido: “Tendrán que hablar con papá”). Lo cual hubiera sido una mera formalidad, ya que la compañía ofrecía al viejo Meadowfill el dinero suficiente como para disputar la propiedad de la franja con Snopes y, con toda probabilidad, salir airoso; para no mencionar el hecho de que Snopes, que habría obtenido un buen beneficio de la venta de su franja, había vivido en la misma ciudad del viejo Meadowfill el tiempo suficiente como para esperar un poco más de un mísero diez por ciento, amén de que las luces financieras de Snopes no se hubieran visto ofuscadas a la vista de un porcentaje incluso más modesto; él, que el año pasado, en una subasta, había comprado una mula reventada por dos dólares y vendido treinta minutos después por dos dólares y diez centavos.

Sólo el viejo Meadowfill no estaba dispuesto a pagar un diez por ciento de tal cesión. Snopes era un hombre bastante alto, bastante delgado como resultado de haber dado en comprar restos de alimentos y de cocinárselos él mismo, con una cara y unos modales blandos y contumaces y unos ojos absolutamente inescrutables, que decía (al agente comprador de la compañía petrolífera): -De acuerdo. Cinco por ciento entonces.

Y luego: -De acuerdo. ¿Y qué es lo que él ofrece entonces?

Y el calificarla de blanda y afable y acomodaticia no describiría bien su voz cuando, a continuación, dijo: -Bien, un buen ciudadano no puede interferir el camino del progreso, aunque le cueste dinero. Dígale al señor Meadowfill que tiene mi cesión gratis.

Esta vez el viejo Meadowfill ni siquiera se molestó en decir que no.

Se limitó a quedarse allí sentado en su silla de ruedas, riéndose. Creíamos saber por qué: ya no iba a vender el terreno en modo alguno, por la sencilla razón de que una compañía de la competencia acababa de comprar la esquina opuesta; y, como en el léxico de los negocios la respuesta inmediata a un negocio iniciado con éxito es abrir otro exactamente igual lo más cerca posible y lo más pronto posible, tarde o temprano la compañía primera tendría que pagar por el terreno de Meadowfill lo que él pidiera. Pero pasó un año, y la estación de servicio rival estaba no sólo terminada sino en funcionamiento. Y entonces comprendimos lo que debíamos (incluso Snopes) haber sabido siempre: que el viejo Meadowfill no vendería jamás aquel terreno, por la sencilla razón de que alguien, cualquiera que fuera, saldría también beneficiado con la venta. Así que entonces, en cierto modo, hasta sentimos simpatía por Snopes cuando le llegó el turno de actuar, lo cual tuvo lugar poco antes de que a Essie Meadowfill le sucediera lo que habría de demostrarnos que podía ser cualquier cosa menos tímida, y que, aunque "recatada" podía seguir siendo tal vez el adjetivo que la definía, el otro no era "tranquila" sino "resuelta".

Una mañana, el viejo Meadowfill, después de hacer rodar su silla de ruedas hasta la ventana para pasar una larga y apacible mañana de contemplación placentera, no del terreno que no quería vender sino del contiguo, que Snopes no podía vender por culpa suya, vio un gran cerdo extraviado hozando entre los ruines melocotones esparcidos por el suelo, bajo sus ruines y abandonados árboles; y aún no había dejado de llamar a voz en grito a su mujer cuando el propio Snopes, después de adentrarse en su huerto, se las arregló para deslizar el lazo de una cuerda alrededor de una de las patas del cerdo, y medio conduciéndolo, medio a empellones logró hacerlo volver a su terreno, mientras el viejo Meadowfill, apoyado sobre la ventana abierta y sin llegar a levantarse del todo de la silla, bramaba maldiciones contra ellos hasta que ambos desaparecieron de su vista.

Y a la mañana siguiente, se encontraba ya sentado a la ventana cuando vio con sus propios ojos cómo el cerdo, desde el patio de Snopes, se acercaba a trote regular y resuelto por el camino y se internaba en su huerto; aún seguía el viejo apoyado contra la ventana abierta, bramando y maldiciendo, cuando la esposa gris salió de la casa, ciñéndose un chal sobre la cabeza, y se apresuró camino abajo hacia la casa de Snopes, donde durante un buen rato estuvo golpeando la puerta principal, hasta que los bramidos del viejo Meadowfill, que no habían cesado ni un momento, la obligaron a volver a casa. Para entonces la mayor parte del vecindario se había congregado en el lugar, y presenciaron el desarrollo ulterior de los hechos: el viejo seguía rugiendo indiscriminadas maldiciones e instrucciones desde la ventana, mientras su esposa, sin ayuda alguna, trataba de alejar al cerdo de los melocotones caídos y de sacarlo del terreno sin cercado, y era casi mediodía cuando, inocente y asombrado y compungido, apareció el propio Snopes (saliendo de donde la vecindad sospechaba que había estado escondido) con su cuerda de lazo, y cogió al cerdo y se lo llevó a su huerto.

Y a la mañana siguiente el viejo Meadowfill tenía el rifle -uno viejo y destartalado, de un solo tiro y del calibre 22-. Digamos que parecía de segunda mano sencillamente porque se hallaba en manos de Meadowfill, aunque esta vez nadie podía imaginar cuándo podía el viejo haber abandonado la silla de ruedas y la ventana (sin mencionar el cerdo de Snopes) el tiempo suficiente para localizar al chiquillo propietario del rifle y, tras regateos e intimidaciones, quitárselo de las manos. Porque (decía tío Gavin) uno no podía concebir que el viejo hubiera sido alguna vez un muchacho apasionado y orgulloso de poseer tal símbolo de nuestra valerosa y audaz tradición y herencia pionera, y que hubiera conservado el arma durante todos estos largos y secretos años, en memoria (y asimismo reproche) de aquel tiempo puro e inocente. Pero lo tenía, y también los cartuchos, no sólidas balas, sino cargados con minúsculos perdigones incapaces por completo de matar al cerdo, o de herirlo siquiera a tal distancia, y mucho menos de alejarlo de los melocotones. De donde deducimos que no quería ahuyentar al cerdo; que lo que sucedía era que en él también había prendido fatalmente ese virulento germen de contienda con uno mismo que en otra gente de su edad se manifiesta en el golf o en el croquet o en las loterías o en los anagramas.

Solía precipitarse sobre su silla de ruedas hacia la ventana en cuanto terminaba el desayuno, y allí se apostaba, inmóvil, como quien tiende una emboscada, hasta que aparecía el cerdo. Entonces (tenía que ponerse en pie para hacerlo) alzaba lenta y silenciosamente la ventana, cuyas guías laterales había engrasado para que no hicieran ruido, y apuntaba y disparaba; el cerdo daba un respingo y un salto convulsivos, pero luego se olvidaba y se calmaba, para recibir acto seguido un nuevo tiro, y al final hasta sus obtusos procesos mentales relacionaban la punzada con el estampido y, tras el siguiente disparo, se volvía a casa, y no regresaba hasta la mañana siguiente; y al final hasta a los propios melocotones los relacionaba con la noción de hostilidad. El cerdo no volvió en una semana, y empezó a correr entre el vecindario la hablilla de que el viejo Meadowfill había contratado al chico que repartía los periódicos de Memphis y Jackson (el viejo Meadowfill no compraba ni un periódico, pues no estaba interesado en noticias que costaran un dólar al mes) para que hurgara en los cubos de basura y pusiera cebos en su (de Meadowfill) huerto por la noche.

Nuestra expectación rebasaba ahora el mero preguntarnos lo que Snopes podría estar maquinando, pues lo lógico que se hubiera esperado de él, después del primer disparo de Meadowfill, era que atase al cerdo.

O incluso que vendiera al animal, pues aún estaba a tiempo: o atarlo o venderlo, aunque probablemente ningún comprador le daría el precio de mercado al ciento por ciento por un cerdo que durante meses había estado sometido a diario bombardeo. Pero al fin creímos haber dado con el propósito de Snopes: su esperanza de que algún día, bien por error o equivocación o acaso simplemente llevado, arrastrado por su vicio, como el borracho o el jugador lo es por el suyo, más allá de todo freno moral o miedo a las consecuencias, él (Meadowfill) pusiera una pesada bala en aquel rifle. Tras lo cual Snopes no sólo lo demandaría por matar al cerdo; invocaría asimismo una antigua ordenanza municipal que prohibía disparar con armas de fuego dentro de los límites de la ciudad, y, merced a aquella doble amenaza, obligaría a Meadowfill a vender su huerto a la compañía petrolífera, y consiguientemente permitiría que la suya (la de Snopes) pudiera venderse también. Y entonces algo le sucedió a Essie Meadowfill.

El sargento de la marina. Nunca supimos dónde o cómo o cuándo se las arregló Essie para conocerle. Essie jamás había viajado a ninguna parte, salvo ocasionalmente a Memphis, pues todo el mundo en Jefferson, tarde o temprano, pasaba una tarde en Memphis una vez al mes. Jamás había faltado un solo día a su trabajo desde que entró en la compañía, salvo durante las vacaciones anuales, que por lo que sabíamos las había pasado en casa soportando parte de la carga de la silla de ruedas. Sin embargo, lo conoció.

Con los paquetes de la compra diaria, esperó en la estación hasta que el autobús de Memphis llegó y él descendió de él, y nadie en la ciudad lo había visto antes, y él llevaba los paquetes cuando caminaron por la calle, ella aquel día con una hora de retraso, pues la regularidad de su paso diario por la calle hubiera servido para poner en hora los relojes. Fue entonces cuando caímos en la cuenta de que a través de los años “tímida” no había sido la palabra, porque se veía a simple vista que ninguna chica podía haber florecido tanto, haberse convertido en tan turgente y tierna y femenina en tan corto período de tiempo, desde la llegada de aquel autobús de Memphis. Y nos alegramos de que “tranquila” tampoco fuera la palabra que se ajustaba a ella. Porque iba a necesitar decisión, lo supiera o no su sargento de marina: ambos entrando en la casa y yendo hasta la silla de ruedas, a un palmo de aquella furia, comparada con la cual el maldecir a chiquillos y arrojar piedras a los perros e incluso disparar cartuchos cargados contra el cerdo de Snopes no eran sino meros reflejos histéricos del momento, ya que aquel intruso amenazaba el sistema mismo de esclavitud a costa del cual vivía, y diciendo: -Papá, éste es McKinley Smith.

Vamos a casarnos.

Tal vez la tenía: salió a la calle con él cinco minutos después, y allí, a la vista de quien quisiera mirar, lo besó, quizá no era la primera vez que lo besaba, pero probablemente era la primera vez que besaba a alguien sin preocuparle (más aún, sin importarle) si era pecado o no. Tal vez la tenía él también: hijo de un colono de Arkansas, que probablemente apenas había oído hablar de Mississippi hasta que encontró a Essie Meadowfill un día, dondequiera que fuese, que, una vez que cayó en la cuenta de que, por culpa de la silla de ruedas y de la madre, ella no iba a cortar con su familia y casarse con él a pesar de todo, debería haber renunciado y vuelto a su Arkansas.

O mejor, ambos la tenían, por la sencilla razón de que tenían en común todo lo demás. Estaban en verdad predestinados fatalmente, fueran o no también malhadados; no sólo creían y deseaban las mismas cosas, sino que actuaban incluso del mismo modo. Era evidente que él había decidido quedarse en Jefferson; y nosotros lo habíamos aceptado. Y como desde hacía años nuestra región se había visto inundada por ex soldados que seguían estudios aunque no estuvieran capacitados para ello o incluso aunque no lo desearan realmente, era lógico que él utilizara sus privilegios de ex soldado en nuestro instituto local, en donde a costa del gobierno podría ver a Essie todos los días, a la espera de que una postrera mezquindad matara al viejo Meadowfill. Pero él no sólo no abandonó la educación tan inmediata y definitivamente como lo había hecho Essie, sino que pretendía sustituirla por lo mismo que Essie. Nos lo explicó: “He sido soldado durante dos años.

Lo único que aprendí fue lo siguiente: el único lugar del mundo en donde uno puede estar a salvo es un agujero privado, y preferiblemente con una tapa de hierro que pueda colocarse sobre la cabeza. Así que quiero poseer mi propio agujero. Pero ya no soy un soldado, luego puedo elegir dónde lo quiero, y hasta hacer que sea confortable. Me voy a construir una casa”.

Y así lo hizo. Compró una pequeña parcela. Ella la eligió; no estaba lejos de donde había vivido toda su vida. De hecho, en cuanto la casa empezó a ascender, el viejo Meadowfill podía incluso (no le quedaba otro remedio, a menos que se volviera a la cama) mirar su progreso día a día desde la ventana. Pero para entonces ya sabíamos que ella no tenía intención de huir de él ni de abandonar a su madre. Así que dimos a su actitud la significación correcta: una constante advertencia y recordatorio al viejo: no debía atreverse a cometer la equivocación de morirse. Acaso por la emoción que le procuraba su “vendetta” con el cerdo de Snopes -podíamos haber añadido-, sólo que aquella contienda había dejado de existir; no es que -comprendimos al fin- el viejo la hubiera abandonado al encontrar una víctima más tierna y vulnerable con la que ensañarse, sino que (y esto es lo que comprendimos al fin) era el propio cerdo quien se había rendido. O sea, Snopes. El cerdo había realizado su última incursión en uno de aquellos días en que Essie Meadowfill nos estaba sorprendiendo con el hecho de que al fin había encontrado un novio, y desde entonces no había vuelto a aparecer por el huerto del viejo. Snopes seguía siendo su dueño. Es decir, el vecindario sabía (probablemente por el olor cuando había buen viento) que el animal seguía en su patio trasero; parecía claro que Snopes se había dado al fin por vencido y había reparado la valla, o (según creíamos) había desistido de dejar la puerta entreabierta en los días que consideraba estratégicos. Aunque en realidad habíamos olvidado a Snopes y su cerdo, pues estábamos ocupados en la contemplación de la nueva contienda: una batalla de desgaste.

Él -McKinley- se estaba construyendo la casa él mismo; realizaba todo el trabajo duro y pesado, con la ayuda de un carpintero profesional que le marcaba los tablones que había de serrar. Nosotros observábamos: el furioso e impotente viejo, al acecho tras la ventana en su silla de ruedas, ya sin el cerdo siquiera contra el que desahogar su ira, mientras la casa ascendía día a día. Especulábamos acerca de si conservaría o no a mano y cargado el rifle del 22, acerca de cuánto tardaría -cuánto tiempo sería capaz de aguantar- en perder los estribos y disparar uno de aquellos cartuchos de perdigones contra cualquiera de ellos, McKinley, o incluso el carpintero. Pronto la víctima sería el carpintero a menos que el viejo Meadowfill empezara a utilizar la luz de un proyector. Porque un día (era ya primavera) supimos que McKinley tenía también una mula y que había arrendado una pequeña parcela de terreno, aproximadamente a una milla de la ciudad, donde cultivaba algodón.

La casa estaba casi terminada; faltaba tan sólo el trabajo de taller -puertas y marcos y ventanas- que únicamente un carpintero profesional podía realizar. Así que McKinley partía en su mula cada mañana al amanecer, y no volvía hasta el anochecer.

Y ahora comprendíamos cuánto debió de haberse enfurecido el viejo Meadowfill: existía la posibilidad de que McKinley se hubiera descorazonado y rendido y hasta de que hubiera vendido la casa inacabada, sacando de la venta al menos el modesto beneficio derivado de la tasación de su propio trabajo, y hubiera abandonado Jefferson. Pero no era posible que hubiera vendido el algodón no recolectado, de modo que McKinley se quedaría siempre en Jefferson para mofarse y reírse de él, a quien sólo le quedaba su vida o la muerte de su rival como salida ante el desastre.

Entonces volvió el cerdo. Reapareció, simplemente; probablemente una mañana, después de hacer rodar la silla de ruedas desde la mesa del desayuno a la ventana, el viejo Meadowfill, que no pensaba encarar nada salvo un interminable día más de iracunda e impotente recepción de agravios, vio allí al cerdo de nuevo, hozando en busca de los espectros de los melocotones del pasado otoño como si nunca se hubiera ausentado: no había mediado tiempo ni frustración ni angustia. Nosotros -yo, porque es aquí donde entro en escena- queríamos pensar que era eso lo que había sentido el viejo Meadowfill: el cerdo nunca había estado fuera, y consiguientemente todo lo que desde entonces había acontecido para ultrajarle había sido sólo un sueño; e incluso el disparo que había a continuación iba a ser parte del sueño; como ejecutado por un trueno. Y lo hizo inmediatamente; al parecer estábamos en lo cierto y había tenido siempre a mano el rifle cargado; algunos de los vecinos aseguraban haber oído su maligno escupir cuando aún estaban en la cama.

Y (la noticia del disparo) llegó también al resto de la ciudad cuando algunos de nosotros estábamos aún desayunando. Sin embargo, como decía tío Gavin, él fue uno de los pocos que sintió realmente sus repercusiones. Era casi mediodía; se disponía a cerrar la oficina y a irse a casa a almorzar cuando oyó unos pasos que subían por la escalinata de afuera. Entonces entró Snopes, con el dinero en la mano, y fue hasta el escritorio y dejó sobre él el billete de cinco dólares, y dijo: -Buenos días, abogado. No lo entretendré. Sólo quiero un poco de consejo... por valor de unos cinco dólares.

Y luego habló. Tío Gavin no había llegado a tocar siquiera el billete; se limitó a mirar el dinero y luego a Snopes, a quien en todo el tiempo que había vivido entre nosotros no se le conocía pago alguno de cinco dólares sin saber de antemano que podía vender el objeto adquirido en un plazo de veinticuatro horas y con un beneficio mínimo de veinticinco centavos.

-Se trata de ese cerdo mío al que el viejo caballero, el viejo señor Meadowfill, se complace en disparar con esos pequeños perdigones.

-He oído hablar de ello -dijo tío Gavin-. De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere a cambio de sus cinco dólares?

-Y se lo dijo: Snopes estaba allí de pie, al otro lado del escritorio, ni reservado ni servil, sino blando, deferente, inescrutable-. ¿Por decirle lo que usted ya sabe? ¿Que, en cuanto lo demande por herir a su cerdo, invocará en contra de usted la ley que prohíbe que el ganado ande suelto dentro de los límites de la ciudad? Y eso contando con que pueda usted probar que han existido tales heridas. Y contando con que pueda justificar ante el juez de paz por qué tardó tanto en damandarlo. ¿Quiere que le diga lo que usted ya sabe desde el verano pasado, cuando el viejo disparó al cerdo el primer tiro? O arregla la valla o se deshace del cerdo.

-Cuesta bastante dinero alimentar a un cerdo -dijo Snopes.

-Entonces cómaselo -dijo tío Gavin.

-¿Un cerdo entero para una sola persona? -dijo Snopes.

-Entonces véndalo -dijo tío Gavin.

-Ese viejo caballero ha disparado tanto contra él que dudo que haya nadie que quiera comprarlo -dijo Snopes.

-Entonces regálelo -dijo tío Gavin. Y en cuanto lo dijo se calló, porque ya era demasiado tarde.

Snopes, sin inflexión alguna, dijo: -Un momento, espere.

Y Snopes, aun entonces, se detuvo tan sólo el tiempo suficiente para volverse y mirar el billete que tío Gavin empujaba hacia él sobre el escritorio.

-Vengo en busca de asesoramiento legal -dijo-, y debo pagar por él una minuta legal.

Y se fue. Y tío Gavin pensó entonces de prisa: no "¿Por qué me habrá elegido a mí?", porque era obvio: en razón de su mediación en la escritura de Essie, tío Gavin era la única persona en Jefferson ajena a su familia con la que el viejo Meadowfill hubiera tenido algo semejante a contacto humano en casi veinte años; ni "¿Por qué tenía necesidad de notificar a un extraño, abogado o no, que planeaba regalar el cerdo?"; ni siquiera: "¿Por qué me llevó a decir yo primero las palabras en cuestión, confiriéndoles así el carácter de consejo legal por el que se ha pagado?", sino, "¿Cómo, regalando el cerdo, va a obligar al viejo Meadowfill a vender su terreno?" Tío Gavin siempre decía que no estaba realmente interesado en la verdad, ni tan siquiera en la justicia; que lo único que quería saber, averiguar, si la respuesta le concernía o no de algún modo; y que todos los medios encaminados a tal fin eran válidos, siempre que no se dejaran testigos hostiles ni pruebas incriminatorias. Pero yo no le creía; algunos de sus métodos eran no sólo demasiado duros, sino que llevaban demasiado tiempo; y existen cosas que uno no haría ni siquiera para averiguar algo. Pero él decía que estaba equivocado, que la curiosidad es una de esas amantes cuyos esclavos no declinan sacrificio alguno. Acaso "ésta" había de probar que ambos teníamos razón.

El problema estribaba, decía, en que no sabía lo que buscaba; disponía de dos métodos para tres frentes, y para descubrir algo que bien pudiera no reconocer a tiempo cuando diera con ello. No podía utilizar las pesquisas verbales, pues la única persona que sabía la respuesta ya le había dicho todo lo que quería que supiese. Y no podía optar tampoco por la observación del segundo frente, pues el cerdo, al igual que Snopes, podía moverse. Con lo que quedaba tan sólo el inmóvil, la cantidad fija: el viejo Meadowfill.

De modo que a la mañana siguiente, al despuntar el día, se apostó él también al acecho dentro del coche aparcado, en un punto desde el que podía ver la casa y el huerto del viejo Meadowfill, y más allá la entrada principal de la casa de Snopes, y más allá la pequeña casa nueva que McKinley Smith casi había terminado. Durante las dos horas siguientes vio a McKinley partir sobre su mula en dirección a su pequeño algodonal, y más tarde el propio Snopes, que salía de casa y se alejaba hacia la plaza, a cumplir con su rutina de oportunismo usurario; pronto sería hora de que Essie Meadowfill saliera para el trabajo. En cuanto lo hizo, quedaron tan sólo él en su coche y Meadowfill en su ventana, ambos (confiaba) invisibles el uno para el otro. Así que, de todos los elementos, sólo el cerdo faltaba; suponiendo que fuera el cerdo lo que él estaba esperando, lo cual ni siquiera sabía todavía, y menos aún lo que haría en caso de que -o cuandoapareciera. De forma que pensó que quizás Snopes había reconocido realmente haber llegado a un callejón sin salida, y había renunciado y regalado el cerdo; y él, tío Gavin, no había hecho sino un descubrimiento ilusorio.

Y a la mañana siguiente sucedió lo mismo. Fue entonces cuando debería haber desistido. Salvo que debería haber desistido hacía dos días. Porque ya era demasiado tarde, y no es que él tuviera

mucho en juego, pues ignoraba aún lo que estaba en juego, pero había invertido demasiado, aunque no fuera más que los dos días levantarse antes del alba, de permanecer sentado en un coche aparcado por espacio de dos horas sin una taza de café.

Y entonces, a la tercera mañana, vio al cerdo. McKinley y su mula habían partido a la hora acostumbrada; todo tan regular y como de costumbre que él no cayó en la cuenta de que no había visto a Snopes hasta que vio salir a Essie Meadowfill camino del trabajo; fue, explicó, una sacudida, un sobresalto, como cuando uno se sorprende despertándose sin saber siquiera que estaba dormido, y se bajaba ya del coche cuando vio al cerdo. Es decir, era el cerdo y estaba haciendo exactamente lo que él esperaba que hiciera: avanzar a aquel trote rápido y resuelto hacia el huerto del viejo Meadowfill. Sólo que, al verlo por primera vez, el cerdo no se hallaba exactamente en el lugar en que debería haber estado. Se dirigía hacia donde él esperaba que se dirigiera, pero no venía exactamente de dónde él esperaba que viniera. Sin embargo, en aquel momento no prestó demasiada atención a este detalle, pues se encontraba en esa oleada inicial de aún-no-despierta, tardía alarma, y se apresuraba ya a cruzar la calle y el pequeño patio y a entrar en la casa y llegar hasta la silla de ruedas antes de que el viejo Meadowfill viera al cerdo y disparara y completara así el plan antes de que él, el tío Gavin, estuviera lo suficientemente cerca como para interpretar aquello, fuera lo que fuere, que Snopes había planeado que interpretara o no: lo uno o lo otro.

Pero lo hizo. No se habría detenido a llamar a la puerta aunque hubiera tenido tiempo para ello, pues a aquella hora la señora Meadowfill estaría en la cocina fregando los cacharros del desayuno. Pero hubo tiempo más que suficiente. Llegó a la puerta y vio al viejo Meadowfill echado hacia adelante en su silla de ruedas, tras la pantalla de la rejilla de la ventana, con el pequeño rifle ya medio alzado en una mano. Pero aún no se había puesto en pie para levantar la pantalla de la ventana; permanecía sentado, mirando al cerdo a través de ella, y -según dijo tío Gavin- su cara era terrible. Todos estábamos acostumbrados a ver en ella mezquindad y ánimo de venganza e ira; eran algo habitual. Pero aquello era gozo malévolo. Allí sentado, refocilándose, ni siquiera volvió la cabeza cuando tío Gavin avanzó hacia la silla, sólo dijo: -Acérquese. Tiene un asiento de tribuna.

Y entonces tío Gavin pudo oírle maldecir, no el rudo maldecir externo de la cólera o el combate, sino un quieto murmullo interno de vileza que, aunque el viejo Meadowfill hubiera conocido y usado alguna vez, sus cabellos grises deberían haber olvidado.

Luego se levantó de la silla de ruedas. En aquel preciso instante, tío Gavin advirtió el pequeño bulto, aproximadamente del tamaño de un ladrillo envuelto en un trozo de arpillera, atado al tronco de uno de los melocotoneros, a unos cuarenta pies de la ventana. Pero no le prestó atención, y se limitó a decir: “Basta ya, señor Meadowfill; basta ya”, al tiempo que el viejo, ya de pie, dejaba el rifle al lado de la ventana, agarraba los pomos de la parte inferior de la pantalla y tiraba de ella hacia arriba; la pantalla ascendió entre sus guías engrasadas y se oyó el débil, seco, maligno escupir del disparo; tío Gavin -contó- estaba de hecho mirando hacia la pantalla cuando, repentinamente, la malla metálica se deshilachó y se esfumó ante la miríada de diminutos, invisibles perdigones. Y, si bien ello es imposible, dijo que le pareció realmente oírlos silbar por el vientre y el pecho del viejo Meadowfill, que medio brincó, medio cayó de espalda sobre la silla, la cual rodó hacia atrás al recibir el cuerpo, y dejó al viejo tirado en el suelo, donde permaneció unos instantes con semblante incrédulo y creciente agravio: no dolor, sólo agravio, y en seguida trató de alcanzar el rifle y empezó a incorporarse sobre las rodillas.

-¡Me han disparado! -dijo con aquella agraviada e incrédula voz.

-No cabe duda -dijo tío Gavin-.

Ha sido el cerdo. No trate de moverse.

-¿El cerdo? ¡Maldición! -dijo el viejo Meadowfill-. ¡Ha sido ese (puntos suspensivos) de McKinley Smith!

Y fue entonces cuando me reclutó tío Gavin. Cuando llegué, sin embargo, había devuelto ya al viejo Meadowfill a su silla de ruedas; para entonces la señora Meadowfill debía de haber pasado ya a un segundo plano, pero supongo que no me percaté de su existencia mucho más de lo que antes se había percatado tío Gavin. El viejo Meadowfill aún no se había calmado en absoluto, y seguía encolerizado y enloquecido como un avispón -no estaba herido; sólo quemado, lleno de ampollas, sin apenas perdigones bajo la piel-, bramando y maldiciendo y tratando aún de alcanzar el rifle, que tío Gavin había alejado de él, pero al menos inmovilizado, bien por la fuerza moral de tío Gavin o tal vez sólo porque tío Gavin estaba de pie.

Luego le contó a tío Gavin cómo Snopes, hacía dos días, le había dicho a Essie que había regalado el cerdo a McKinley, a modo de regalo para la inauguración de la casa, o tal vez hasta -confiaba Snopes- de regalo de bodas para un día no lejano. Tío Gavin tenía también el arma: una muy pulcra y casera trampa mortífera; también había sido en un tiempo un rifle barato, de un solo tiro y del calibre 22; con el cañón y la culata recortados, lo habían envuelto en el saco de pienso y atado al tronco del melocotonero; un cordel negro prácticamente invisible unía, a través de una serie de armellas, el marco de la pantalla de tela metálica con el gatillo, y la boca del cañón apuntaba al centro de la ventana, aproximadamente un pie por encima del alféizar. La señora Meadowfill estaba allí de nuevo, así que podíamos marcharnos.

-Si no se hubiera puesto de pie antes de tocar la pantalla, el disparo le habría dado en plena cara -dije.

-¿Crees que al que puso la trampa le importaba? -dijo tío Gavin-. ¿Que sólo lo asustara y lo enfureciera hasta el punto de lanzarse contra Smith con ese pequeño rifle -ahora tenía una sólida bala dentro, y el cartucho era uno grande, de rifle largo; así es como el viejo Meadowfill pretendía cazar la próxima pieza-, obligando así a Smith a que le matara; o que el tiro lo dejara ciego o lo matara allí mismo, sobre la silla de ruedas, resolviendo así todo el problema?

-¿Resolviéndolo? -dije.

-Era un equilibrio -dijo él-. Una especie de delicado y atenuado e insoportable equilibrio de agravios; tan delicado que el peso más liviano, por trivial que fuera, no sólo lo trastornaría sino que haría zozobrar, alteraría totalmente todas las calidades implicadas en él; todo lo reprimido dejaría de ser reprimido, todo lo no vendido dejaría de ser no vendido.

-Sí -dije-. Era muy inteligente.

-Peor que eso -dijo tío Gavin-.

Era maligno. La gente pensaría; nadie salvo un veterano del Pacífico sería capaz de inventar una trampa con un arma de fuego, por mucho que el veterano lo negara.

-Sigue siendo inteligente -dije-.

Hasta Smith estaría de acuerdo.

-Sí -dijo tío Gavin-. Por eso te telefoneé. También tú has sido soldado. Puede que necesite un intérprete para hablar con él.

-Sólo fui mayor -dije-. Nunca tuve el rango suficiente para decirle nada a un sargento, y no digamos a un sargento de marina.

Pero no fuimos áa buscar] a Smith el primero; además, debía estar en su algodonal. Y, si yo hubiera sido Snopes, tampoco en su casa habría habido nadie. Pero sí había. Abrió él mismo la puerta; llevaba un delantal y una sartén, y en la sartén había incluso un huevo frito. Pero, en cualquier caso, planear esto de antemano no debía de haber costado gran esfuerzo a alguien que había planeado aquella trampa basada en el movimiento alternativo. Tampoco en su cara había nada.

-Caballeros -dijo-. Pasen.

-No, gracias -dijo tío Gavin-.

No tardaremos tanto. Esto es suyo, según creo.

Había una mesa; tío Gavin dejó el saco de pienso encima de ella y lo sacudió de forma repentina, y el rifle mutilado se deslizó por la mesa hasta pararse.

Y seguía sin haber nada en absoluto en la cara o en la voz de Snopes.

-Esto es algo que ustedes los abogados llaman discutible, ¿no es cierto?

-Oh, sí -dijo tío Gavin-. También todo el mundo sabe hoy de huellas dactilares, al igual que sabe de vuelos espaciales y de trampas con armas de fuego.

-Sí -dijo Snopes-. ¿Me lo está dando o me lo está vendiendo?

-Se lo estoy vendiendo -dijo tío Gavin-. Por la escritura, a favor de Essie Meadowfill, de esa franja de terreno de usted que la compañía petrolífera quiere comprar, y una cesión de la franja del terreno de Meadowfill que la escritura de usted ampara.

Ella le pagará lo que pagó usted por la franja, más un diez por ciento de lo que la compañía petrolífera le pague por ella.

Ahora, en verdad, Snopes no se movió; se quedó allí inmóvil, con el huevo frito frío en la sartén.

-Muy bien -dijo tío Gavin-. En tal caso, tendré que ver si McKinley quiere comprarlo.

Era inteligente, había que concederle eso: lo suficientemente inteligente como para saber con exactitud hasta dónde podía ir.

-¿Sólo el diez por ciento? -dijo.

-Usted inventó esa cifra -dijo tío Gavin.

Y lo suficientemente inteligente como para saber cuándo debía abandonar.

Dejó con cuidado la sartén en el suelo y envolvió el rifle mutilado en el saco de pienso.

-Imagino que tendrá tiempo para pasar hoy por su oficina, ¿no es eso?

-dijo.

Y esta vez fue tío Gavin quien se quedó atónito por espacio de un instante. Pero se limitó a decir:
-Voy allí ahora.

También podíamos haber encontrado a Smith en su casa al anochecer. Pero fue tío Gavin quien no quiso esperar.

No era todavía mediodía cuando, desde la cerca que había al lado de la carretera, vimos a Smith y a la mula acercarse por una larga y negra senda de tierra volteada que era como la estela inmovilizada de la vertedera del arado. Luego permaneció en pie, del otro lado de la cerca, desnudo de cintura para arriba a excepción del peto del mono, con botas de combate; y entonces recordé lo que tío Gavin había dicho aquella mañana acerca de que todo lo que estaba reprimido dejaría de estar reprimido. Tío Gavin le tendió a Smith la escritura.

-Tome -dijo.

Smith la leyó.

-Es de Essie -dijo.

-Entonces cásese con ella -dijo tío Gavin-. Podrán vender ese terreno y comprarse una granja. ¿No es lo que los dos desean? ¿No se ha traído una camisa o un jersey? Póngase lo que sea y venga a la ciudad en mi coche; Chick llevará la mula.

-No -dijo Smith. Al volverse hacia la mula, se metió la escritura, o mejor, la hundió atropelladamente en su bolsillo-. La llevaré yo. Pasaré por casa primero. No voy a casarme con nadie sin afeitarme y sin corbata.

Y hubo algo más, mientras esperábamos a que el pastor baptista se lavara las manos y se pusiera la chaqueta; la señora Meadowfill llevaba sombrero, el primero que le habíamos visto en toda la vida; tenía todo el aspecto de ser el primer sombrero confeccionado por el hombre.

-Pero papá... -dijo la que pronto iba a ser Essie Smith.

-Oh -dijo tío Gavin-. Te refieres a esa silla de ruedas. Ahora es mía. Fue el pago de la minuta legal.

Te la voy a dar a ti como regalo de bodas.

Ii. Relatos no reunidos

Ninfolepsia

Pronto su sombra se vio descabezada por la cortante línea de la cima de la colina; empujada ante él como si fuera una serpiente, la vio gradualmente convertirse en nada. Al final se quedó sin sombra alguna. Sus pesados e informes zapatos, grises en el camino polvoriento; su mono de trabajo; gris por el polvo: el polvo era como una bendición sobre él y sobre el día de trabajo que dejaba tras él. No recordaba la caída del trigo muerto, y sus músculos habían olvidado las estocadas y el levantamiento de horca y grano, y sus manos habían olvidado la sensación de un mango gastado de madera, suave y dulce al tacto como seda; y había olvidado el abrirse de un pajar y la suerte de danza inmortal de la paja girando en el aire a la luz del sol.

Detrás quedaba un día de faena; ante él, la burda comida y el torpe sueño en cualquier ocasional casa de huéspedes. Y al día siguiente, otra vez el trabajo y otra vez su siniestra sombra rotatoria señalando el paso de un nuevo día. Pronto, breve y bruscamente, la colina llegó a su fin: la cima dejó de ser una línea cortante.

Allí estaba el valle en sombras de color lila se hallaban los alimentos que comería y el sueño que lo aguardaba; acaso una chica, como música fúnebre y húmeda por el calor y vestida de algodón azul, se cruzaría en su camino fatalmente; y también él, en aquella tierra lunar, sería uno más entre los hombres jóvenes que con su sudor hacen saltar oro del trigo.

Pero allá estaba la ciudad. Por encima de los muros grises había ramas de manzano un día dulces y floridas y hoy todavía verdes; los establos y las casas eran colmenas de donde habían huido las abejas de la luz del sol.

Desde allí, el Palacio de Justicia era un sueño soñado por Tucídides: uno no llegaba a ver que las pálidas columnas jónicas estaban accidentalmente manchadas de tabaco. Y del taller del herrero llegaba un acompasado tañido de yunque y martillo, como una llamada a vísperas.

Privado de movimiento, su cuerpo sintió la sangre, que se apaciguaba por momentos, sintió la tarde, que fluía y se iba como agua; sus ojos vieron la sombra de la aguja de la iglesia, como un prodigio en medio de aquella tierra. Miró el polvo que se derramaba de sus zapatos invertidos.

Sus pies estaban veteados y mugrientos por el polvo; apaciguado, agradeció la humedad placentera y caliente de sus zapatos.

El sol era la boca roja y descendente de un horno; su sombra, que él creía perdida, se agazapaba a sus pies como un perro que trata de esconderse.

El sol estaba en los árboles, goteando de hoja en hoja; el sol era como una pequeña llama de plata que se moviera entre los árboles. Oh, era algo vivo, pensó al mirar una luz dorada entre los pinos oscuros: una pequeña llama que, habiendo perdido de algún modo su vela, anduviera buscándola.

Cómo supo a aquella distancia que era una mujer o una chica, no habría podido decirlo, pero lo sabía; y durante un tiempo miró con curiosidad vacía los movimientos sin objeto de la figura. La figura se detuvo, recibió el último fulgor del rojo sol en un plano delgado y dorado que, retomando el movimiento, desapareció.

En el curso de un nítido instante hubo una vieja y aguda belleza detrás de sus ojos. Luego, sus un día limpios instintos, groseros después, lo hicieron ponerse bruscamente en movimiento. Saltó una cerca ante la mirada contemplativa y fija del ganado y corrió torpemente hacia los bosques a través de un campo de maíz recolectado. Viejos y blandos surcos se deslizaban bajo sus zancadas, haciendo que sus rodillas martilleantes entrechocaran, y quebradizos tallos de maíz obstaculizaban su veloz marcha con sensual y estática indiferencia.

Alcanzó los bosques después de saltar otra cerca, y se detuvo un instante y el oeste transmutó alquímicamente el plomizo polvo que lo cubría, dorando las puntas de su barba sin afeitar.

Los árboles, los troncos de arces y hayas eran franjas gemelas de oro rojo y de lavanda erguidas en la tierra, y las ramas extendidas conferían al ocaso colores indecibles; eran como manos de avaro derramando a regañadientes monedas doradas de crepúsculo. Los pinos era mitad hierro, mitad bronce; esculpidos en símbolo de quietud eterna, derramaban también oro sobre la hierba rala, que lo hacía correr de árbol en árbol como fuego que se extiende, para apagarse luego en la sombra de los pinos. Sobre una rama oscilante, un pájaro lo miró brevemente, cantó y se alejó volando.

Ante la verde catedral de árboles se quedó quieto unos instantes, vacío como una oveja, percibiendo cómo el día moribundo se iba del mundo como agua de una bañera o de un cuenco rajado; y oyó al día repetir lentas plegarias en la nave verde. Luego volvió a moverse hacia adelante, lentamente, como si esperara que fuera a surgir ante él un sacerdote para detenerlo y descifrar su alma.

Pero nada sucedió. El día fue lentamente muriendo sin un ruido en torno a él, y la gravedad lo condujo colina abajo entre apacibles sendas de árboles. Pronto lo envolvió la sombra violeta de la colina. No había sol allí, aunque las copas de los árboles seguían siendo como la maleza bañada en oro, y los troncos de los árboles de la cima eran como una verja listada más allá de la cual la tarde se consumía lentamente. Y él se detuvo de nuevo, y sintió el miedo.

Recordó fragmentos del día: los tragos de agua fresca de una jarra, mientras otro esperaba su turno, el trigo rompiéndose ante la hoja de la segadora mientras los caballos de tiro hacían fuerza contra la collera, los caballos que soñaban con avena en un establo dulce por el amoníaco y el olor de los arneses sudorosos, los mirlos que sesgaban el aire sobre el trigo como trozos de papel quemado.

Pensó en el haz de músculos bajo una camisa azul mojada por el sudor, y en alguien a quien atender o con quien hablar. Siempre alguien, algún otro miembro de su raza, de su género. El hombre puede falsificarlo todo salvo el silencio. Y en aquel silencio reconoció el miedo.

Porque había algo que ni siquiera el deseo del cuerpo de una mujer tenía en cuenta. O que, al utilizar tal instinto con el propósito de apartarlo de los caminos de la seguridad, en donde otras gentes de su género comían y dormían, lo había traicionado. “Si la encuentro, estoy a salvo”, pensó, sin saber si lo que quería era la cópula o la compañía. Allí no había nada para él: las colinas, que descendían en ambos lados, que se aproximaban, que sin embargo se hallaban separadas por un pequeño arroyo. El agua discurría parda bajo alisos y sauces, sin luz, y parecía inhóspita y oscura.

Como la mano del mundo, como una línea en la palma de la mano del mundo, una arruga insignificante. “¡Sin embargo podía ahogarse en ella!”, pensó con terror, mientras miraba revolotear sobre ella a los mosquitos, mientras miraba los árboles calmos e indiferentes como dioses y el remoto cielo, que era como un sedoso paño mortuorio que ocultara su disolución repulsiva.

Había pensado que los árboles eran una cantidad determinada de madera, pero aquéllos tan silenciosos eran más que eso. La madera había servido para hacer casas que lo protegían, la madera había alimentado el fuego que lo calentaba, le había dado calor para cocinar su comida; la madera había servido para hacer barcos que surcaban las aguas de la tierra. Pero no estos árboles. Estos lo miraban fija e impersonalmente, tomándose una venganza lenta. El ocaso era un fuego que ningún combustible había alimentado jamás; el agua emitía un murmullo en un oscuro y siniestro sueño. Ninguna embarcación surcaría estas aguas. Y sobre todo ello se cernía algún dios a cuyas compulsiones él debía responder mucho después aún de que sus más cómodas creencias se hubieran gastado como una prenda de uso diario.

Y ese dios ni lo reconocía ni lo ignoraba: ese dios parecía no tener conciencia de su entidad, salvo para considerarlo un intruso en un lugar donde nada tenía que hacer. Se agachó, sintió la tierra áspera y cálida contra sus rodillas y sus palmas; y, arrodillándose, esperó una brusca y horrenda aniquilación.

Nada sucedió, y abrió los ojos.

Por encima de la cumbre de la colina, entre los troncos de los árboles, vio una única estrella. Fue como si allá a lo lejos hubiera visto un hombre.

Era algo familiar, algo demasiado remoto para preocuparse por lo que él hiciera. Así que se levantó y, con la estrella a su espalda, empezó a caminar en dirección a la ciudad. Allí estaba el arroyo que había de cruzar.

La demora al buscar un vado engendró de nuevo en él el miedo. Pero lo apartó mediante un acto de voluntad, pensando en la comida y en su esperanza de encontrar una mujer.

Apartó de sí aquella sensación de inminente disgusto y cólera de un Ser a quien había ofendido. Pero seguía en torno, suspendida sobre él como unas alas niveladas. Su miedo primero había desaparecido, pero pronto se encontró a sí mismo corriendo. Había deseado convertir la carrera en paso, siquiera para probarse la firmeza de su integridad integral, pero sus piernas se negaban a detener su carrera.

Allí, en el crepúsculo evasivo, había un tronco que hacía de puente en el arroyo. ¡Camina sobre él! ¡Camina sobre él!, le dijo su sentido común.

Pero sus piernas le impelieron tomarlo a la carrera.

La corteza podrida se escurrió bajo sus pies y se desprendió y cayó sobre el oscuro y susurrante arroyo. Fue como si él, aún en la orilla, hubiera resbalado y se debatiera por mantener el equilibrio mientras maldecía su cuerpo torpe. Vas a morir, dijo a su cuerpo, y volvió a sentir en torno aquella inminente Presencia, una vez que su concentración mental se vio vencida por la gravedad. Durante un fragmento detenido de tiempo sintió, a través de la vista, sin mediación del intelecto, el agua oscura a la espera, el tronco engañoso, los troncos de los árboles latiendo y respirando y las ramas como una invocación a un dios oscuro y oculto; luego los árboles y el cielo exaltado de estrellas describieron un arco ante sus ojos. En su caída estaba la muerte, y una risa triste y burlona. Murió una y otra vez, pero su cuerpo se negaba a morir.

Entonces lo aprehendió el agua.

Entonces lo aprehendió el agua.

Pero era algo más que agua. El agua se deslizó oscuramente entre su cuerpo y el mono de trabajo y la camisa, y él sintió que su pelo se escapaba hacia atrás húmedamente. Pero sintió que un muslo sobresaltado se escurría bajo su mano como una serpiente, sintió una pierna veloz entre oscuras burbujas; y, hundiéndose ya, la punta de un pecho le raspó la espalda. En medio de una conmoción de agua agitada vio la muerte como una mujer ahogada y rutilante y a la espera, vio un cuerpo brillante y atormentado por el agua; y sus pulmones vomitaron agua y tragaron aire húmedo.

Agua turbada golpeaba contra su boca, tratando de entrar en ella, y la luz del día aprisionada bajo el arroyo saltó de nuevo sobre la superficie en forma de ondas. Relucientes planos de luz incidían y quebraban la superficie, y se alejaban de él; y, pisoteando agua, sintiendo los zapatos empapados y el pesado mono de trabajo, sintiendo pegado a la cara el pelo, vio como ella, chorreando, ascendía oscilante por la orilla.

Él avanzó agitando el agua, persiguiéndola. Nunca parecía alcanzar la orilla opuesta. Sus ropas, pesadamente empapadas, se pegaban a él como sirenas importunas, como mujeres; vio el agua quebrada de su empeño coronada de estrellas. Al fin se vio a la sombra de los sauces, y sintió bajo su mano la tierra húmeda y resbaladiza. Aquí y allá, raíces y ramas. Se incorporó mientras oía el agua chorreando de la ropa, mientras sentía que la ropa se volvía primero liviana y pesada luego.

Sus zapatos avanzaban aplastándose blandamente y su indumentaria anodina y adherida a la piel obstaculizaba pesadamente su carrera. Podía ver cómo su cuerpo, fantasmal en el crepúsculo sin luna,

ascendía por la colina. Y él corrió, maldiciendo, con el agua chorreándole del pelo, con el lamento húmedo de ropas y zapatos, maldiciendo su suerte y su destino. Creyó desenvolverse mejor sin los zapatos, y, mientras seguía mirando la apagada llama de la mujer corriendo, se los quitó y prosiguió la marcha en pos de ella. La ropa mojada le pesaba como plomo; jadeaba cuando alcanzó la cima de la colina. Y allí estaba ella, en un campo de trigo, bajo la ascendente luna llena del equinoccio de otoño, como un barco en un mar de plata.

Echó a correr tras ella. El surco de su marcha hacía saltar plata en el trigo, bajo la insensible luna; plata que se alejaba de él en ondas y se apagaba y volvía a ser el oro intocado y sin brillo del grano erguido. Ella estaba ya lejos, y la perturbación de su paso por el trigo se esfumaba siempre antes de que él llegara. Más allá de la onda que el paso de la mujer levantaba en arco a ambos lados, él vio cómo su cuerpo se internaba en una franja boscosa, como la llama de una cerilla; luego ya no la vio más.

Sin dejar de correr, cruzó el trigo dormido sobre la tierra lunar, y se adentró entre los árboles, fatigado ya. Pero ella había desaparecido, y él, en una oleada recurrente de desesperación, se echó a tierra boca abajo.

"¡Pero yo la toqué!", pensó sumido en una auténtica agonía de decepción, sintiendo la tierra a través de sus ropas húmedas, sintiendo las pequeñas ramas bajo los brazos de la cara.

La luna seguía ascendiendo, la luna navegaba como un barco cargado y grueso ante un alisio azul, mirándole con rotunda complacencia. Y él se retorció pensando en el cuerpo de ella bajo su cuerpo, en el oscuro bosque, en el ocaso y en el camino polvoriento, que deseó no haber dejado. ¡Pero yo la toqué!, se repitió, tratando de levantar sobre tal certeza una consumación incontrovertible. Sí, su muslo veloz y asustado y la punta de su seno; pero el recordar que ella había huido de él impulsivamente le resultaba más insufrible que nunca. No te hubiera hecho ningún daño, gimió, no te hubiera hecho daño en absoluto.

Sus músculos laxos, vaciados, sintieron un rumor de trabajo pasado y de trabajo futuro, compulsiones de horca y grano. La luna lo apaciguaba, examinando detenidamente su pelo húmedo, experimentando con sombras; y él, al pensar en el día siguiente, se levantó. Aquella perturbadora Presencia se había alejado, y la oscuridad de las sombras ya sólo se mofaban de él.

La luz de la luna se deslizó a lo largo de una cerca de alambre, y él supo que allí estaba el camino.

Sintió cómo a su paso se agitaba el polvo, vio el maíz de plata en los campos, los árboles oscuros como tinta derramada. Pensó en cómo había sido ella cual movedizo mercurio, en cómo había huido de él cual moneda echada al aire; pero pronto se hicieron visibles las luces de la ciudad; el reloj del Palacio de Justicia y una luminosidad sugerente de calles; era, pese a su pequeñez, como una tierra encantada. Pronto quedó en el olvido la mujer, y él pensó sólo en un cuerpo relajado en una cama triste, y en el despertar y en el hambre y en el trabajo.

El largo y monótono camino se extendía ante él bajo la luna. Ahora su sombra iba a su espalda, como un perro tras su amo, y más allá de ella quedaba un día de sudor y de trabajo. Y ante él esperaba el sueño y la ocasional comida y otra vez el trabajo; y acaso una chica, cual fúnebre música, vestida de calicó frente al calor. Al día siguiente su sombra siniestra volvería a describir un círculo en torno a él, pero el día siguiente quedaba aún muy lejos.

La luna navegaba cada vez más alto: pronto se deslizaría por la colina del cielo, recuperando con creces la plata que hubo prestado a árbol y trigo y colina y ondulada y monótona tierra fecunda. Abajo, un establo tomó un perfil de plata de la luna, un silo se convirtió en un sueño soñado en Grecia, los

manzanos lanzaron plata como fontanas gesticulantes. La ciudad, planos de luz de luna; las luces del Palacio de Justicia, fútiles ante la luna.

Tras él, trabajo; ante él, trabajo; en torno, todas las viejas desesperanzas del aliento y del tiempo. Las estrellas eran como flores hechas añicos que flotaban en agua oscura y que engullían el oeste; el polvo seguía pegado a sus pies aún húmedos, y descendió lentamente por la colina.

El oso

Tenía diez años. Pero aquello había empezado ya, mucho antes incluso del día en que por fin pudo escribir con dos cifras su edad y vio por primera vez el campamento donde su padre y el mayor de Spain y el viejo general Compson y los demás pasaban cada año dos semanas en noviembre y otras dos semanas en junio. Para entonces había ya heredado, sin haberlo visto nunca, el conocimiento del tremendo oso con una pata destrozada por una trampa, que se había ganado un nombre en un área de casi cien millas, una denominación tan precisa como la de un ser humano.

Hacía años que llevaba oyendo aquello; la larga leyenda de graneros saqueados, de lechones y cerdos adultos e incluso terneros arrastrados en vida hasta los bosques para ser devorados, de trampas de todo tipo desbaratadas y de perros despedazados y muertos, de disparos de escopeta e incluso de rifle a quemarropa sin otro resultado que el que hubiera logrado una descarga de guisantes lanzados por un chiquillo con un tubo, una senda de pillaje y destrucción que había comenzado mucho antes de que él hubiera venido al mundo, una senda a través de la cual avanzaba, no velozmente, sino más bien con la deliberación irresistible y despiadada de una locomotora, la velluda y tremenda figura.

Estaba en su conocimiento antes de llegar siquiera a verlo. Aparecía y se alzaba en sueños antes incluso de que llegara a ver los bosques intocados por el hacha donde el animal dejaba su huella deforme -velludo, enorme, de ojos enrojecidos, no malévolo, sino simplemente grande, demasiado grande para los perros que trataban de acorralarlo, para los caballos que trataban de derribarlo, para los hombres y los proyectiles que dirigían contra él, demasiado grande para la tierra misma que constituía su ámbito forzoso-. Le parecía verlo todo entero, con la adivinación absoluta de los niños, mucho antes de que llegara siquiera a poner los ojos en alguna de ambas cosas: la tierra salvaje y condenada cuyas márgenes estaban siendo constante e ínfimamente roídas por las hachas y los arados de hombres que la temían porque era salvaje, hombres que eran miríada y que carecían de nombre unos para otros en aquella tierra donde el viejo oso se había hecho ya un nombre, a través de la cual transitaba no un animal mortal, sino un anacronismo, indomable e invencible, salido de un tiempo ancestral y muerto, un fantasma, epítome y apoteosis de la vieja vida salvaje en la que los hombres hormigueaban y lanzaban golpes de hacha con frenesí de odio y de miedo, como pigmeos en torno a las patas de un elefante somnoliento; el viejo oso solitario, indómito y aislado, viudo, sin cachorros, liberado de la mortalidad, viejo Príamo privado de su vieja esposa y que ha sobrevivido a todos sus hijos.

Cada noviembre, hasta que tuvo diez años, solía mirar el carro con los perros y la ropa de cama y las provisiones y las armas, y a su padre y a Tennie.s Jim, el negro, y a Sam Fathers, el indio, hijo de una esclava y de un jefe chickasaw, y los veía partir camino de la ciudad, de Jefferson, donde se reunirían con el mayor de Spain y los demás. Para el chico, cuando tenía siete y ocho y nueve años, la partida no iba al Gran Valle a cazar osos o ciervos, sino a su cita anual con aquel oso al que ni siquiera pretendían dar muerte. Solían volver dos semanas después, sin trofeo, sin piel ni cabeza. Y él tampoco las esperaba. Ni siquiera temía que lo trajeran en el carro. Creía que incluso después de que hubiera cumplido diez años y su padre le permitiera ir con ellos aquellas dos semanas de noviembre, no haría

sino participar, junto a su padre y el mayor de Spain y el general Compson y los otros, en una más entre las representaciones históricas anuales de la furiosa inmortalidad del viejo oso.

Entonces oyó a los perros. Fue en la segunda semana de su primera estancia en el campamento. Permaneció con Sam Fathers contra el viejo roble, al lado del impreciso cruce en el que, al alba, llevaban nueve días apostándose; y oyó a los perros. Antes los había oído ya en una ocasión, una mañana de la primera semana de campamento, un murmullo sin procedencia que resonaba a través de los bosques húmedos, que crecía rápidamente en intensidad hasta disociarse en ladridos diferenciados que él podía reconocer y a los que podía asignar nombres. Había levantado y montado la escopeta, como Sam le había dicho, y había permanecido de nuevo inmóvil mientras la algarabía, la carrera invisible, llegaba velozmente y pasaba y se perdía; le había parecido que podía realmente ver al ciervo, al gamo -rubio, de color de humo, alargado por la velocidad- huyendo, esfumándose, mientras los bosques y la soledad gris seguían resonando incluso después de que los gritos de los perros se hubieran perdido en la distancia.

-Ahora baja los percusores -dijo él.

-Sabías que no venían aquí -dijo él.

-Sí -dijo Sam-. Quiero que aprendas lo que debes hacer cuando no dispares. Es después que se ha presentado y se ha perdido la oportunidad de derribar al oso o al ciervo cuando los perros y los hombres resultan muertos.

-De todas formas -dijo él-, era sólo un ciervo.

Luego, en la mañana décima, oyó de nuevo a los perros. Y él, antes de que Sam hablara, tal como le había enseñado, aprestó el arma -demasiado larga, demasiado pesada-. Pero esta vez no había ciervo, no había coro clamoroso de jauría a la carrera sobre un rastro libre, sino un ladrar trabajoso, una octava demasiado alto, con algo más que indecisión y abyección en él, que ni siquiera avanzaba velozmente, que se demoraba demasiado en quedar fuera del oído por completo, que, incluso entonces, dejaba en el aire, en alguna parte, aquel eco tenue, levemente histérico, abyecto, casi doliente, sin el significado de que ante él huyera una forma no vista, comedora de hierba, de color de humo, y Sam, que le había enseñado antes que nada a montar el arma y a tomar una posición desde donde pudiera dominar todos los ángulos, y, una vez hecho esto, a quedarse absolutamente inmóvil, se había movido hasta situarse a su lado; podía oír la respiración de Sam sobre su hombro, podía ver cómo las aletas de la nariz del viejo se curvaban al atraer el aire a los pulmones.

-Ajá -dijo Sam-. Ni siquiera corre. Camina.

-¡Old Ben! -dijo el chico-. Pero ¡aquí! -exclamó-. ¡Por esta zona!

-Lo hace todos los años -dijo Sam-. Una vez. Acaso para ver quién está ese año en el campamento; si sabe disparar o no. Para ver si tenemos ya un perro capaz de acorralarlo y retenerlo.

Ahora a ésos se los llevará hasta el río, y luego hará que vuelvan. Será mejor que también nosotros volvamos; veremos qué aspecto tienen cuando regresen al campamento.

Cuando llegaron, los perros estaban ya allí; había diez, y se acurrucaban al fondo, debajo de la cocina; el chico y Sam, en cuclillas, escrutaron la oscuridad: estaban apiñados, quietos, con los ojos luminosos centelleando hacia ellos y esfumándose; no se oía sonido alguno, sólo aquel efluvio de algo más que perruno, más fuerte que los perros y que no era sólo animal, no sólo bestial, pues nada había habido aún frente a aquel abyecto y casi doliente ladrido salvo la soledad, la inmensidad salvaje, de forma que cuando el undécimo perro, una hembra, llegó a mediodía, para el chico, que miraba junto a todos los demás -incluido el viejo tío Ash, que se consideraba antes que nada cocinero- cómo Sam embadurnaba con trementina y grasa de eje de carro la oreja desgarrada y el lomo surcado de heridas, seguía siendo no una criatura viviente, sino la propia inmensidad salvaje quien, inclinándose momentáneamente sobre la tierra, había rozado ligeramente la temeridad de aquella perra.

-Exactamente igual que un hombre -dijo Sam-. Igual que las personas. Posponiendo todo lo posible la necesidad de ser valiente, sabiendo todo el tiempo que tarde o temprano tendría que ser valiente al menos una vez para seguir viviendo en paz consigo misma, y sabiendo siempre de antemano lo que le iba a suceder cuando lo hiciera.

Aquella tarde, él en la mula tuerta del carro, a la que no le importaba el olor de la sangre ni -según le dijeron- el olor de los osos, y Sam en la otra mula, cabalgaron durante más de tres horas a través del veloz día de invierno que se agotaba por momentos. No seguían ninguna senda, ni siquiera un rastro que él pudiera identificar, y casi repentinamente estuvieron en una región que él jamás había visto antes. Entonces supo por qué Sam le había hecho montar la mula tuerta a la que nada espantaba. La otra, la cabal, se paró en seco y trató de revolverse y desbocarse incluso después de que Sam hubiera desmontado, dando sacudidas y tirando de las riendas mientras Sam la retenía, mientras la hacía avanzar con palabras dulces -no podía arriesgarse a atarla y la conducía hacia adelante mientras el chico desmontaba de la tuerta.

Luego, de pie al lado de Sam en la penumbra de la tarde moribunda, miró el tronco derribado y podrido, dañado y arañado por surcos de garras, y junto a él, sobre la tierra húmeda, vio la huella de la torcida y enorme garra de dos dedos. Supo entonces lo que había olido cuando escudriñó debajo de la cocina en dirección a los perros apiñados. Por vez primera tuvo conciencia de que el oso que poblaba los relatos oídos y surgía amenazadoramente en sus sueños desde antes de que pudiese recordar, y que, por tanto, debía de haber existido igualmente en los relatos oídos y en los sueños de su padre y del mayor de Spain e incluso del viejo general Compson antes de que ellos a su vez pudieran recordar, era un animal mortal, y que si ellos viajaban al campamento cada noviembre sin esperanza real de volver con aquel trofeo, no era porque no se le pudiera dar muerte, sino porque hasta el momento no tenían ninguna esperanza real de poder hacerlo.

-Mañana -dijo.

-Lo intentaremos mañana -dijo Sam-. No tenemos el perro todavía.

-Tenemos once. Lo han perseguido esta mañana.

-No se necesitará más de uno -dijo Sam-. Pero no está aquí. Tal vez no exista en ninguna parte. Hay otra posibilidad, la única, y es que tropiece por azar con alguien que tenga una escopeta.

-No seré yo -dijo el chico-. Será Walter o el mayor o...

-Podría ser -dijo Sam-. Tú, mañana por la mañana, mantén los ojos bien abiertos. Porque es inteligente. Por eso ha vivido tanto. Si se ve acorralado y ha de pasar por encima de alguien, te elegirá a ti.

-¿Cómo? -dijo el chico-. ¿Cómo podrá saber...? -Y calló-. Quieres decir que me conoce, a mí, que nunca he estado aquí antes, que ni siquiera he tenido ocasión de descubrir si yo... -Calló de nuevo mientras miraba a Sam, a aquel viejo cuya cara nada revelaba hasta que se dibujaba en ella la sonrisa. Y dijo con humildad, sin siquiera sorpresa-: Era a mí a quien vigilaba. Supongo que no necesitaría venir sobre mí más que una vez.

A la mañana siguiente dejaron el campamento tres horas antes del alba. Era demasiado lejos para llegar a pie; fueron en el carro, también los perros. De nuevo la primera luz gris de la mañana lo sorprendió en un lugar desconocido por completo; Sam lo había apostado y le había dicho que permaneciera allí, y luego se había alejado. Con aquella escopeta demasiado grande para su tamaño, que ni siquiera era suya, sino del mayor de Spain y con la que había disparado una sola vez -el primer día y contra un tocón, para aprender a gobernar el retroceso y a recargarla-, permaneció apoyado contra un gomero, al lado de un brazo pantanoso cuya agua negra y quieta reptaba sin movimiento desde un cañaveral, cruzaba un pequeño claro y se internaba de nuevo en otro muro de cañas, donde, invisible, un ave -un gran pájaro carpintero llamado “Señorpara-Dios” por los negros- hacía sonar con estrépito la corteza de una rama muerta.

Era un puesto como cualquier otro, sin diferencias sustanciales respecto del que había ocupado cada mañana por espacio de diez días; un territorio nuevo para él, aunque no menos familiar que el otro, que al cabo de casi dos semanas creía conocer un poco, la misma soledad, el mismo aislamiento por el que los seres humanos habían pasado sin alterarlo lo más mínimo, sin dejar señal ni estigma alguno, cuya apariencia debía de ser exactamente igual a la del pasado, cuando el primer ascendiente de los antepasados chickasaw de Sam Fathers se internó en él y miró en torno, con garrote o hacha de piedra o arco de hueso aprestado y tenso; sólo diferente porque, de cuclillas en el borde de la cocina, había olido a los perros, acobardados y acurrucados unos contra otros debajo de ella, y había visto la oreja y el lomo desgarrados de la perra que, según dijo Sam, había tenido que ser valiente una vez a fin de vivir en paz consigo misma, y, el día anterior, había contemplado en la tierra, al lado del tronco destrozado, la huella de la garra viva.

No oyó en absoluto a los perros. Nunca llegó a oírlos. Únicamente oyó cómo el martilleo del pájaro carpintero cesaba de pronto, y entonces supo que el oso lo estaba mirando. No llegó a verlo. No sabía si estaba frente a él o a su espalda. No se movió; sostuvo la inútil escopeta; antes no había habido ninguna señal de peligro que le llevara a montarla, y ahora ni siquiera la montó; gustó en su saliva aquel sabor malsano, como a latón, que conocía ya porque lo había olido al mirar a los perros que se apiñaban debajo de la cocina.

Y, luego, se había ido. Tan bruscamente como había cesado, el martilleo seco, monótono del pájaro carpintero volvió a oírse, y al rato él llegó a creer incluso que podía oír a los perros, un

murmullo, apenas un sonido siquiera, que probablemente llevaba oyendo algún tiempo antes de que llegara a advertirlo, y que se hacía audible y volvía a alejarse y a desaparecer. En ningún momento se acercaron lo más mínimo al lugar donde él estaba. Si perseguían a un oso, era a otro oso. Fue el propio Sam quien surgió del cañaveral y cruzó el brazo pantanoso seguido de la perra herida el día anterior. Iba casi pegada a sus talones, como un perro de caza; no emitía sonido alguno, y al acercarse se acurrucó contra la pierna del chico, temblando, mirando fijamente hacia las cañas.

-No lo he visto -dijo él- ¡No lo vi, Sam!

-Lo sé -dijo Sam-. Ha sido él quien ha mirado. Tampoco lo oíste, ¿no es cierto?

-No -dijo el chico-. Yo...

-Es inteligente -dijo Sam-. Demasiado inteligente. -Miró a la perra, que temblaba leve y persistentemente contra la rodilla del chico. Del lomo desgarrado rezumaron y quedaron colgando unas cuantas gotas de sangre fresca-. Demasiado grande. Todavía no hemos conseguido el perro. Pero quizá algún día. Quizá no la próxima vez. Pero algún día.“Así que tengo que verle”, pensó. “Tengo que mirarle”. De lo contrario -tenía la sensación-, todo seguiría igual eternamente; todo habría de ir como le había ido a su padre y al mayor de Spain, que era mayor que su padre, e incluso al general Compson, que era tan viejo como para haber mandado una brigada en 1865. De lo contrario, todo seguiría así para siempre, la vez próxima y la otra, después y después y una vez más. Le parecía poder verse a sí mismo y al oso, oscuramente, ambos en el limbo del que emerge el tiempo para convertirse en tiempo; el viejo oso, absuelto de su condición mortal, y él compartiendo, participando un poco en ello, lo bastante. Y ahora sabía qué era lo que había olido en los perros apiñados y gustado en su saliva. Reconoció el miedo. “Así que tendré que verle”, pensó, sin temor ni esperanza. “Tendré que mirarle”.

Fue en junio del siguiente año. Tenía entonces once años. Estaban de nuevo en el campamento, celebrando los cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. Si bien uno había nacido en setiembre y el otro en pleno invierno y en décadas distintas, se habían reunido para pasar dos semanas en el campamento, pescando y cazando ardillas y pavos y persiguiendo mapaches y gatos monteses por la noche con los perros. O mejor, quienes pescaban y disparaban contra las ardillas y perseguían a los mapaches y a los gatos salvajes eran él y Boon Hoggenbeck y los negros, puesto que los cazadores experimentados, no sólo el mayor de Spain y el viejo general Compson, que se pasaban las dos semanas sentados en mecedoras ante una enorme olla de estofado tipo Brunswick, saboreándolo y revolviéndolo, mientras discutían con el viejo Ash acerca de cómo lo cocinaba Tennie.s Jim se echaba whisky de la damajuana en el cucharón de hojalata que utilizaba para beber, sino hasta el padre del chico y Walter Ewell, que eran aún bastante jóvenes, despreciaban ese tipo de actividades, y se limitaban a disparar a los pavos machos con pistola tras apostar por su buena puntería.

Es decir, cazar ardillas era lo que su padre y los demás pensaban que hacía. Hasta el tercer día creyó que Sam Fathers pensaba lo mismo. Dejaba el campamento por la mañana, inmediatamente después del desayuno. Ahora tenía su propia escopeta: era un regalo de Navidad. Volvía al árbol que había al lado del brazo pantanoso donde se había apostado aquella mañana del año anterior. Y con la ayuda de la brújula que le había regalado el viejo general Compson, se desplazaba desde aquel punto. Sin saberlo siquiera, se estaba enseñando a sí mismo a ser un más-que-mediano conocedor de los bosques. El segundo día encontró incluso el tronco podrido junto al cual había visto por primera vez la

huella deforme. Estaba desmenuzado casi por completo; retornaba con increíble rapidez -renuncia apasionada y casi visible- a la tierra de la que había nacido el árbol.

Recorría los bosques estivales, verdes por la penumbra; más oscuros, de hecho, que en la gris disolución de noviembre, cuando, incluso al mediodía, el sol sólo alcanzaba a motear intermitentemente la tierra, nunca totalmente seca y plagada de serpientes mocasines y serpientes de agua y de cascabel, del color mismo de la moteada penumbra, de forma que él no siempre las veía antes de que se movieran; volvía al campamento cada día más tarde, y en el crepúsculo del tercer día pasó por el pequeño corral de troncos que circundaba el establo de troncos en donde Sam hacía entrar a los caballos para que pasaran la noche.

-Aún no has mirado bien -dijo Sam.

El chico se detuvo. Tardó unos instantes en contestar. Al cabo rompiendo a hablar impetuosa y apaciblemente, como cuando se rompe la diminuta presa que un muchacho ha levantado en un arroyo, dijo:

-Está bien. Pero ¿cómo? Fui hasta el brazo pantanoso. Hasta volví a encontrar el tronco. Yo...

-Creo que hiciste bien. Lo más seguro es que te haya estado vigilando. ¿No viste su huella?

-Yo -dijo el chico-, yo no... Nunca pensé...

-Es la escopeta -dijo Sam.

Estaba de pie al lado de la cerca, inmóvil, el viejo, el indio, con su estropeado y descolorido mono y el sombrero de paja de cinco centavos deshilachado que en la raza negra había sido antaño estigma de esclavitud y ahora emblema de libertad. El campamento -el claro, la casa, el establo y el pequeño corral que el mayor de Spain, por su parte, había arrebatado parca y efímeramente a la inmensidad salvaje- se desvanecía en el crepúsculo, volviendo a la inmemorial oscuridad de los bosques. “La escopeta”, pensó el chico. “La escopeta”.

-Ten temor -dijo Sam-. No podrás evitarlo. Pero no tengas miedo. No hay nada en los bosques que vaya a hacerte daño a menos que lo acorrales, o que huela que tienes miedo. También un oso o un ciervo ha de temer a un cobarde, lo mismo que un hombre valiente ha de temerlo.
“La escopeta”, pensó el chico.

-Tendrás que elegir -dijo Sam.

El chico dejó el campamento antes del alba, mucho antes de que tío Ash despertase entre sus colchas, sobre el suelo de la cocina, y encendiese el fuego para hacer el desayuno. Llevaba tan sólo una brújula y un palo para las serpientes. Podría caminar casi una milla sin necesidad de consultar la brújula. Se sentó en un tronco, con la brújula invisible en la mano invisible, mientras los secretos sonidos de la noche, que callaban cuando se movía, volvían a escabullirse y cesaban luego para siempre; y enmudecieron los búhos para dar paso al despertar de los pájaros diurnos, y él pudo ver la brújula. Entonces avanzó rápida pero silenciosamente; sin tener conciencia de ello todavía, se estaba convirtiendo día a día en un experto conocedor de los bosques.

A la salida del sol se topó con una gama y su cría; los hizo huir de su lecho, y pudo verlos de cerca, el crujido de la maleza, la corta cola blanca, la cría siguiendo a su madre a la carrera mucho más

rauda de lo que él hubiera podido imaginar. Iba de caza del modo correcto, contra el viento, como Sam le había enseñado; pero eso ahora no importaba. Había dejado la escopeta en el campamento; pero eso ahora no importaba. Había dejado la escopeta en el campamento; por propia voluntad y renuncia había aceptado no un gambito, no una elección, sino un estado en el cual no sólo el hasta entonces anonimato inviolable del oso sino todas las viejas normas y equilibrio entre cazador y cazado quedaban abolidos. No tendría miedo, ni siquiera en el momento en que el miedo se apoderara de él por completo, sangre, piel, entrañas, huesos, memoria del largo tiempo que había transcurrido hasta convertirse en su memoria: todo, salvo aquella fina, clara, inextinguible, inmortal lucidez, sola diferencia entre él y aquel oso, entre él y todos los otros osos y ciervos que habría de matar en la humildad y el orgullo de su pericia y entereza, lucidez a la que había apuntado Sam el día anterior, apoyado sobre la cerca del corral a la caída del crepúsculo.

Para mediodía había dejado muy atrás el pequeño brazo pantanoso, se había adentrado más que nunca en aquel territorio ajeno y nuevo. Ahora avanzaba no sólo con la ayuda de la brújula, sino también con la del viejo y pesado y grueso reloj de plata que había pertenecido a su abuelo. Cuando se detuvo al fin, lo hacía por primera vez desde que se levantó del tronco al alba, cuando pudo ver la brújula. Era ya lo bastante lejos. Había dejado el campamento hacía nueve horas; una vez transcurridas otras nueve, la oscuridad habría caído ya hacía una hora. Pero él no pensaba en ello. Pensó: “De acuerdo. Sí. Pero ¿qué?”, y se quedó quieto unos instantes, pequeño y extraño en la verde soledad sin techo, respondiendo a su propia pregunta antes incluso de que ésta se hubiera formulado y cesado. Eran el reloj y la brújula y el palo, los tres mecanismos sin vida mediante los cuales había repelido durante nueve horas la inmensidad salvaje. Colgó cuidadosamente el reloj y la brújula de un arbusto, apoyó el palo junto a ellos y renunció a él por completo.

Durante las últimas tres o cuatro horas no había avanzado muy de prisa. No caminaba más rápidamente ahora, pues la distancia no habría tenido importancia ni aun en el caso de que pudiera haberlo hecho. Y trataba de recordar la posición del árbol donde había dejado la brújula; trataba de describir un círculo que volviera a llevarle a él, o al menos que se intersecase a sí mismo, pues la dirección tampoco importaba ya. Pero el árbol no estaba allí, e hizo lo que Sam le había enseñado: describió otro círculo en dirección contraria, de forma que los dos círculos hubieran de bisecarse en algún punto, pero no se cruzó con huella alguna de sus pies, y al fin encontró el árbol, pero en lugar erróneo, pues no había arbusto ni reloj ni brújula, y el árbol era otro árbol, pues a su lado había un tronco derribado, y entonces hizo lo que Sam Fathers le había dicho que debía hacerse a continuación, que era también lo último que podía hacerse.

Se sentaba sobre el tronco cuando vio la huella torcida, deforme, tremenda hendidura de dos dedos, la cual, mientras el chico la miraba, se llenó de agua. Cuando alzó la vista, la inmensidad salvaje se fundió, se solidificó, el claro, el árbol que buscaba, el arbusto, y el reloj y la brújula brillaron al ser tocados por un rayo de sol. Y entonces vio al oso. No surgió, no apareció; simplemente estaba allí, inmóvil, sólido, fijado en el caliente moteado del verde mediodía sin viento no tan grande como había soñado pero tan grande como lo esperaba, aún más grande, sin dimensiones contra la moteada oscuridad, mirándole, mientras él, sentado sobre el tronco, inmóvil, le devolvía la mirada.

Luego el oso se movió. No hizo ningún ruido. No se apresuró. Cruzó el calvero; por espacio de un instante entró dentro del pleno fulgor del sol; cuando llegó al otro lado se detuvo de nuevo y miró por encima de un hombro hacia él, cuya tranquila respiración aspiró y espiró el aire tres veces.

Y se fue. No se internó en el bosque, en la maleza. Se esfumó, volvió a hundirse en la inmensidad salvaje, como si el chico estuviera viendo cómo un pez, una perca enorme y vieja, se sumergía y volvía a desaparecer en las oscuras profundidades del río sin mover las aletas lo más mínimo.

“Será el próximo año”, pensó. Pero no fue el otoño siguiente, ni el siguiente ni el siguiente. Tenía entonces catorce años. Había matado ya su ciervo, y Sam Fathers le había marcado la cara con la sangre caliente, y al año siguiente mató un oso. Pero antes incluso de tal espaldarazo había llegado a ser tan diestro en los bosques como muchos adultos con la misma experiencia; a los catorce años era más experto que ellos que la mayoría de los adultos y con más práctica. No había terreno a treinta millas en torno al campamento que él no conociera, brazo pantanoso, loma, espesura, árbol o senda que sirviera de lindero. Habría podido guiar a cualquiera a cualquier punto de aquel territorio sin desviarse lo más mínimo, y guiarlo de nuevo de regreso. Conocía rastros de caza que ni siquiera Sam Fathers conocía; cuando tenía trece años descubrió el lecho de un ciervo, y sin que su padre lo supiera tomó prestado el rifle de Walter Ewell y se apostó al acecho al alba y mató al ciervo cuando el animal volvía al lecho, tal como Sam Fathers le contó que hacían los viejos antepasados chickasaw.

Pero no al viejo oso, por mucho que para entonces conociera sus huellas mejor incluso que las propias, y no sólo la deforme. Podía ver cualquiera de las tres cabales y distinguirla de la de cualquier otro oso, y no sólo por el tamaño. Dentro de aquel radio de treinta millas había otros osos que dejaban huellas casi tan grandes, pero era algo más que eso. Si Sam Fathers había sido su mentor y los conejos y ardillas del patio trasero del hogar, su jardín de infancia, la inmensidad salvaje por la que vagaba el viejo oso era su facultad universitaria, y el propio viejo oso macho, ya tanto tiempo viudo y sin hijos como para haberse convertido en su propio progenitor no engendrado, era su “alma mater”. Pero no lograba verlo nunca.

Podía encontrar la huella deforme siempre que quería, a quince o diez millas del campamento; a veces más cerca incluso. En el curso de aquellos tres años, mientras estaba apostado, había oído dos veces cómo los perros tropezaban con su rastro por azar; la segunda vez, al parecer, lo hostigaron: las voces altas, abyectas, casi humanas de su histeria, como aquella primera mañana de hacía dos años. Pero no el oso mismo. Y recordaba el mediodía, tres años atrás, en que allá en el calvero el oso y él se vieron fijados en el fulgor moteado y sin viento, y le parecía que aquello nunca había sucedido, que se trataba de otro sueño. Pero había sucedido. Se habían mirado el uno al otro, habían emergido ambos de la inmensidad salvaje y vieja como la tierra, sincronizados en aquel instante merced a algo más que la sangre que anima la carne y los huesos que sustentan el cuerpo; y se tocaron, y se comprometieron a algo, y afirmaron algo más duradero que la frágil urdimbre de huesos y carne que cualquier accidente podía aniquilar.

Y entonces lo vio de nuevo. Debido al hecho de que no pensaba en otra cosa, había olvidado buscarlo. Estaba cazando al acecho con el rifle de Walter Ewell. Lo vio cruzar al fondo de una larga franja arrasado, un corredor barrido por un tornado, precipitarse por la maraña de troncos y ramas, más a través de ella que por encima de ella, como una locomotora, a mayor velocidad de la que él hubiera creído que pudiera alcanzar nunca, casi tan veloz como un ciervo, pues un ciervo se habría mantenido la mayor parte del tiempo en el aire, tan veloz que él no tuvo tiempo siquiera de alzar las miras del rifle, de forma que luego habría de pensar que el hecho de no haber disparado se debía a que él había estado inmóvil a su espalda y el tiro jamás habría llegado a alcanzarlo.

Y entonces supo cuál había sido el fallo de aquellos tres años de fracasos. Se sentó sobre un tronco, agitándose y temblando como si en su vida hubiera visto los bosques ni ninguna de sus criaturas, preguntándose con asombro incrédulo cómo podía haber olvidado lo que Sam Fathers le había dicho, lo que el propio oso había confirmado al día siguiente, lo que ahora, al cabo de tres años, había reafirmado.

Y ahora entendía lo que Sam Fathers había querido decir cuando se refirió al perro adecuado, un perro cuyo tamaño poco o nada había de importar. Así que cuando volvió solo en abril -eran las vacaciones, de forma que los hijos de los granjeros podían ayudar a plantar la tierra, y al fin su padre, después de hacerle prometer que volvería en cuatro días, había accedido a concederle su permiso-, tenía el perro. Era su propio perro, un mestizo de esos que los negros llaman “mil razas”, un ratonero,

no mucho mayor que una rata y con esa valentía que ha tiempo ha dejado de ser valor para convertirse en temeridad.

No le llevó cuatro días. Una vez solo de nuevo, halló el rastro la primera mañana. No era caza al acecho; era una emboscada. Fijó la hora del encuentro casi como si se tratara de una cita con un ser humano. Al amanecer de la segunda mañana. Él sujetando al “mil razas”, al que habían envuelto la cabeza con un saco, y Sam Fathers con dos de los perros sujetos por una cuerda de arado se apostaron con el viento a favor del rastro. Estaban tan cerca que el oso se volvió, sin correr siquiera, como estupefacto ante el estrépito frenético y estridente del “mil razas” recién liberado, se puso a resguardo contra el tronco de un árbol, sobre las patas traseras. Al chico le pareció que el animal se hacía más y más alto y que no iba a dejar de alzarse nunca, y hasta los dos perros parecían haber tomado del “mil razas” una suerte de desesperada y desesperante valentía, pues lo siguieron cuando avanzó hacia el oso.

Entonces se dio cuenta de que el “mil razas” no iba a detenerse. Se lanzó hacia adelante, arrojó la escopeta y echó a correr. Cuando alcanzó y agarró al perrito, que se debatía frenéticamente como un torbellino, al chico le dio la impresión de hallarse literalmente debajo del oso.

Pudo sentir su olor: fuerte y caliente y fétido. Se agachó torpemente, alzó la vista hacia la bestia, que se cernía sobre él desde lo alto como un aguacero, del color del trueno, muy familiar, apacible e incluso lúcidamente familiar, hasta que al fin recordó: era así como solía soñarlo. Y ya se había ido. No lo vio irse. Permaneció de rodillas, sujetando al frenético “mil razas” con ambas manos, oyendo cómo se alejaba más y más del humilde lamento de los perros, hasta que llegó Sam. Traía la escopeta. La dejó en el suelo, en silencio, al lado del chico, y se quedó allí de pie mirándole.

-Le has visto ya dos veces con una escopeta en las manos -dijo-. Esta vez no podías haber fallado.

El chico se levantó. Seguía sujetando al “mil razas”. Incluso en brazos, lejos del suelo, el animal seguía ladrando frenéticamente, debatiéndose y tratando de escapar, como un manojo de muelles, tras el fragor cada vez más lejano de los perros. El chico peleaba un poco, pero ni se agitaba ni temblaba ya.

-¡Tampoco tú! -dijo-. ¡Tú tenías la escopeta! ¡Tampoco tú! -Y no disparaste -dijo su padre-. ¿A qué distancia estabas?

-No lo sé, señor -dijo él-. Tenía una gran garrapata en la pata derecha trasera. Me fijé en eso. Pero en aquel momento no tenía la escopeta.

-Pero tampoco disparaste cuando la tenías -dijo su padre-. ¿Por qué?

El chico no respondió. Su padre, sin esperar que lo hiciera, se levantó y cruzó la habitación; caminó sobre las pieles del oso que el chico había cazado dos años atrás y del otro oso, más grande, que él mismo había cazado antes de que su hijo naciera, y se dirigió a la librería sobre la que podía verse la cabeza del primer ciervo del chico. Era la habitación que su padre llamaba “la oficina”, pues en ella tenían lugar todas las transacciones comerciales de la plantación. En ella, a lo largo de los catorce años de su vida, había oído las mejores charlas. Solía estar allí el mayor de Spain, y a veces el viejo general Compson, y también Walter Ewell y Boon Hoggenbeck y Sam Fathers y Tennie.s Jim, porque también ellos eran cazadores y conocían los bosques y a sus criaturas.

Él solía escuchar, no hablaba, se limitaba a atender; la inmensidad salvaje, los grandes bosques, más grandes y más viejos que cualquier documento registrado de cualquier hombre blanco lo bastante fatuo como para creen que en determinado momento había adquirido un trozo de ellos, o de cualquier

indio lo bastante cruel como para pretender que un trozo de ellos le pertenecía hasta el punto de poderlo transmitir; eran de los hombres, no blancos ni negros ni rojos sino sólo hombres, cazadores con la voluntad y la audacia necesarias para resistir y la humildad y la pericia necesarias para sobrevivir, y los perros y los osos y los ciervos se yuxtaponían y descollaban en ellos, abocados y compelidos, bien en torno a la inmensidad salvaje o dentro de ella, a la antigua e incesante contienda decretada por las antiguas e inflexibles normas que dispensaban de toda contrición y no admitían cuartel; las voces tranquilas y meditadas y graves, destinadas a la mirada retrospectiva y a la memoria y a los exactos recuerdos, mientras el chico se sentaba en cuclillas junto al fuego llameante del hogar al igual que Tennie.s Jim, quien, en cuclillas, se movía únicamente para echar más leña al fuego y para pasar de un vaso a otro la botella. Porque la botella se hallaba siempre presente, de forma que al rato al chico le daba la impresión de que aquellos intensos momentos de corazón y cerebro y valor y astucia y rapidez se concentraban y destilaban hasta dar lugar a aquel licor de color pardo que ninguna mujer o muchacho o niño, sino sólo los cazadores bebían, y lo bebían no por la sangre que habían derramado sino por una suerte de quintaesencia de inmortal espíritu salvaje, y bebían moderadamente, incluso humildemente, no con la mezquina esperanza del pagano de adquirir por ello las virtudes de la astucia y la rapidez y la fuerza, sino como salutación hacia ellas.

Volvió su padre con el libro y se sentó y lo abrió.

-Escucha -dijo. Leyó en voz alta las cinco estrofas, con voz quieta y pausada; en la habitación no había lumbre, pues era ya primavera. Luego levantó la vista. El chico lo miraba. Muy bien -dijo el padre-. Escucha. -Volvió a leer, pero esta vez sólo la segunda estrofa completa, y las dos últimas líneas, y cerró el libro y lo dejó en la mesa a su lado-. “Ella no puede desaparecer, aunque tú no tengas tu dicha; tú amarás eternamente, y ella será justa” -dijo.

-Está hablando de una chica -dijo el chico.

-Tiene que hablar de algo -dijo su padre. Y luego dijo-: Está hablando de la verdad. La verdad no cambia. La verdad es una. Abarca todas las cosas que tocan el corazón: honor y orgullo y piedad y justicia y valor y amor. ¿Entiendes ahora?

No estaba seguro. De algún modo, era más sencillo que todo eso. Había un viejo oso fiero y cruel, mas no por el mero hecho de conservar la vida, sino con el fiero orgullo de la libertad, lo bastante orgulloso de su libertad como para verla amenazada y no sentir miedo y no alarmarse siquiera; aún más, un animal que a veces parecía incluso poner aquella libertad deliberadamente en peligro a fin de saborearla, a fin de recordar a sus viejos y fuertes huesos y carne la necesidad de mantenerse flexibles y rápidos para defenderla y preservarla. Había un hombre viejo, hijo de una esclava negra y de un rey indio, heredero por un lado de la larga crónica de un pueblo que había aprendido la humildad a través del sufrimiento y la justicia, y por el otro, la crónica de un pueblo que aún más antiguo en aquella tierra que el primero, y que sin embargo había desaparecido de ella por completo, perpetuándose sólo en la solitaria fraternidad entre la sangre extraña que corría en las venas de un viejo negro y el espíritu salvaje e invencible de un viejo oso. Había un muchacho que deseaba aprender la humildad y el orgullo a fin de llegar a ser diestro y valioso en los bosques, que de pronto se vio convirtiéndose en tan diestro con tanta rapidez que temió no llegar nunca a convertirse en valioso, pues no había aprendido la humildad y el orgullo, pese a haberlo intentado, hasta un día en que, súbitamente asimismo, descubrió que un viejo incapaz de definir ninguna de las dos virtudes le había guiado, como de la mano, a aquel punto en el que un viejo oso y un pequeño perro mestizo le habían enseñado que, poseyendo una de las dos, se poseía ambas.

Y un pequeño perro sin nombre y mestizo y con muchos padres, adulto ya pero de menos de seis libras de peso, diciéndose como para sus adentros: “No puedo ser peligroso, porque no hay nada mucho más pequeño que yo mismo; no puedo ser fiero, porque dirán que sólo es ruido; no puedo ser humilde, porque ya estoy demasiado cerca del suelo como para doblar la rodilla; no puedo ser

orgulloso, porque tampoco puedo estar tan cerca de él como para saber quién proyecta una sombra, y ni siquiera sé que no voy a ir al cielo, porque han decidido que no poseo un alma inmortal. Así que lo único que puedo es ser valiente. Pero está bien. Puedo serlo, aunque sigan diciendo que sólo es ruido".

Eso era todo. Era sencillo, mucho más sencillo que alguien hablando en un libro de un muchacho y una chica por la que nunca tendría que afligirse, por cuanto jamás podría acercarse más a ella ni tendría tampoco que alejarse. Él había oído hablar acerca de un oso, y un día llegó a tener la edad necesaria para seguir su rastro, y lo siguió durante cuatro años, y al fin se encontró con él con una escopeta en las manos y no disparó. Porque un pequeño perro... Pero podía haber disparado mucho antes de que el perrito recorriera las veinte yardas hasta donde le esperaba el oso, y Sam Fathers podía haber disparado en cualquier momento durante el minuto interminable en que Old Ben, sobre sus patas traseras, se erguía sobre ellos. Se detuvo. Su padre le miraba con gravedad a través de la copiosa media luz de primavera del cuarto; cuando habló, sus palabras fueron tan apacibles como la media luz; no eran palabras en alta voz, no necesitaban serlo porque iban a ser duraderas:

-El valor y el honor y el orgullo -dijo- y la piedad y el amor por la justicia y por la libertad. Todo ello toca el corazón, y aquello a lo que se aferra el corazón se convierte en verdad, en aquello que alcanzamos a entender como verdad. ¿Entiendes ahora?

"Sam y Old Ben y Nip", pensó. Y también él mismo. Él también había actuado correctamente. Su padre lo había dicho.

-Sí, señor -dijo.